

JOSE ANGEL DELGADO-IRIBARREN, S. J.

JESUITAS EN CAMPAÑA



COLECCIÓN «NOSOTROS»

1.—*El gran escándalo,* Hans Wirtz.

2.—*Norteamérica al dia,* Herrera Oria, S. J.

3.—*Europa y el alma de Oriente,* Walter Schubart.

4.—*El espíritu del cristianismo ruso,* Dr. Tzebrikov.

5.—*Tú y miles como tú,* Owen·Dudley.

6.—*Bajo el sayal,* Roland Cluny.

7.—*Vida monástica, La,* Dom Mauro Wolter.

8.—*Nuestras hermanas hablan,* René Bazin.

9.—*Jesuitas en campaña,* Delgado Iribarren, S. J.

JOSE ANGEL DELGADO-IRIBARREN, S. J.

JESUITAS EN CAMPAÑA

CUATRO SIGLOS AL SERVICIO DE LA HISTORIA

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA



EDICIONES STVDIVM
MADRID - BUENOS AIRES
MCMLVI

Imprimatur:
M. OLLERO, S. J.
Sup. Prov.

Nihil obstat:
Lic. MARTÍN FARACO.
Censor.

Imprimatur:
✠ RAPHAEL, *Arch. Ep.*

Granatae, 10 decembris 1956.

EDICIONES STVDIVM

IMPRESO EN ESPAÑA
1956

Bolaños y Aguilar, S. L.—General Sanjurjo, 20.—Madrid.

DEDICATORIA

Al Capitán de España Ignacio de Loyola, en el Cuarto Centenario de su Triunfo.



EL ARZOBISPO DE SIÓN,
VICARIO GENERAL CASTRENSE

Estimado Padre en Xto:

Aunque no conozca su libro *Jesuítas en campaña* más que por el índice, tengo gran placer en enviar mi bendición como Vicario General Castrense, para su obra y lectores de la misma, ya que dicho índice es suficiente prueba del contenido, interés y alcance del libro; excelente testimonio del apostolado militar realizado por la ínclita Compañía de Jesús a través de los siglos, que espero suscitará vocaciones para el clero castrense y a éste le servirá de gran provecho.

Mi mayor deseo es que obtenga los fines que se propone al publicarla.

Le bendice efusivamente su affmo en Xto.,

R. P. José A. Delgado Iribarren, S. J.
GRANADA.

Madrid, 27 de noviembre de 1956.

Luis, Arzobispo de Sión

PORTADA

Mi gratitud al excelentísimo y reverendísimo señor don Luis Alonso Muñoyerro, arzobispo de Sión, Vicario General Castrense, porque se ha dignado bendecir a este libro y a sus lectores.

Al excelentísimo señor don José María López Valencia, gobernador militar de Oviedo, ex general subsecretario; al ilustrísimo señor coronel director del Servicio Histórico Nacional, don Luis Fernández Cavada Díaz, y a los tenientes coroneles del Museo del Ejército, don Francisco Sejurnán Martín y don Arturo González Geipiz, caballero mutilado, por la gentileza con que han puesto a mi disposición documentos relativos a la guerra de España.

Mi gratitud, asimismo, al Padre G. Robinot Marcy, archivero de L'Action Populaire, de Vanves; al Padre A. Moers, del Centro de Prensa «Belarmino», de Bruselas, a las Redacciones de I Gesuiti, de Roma, y L'Antonianum, de Padua, por la abundante documentación de primera mano que me han suministrado, y a todos los capellanes, nacionales o extranjeros, que me han permitido generosamente hacer uso de su correspondencia y apuntes particulares.

Las fotografías hasta la guerra europea se deben al señor don José Lombardía Bargos, brigada de la Escuela Superior del Ejército; las de los ultimos años al capitán Jorge A. Rosso, director asistente de la División de Capellanes en el Departamento Naval de Wáshington; al reverendo Coleman A. Daily, administrador del Jesuit Missions; al Padre Mario Colpo, archivero de la Provincia véneto-milanense, y a la dirección del Catholic Digest y de las revistas anteriormente citadas.

A todos ellos expreso desde aquí mi más profundo agradecimiento.

LA SOMBRA DE ESE CASTILLO

«Las otras religiones las considero yo en este lucido ejército de la Iglesia militante como unos escuadrones de hombres de armas, que tienen su cierto lugar y asiento; y con su fuerza pueden hacer rostro a sus enemigos y guardar siempre su manera de proceder. Mas los nuestros son como caballos ligeros, que han de estar siempre a punto para acudir a los rebatos de los enemigos para acometer y retirarse y andar siempre escaramuceando de una parte a otra. Y para esto es necesario que seamos libres y desocupados de cargos y oficios que obliguen a estar siempre quedos.»

SOÑARÍA el Capitán de España con otro retorno más victorioso. Lo merecían su genio, su bravura y su espada, aunque no su suerte, que le había puesto al frente de un castillo contra Francisco I, mientras se propagaba por Castilla el incendio de las comunidades.

Los franceses se derrumbaron desde el Pirineo como un alud imponente. Los puertos se hendieron francos a su paso. Las aldeas, subyugadas, se sometieron; pero llegaron a Pamplona... y podrían haber exclamado lo que tres siglos más tarde Napoleón, al descubrir una torre sobre la niebla de Rusia: «*En fin, voilá un château!*»

Pamplona. Un castillo: Ignacio. Dentro no había más de 200 ó 300 hombres, sin instrucción apenas y con escasas armas, y entre ellos — monteses y beamonteses — había luchas internas que relajaban la disciplina. No les faltaba ardor y acometividad; pero sí la cohesión necesaria para una resistencia esforzada. Al ver la Baja Navarra ocupada por don Andrés de Foix, y que los magistrados de la ciudad se habían adelantado para entregarle las llaves, el desaliento comenzó a filtrarse por las rendijas de los murallones; de esos murallones robustos que mandó construir el emperador al capitán de Artillería don Miguel Herrera. El baluarte estaba en construcción. Todavía no había sido cavado el foso; el parapeto se hallaba sin terminar..., y

enfrente tenían los cañones más poderosos de Europa; pero, con todo, los franceses «tuvieron que quitarse espuelas» para asaltar el castillo, porque dentro alentaba el espíritu de los Loyola, de un hijo de don Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola, soldado de los Reyes Católicos ante los muros de la Alhambra

De los hijos de don Beltrán, dos habían muerto en Nápoles luchando en las compañías del Gran Capitán; un tercero había peleado contra los franceses en la batalla de Belate del 1512, y todavía otro marcharía a Hungría con los ejércitos de Carlos V. Un Loyola que lleva en sus venas la corriente indomable de una estirpe guerrera no podía responder sino con la sangre a todas las intimaciones de rendición. «*Defenderse o morir*», fué la consigna del Capitán de España.

El primer cañonazo partió como un reto desde el propio castillo. Se siguió un duelo mortal de seis horas, en el que el jefe azpeitiano fué el alma de la resistencia, hasta que...

> «... una bala de una pieza dió en aquella parte del muro, donde Ignacio bravamente peleaba, de manera que le desjarretó y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con fuerza de la pelota resurtió, también le hirió malamente en la pierna izquierda.»

Fué el 21 de mayo de 1521, lunes de Pentecostés.

> «Derribado de esta manera Ignacio, los demás, que con valor se esforzaban, luego desmayaron, y, desconfiados de poder valerse, se dieron a los franceses.»

En cuanto los invasores traspusieron la brecha, buscaron a su admirado enemigo; lo hallaron sangrando entre los escombros y lo entregaron a sus médicos para que les

conservaran vivo al mejor trofeo; y Loyola — vencedor siempre en la cortesía—, a uno regaló su daga; a otro, su rodela; a un tercero, su flamante coraza. Se reservó la espada, que solamente rendiría a Nuestro Señor, colgándola a los pies de la Virgen de Montserrat. Era el siglo del Amadís y el Orlando de Ariosto.

Todo pasó ya; se diluyó en el aire matinal y fresco como el humo de las bombardas pesadas.

¿Quién no se ha imaginado alguna vez al Capitán convaleciente en el piso superior de la casa-torre, medio incorporado en el lecho, con la pierna abrigada por un cobertor y el libro abierto, mientras que su mirada se explaya por un paisaje infinito? Montaña y cielo tienen ahora las luces nuevas de un desengaño: no más servir a señor que pueda ser vencido...

Su mirada vuela muy lejos, por encima del Izarraitz, cumbre amable y adorable por los recuerdos, y se expande por el universo mundo, donde luchan sin tregua las dos Banderas. El Capitán ve clara su vocación de guerra. Él no será nunca—siguiendo su propio apólogo—el hijo que se queda en la Corte y se sienta en la mesa del rey, sino el que le sigue a la guerra en un país alejado, para comer como él, vestir como él..

El Capitán fundará una ascética, pero aplicará en ella los principios fundamentales de la estrategia, «*porque así como un capitán y caudillo del campo, asentando su real y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca, de la misma manera el enemigo de natura humana...*» Así habla Ignacio de Loyola en su Libro, el Libro de los Ejercicios Espirituales, que el alemán Boeminghaus comparaba con el mapa de un comandante de Estado Mayor. Pero la guarnición sitiada no debe contentarse con la defensa, aunque sea encarnizada,

sino que debe emprender el contraataque valiente, el *«oppositum per diametrum»*, dirá él, para que no *«sólo se avece a resistir al adversario, mas aun a derrocallo»*.

De San Ignacio se ha dicho que era hombre de pocas ideas, pero hondamente vividas, y hasta sus últimas consecuencias. Su ascética se puede toda resumir en esta palabra, ya de antiguo consagrada en la vida militar: SERVICIO. ¿Cuántas veces se repite en los escritos del Santo la frase *«para el mayor servicio y alabanza de su Divina Majestad»*? La vida del hombre es concebida en los Ejercicios como un servicio perenne que prestamos a Dios Creador necesariamente; y a Jesucristo Redentor, por un sentimiento de caballerosidad que nos brota espontáneo al considerar los ejemplos tan sin comparación alguna de su temporal vida y muerte.

De esta ascética y de este ambiente tenía que brotar una Orden religiosa que llevara en su mismo nombre su vocación de milicia: la COMPAÑIA DE JESUS. Decir Compañía—más entonces, los siglos de oro de la infantería española—es decir una unidad táctica de combate capaz de producir efectos de consideración en el conjunto de los efectivos: una unidad elemental, orgánica y administrativa a la vez, perfectamente constituída bajo el mando de un Capitán del que toma el nombre. La sola palabra es ya una evocación luminosa de picas y alabardas, ballestas, arcabuces, corazas relucientes, empeños y afanes caballerescos. Las campañas de Italia y Flandes resucitan a su conjuro en un desfile glorioso.

San Ignacio era militar y enseñó a sus hijos a «militar». No renunció nunca a su profesión primera, sino que hizo de ella el esquema de su santidad y de su apostolado. Las dos fórmulas del Instituto propuestas a Paulo III y Julio III para su aprobación comienzan con estas mismas

"Soñaría el Capitán de Loyola con un retorno más victorioso..."

Africa o Mehedía donde estuvo el P. Laínez en 1550 inagurando el ministerio de sangre

Lepanto (1571)



La "Misión Castrense" presenta las Letras Apostólicas al General Farnesio (1587)

solemnes palabras: «*Cualquiera que en esta Compañía quiera militar bajo el estandarte de la Cruz...*»

La Compañía, con sus filas bien apretadas por la obediencia y la caridad, bajo las órdenes directas del Vicario de Cristo, ha nacido para la lucha, como un tercio de avanzada, una fuerza de choque, Legión... Todo lo que signifique fijación al terreno está excluído de sus Constituciones, como ajeno a la mente del Fundador; así como parroquias, dirección de monasterios, dignidades eclesiásticas; y, por el contrario, todo apostolado que entrañe esfuerzo, dinamismo y acción, entrará de lleno entre los ministerios de la Compañía...

Las Banderas representan la manera ordinaria cómo se ejercita la vocación del jesuíta, «esparciendo la sagrada doctrina» por todas las provincias y reinos del mundo bajo la enseña de la cruz. Las misiones entre infieles, y aun en los países cristianos, dan testimonio de este espíritu de ofensiva que vive en el alma de este religioso. No puede negar que es hijo de un santo militar. Su actuación lleva siempre un sello inconfundible de milicia, de castro, de compañía. Sello del que han abusado los amigos hasta encajarlo en el tópico, y han deformado los enemigos endureciendo sus líneas, como si bajo esa coraza espiritual del apóstol no alentara un corazón saturado de caridad. Parece que el jesuíta se ve más en su medio cuando se encuentra rodeado de contradicciones; entonces surgen poderosas las virtudes del auténtico combatiente: intrepidez unida a la obediencia, disciplina férrea, fortaleza, optimismo siempre. Por eso también en las misiones castrenses, llamémoslas así, siguiendo un uso antiguo que hallamos en las cartas de algunos Padres generales, los jesuítas han volcado su celo conquistador; y esto con tal eficacia y naturalidad, que creeríamos que están formados sólo para ese ministerio de sangre si no los hubiéramos visto antes trabajando en colegios, misiones y residencias.

Se trata de un ministerio extraordinario, como el de

servir en las grandes calamidades de la Iglesia; pero como las guerras se repiten fatalmente como una ley o constante de la Historia, ha llegado a hacerse cotidiano, casi familiar, y no hay nación en la que se haya establecido esta Orden que no pueda presentarnos su galería de jesuítas castrenses.

Ya en los albores de la Compañía, viviendo todavía su fundador, encontramos súbditos suyos comprometidos en la vanguardia de la Iglesia, tomando esa palabra en el sentido más propio.

Y fué un compañero del Santo, el simpático y genial Bobadilla, el que inauguró este ministerio a los siete años de fundarse la Compañía de Jesús y cinco antes de que el P. Nadal, en 1552, promulgara las Constituciones. Estuvo Nicolás Bobadilla en Nüremberg, Spira y Worms. Rebatió en Ratisbona a los protestantes por encargo del mismo emperador; pero cuando llegó la hora de abandonar la tribuna de la razón para resolver el litigio con el bárbaro argumento de las armas, se alistó en las banderas de Carlos V.

Acababa de renunciar a la mitra de Trento. Otra gloria más difícil, más del gusto de San Ignacio, le esperaba en las orillas del Elba.

Las tropas del Papa y del emperador aguardan a que la niebla rompa en dos el paisaje y aparezca sin estorbos la llanura de Mülhberg. Los húsares del duque de Alba están impacientes por echarse a la corriente del río, que va crecido y amenaza inundaciones por los deshielos de abril. Un aldeano, resentido por las injurias que ha recibido de los herejes, les indica un vado. La otra orilla constituye una trinchera natural, vigilada por canoas armadas que se mueven entre cortinas de niebla. Esta se rasga a las

ocho, y ante los ojos espantados de los sajones aparecen como rayos de un sol justiciero las armaduras y lanzas de los soldados católicos. El emperador les grita enardecido: «El Dios vengador por cuya causa peleáis, moverá vuestras armas y no os negará su divina ayuda.»

El vaticinio se cumplió; pero el P. Bobadilla, con una herida en la cabeza, se cuenta entre las pocas bajas de sus legiones (1).

Había sido nombrado al principio prefecto de los hospitales ambulantes, y tuvo que hacer las veces de médico militar; pero auxiliados los cuerpos, se entregó a sus deberes de sacerdote. Cubierto con su sangre, más pálido que cuando descendía de los púlpitos tras las largas disputas, animó a los soldados, que después de diez días de marcha apenas si tenían fuerzas para perseguir al enemigo.

Terminada la acción, en que cayó prisionero el mismo duque de Sajonia, Bobadilla cuidó poco su herida. Algunos días después se hallaba predicando en Passau. Exhortaba a sus habitantes a dar gracias a Dios por la victoria alcanzada; y después se lanzó solo, a través de Alemania, recorriéndola como un «verdadero apóstol», en frase del obispo de Viena.

Otro de los votantes de Montmartre, que seguiría a San Ignacio en el gobierno de la Compañía, se embarcó en las galeras del emperador rumbo al Africa. Después de un año de diferencia, el citado P. Jerónimo Nadal, y desde ellos hasta nuestros días, los jesuítas se han ido relevando en el puesto del honor y del sacrificio.

Los hallamos en todas las épocas y latitudes. Lo mismo bajo el sol ardiente que tuesta las arenas de las playas africanas, que cercados de desolación y nieve sobre la estepa de Rusia: en los galeones de alto bordo, iluminados como castillos, y en el submarino estrecho que corta los senos del agua como una flecha... Lo han probado todo.

(1) Cretinau-Joli: *Historia de la Compañía de Jesús,* I, V, pág. 216.

Conocen la guerra hasta su última intimidad. Se han familiarizado con sus máquinas horribles y han llegado hasta esa línea indecisa y sangrienta que marcan en el campo la punta de las bayonetas. Saben del jadeo en el avance tras el enemigo en fuga; de las emboscadas, el repliegue, el copo, los bombardeos, la inacción enervante de las chabolas o el bunker. Se han hundido en el fango de las trincheras—de esas zanjas profundas y largas a las que falta muy poco para convertirse en fosas—, han respirado el aire mefítico de la casamata sometida al fuego de la artillería o se han visto cosidos a balazos en el parapeto...

¡Qué misión tan espléndida y gigantesca!... Por esos voluntarios del crucifijo, Cristo ha vivido en los campos de batalla, la caridad del Evangelio se ha derramado a raudales en esos abismos tenebrosos que ha abierto el odio entre naciones hermanas... *«Una luz ha brillado para los que habitaban la región de las sombras y de la muerte.»*

También les tocó caer... Hasta en el detalle material y glorioso de la herida parece que han querido imitar a su Padre y fundador que los engendrara en Cristo. A veces se han sentido jefes, y entonces han desplegado tales aptitudes de mando y organización, que han causado asombro en los mismos profesionales. Muchos murieron, y sus cuerpos, cuando se hallaron, quedaron perdidos en cualquiera de esos cementerios militares, donde se alinean, en formaciones imponentes, las cruces de los soldados que alcanzaron la gloria del sacrificio. Con ellos en la vida y en la muerte.

Han estado tan compenetrados con estos anónimos luchadores, que es imposible hablar de ellos sin mencionar las heridas de sus capellanes, ni tampoco el contar la vida de éstos sin que aparezcan lances de guerra que a primera vista podrían parecer innecesarios.

No se crea por esto que pretendemos explicar o comentar batallas, sino solamente, cuando el caso lo pida, ambientar los hechos, y entonces, con pinceladas breves, re-

cogidas con frecuencia de labios del mismo capellán o de las cartas y apuntes que nos legaron. Las guerras se ven, como ellos las vieron e interpretaron. No queremos separarnos de sus puntos de vista; pero nos asombrará desde la primera página la elevación de miras de estos apóstoles movilizados que han actuado en un plano supranacional y sobrenatural, sin más aspiración que la de ganar un alma, aun a precio de su propia vida.

Su única arma, la cruz de Cristo; no solamente ésa que ellos ponían en los labios resecos del moribundo o levantaban en alto como enseña de combate, sino también la que ellos mismos soportaron en su propio cuerpo al vivir la pobreza, la observancia y el trabajo de su religión entre las incomodidades inevitables del campamento.

Para comunicar sus impresiones con mayor fidelidad, preferimos la transcripción directa de muchos trozos de cartas con todas las repeticiones e incorrecciones que las hacen aún más emocionantes. No estuvieron destinadas a la publicidad, sino a un *cœtus* de hermanos. Se escribieron con el block apoyado en la rodilla o sobre la caja vacía de municiones. Pensamos que un fragmento epistolar de Laínez, Doyle, Huidobro o Alagiani vale más que muchos comentarios de cronistas que no estuvieron presentes.

La misma amplitud del tema escogido nos impone el estilo conciso de los partes de guerra, en el que es necesario leer mucho entre líneas para comprenderlo todo. Nadie puede ofenderse de no ver aquí consignado el nombre de una persona o acción que él juzgue de especial relieve. Esto no es ni puede ser un catálogo de apellidos gloriosos, ni menos un recuento minucioso de empresas guerreras. El peso de la narración en cada capítulo lo soportan dos o tres figuras que se han destacado por su actuación o por los escritos que nos han dejado, y que, por lo mismo, pueden llevar la representación de otros muchos hermanos suyos que vieron la misma escena y tal vez en más trágicas circunstancias.

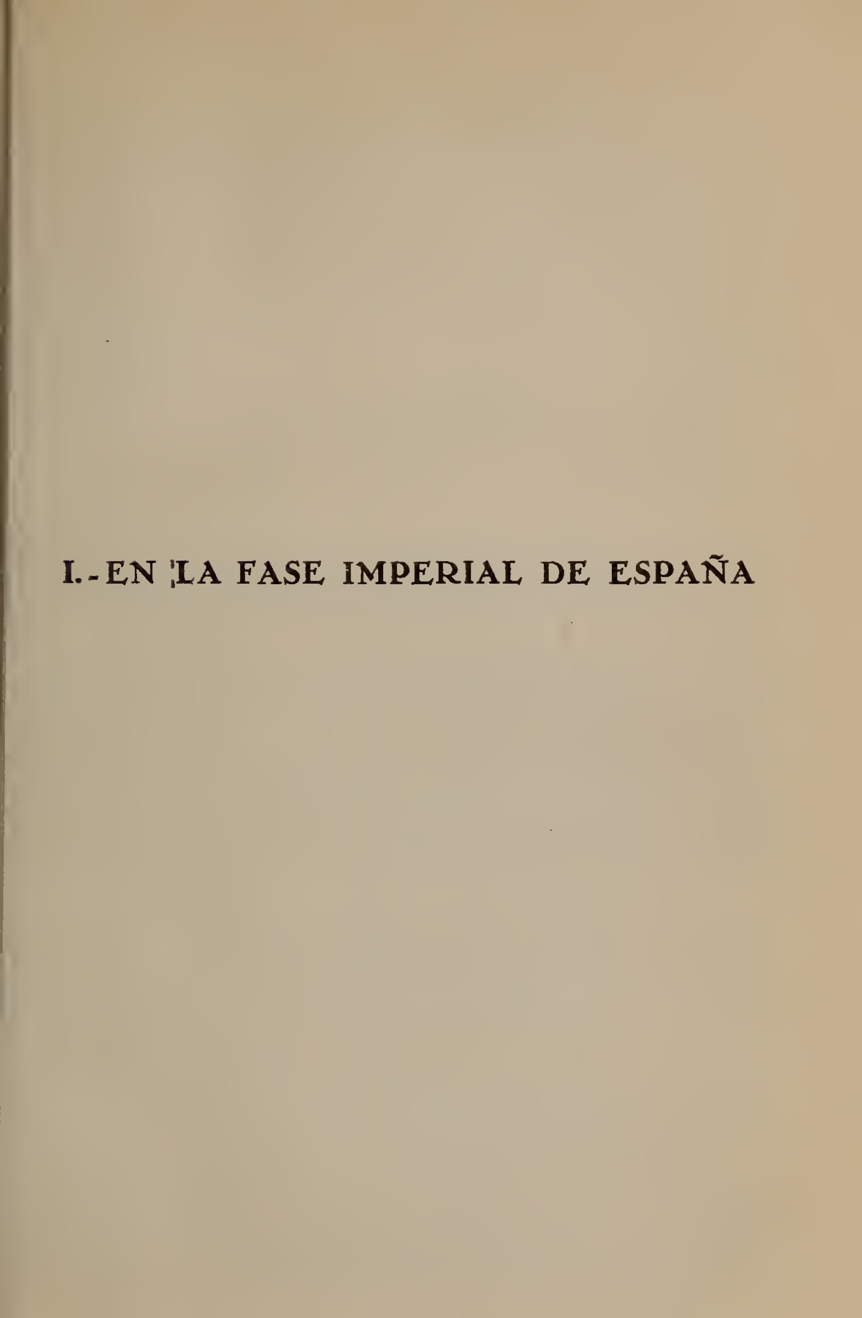
Si bien se mira, aquí no hay nada más que un protagonista, que es la Compañía de Jesús, fundada por un Capitán guipuzcoano del ejército de Carlos V. «*Creemos que entre todos los ministerios que abrazó la Compañía, pocos le darían tanto gusto como el ver que sus hijos se han encarado con las heridas y la muerte en tiempo de guerra, cuando el deber los llamaba*», dice James Walsh, y añade: «*Los jesuitas, por su formación y su tradición, se han hecho los capellanes militares ideales, de los que casi nunca se ha prescindido.*» Esto, lo mismo en España, que en Francia, que en Alemania. Es un fenómeno universal y continuado que encuentra su explicación adecuada en las Constituciones.

Para probarlo, nos basta una serie de cuadros eslabonados y presentados con la rapidez e impresionismo de un «film». Cada uno se merecería el marco de una historia crítica y reposada, pero ahora no es nuestro intento. Y para no fatigar a nadie con una historia larga y multiplicación de citas y testimonios, completamos los cuadros con estadísticas que nos den las dimensiones exactas de la realidad; pero todo ese conjunto —escenas, cifras, anécdotas o relaciones— va montado sobre un eje perfectamente histórico que tiene cuatro siglos de longitud: 1550: Africa, Laínez; 1950: Corea del Norte, Felthoelter.

Eso sí; nos hemos complacido en empalmar las fechas para que aparezca, intacta y clara, la línea de una tradición.

Nuestro reportaje, que comienza en Mehedía, o, mejor, en Mülhberg, en plena efervescencia reformadora, terminará en las orillas del Kun, de la península coreana; no sin haber recorrido el circuito heroico: *Lepanto* y la *Invencible*, *Mastrich* y *Ostende*, *La Rochela*, *Viena*, *Buda*, *Sebastopol*, *Sedán*, *Verdún* y el *Ebro*, *Stalingrado*... (1).

(1) Con el fin de no acumular las citas al pie de cada página, nos remitimos a las fuentes del final del libro; solamente daremos alguna por excepción cuando se trate de una obra que no volveremos a manejar o de algún dato de especial importancia.



I.-EN LA FASE IMPERIAL DE ESPAÑA

AFRICA O MEHEDIA

(1550)

No podía detenerse la Reconquista en la orilla norte del Mediterráneo. Tenía que saltar a la otra banda, hacia el Sur. Lo imponía la geografía misma de la Península, aproada hacia el continente africano; destino político y misional que expresó la Reina Católica en su testamento. Lo imponía una ley histórica que confirma la Mauritania Tingitana de Diocleciano y la Marca Trasfretana del reino godo. Todo pueblo que ha invadido una costa ha tenido que ocupar las dos y dominar el estrecho para conservar indemne su poderío; pero, sobre todo, en aquella Europa de un Enrique II de Francia, aliado traidoramente con el enemigo de los cristianos, lo imponían motivos actuales de seguridad.

Piratas y corsarios berberiscos recorrían las costas meridionales y levantinas y regresaban al Magreb cargados de botín y de cautivos. Aunque hemanos por raza de los iberos, fueron sus enemigos irreconciliables por la divergencia religiosa, y, en cambio, constituyeron un aptísimo enlace para el sultán de Turquía.

Dragut, el lugarteniente de Barbarroja, instaló sus navíos en los Gelves, hasta que encontró un refugio más fortificado y capaz en la misma costa: Africa, o Mehedía, la antigua Aphrodisium de los romanos, *Urbs Barbariae*.

Mehedía irrumpe en el mar como un espolón de rocas. Enfrente está Sicilia; a un lado, Trípoli, y al otro, La Goleta.

Dragut la tomó por sorpresa, dejó en ella un gobernador turco con una guarnición de soldados, también turcos, y se dirigió a las costas del Levante español.

El emperador Carlos V, cuando le dieron un poco de sosiego los asuntos de Flandes, puso sus ojos en el litoral vecino. Aquella península fortificada, cabeza de puente del Gran Sultán, le inquietaba, y el verano de 1550 manda a Doria conquistarla al asalto.

Se le unirían las galeras del Papa, de Malta, de Toscana y de los virreyes de Nápoles y Sicilia. Preludios de una grande empresa con aires ya de cruzada.

El virrey de Sicilia, don Juan de Vega, recibe la orden de embarcar sus tropas, pero no quiere hacerlo sin asegurarles primero los auxilios espirituales. Como capellán escoge al Padre Diego Laínez.

Lo conoció en Roma, en las fiestas religiosas de la iglesia de La Estrada. Sabía de sus triunfos en las sesiones de Trento, donde era escuchado sin fatiga durante tres y más horas, después de diez días de exhaustivo debate. Desde 1539 había desplegado una fecunda y variada actividad por Venecia, Florencia, Nápoles y Ferrara, y ahora le ofrecía una ocasión nueva de demostrar su celo.

Ni San Ignacio ni Laínez podían negar nada al señor virrey. Siendo éste embajador en Roma, había mostrado una adhesión decidida por la naciente Orden, y su casa estuvo siempre abierta a los primeros jesuítas. A sus ruegos, y, sobre todo, a los de su mujer, doña Leonor Osorio, se debía la presencia de Laínez en Sicilia, donde fué el predicador oficial de la Corte.

Andrea Doria fué nombrado generalísimo del mar para la empresa de Africa, y don Juan de Vega, capitán general de las fuerzas terrestres; y este último, a su vez, comenzando a hacer uso de sus poderes, nombró al Padre Laínez jefe y administrador del hospital y predicador oficial del ejército.

El día de San Juan Bautista se cubrió la primera etapa, y la flota recaló en Faviñano, a pocas millas a occidente de Sicilia. El capellán predicó un sermón sobre las palabras de San Lucas: «No despreciéis a nadie ni digáis calumnias, y estad contentos con vuestros estipendios.»

Llegados al Africa, los italianos atacaron por mar, mientras que los españoles, por tierra, cercaban la plaza. Enterado Dragut del peligro que corría su base, acudió presuroso con sus naves para auxiliarla. No consiguió introducir los refuerzos, pero sí que el sitio se prolongara.

Entretanto, habían comenzado para los religiosos las faenas duras del hospital. Cuatro capuchinos ayudaban al Padre Laínez, pero pronto sucumbieron a los rigores del clima. Boero, en su *Vida del Siervo de Dios Diego Laínez*, asegura que fueron cuarenta los enfermeros que cayeron, y se maravilla de que su biografiado, a pesar de su complexión débil y haber sido siempre muy fatigado de tercianas, mostrara una salud a toda prueba.

El mismo Laínez se lo cuenta ingenuamente al Padre Ignacio:

> «... yo estoy del cuerpo, gracias a Nuestro Señor, sano y recio juntamente con Martín (el H.° coadjutor Martín Cornez, que le acompañaba), y sólo nosotros estamos sanos, abiendo todos los otros del hospital caydo malos, asi boticarios como cirujanos, como barberos y enfermeros y religiosos que sirven.»

El insigne teólogo y predicador, futuro general de la Compañía, da por su propia mano por gran tiempo «los jarabes y medicinas y unctiones, y siempre de comer a todos los enfermos, que an sido muchos continuamente, quiero dezir, desde 50 quando menos, hasta 240 quando más».

A todos llega su celo. A jefes, soldados, enfermos y enfermeros, y por eso, cuando el día de San Bartolomé, 24 de agosto, promulga el Jubileo concedido por Su Santidad, el éxito es completo y tiene que pasar una noche oyendo confesiones.

Se confiesa con él lo más granado del ejército: don Juan de Vega, a la cabeza; don García de Toledo, hijo del virrey de Nápoles; don Alonso de la Cueva, general de La Goleta («el qual desea tener allá uno o dos de la Companhia»); don Hernando de Toledo, maestre de campo del Tercio de Sicilia; don Hernando, sobrino del virrey y capitán, y otros muchos caballeros y capitanes y alféreces, y gran parte de los caballeros de la religión de San Juan, y tras ellos los soldados de Sicilia, Nápoles, Piamonte y Lombardía. Aquellos mílites del imperio, aunque enamorados de las aventuras y del botín abundoso, audaces y desgarrados, no fueron nunca unos desalmados. En sus almas latía siempre una fe inmensa, y cuando llegaba la hora sabían confesar al Dios por el que morían.

Se prepara el asalto para el día 10 de septiembre, y Laínez también apresura sus preparativos espirituales.

Hubo grandes conversiones de caballeros, que llevaban hasta veinte años sin confesarse, y doce dejaron los sueldos para hacerse pobres de Cristo.

> «... y muchos se mudan de vida y tienen mucho conocimiento y buena intención y tenían tanta necesidad que no tenían de cristianos sino poco más del nombre... Apenas hay tiempo para comer y dormir...»

Pero aunque el Padre trabaja agotadoramente desde el alba al ocaso al servicio de todos, no quiere recibir ni un cornado del hospital en recompensa. Los soldados conocen y admiran su desprendimiento. En vísperas del asalto le confían sus sueldos—en total más de 400 ducados—, pensando que estarán más seguros en su poder que en ninguna otra parte, y que si murieran él sabría bien emplearlos en favor de los pobres. Pero no hizo falta, porque

> «... todos por gracia de el Señor se los hemos vuelto; sin haber sido herido ni muerto ninguno de ellos; y con ofrecer los más parte de lo suyo, de ninguno como se ha dicho se ha aceptado nada; de lo qual tanto mas se suelen maravillar o edificar los del mundo, quanto menos lo hazian, y en mas tienen estas cosas.»

En toda la jornada se vió al Padre Laínez introducirse audazmente entre los tiros de los enemigos. Le preguntaron que de dónde le venía tanta seguridad, y respondió que del motivo por el que lo hacía, que era siempre la caridad.

El día en que la Iglesia celebra la exaltación de la Santa Cruz fué colocada en la mezquita mayor de Mehedía «el más magnífico templo de la tierra», la insignia de los cristianos. Laínez consagró el edificio y lo puso bajo la tutela de San Juan Bautista.

Hechas las diligencias necesarias para asegurar su culto, se volvió a embarcar el 25 de septiembre con la armada que regresaba a Sicilia.

Con la campaña no cesaron las incomodidades. En el regreso corrieron un temporal, que fué el más recio que recordaban aquellos marinos desde hacía treinta años. Se perdieron algunas galeras, se abrieron dos naves y otras dos encallaron. El capellán del virrey contemplaba un espectáculo desolador en su propio navío:

«... y con todo esto y con estar siempre mareado, puedo dezir con verdad que siempre me hallé consolado, y sin miedo y con esperanza de que Dios nos ayudaria, como a todos dezia; y asi fue, porque con ser la galera nuestra ya vieja. y ser la ultima noche enbestida de otras galeras cuatro o cinco vezes, y una dellas horadada por la popa de un agujero que cupiera un barril, ni se abrio ni encallo la galera, ni se perdio persona ni hazienda...»

En aquellas angustias se consolaban los viejos marinos mirando el rostro del Padre Laínez, que conservaba su serenidad. Le tenían por un verdadero santo, y furtivamente le cortaban pedacitos de su vestido.

Don Juan de Vega escribió a Su Santidad elogiando los trabajos de su capellán, que, aunque parecía más adaptado para la alta ciencia que para la acción, se había mostrado siempre como un apóstol dinámico.

Si del epistolario de Laínez pasamos al de Nadal, podremos conocer la suerte de la Afrodisio expugnada. En esta urbe quedó una guarnición de mil hombres, mandada por Alonso de Vega, hijo del virrey, sustituído después por don Sancho de Leiva.

Tres años más tarde, el Emperador mandaba asolar la ciudad y abandonarla. El Padre Jerónimo Nadal fué testigo de que la orden comenzó a cumplirse, y también de la solicitud del católico virrey por conservar «nuestra iglesia de la Abbadia», donde dispuso que se enterraran los huesos de los maestres del campo y capitanes, y «que se pusieran estandartes y banderas con inscripciones para memoria perpetua».

La labor del nuevo capellán se parece mucho a la de su predecesor.

Predica a soldados y capitanes, y don Hernando de Vega, que ya hemos mencionado, se encuentra siempre en la primera fila de su auditorio. Activa la erección de un hospital. donde se pasa la mayor parte del día, y «hácese fruto con la gracia del Señor».

«Querría tener tiempo de aprender morisco, mas no tengo», escribe a su Padre Ignacio. Y si éste no le hubiera mandado regresar a Mesina, se hubiera quedado por muchos años con el ejército de Africa.

No le fué fácil abandonarlo. El nuevo general, don Sancho de Leiva, quería retenerlo, y dijo «que escribiría al Papa y a un cardenal su pariente».

Para estorbar la marcha del Padre, ideó una estratagema. Ordenó que las naves partieran secretamente de noche, antes de que Nadal pudiera saberlo.

Y así lo hicieron, o pensaron hacer; porque cuando se hallaban en alta mar apareció sobre cubierta, muy tranquilo, el hijo obediente de San Ignacio. El Padre Vinck asegura que Nadal supo la salida de las naves por revelación.

«MARE NOSTRUM»

CUANDO regresó Felipe II a España, luego de la paz de Château-Cambresis, se preocupó seriamente por los problemas del norte de Africa. La piratería turca y berberisca había adquirido un notable incremento. Los numerosos moriscos refugiados en los pliegues de Sierra Nevada acechaban el momento oportuno para entrar en la ciudad de Boabdil. Las propias Cortes de Toledo llamaron la atención del monarca y le propusieron «*que la parte principal de sus armadas anduviera siempre guardando y defendiendo las costas del Mediterráneo.*»

En estas circunstancias, el conde de Alcaudete el Viejo gobernador de Orán, propuso al Gran Consejo de Castilla una empresa que reprimiría la insolencia de los turcos entrometidos en el *Magreb-el-Aksal* o «extremo occidental de las tierras árabes». Se trataba de apoyar al sultán de Fez, que después de invadir el reino de Tremecén, se había visto atacado por la Sublime Puerta.

El conde vió una ocasión de alejar a sus más feroces enemigos y de reponerse, al mismo tiempo, del desastre que sufrió en Mostaganem hacía entonces diez años.

El Gran Consejo le concedió los refuerzos aunque con alguna dificultad, por no fiarse mucho de tales alianzas.

Con el gobernador de Orán partirían los Padres Pedro Martínez y Pedro Doménech. El primero, aragonés, fervoroso aficionado a la esgrima, ingresó en la Orden movido por los ejemplos y pláticas del Padre Nadal. Y Doménech fué el primer Superior de la Residencia de Toledo.

Ambos se presentaron en Cartagena, donde no fueron muy bien recibidos por don Martín de Córdoba y Velasco, que era el nombre del conde. Este los remitió al coronel del ejército para que les diera destino.

En una galeaza, en la que se hacinaban 800 soldados, se embarcaron los dos sacerdotes acompañados del Hermano coadjutor, Juan Gutiérrez. Tan pobres estaban, que sólo tenían para la travesía bizcochos podridos y en poca cantidad.

Fué providencial para ellos el que don Martín de Córdoba no quisiera llevarlos consigo en su columna de asalto. Porque ésta fracasó más estrepitosamente que hacía dos lustros.

Dispuso el conde que unas embarcaciones le llevaran el convoy a lo largo de la costa, mientras él se internaba hasta los muros de Mostaganem. Pero los corsarios se apoderaron de aquél, mientras que Hassán Pachá, el hijo de Barbarroja, deshacía sus huestes en el desierto. Alcaudete tuvo que emprender la retirada, y murió en las proximidades de Arzen

El Padre Pedro Martínez sería después de unos años el famoso mártir de La Florida.

Con estas victorias de turcos y moros se alarmó sobre manera el duque de Medinaceli, entonces virrey de Sicilia, y concibió el proyecto de atacar a Trípoli aprovechando la ausencia de Dragut, que se hallaba tierra adentro del Africa, luchando contra ciertos reyezuelos de la Berbería. Los caballeros de San Juan y Malta, antiguos poseedores de la plaza, y que se consideraban como la extrema avanzada de la cristiandad, ofrecieron al duque su más decidido apoyo.

Felipe II dispuso que las naves se reunieran en Malta bajo la dirección de don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli.

Zarparon a fines de octubre de 1559, como bien recordaban los Padres Antonio Vinck y Belver y cinco Hermanos que se hallaron presentes; pero las borrascas de otoño y enfermedades derivadas de una mala alimentación, les obligó a regresar a su base hasta el año siguiente.

El 1560 ha quedado marcado con el desastre célebre *de los Gelves*. Contra el parecer de muchos de sus te-

Ostende (1604) donde sucumbieron diez jesuítas



El asedio de Magdeburgo por las tropas de Tilly. Mansfeld y Pappenheim. Detalle de grabado de Mateo Murian



La vuelta del soldado.-(J. Benlliure.)



Gaspar Tovía. S. J. Capellán de la expedición al Beni (Bolivia - 1903.)

nientes, el duque se decidió al abordaje de la isla, pensando que sería una buena cabeza de puente para saltar a la Tripolitania. También podría serle favorable el contacto con los jefes árabes tunecinos.

Pero, entre tanto, había regresado Dragut victorioso, que introdujo en Trípoli varios millares de soldados turcos y pasaba aviso al Sultán de lo que ocurría. A poco partió del Oriente una poderosa escuadra mandada por el almirante Piali

El asalto a los Gelves fué tan súbito e inesperado, que se hizo inútil la resistencia. Apenas si pudieron escapar con vida Juan Andrea Doria y el duque de Medinaceli. Las galeras hispanas fueron destruídas, las guarniciones pasadas a cuchillo o llevadas como rehenes a Constantinopla.

En septiembre de 1563 las Cortes de Monzón reiteraron las apremiantes propuestas de las de Toledo. Había que proteger las costas *«desde Perpiñán hasta Gibraltar o Cádiz, sin ocuparse en otra cosa alguna»*.

El rey de España mandó entonces reunir una flota mayor que las anteriores, de 150 barcos, en la que entraron no solamente españoles, sino también alemanes, flamencos e italianos. Consiguió, por otra parte, la ayuda de los caballeros de Malta y del rey de Portugal.

Por muerte del anciano Andrea Doria fué nombrado jefe de la expedición y almirante del Mediterráneo don García de Toledo, marqués de Villafranca y duque de Fernandina, gobernador a la sazón de Cataluña, quien solicitó del Padre Laínez, general de la Orden desde 1558, tuviera a bien concederle algunos sujetos de la Compañía

Fueron destinados los Padres Juan B. Ribera y el italiano Alejandro Villarreggio, que preparaba su viaje para la misión del Japón, y se distinguiría mucho en las campañas africanas.

El día de la Asunción dejaron los muelles de Málaga para tocar en Cinco Torres de Alcalá. El objetivo inmediato era el *Peñón de Vélez de la Gomera* Esta vez la superioridad de los cristianos sobre los musulmanes era agobiadora. Con todo, creyó Cara Mustafá, famoso corsa-

rio y alcaide del Peñón, que éste sería inexpugnable y que él podría seguir sus habituales correrías al corso. Pero Ferret, renegado que suplía al caíd, se intimidó ante la flota de los cristianos, y mucho más cuando don Alvaro de Bazán comenzó a bombardearle desde sus barcos.

En la noche del 5 al 6 de septiembre abandonó secretamente la plaza con casi toda su gente.

La conquista había sido tan rápida y afortunada, que Felipe II, complacido, nombró virrey de Sicilia al jefe de la expedición. Cuando éste la recordaba, solía decir «que holgaría mucho de tener a su lado en todas las empresas al Padre Alejandro o a otro semejante en espíritu y condición».

«LA ACCION MAS MEMORABLE QUE CONTEMPLARON LOS SIGLOS» (1571)

La isla de Chipre, montañosa y fértil, vigila el paso de los Dardanelos, y, quieran o no quieran, las naves turcas han de navegar bajo las bocas de los cañones cristianos cuando se dirigen hacia el Cuerno de Oro. Esto no podía sufrirlo el orgullo de los muslimes. Por eso, ya en 1570, el Sultán intimó el ultimátum a la señoría de Venecia:

> «Os demandamos Chipre que por grado o por fuerza habréis de darnos; y guardaos mucho de enojar a la tremenda espada, pues la guerra que hará contra vosotros será terrible; no os fiéis de la grandeza de vuestro tesoro, pues se disipará como una corriente torrencial.»

El pendón rojo fué izado en la torre de San Marcos: la República estaba en guerra con el Imperio turco; pero, ¿cómo podría ella sola resistir los golpes de la «tremenda espada»?

Con grande e íntimo consuelo vió el Papa San Pío V que la República veneciana solicitaba ayuda, pues esto le daba esperanzas de resucitar la Liga. Él solo no podría levantarla y mantenerla. Francia hacía años que había traicionado a Europa; Felipe II estaba seriamente comprometido con los asuntos de Flandes y tenía motivos para desconfiar de los venecianos; la presencia de los piratas en los Algarves absorbía todo el poderío naval de los portugueses, y los embajadores enviados a Polonia y Alemania fracasaron, porque ni Segismundo ni Maximiliano querían excitar las iras del temible Sultán.

«El estado de la cristiandad—decía Pío V a los embajadores de España y de Venecia—es de tal fragilidad, que, humanamente hablando, bastaría un soplo para derribarla.»

Pero cuando la flota de Piali-Pachá enfiló la costa meridional de Chipre, todo el mundo cristiano reaccionó consternado.

Chipre y Creta eran los únicos bastiones de la civilización latina en el Mediterráneo oriental.

Marco Antonio Colonna, generalísimo del Papa, se retiró a Ancona para reclutar marinos y soldados, y con él fueron los Padres Juan Victoria, Reginaldo Galesio y Tomás Radio.

En agosto se realizaba la unión de algunas naves pontificias con otras españolas y venecianas Harto trabajo dieron estas últimas a los Padres Carlos Faraone, de ilustre familia siciliana, Próspero Malavolta y Camilo Porcellaga, por las epidemias que prendieron en la gente de remo. El tifus y la disentería multiplicaban las bajas antes de entrar en fuego. Cuarenta mil hombres dicen que perdieron los venecianos en aquellos meses de espera.

Entretanto, Mustafá Pachá no perdía el tiempo. Sus 52.000 soldados caían sobre Nicosia, defendida por Bragadino. Millares de nobles, ciudadanos y labriegos rechazaron con heroísmo un asalto tras otro, aunque los turcos los cañoneaban sin piedad con 80 piezas de artillería. Algunas de ellas enviaban balas de 50 a 100 libras.

El escorbuto, la falta de víveres y los continuos combates y, sobre todo, una sorpresa nocturna, aceleraron la rendición; pero las condiciones de ésta no fueron observadas por los infieles.

En la misma escalinata del palacio que habitaba el proveedor Dandolo fueron degollados los defensores. Veinte mil hombres, acuchillados. Diez mil jóvenes de uno y otro sexo enviados a los harenes del Sultán, de los visires y de los beys.

Y comenzaba el sitio de Famagusta...

«Me dirijo con preferencia al Rey Católico y a la República de Venecia—clamaba el Papa—porque estos dos estados son los más expuestos a las depredaciones del turco y porque, gracias a Dios, he encontrado a vuestros Príncipes en la mejor disposición.»

Los acuerdos se concretaron. España sostendría la mitad de los gastos y nombraría al general en jefe; Venecia, dos sextos, y uno el Papa. Si alguno de ellos era acometido, debería ser socorrido por los otros, y ninguno podría hacer las paces sin conocimiento y asentimiento de los otros dos. La alianza sería perpetua.

Esta fué la *Santa Liga* que el santo Pontífice juró con la mano en el pecho el 24 de mayo de 1571.

Mientras San Francisco de Borja acompañaba al cardenal Bonelli por las Cortes de España y Portugal con asuntos de la misma Liga, quedó el Padre Jerónimo Nadal de vicario general. El Papa le urgió para que, en vista de las inminentes campañas, le hiciera dar un «buen número de religiosos». Parecía que si a otras empresas de menor monta se habían aplicado algunos religiosos con tanto empeño, la colaboración habría de aumentar proporcionalmente con la magnitud de aquella acción gigantesca. El embajador de Felipe II, don Juan de Zúñiga, trató el asunto personalmente con el Papa por encargo de su monarca.

De nada valieron los ruegos del Padre vicario para que se redujera el número de sujetos: ni la visión del campo misionero, ni el recuerdo de tantas casas y obras como sustentaba en Europa la Compañía, con treinta años de existencia. Doce, por lo menos, habrían de embarcarse en la flota cristiana, y de ellos seis de lengua española, para las naves de don Juan de Austria. El Padre Cristóbal Rodríguez fué nombrado capellán y Superior de los demás capellanes por delegación expresa de San Pío V. Este lo conocía de antiguo y lo había llamado alguna vez «hombre apostólico». En tiempos de Pío IV había estado en Egipto para reducir a los coptos, y durante las sublevaciones de los moriscos probó la vida de las galeras en la escuadra de don Luis Requeséns.

Se hallaba este ilustre caudillo en Sicilia cuando se le presentó el Padre Juan de Montoya, provincial entonces, y Juan Pareja, por orden de Nadal. Requeséns aceptó encantado sus servicios y los presentó al inquisidor y capellán mayor, don Jerónimo Manrique, quien afirmó al verlos:

«Les puedo asegurar que cuando Su Majestad me dió este cargo, solamente me atreví a ponerle una condición: que me hiciera dar gente de la Compañía; y a esto ya veo que ha accedido Su Majestad.»

Con los tres Padres arriba dichos llegaron de Roma los Hermanos Francisco Briones y Alonso Bravo, más otro tercero, que no se nombra, los cuales completaban las dos ternas pedidas. En la nave del veneciano Barbarigo iba el Padre Mario Beringucci y el Hermano Nicolás Sorbulo. Y, además de este grupo de la Compañía, franciscanos, capuchinos y dominicos, en un total de 250, completaron el cuerpo expedicionario de religiosos.

Antes de salir al mar ya tuvieron que ejercitar su caridad heroica A principios de septiembre estaban casi todas las naves surtas en el puerto de Mesina, con un contingente global de 80.000 hombres; entre ellos había muchos enfermos, sobre todo españoles y lasquenetes germanos. El generalísimo determinó desembarcarlos, pues eran un peso muerto y amenazaban contagio, pero difícil sería instalar en tierra a toda esa población doliente. El Padre Jerónimo Doménech, visitador en la isla, acudió a remediar tanta miseria, y ya por sí o por medio de personas amigas, consiguió alojamiento, ropas y subsidios en abundancia

Llegaron las naves de la señoría, y el P. Montoya se introdujo en seguida entre sus navegantes, de los que «muchos no se habían confesado la Cuaresma pasada, y otros ni en muchas Cuaresmas».

Mandaba primero dos Hermanos por galera, para que los exhortaran y dispusieran a la confesión; después, con el permiso previo de los capitanes, los llevaba a la iglesia de la Compañía para que pudieran confesarse «con más comodidad, presteza y decencia».

Marchaban estas bandas de galeotes escoltadas por soldados de los tercios. Al llegar al templo, diez Hermanos estudiantes les ayudaban a hacer el examen de su conciencia, repartidos en otros tantos grupos, y en seguida bajaban diez Padres para oír confesiones durante horas y horas. Antes de despedirlos los preparaban con una breve plática para la sagrada Comunión. Esta era, sin duda, la mejor manera de disponer los ánimos para una cruzada religiosa; pero, a pesar de los esfuerzos de tantos Padres y Hermanos, sólo pudieron atender a una minoría de aquella población flotante.

El Padre Cristóbal Rodríguez nos asegura que en la real no quedó ningún hombre sin confesarse, precediendo el generalísimo con el ejemplo.

Llegó la hora de despedirse. El capellán de la real cris-

tiana fué a ponerse a los pies del anciano Pontífice—alma y vida de aquella cruzada—para pedirle su bendición, y de sus labios oyó estas históricas palabras:

«Decid al Señor don Juan de nuestra parte que vaya con buen ánimo y muy confiado en Dios; que procure no haya deshonestidades en la armada ni juegos perniciosos; y que no dude en dar la batalla, porque Dios le dará la victoria, y decidle que Nosotros lo decimos.»

Erguido en un bergantín, contempla el nuncio de Su Santidad el lento desfile de las galeazas, que a remolque abandonan los muelles. Surgen 70 fragatas y 200 galeras, cuyas nacionalidades se distinguen por los colores de las enseñas. Las de Doria, a la cabeza, van coronadas con banderolas verdes, que se estiran a la primera brisa de la mañana. Siguen las de don Juan, que ocuparán el centro de la formación, con insignias azules y el estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe en la real. Se reserva el estandarte del Papa para el momento cumbre. El tercer escuadrón, el de Barbarigo, va detrás, con banderas amarillas, y la retaguardia la forman las naves de don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, engalanadas con banderas blancas.

La noche del 16 de septiembre fondean al otro lado del estrecho, cerca de Reggio. Y al amanecer se ponen de nuevo en marcha.

A ciertas horas del día procuran los capellanes que se reúna la gente de pica y remo sobre cubierta para rezar el Rosario o escuchar la lectura de algún libro piadoso. Allí se ven ejemplares de toda la escala social. Desde el noble vástago de Nápoles o Castilla, que resucita en su alma los fervores de la cruzada, hasta la chusma embrutecida, para la que la vida de galeras es una sanción penal por sus fechorías. A todos atienden los misioneros con la misma caridad, y consiguen que muchos corazones se eleven a Dios sinceramente. Con todo empeño procuran evitar los juegos y abusos propios de la soldadesca.

Naves ligeras escogidas para la exploración informan que el enemigo está al sur de Corfú. La flota hace un alto

en esta isla. Se embarcan unos millares de combatientes y seis piezas grandes de artillería con cantidades de pólvora y proyectiles. Será el último refuerzo que reciba la gran armada. Ya sólo queda salir al encuentro del adversario, que parece replegarse hacia las costas articuladas de Grecia.

La lucha se iba a trabar aproximadamente en el mismo sitio en que Octaviano se disputó con Antonio el dominio del mundo. Tal vez desde entonces no había cruzado el «Mare Nostrum» una formación naval tan impresionante.

Esta era la omnipotente armada con la que tanto había soñado el fundador de la Compañía. En una carta escrita por su secretario, el Padre Polanco, a Jerónimo Nadal, dicta como un general las causas que encuentra para promoverla, ventajas que reportaría, los recursos económicos necesarios para levantarla y Estados y príncipes que la podrían integrar. Y expone con tal convencimiento el plan, «aun con la lumbre sola de la razón», que decía estar dispuesto a gastar en su logro el resto de su vejez, sin temer, «para ir al emperador o al príncipe, el trabajo ni peligro de camino ni sus indisposiciones ni otros algunos inconvenientes».

San Ignacio se adelantó en diecinueve años a la Liga de San Pío V, revelándonos de esta manera su espíritu de político y estratega.

El día 4 arriban a Cefalonia.

Durante la noche, con viento en calma y mar tendida, navegan a velocidad reducida y con los faroles apagados.

Un bergantín de Candía trae la nueva de la caída de Famagusta y de las atrocidades cometidas por Mustafá con mujeres y niños indefensos; pero la noticia, en vez de deprimir los ánimos de los cristianos, provoca un verdadero incendio de impaciencia y coraje; no había sino que vencer o morir antes de permitir tal oprobio.

Como llevan varios días de navegación y ninguna vela

rompe la línea del horizonte, los marineros de don Alvaro Bazán piensa que el turco, amedrentado, rehuirá el encuentro; pero el Padre Montoya intenta disuadirles.

«Habrá batalla—les decía—. No se han retirado por temor, y muy pronto vendremos a las manos.»

Y, en efecto, al rayar el alba del día 6, dos galeras, al parecer griegas, cruzan rápidas el canal de Itaca. Los más entendidos advierten el engaño. Son dos naves turcas de reconocimiento, que al verse descubiertas emprenden la huída hacia el golfo de Patrás.

Amanece el día 7, domingo. La armada de la Cruz avista los islotes Curzolari, a siete millas tan sólo de Lepanto.

El golfo queda el descubierto. Del fondo surge un verdadero enjambre de velas blancas.

—¡Enemigo a la vista!—grita el vigía, que avizora el horizonte desde la altura de un mástil. Entonces, la descubierta se repliega sobre la escuadra de Doria, que manda alzar los remos, esperando órdenes de don Juan de Austria. Este manda izar el estandarte de damasco rojo, en el que campea la efigie del Crucificado.

El hijo de Carlos V y el almirante de Selín II están por fin frente a frente. En las aguas de la Grecia eterna se va a decidir la suerte de Europa y la civilización occidental por muchos siglos.

Bajo la dirección de los cómitres, los marinos abaten y pliegan tiendas, envergan velas, embarcan los esquifes, haciendo un plano inclinado con los dos remos. Se barrunta el combate como una tempestad. Y una febril agitación anima a los buques de la Santa Liga.

Un capitán de galera avisa por un enlace al Padre Montoya que tenga a bien el ir a su nave para oírle en confesión. El capellán del marqués accede; pero no es uno, sino muchos los gentileshombres que, aprovechando la presencia del Padre, y ante la inminencia de la batalla, le piden el Sacramento; hasta que el señor marqués le envía recado por un criado de regresar en seguida, porque decía: «Hago más cuenta de V. M. que de cien soldados que tengo a mi cargo.»

En las naves de don Alvaro de Bazán—según dicen las cartas ánuas de Sicilia—«no se vió un hombre turbado ni mudado de color; antes, todos se mostraron revestidos de una santa alegría, como si el Espíritu Santo animase interiormente a cada uno».

En todas las galeras los pitos de plata de los cómitres daban la señal de «¡Armas sobre cubierta!» Picas, alabardas, arcabuces y mazas se amontonaban en las arrumbadas, mientras que soldados y oficiales se vestían su armadura, petos y coseletes. Los artilleros cargan cañones y amontonan pólvora y proyectiles. Y entretanto, los eclesiásticos cumplen con su oficio de paz recorriendo los grupos y suscitándoles actos de contrición. Los galeotes, que ahora van sin cadenas, excitan mucho su compasión. Les han prometido la libertad si se logra la victoria, pero los Padres les prometen una libertad y recompensas más altas. «Los que mueran, si se arrepienten de sus pecados, gozarán de Dios.»

A tres millas se abre una media luna de 300 bajeles. Ya se divisa el estandarte blanco del Profeta, que lleva, bordados en oro, unos versículas del Corán y el nombre de Allah repetido más de 30.000 veces. Se oyen ya los gritos y alaridos y el estruendo de los atabales. Espectáculo magnífico y aterrador. Aunque no para el Padre Cristóbal Rodríguez, que a punto de romperse el fuego se retira tranquilamente a rezar en la cámara de popa de la real. Cuando sale ya está el enemigo encima, y él, con los ojos iluminados como con el reflejo de una visión, y enarbolando el crucifijo, grita al generalísimo, de manera que puedan oírlo todos:

«¡Buen ánimo, señor don Juan, que las galeras de los turcos no son verdaderas, sino pintadas!»

Y don Juan de Austria, electrizado, recorre los puestos con su Cristo en las manos:

«¡Adelante, hijos míos! ¡A vencer o morir hemos venido! ¡Que el enemigo no pueda preguntarnos dónde está nuestro Dios!»

Dice Thomas Walsh que se siguió un denso silencio en toda la armada, «como el que precede en la Misa a la consagración».

De repente, un trueno largo retumba sobre el mar en calma. Las once. El sol, en su apogeo. La galeaza de Duodo ha roto el fuego.

Y al instante, como si fuera la señal convenida, 120 cañones que disparan a la vez, y un proyectil que pulveriza el fanal de Alí-Pachá. ¡Mal augurio!

Es entonces cuando los religiosos comienzan a entonar las letanías «invocando especialmente los santos de la Grecia». Los criados del señor marqués refuerzan el coro, y a poco, algunos de los soldados. A las invocaciones y a los cañonazos responden los infieles con sus cantos de guerra acostumbrados, con el golpear de las cimitarras sobre los escudos y con el clamor de los cuernos y trompetas.

Antes de que terminen las letanías avisan que han caído algunos. Un proyectil ha cogido de enfilada la crujía y la ha cubierto lastimosamente de heridos. «La oración—dicen las ánuas—se convierte en acción.»

Mucha sangre noble corrió aquella mañana. Hubo barcos en que cayó la mayoría, y puede decirse que nadie quedó sin alguna herida. Los sacerdotes y Hermanos ayudan a los cirujanos a transportar heridos a las cámaras bajas, donde están más seguros de proyectiles. La enfermería propiamente dicha ocupa el décimocuarto compartimiento, pero pronto es insuficiente y se llena el pañol del contramaesre y las camaretas de los oficiales.

> «Mientras duraba la batalla—cuenta el Padre Nieremberg— andaba el Padre Cristóbal procurando el remedio espiritual y corporal de los heridos, confesándolos y poniéndolos a bien con Nuestro Señor para aquella hora, animándolos con sus santas palabras, y haciéndoles curar, acudiendo a esto con tanto cuidado y amor, que no comió bocado en todo aquel día.»

Cada galera tiene orden de atacar a la contraria; pero la de Barbarigo, en el ala izquierda, se ve impensadamente rodeada por cinco de Alí-Pachá. Los arqueros moros lanzan sobre ella un chaparrón de flechas envenenadas, que por su mortal eficacia prefieren a las armas de fuego.

Los dardos silban; se clavan zumbando en las lonas y arboladuras, cuando no rebotan en la armadura o se hincan en carne. Comienza el abordaje y el cuerpo a cuerpo.

Barbarigo, espada en mano, manda el envío de refuerzos a proa, donde han puesto su planta los otomanos La visera de la celada le molesta; se la levanta, y al instante una flecha certera se le clava en el ojo izuierdo y le atraviesa el cerebro. Se desploma. El Padre Beringucci acude en su auxilio y se inclina sobre el moribundo, cuando un saetazo le destroza la rodilla, tumbándole al lado del general veneciano.

Pero el ala derecha de los cristianos, la de Doria, es la que sufre las acometidas más feroces de la Media Luna. En diez de sus buques murieron casi todos los soldados en la primera hora de combate.

El estruendo de los mosquetes, los gritos angustiosos de los que caen al mar para seguir luchando entre las aguas enrojecidas, el tronar de la artillería, y el chapoteo de las olas contra los cascos vacilantes, produce en las venas de los luchadores como una fiebre de sangre, de rabia y de locura.

> «Los Padres de la Compañía, con pecho intrépido y en lo más peligroso de la pelea, andaban de unas partes a otras, procurando con vigilante y pronta solicitud el remedio espiritual y corporal de los heridos, los confesaban y disponían para la muerte, animándolos con sus santas palabras, y haciéndoles aplicar medicinas»—dice Bartolomé Alcázar, historiador de la Compañía.

Las dos reales se han reconocido y se buscan; ya están separadas un cuerpo de galera. Los cuatrocientos arcabuceros escogidos del tercio de Cerdeña, que ocupan las arrumbadas, los corredores de la crujía y los reductos centrales, se arrojan al suelo con sus armas para ofrecer menos blanco a la descarga que se avecina. Cuando falta media eslora de galera para el choque, disparan los cinco cañones turcos. Pero los cañonazos de la real cristiana han sido más eficaces durante todo el combate, porque don Juan mandó cortar los espolones de las naves, y pueden herir los cascos enemigos más cerca de la línea de flotación. Medida original y previsora, que produjo mortales desgarrones en las embarcaciones turcas.

Los genízaros se aprestan al asalto en la proa de la sultana, y en seguida, el encontronazo: un crujido seco de maderas, y las dos naves, enlazadas un momento como dos gladiadores, se bambolean sobre el agua. Hasta el cuarto banco ha penetrado la roda de la real musulmana, más alta que la cristiana, y varios caballeros que rodean a don Juan caen muertos o heridos.

El Padre Cristóbal corre al fogón y al esquife, donde se han producido más bajas. Dos arcabuceros que están al lado de don Miguel de Moncada son aniquilados por el mismo disparo; otro proyectil hace un verdadero desaguisado en la cámara de boga, donde más de treinta galeotes son derribados de sus bancos.

Don Juan hace la señal de la cruz y da la orden de ataque. Entonces, un capitán herido de otra nave, aquel que pidió al Padre Montoya para la confesión, envía a éste el siguiente recado:

> «V. M. de gracia vaya al Señor Marqués encomendándole que haga pasar adelante la galera siguiéndole la victoria.»

El capellán comunicó el mensaje. Ya se acerca la capitana de Bazán al sitio del abordaje. Sus tamboretas van repletas con soldados del tercio de Nápoles, espléndidos tiradores, y el marqués de Santa Cruz—dos arcabuzazos en la armadura—transborda cien escogidos arcabuceros a la nave de don Juan. Pronto comienzan a venir heridos turcos a la enfermería de los cristianos. Los misioneros los atienden con la misma caridad que a los propios y consiguen algunas conversiones. Como la de un Rais (comandante de galera turca), afamado corsario del Mediterráneo, que murió asistido por el Padre Montoya, y la de un compañero suyo, Bamet, que recibió el bautismo y con él la salud del cuerpo.

Alí-Pachá *el Magnífico* cae derribado por la bala de un arcabucero español. Cuentan que otro soldado, también español, lo llevó arrastrando a los pies de don Juan y allí le cortó la cabeza, siendo reprendido por el cristianísimo príncipe. Lo cierto es que hacia las cinco de la tarde ondea en la popa de la real otomana el estandarte de la Santa Liga; sobre el fondo rojo refulge la imagen de Cris-

to crucificado y de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, con este lema: «In hoc signo vinces» (Con esta señal vencerás). No había ningún orificio en la santa enseña, a pesar de que el mástil estaba erizado de flechas como un puerco espín. Los gritos de victoria se cruzan como salvas de barco a barco por toda la formación cristiana, que alcanza más de una milla.

El botín fué riquísimo. Por las olas espumeantes flotaban los despojos de los infieles. Procuraron los Padres que no se empleara todo en saciar la codicia de los soldados, sino que se reservara una parte importante para los más necesitados. Y asi, turbantes y banderas sirvieron de vendaje; mantos y paños de lujo adamasquinados, para cubrir la desnudez de algún pobre guerrero. Con los aspros y cequíes (monedas turcas) que se cogieron a los prisioneros se compraron gallinas para los enfermos, y el puñado de religiosos se quedó en su ejemplar pobreza, sin querer beneficiarse en lo más mínimo con los mezquinos trofeos de la victoria.

Entre todos ellos, llamó la atención el Padre Cristóbal por su manteo descolorido. Don Juan le amenazó un día, bromeando, con tirárselo al agua; pero el Padre le contestó que lo sentiría mucho si así lo hiciera, y aprovechó el momento para improvisar un elocuente sermón sobre la vanidad de las riquezas y de los vestidos preciosos.

Le preguntaron algunos que cómo podía haber dicho con tanta verdad que las naves de los infieles no eran verdaderas, sino pintadas, a lo que respondió sencillamente que «asi le avian parecido y que asi se las ävia representado Nuestro Señor».

El Padre Cristóbal Rodríguez alcanzó en el ejército una gran fama de santidad. Don Alvaro de Bazán decía que a sus oraciones atribuía él en gran parte el éxito de la cruzada; pero el Padre respondía modestamente que más bien se debía a las oraciones y sufrimientos del anciano Pontífice.

Se maravillaban todos de la rapidez con que habían eliminado la pesadilla del turco. Un soldado de don Alvaro de Bazán comentaba con gracia:

«Si delante de nuestro Ejército en el campamento hubieran puesto doscientos pollos, no los hubiéramos pillado tan presto como las doscientas velas de los infieles.»

Pero el Padre Juan de Montoya supo muy bien ponderar a su gente los rasgos providenciales de la batalla para que más se movieran a alabar a Dios que a jactarse de tan gran victoria. Les hizo notar que las horas del encuentro fueron las más favorables, pues tuvieron al sol todo el tiempo de espaldas, mientras que a los otros hería de frente; además, fué providencia el que se diera tan cerca de la costa, pues si el enemigo se ve perdido en medio del mar, resiste hasta el fin desesperadamente; por último, tenían que dar gracias a Dios por la extraña concordia que había reinado entre las diversas naciones de la Santa Liga.

A varias galeras turcas siguieron dando caza los barcos de don Juan, despreciando la tormenta que empezaba a formarse. Otras 15 habían sido ya hundidas e incendiadas; 190 capturadas; 30.000 infieles habían perecido en la refriega, y 8.000 quedaron prisioneros. Fueron liberados 12.000 cautivos.

Fué el 7 de octubre de 1571.

LA ROTA DE ALCAZARQUIVIR

(1578)

TODAS las campañas que hasta ahora hemos relatado se realizaron en el mar o desde la costa, con cabezas fuertes de desembarco; pero una vía de penetración, ancha y profunda, por el continente macizo de los desiertos no se habia intentado hasta la malograda empresa de Alcazarquivir.

Su iniciador fué el arrogante, fantástico y débil rey Don Sebastián, nieto de Juan III y sobrino del cardenal Enrique. Parecía haber heredado todas las ansias conquistadoras de los monarcas que le precedieron.

El Rey Prudente, al que propuso en Guadalupe su expedición, más soñada que planeada, intentó disuadirle de ella, y su general, el prudentísimo y valiente vencedor de Mülhberg, también; pero en vano. La idea de un reino cristianisimo y lusitano en el corazón de Africa era una obsesión para el joven monarca de Portugal.

Injustamente se ha culpado a su preceptor, el Padre Luis González de la Cámara, de haber inculcado al príncipe la pasión por las empresas irrealizables. Ejerció, sin duda, sobre él como preceptor, y más aún como confesor, una seducción innegable; pero siempre le previno contra su carácter, romántico y enfermizo, y le desaconsejó el descabellado proyecto. La mejor prueba de esto la tenemos en la enfermedad que contrajo el Padre Cámara cuando supo que Su Majestad, desoyendo sus consejos, se habia embarcado en Cascaes.

Hizo en Lagos el monarca la primera escala, y desde aqui escribió al provincial de los jesuítas pidiéndole

capellanes para su escuadra. Le enviaron a los Padres Mauricio Serpe, confesor real; Ignacio Martí, predicador de Palacio; Juan Sociro y Alvaro Pereira, y los Hermanos Manuel Soudos y Bras Fernández.

Pero entretanto, el maestro de Don Sebastián adolecía en el Colegio de San Antonio de un mal que los médicos llamaban «melancolía». Una carta que escribió al regio discípulo rogándole que regresara causó en éste tal impresión, que a poco tocaban otra vez las naves las márgenes del «caro Tejo».

El Padre Luis González murió a poco de regresar el rey, y esto le produjo tal sentimiento, que se admiran muchos de sus biógrafos. «No lloró así por la abuela, ni por la madre, ni por la tía, la infanta doña María...»

Pero, a pesar de su llanto, se dió cuenta de que había desaparecido el más fuerte opositor de sus planes. Acabó de confirmarle en ellos la llegada de Abú-Abdalah-Mohammed, apellidado *el Negro*, que pretendía recobrar el trono de Marruecos, y volvía despechado de la Corte de España. Él aseguraba al rey Don Sebastián que nada más poner el pie en la Mauritania se sublevarían las harcas en su favor.

Mil buques transportaban 6.000 italianos, 3.000 alemanes, 1.000 españoles y 13.000 portugueses rumbo al Africa desconocida y salvaje. Desembarcados en Arcila, se dirigieron a la villa de Almenara formados de la siguiente manera:

Al frente, don Duarte de Meneses y los caballeros de Tánger; a continuación, la artillería y la infantería, tanto de tercios nacionales como extranjeros. A ambos lados, la caballería, donde iba el rey con su séquito; y en el centro casi todos a caballo, la gente de justicia y los eclesiásticos. Entre éstos aparecían quince jesuítas, que llevaban al Padre Mauricio Serpe por Superior, y eran Alejandro Villarreggio, Pedro Martínez, Antonio de Brito, Diego de Barros, Fernando del Prado, Francisco de Araújo, Guillermo Fernández, Martín de Melo y Melchor de Oliveira, más cinco Hermanos coadjutores.

Caminaba el ejército hacia la raya del Luccus, en dirección a Larache. La marcha era muy fatigosa, por las irregularidades del terreno y los rigores del sol. De los víveres repartidos para seis días, habían gastado la mi-

tad en uno de marcha. El 31 de julio se presentó en el campamento el capitán español Francisco de Aldana con 500 soldados. Entregó al rey Don Sebastián una carta del duque de Alba con algunos consejos muy prácticos y le regaló, en nombre de Su Majestad, el yelmo con que el emperador Carlos V había entrado vencedor en Túnez.

El viernes 1 de agosto, antes de salir el sol, partió el ejército de Almenara. Durante la marcha, algunos soldados enflaquecidos por la insuficiente alimentación, agotados por las interminables caminatas en las horas más ardientes del día, con vértigos y delirios que provocaba la sed, tiraban las armas y se dejaban caer en el camino. Los alemanes, sobre todo, eran los más sensibles a esta lluvia de fuego. A los que caían recogían los religiosos en enfermerías improvisadas con grandes toldos sobre la arena, y si eran muchos, los traslaban a la villa cercana en las ancas de un caballo o en un carro.

La conquista de Alcazarquivir se presentaba difícil. La ciudad era muy populosa, y a su sombra acampaban diez mil jinetes. Pero no haría falta llegar hasta ella. A quince kilómetros, más o menos, apareció la caballería xerifiana, desplegada en una línea larguísima, capaz de envolver la retaguardia cristiana.

El cuerpo expedicionario siguió marchando impasible, hasta que se oyeron los primeros disparos de la artillería mora; mataron escasamente dos caballos, pero el terror fué grande en la columna invasora, y muchos soldados se tiraron a tierra. Jerónimo de Mendoza admite este hecho, pero niega su explicación. Lo interpreta diciendo que, al aproximarse el ejército de los infieles, «*el Padre Alejandro de la Compañía de Jesús, levantó en alto su crucifijo, a cuya vista se puso de rodillas toda la gente que estaba en pie*». Es cierto, porque lo reconocen los cronistas, que el Padre Alejandro Villarreggio estuvo al frente de un grupo con la cruz alzada por bandera, y animándole con sus arengas a pelear y a morir.

El ejército enemigo era ágil y bien trabado. Conocía todos los caprichos del terreno, y tenía sus ciudades a las espaldas para recibir hombres y abastecimiento. El Padre Martínez escribirá después, desde el cautiverio, que el rey Maluco llevaba consigo 84.000 de a caballo y más de 10.000 escopeteros infantes. Por el contrario, los hombres de Don Sebastián no pasaban de 17.000, y eran muy tor-

pes en la estrategia. Solamente el bagaje cubría una legua de camino.

Segunda vez tronó la artillería contraria, con desconcierto en las líneas propias; pero Don Sebastián, ajeno a cuanto le rodeaba, no se decidía a dar la orden de ataque. Manuel Bento de Sousa explica su situación «por uno de esos eclipses intelectuales propios de los epilépticos, una ausencia, una obnubilación, un crepúsculo».

Sorprendidos y sin órdenes precisas, los artilleros portugueses tiraron al montón; pero, en vez de intimidar a los moros, los incitaron al ataque, y cayeron sobre los reales con gritería espantosa.

Las crónicas y relatos no describen la batalla con un orden cronológico muy riguroso. Los jefes de la caballería cristiana y de los tercios tuvieron que proceder sin plan, movidos por la inspiración del momento.

El Padre Martínez compara este desastre con el día del Juicio, y añade:

> «... luego entró tal pavor entre los nuestros por la mucha y buena arcabucería de los moros, y la nuestra muy floja, que en obra de media hora ellos se hicieron señores del campo, y en obra de dos horas todo fué concluído, y nosotros todos o muertos o cautivos.»

Los moros, aprovechando el desconcierto de los cristianos, acometieron al galope de sus escuadrones, arrasando lo poco que había quedado. Ya todo fué un informe montón y una barahunda: soldados y caballos, carros y bagajes, armas, mochilas, tiendas, todo revuelto, confundido y roto en una vorágine de sangre y polvo. Para mayor infortunio, volaron las municiones de los portugueses, produciendo muchas víctimas en uno y otro bando.

> «Dos veces perdí el caballo—dice el Padre Martínez—, hasta que lo dejé y me vi debajo de los pies de la gente que por encima pasaba. Tanta fué allí la destrucción, que no ponía un hombre los pies sino en un hombre muerto o aplastado o en un caballo o bestia o buey muerto; y, además de esto, allí alanceaban los moros a muchos y los mataban con los alfanjes.
>
> El moro que me cautivó me llevó medio sofocado en

> las ancas del caballo a su tienda; después de esto me vendió a un alcaide de Fez con diez o doce cristianos, atados todos por el pescuezo con un cordel.»

Muchas versiones se han dado sobre la muerte del desdichado monarca. En realidad, no parece que llamara mucho la atención sobre el palenque, ni siquiera a los mismos adversarios. Corrió de un lado para otro, dió gritos, órdenes en el vacío, cabalgadas, acudió al bagaje «como desatinado» cuando vió que perecía, y, por último, lo vieron algunos galopar hacia el río. El Padre tantas veces citado cuenta así lo que él vió:

> «Un renegado se llegó hasta las bridas del monarca para cogerlo cautivo; pero Don Sebastián se defendió hasta la muerte con sus caballeros.»

Su misma suerte parece que corrió su confesor, el Padre Mauricio Serpe.

Otros seis jesuitas fueron arrastrados al cautiverio, y allí se emplearon, en la medida de sus fuerzas, en aliviar la suerte de sus hermanos. El Hermano Baltasar Díaz, que era farmacéutico, presto valiosos servicios; el Hermano Juan Nogueira recorrió la ciudad de Fez pidiendo limosnas para los cristianos.

Pero entre todos sobresalió el Padre Alejandro, «hombre de maravillosa prudencia e industria en todos los negocios graves», que conquistó tanto crédito entre los mismos moros, que éstos le dejaron en libertad, y aun, bajo su palabra, soltaron a muchos. Pero él no quiso regresar a Lisboa hasta mayo del año siguiente, en que pudo llevar consigo un cortejo numeroso de libertos.

LUCHARON CONTRA LOS ELEMENTOS

(1588)

En la flota gloriosa que echaron a pique las tempestades se hallaron veinte jesuítas de la Asistencia española repartidos de la siguiente manera: ocho de Portugal, seis de Andalucía y otros seis de Toledo. De los veinte, desaparecieron cuatro, sin que tengamos ninguna noticia de su última hora. Sus nombres: Gonzalo del Alamo, Damián Gutiérrez, Fernando de Tares y Juan de Ocón. Los dos últimos, Hermanos coadjutores.

Con este dolorosísimo desastre, que privaba al monarca católico de la ocasión de redimir un reino, creció la audacia de los ingleses, quienes, no contentos con atacar las armadas que venían de Indias, invadieron y saquearon el puerto de Cádiz (1596). Este incidente, unido a las llamadas de los irlandeses, que decían estar dispuestos a tomar las armas contra la reina hereje, determinaron al rey Felipe a preparar una segunda flota, aunque de menores proporciones que la primera.

Los 150 bajeles concentrados en el mar de la Paja llevaban a bordo 15.000 hombres a las órdenes de don Martín de Padilla, adelantado mayor de Castilla y conde de Santa Gadea. El Padre general, Claudio Aquaviva, señaló como capellanes a quince sujetos de las cuatro provincias españolas. Sólo seis quedarían con vida; a siete esperaba la muerte en El Ferrol a consecuencia de los trabajos y enfermedades contraídas durante la navegación y los otros dos perecerían en memorable borrasca.

De estos dos últimos, que se embarcaron en la nao aragonesa de Oliste, capitana de Levante, vamos a ocuparnos exclusivamente. Fueron ellos, por el marco heroico de su

agonía, por su reacción entera e ignaciana ante los grandes peligros, los que mejor revivieron la gloria de una tradición castrense inaugurada en las galeras del emperador.

Eran los Padres Jorge Blanier y Rosillo. El primero, de familia noble de Lieja, y adjudicado a la Provincia de Toledo, estudió la Teología en Alcalá. Fué ministro en el Colegio de Oropesa, y de aquí, a la edad de treinta y siete años, pasó a la armada del rey Felipe.

El segundo, de la misma Provincia y escolasticado, se hizo famoso en las Misiones populares. Su campaña misionera y castrense comenzaría antes de soltar amarras.

Ya está bajo cubierta, de noche, cuando se congrega toda la tripulación a la luz indecisa de los lampiones, narrando historias de conversiones o milagros de Nuestra Señora. Aquellos aventureros, que habían recorrido cien mares o los campos de Europa, le escuchaban maravillados. Al final, el Padre levantaba en alto el crucifijo y les exhortaba al arrepentimiento de sus pecados. Los frutos fueron abundantes. Todos iban a ofrecerse a los misioneros para servirles durante el viaje. Muchos se convirtieron, como aquel soldado que llevaba nueve años sin confesarse y vivía amancebado. Algunos expulsaron del navío a las malas mujeres que llevaban consigo, alguna vez disfrazadas de hombres. Y aun comulgaron bastantes antes de lanzarse al mar. Les reservaba éste las más duras sorpresas.

Zarparon, por fin, el 29 de octubre de 1596, a las diez de la noche.

En Portsmouth les aguardaban las fragatas inglesas.

No todos los bajeles tenían el mismo paso, y a los pocos días de navegación estaban divididos como por constelaciones sobre la inmensa planicie. Las primeras brumas se interpusieron entre los barcos y el litoral, y algunos de aquéllos comenzaron a dudar de su situación exacta.

Hacia diciembre creyó la capitana haber rebasado las rías de Galicia, pero erróneamente. El cabo Finisterre se echaba sobre el mar como un espolón temible.

Conforme progresaba la estación, la niebla se hacía más densa, los días más cortos y la mar, en general, más gruesa. Las olas se hinchaban, erguían, crecían como cerros, mientras que los aguaceros se desplomaban, frecuen-

tes, sobre la nave. Pilotos y marineros se pusieron a la defensiva para salvar, al menos, su pobre y terrenal existencia. Unos andaban sobre cubierta agarrándose a las cuerdas para no ser arrebatados por las olas; otros se tiraban a las escotas o sostenían el timón. Todos invocaban a la Patrona de su aldea con gritos desgarradores.

El galeón oscilaba sobre el abismo, se bamboleaba y crujía como quejándose de los empellones que le daba el mar.

Unos bultos negros, borrosos, parecían moverse entre la espuma revuelta. El capitán del barco, don Gregorio de Chinchilla, opinaba ser galeras que corrían cerca de ellos el temporal. Otros, más desorientados, que eran los montes de Cornualles, y algunos pocos—y éstos acertaban—, que eran bajíos traicioneros y que convenía evitarlos adentrándose en alta mar.

Tres horas se pasaron entre incertidumbres, hasta que ocurrió lo inevitable y que nadie quería pensar. Un crujido seco, y el barco quedó fijo, inclinándose un poco hacia un costado. La encalladura. El casco y los mástiles retemblaron al choque y todos se lanzaron a la borda, pensando que el barco se desencuadernaba. Encajonado en el arrecife y sometido a la imponente presión de los elementos, la capitana de Oliste se destrozaba por minutos. Estaban a la altura de Corcubión. Los náufragos lanzaban gritos de suprema angustia y se esforzaban por descubrir una luz en el horizonte. Tan sólo el fulgor moribundo de sus faroles iluminaba siniestramente la arboladura inclinada.

Muchos se echaron al agua, pero se estrellaron contra los salientes de los peñascos; aunque de algunos se dijo después haberse salvado sobre una tabla.

El capitán Chinchilla hizo ademán de seguir la suerte de estos temerarios, pero un Padre le tiró de un brazo y le mostró en la oscuridad los cuerpos de los ahogados.

«Aunque era un galeón fuerte como un castillo, lleno de portillos, se deshacía en pedazos como si fuera vidrio, y era tan temible la tormenta y las ondas del mar que en él entraban, que arrebataban a muchos de la placa del navío; por lo cual, los Padres se recogieron en la popa con casi todos los caballeros.» Allí levantaron el crucifijo como señal de combate contra las iras del mar y les animaron a confiar en el cielo. Un golpetazo enorme levantó en vilo el barco y abrió una vía de agua irreparable. Se

aproximaba el fin aceleradamente. Pero aquel golpe fué también fortuito, porque a su impulso se inclinó el palo mayor, larguísimo, hasta tocar con su punta en tierra, y así se encontraron con un puente improvisado para alcanzar la costa. Cruzaron por allí 150 de los 800 que componían la dotación del buque. Algunos que se habían encaramado a las jarcias se encontraron en salvo sin gran esfuerzo. Pero el puente aquél, golpeado violentamente por el mismo oleaje que lo había formado, se redujo a astillas con trozos de cuerda y lona.

Un superviviente, don Juan de Avellaneda, contó en una carta a su amigo Francisco de Silva lo que le ocurrió aquella noche con los dos jesuítas. Su fecha, 28 de diciembre, está muy próxima a la tragedia.

Avellaneda se puso al servicio de los religiosos con estas palabras que él mismo escribe:

> «—Padres, vénganse conmigo, que yo los salvaré.
> —Hermano—le respondieron—, sálvese, que nosotros no hemos de salir de aquí hasta que veamos confesados y puestos en camino de salvación los que aquí están, que son más de trescientos hombres.
> Se volvieron a la gente del navío, y le dijeron:
> —Ea, hermanos, tomen ánimo y confiésense, que aquí parte una muy dichosa barcada para el cielo.
> Y al acabar de decir esto, vino un golpe de mar que los anegó.
>
> Decían que con ser la noche tan oscura veían los rostros de estos dos siervos de Dios con claridad y los crucifijos se veían a distancia.»

Concluye el capitán Avellaneda con estas líneas:

> «Digo esto a V. M. porque se holgará y porque responda cuando le digan algo de la Compañía.»

Un último embite rompió la popa, y el agua entró arrolladora en el galeón vencido. Los que aún quedaban vivos, al verse en medio del agua, comenzaron a invocar a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen.

El capitán Chinchilla se echó al mar en cuanto vió que el piso cedía bajo sus plantas y se salvó asido a un madero, juntamente con don Luis Carrillo de Carvajal.

Los cuerpos de los jesuítas, pasados varios días, fueron reconocidos por unos oficiales de la nave perdida, quienes los enterraron en una iglesita que está junto al Sardinero.

Fueron recuperados sus crucifijos, que se entregaron, el uno, al Colegio de Santiago, a petición de sus padres; y otro, a don Luis Carrillo y su mujer, gobernadores de Galicia. Una imagen de Nuestra Señora que perteneció al Padre Rosillo fué donada a la condesa de Altamira, nieta de San Francisco de Borja.

Son testigos de lo narrado el capitán don Luis Carrillo de Carvajal, del hábito de Santiago, y don Juan de Acuña de Ubeda, más el capitán don Gregorio de Chinchilla, que dió noticia en muchas partes de este suceso.



II.-FLANDES

EL SITIO DE MASTRICHT

(1579)

Desde el alba al ocaso se trabaja afanosamente en los dos partidos. El de Farnesio, por aislar la ciudadela, según su vieja y acreditada costumbre. Los de dentro, por hacerla inabordable a los soldados de los tercios, «los más admirados y temidos de Europa», al decir de Rüstow (1).

No era el gobernador de Mastricht, un Schawarzenberg, demasiado perito en las artes militares, pero tenía a su servicio a un ingeniero magnífico, Sebastián Tapin, que se había entrenado con La Noué defendiendo La Rochella.

Tapin fué un organizador admirable de actividades. En vez de desechar al elemento civil, como suele hacerse en estas ocasiones, se sirvió sabiamente de él para sus planes, y aun admitió dentro de sus muros a las bandas de campesinos que erraban por el campo evitando la caballería de Octavio Farnesio. Tapin había acumulado grandes cantidades de víveres, y no le importaba el que la población actual de 30.000 habitantes, más la guarnición de 1.200 soldados, se viera incrementada por más de 3.000 aldeanos sufridos y diestros para el trabajo.

Aun de las mujeres se valió para consolidar los muros, levantados en la primera mitad del siglo XVI, y los torreones; y, además de esto, elevó los reparos, construyó revellines delante de las puertas, practicó casamatas en los flancos de los bastiones y hornillos de minas en la contraescarpa con toneladas de pólvora. En la muralla

(1) *Geschichte der Infanterie*, t. 1, p. 213.

mandó abrir falsas puertas que no fuesen advertidas de los asediantes y a ellos les permitieran salidas inesperadas. Dentro amontonó barricadas, cuñas, semilunas, todos los inventos que le sugería su espíritu inteligente y su experiencia larga.

La situación del ejército atacante era muy diversa. A Farnesio le faltaban trabajadores. Y su espíritu agudísimo y emprendedor también le inspiraba a él un sin fin de recursos técnicos para derrocar la plaza. Había que construir dos puentes para enlazar los dos cuerpos de combatientes divididos por la raya del Mosa. Estos tenían que sujetarse en los extremos, como por bornes, por dos profundas trincheras, excavadas en la misma orilla. Con esto y cuatro fuertes por el lado en que el campo enemigo podría recibir refuerzos, estaría completamente cercada la ciudad de los herejes.

Pero Farnesio no tenía manos para tanta obra de ingeniería. Las patrullas de caballería sólo consiguieron arrastrar a 300 habitantes de las granjas vecinas, mal dispuestos con los españoles, que se escaparon en la primera ocasión propicia. Es verdad que Pedro Ernesto de Mansfelt, gobernador de Luxemburgo, le había ofrecido unos millares de obreros, pero éstos no venían... Y el príncipe de Parma, sin esperar más, se lanzó él mismo al trabajo, como antes en Sicher y Philippeville, y dentro de pocos años en la Termonde. Su ejemplo mueve y conmueve a los gentileshombres, caballeros y grandes de España, que empuñan el almocafre, acarrean espuertas e inclinan la frente sudorosa sobre la zanja incipiente. El ejemplo multiplica las fuerzas y la resistencia de aquellos soldados, que antes se afrentaban con tales faenas. Agarran las azadas con el mismo fervor con que empuñaban las picas. Con ellos se mezclan algunos eclesiásticos y un sacerdote joven, de color enfermizo, que parece estar excavando su propia sepultura.

Bastaron dos días de trabajo para que los puentes, formados por barcas sólidas, encadenadas, tuvieran ya sus trincheras defensivas y los *fuertes proyectados*. Bajo la dirección de Juan Bautista Plato y Propercio Barozzi, se alzaban arrogantes a ambos lados de la ciudad.

El cansancio era notable y había que dar reposo a la gente antes de lanzarla contra el muro.

Capitanes, alféreces, sargentos, jefes de escuadra, gentes de justicia y soldados formaban una corona silenciosa en un ancho claro que dejaban las tiendas como una plaza. En su centro había un púlpito original, pero muy castrense, formado por un gran tambor sobre el que se había atravesado una tabla casi cuadrada. Y encima se hallaba el sacerdote descolorido de la escena anterior, que ahora, predicando, parecía transfigurarse. A pesar del pedestal, se advertía que era de poca estatura; vestía como los clérigos de la región, con una faja ancha y negra por la cintura, y llevaba en la mano un Cristo sencillo de misionero. Su descanso, después de las duras fatigas del campamento, era hablar a los soldados de las cosas de Dios; y éstos le escuchaban con honda veneración y con profundo respeto. Hombres de bravíos impulsos y pasiones enormes, pero de una fe sincera, inexpugnable, que cuando llegaba la hora sabían entregarse a Dios. Se consideraban como los voluntarios del Papa, llamados a exterminar la herejía, y la presencia del jesuíta en los reales les era simpática y familiar.

Algo o mucho sabían ya de él. Habían oído que era natural de Toledo, que don Juan de Austria, al que asistió en la muerte, le introdujo en los ejércitos, y que había brillado como teólogo en Lovaina; aunque, en realidad, Juan Fernández, éste era su nombre, sería siempre más famoso por Amberes y Mastrich que por Lovaina.

Una paloma que habían cogido por aquellos días llevaba en el ala izquierda un billete del príncipe de Orange, en el que prometía refuerzos a los sitiados para el 15 de abril. Alejandro Farnesio tenía que adelantar la fecha del desenlace. El 8 de abril quedó señalado para el asalto general.

La vigilia reunió a los coroneles y maestres de campo y les anunció que debían estar dispuestos a marchar al día siguiente temprano con sus tropas.

Los soldados fueron confinados en sus cuarteles y se prepararon para el combate limpiando sus armas, redactando su testamento o marchando de una a otra tienda para despedir a los amigos.

O buscando al misionero para borrar sus pecados.

Todo estaba preparado: las trincheras habían sido alargadas hasta el foso mismo de la ciudad; las minas,

a punto de estallar, y la artillería, en posición. Era ésta abundante y poderosa. Estaba formada por 50 grandes piezas, más otras muchas de menor calibre; pero daba pena el ver que una de aquéllas se veía precisada a señalar con su terrible boca a una imagen de Nuestra Señora con el Niño, puesta por los herejes en el lugar más visible del almenaje. Aquella imagen parecía pedir a los bravos infantes de Su Majestad Católica que fueran a rescatarla.

Juan Fernández la vió y se acercó a un alferecillo de muy buen ver que despreciaba los sermones del jesuíta.

—¿Quién no tiene ánimo para rescatarla?—le dijo—; hacedlo, y a sus pies daremos gracias por la toma de Mastricht.

A lo que respondió el alférez, que era Alvar de Mirabal:

—*¡Jamás pise yo tierra de Castilla si ese Juan Fernández no tiene por más fácil escalar un baluarte que echar una absolución!*

Al amanecer del día 8, las baterías situadas ante la puerta de Tongres y Bois-le-Duc comenzaron el bombardeo. Dos columnas de asalto se preparaban para la escalada: la primera estaba formada por gentileshombres, aventureros o voluntarios, que habían seguido a Farnesio a su salida de Parma, y que capitaneaba Fabio Farnesio, caballero de Malta y pariente del príncipe. La otra, que atacaría por la puerta de Tongres, la integraba el tercio llamado de la Liga, porque había combatido en aguas de Lepanto. La mandaba el español Hernando de Toledo

Cuando pareció que el destrozo de la artillería era suficiente, se lanzó la infantería al asalto. Los primeros en encaramarse a la brecha fueron dos gentileshombres de Italia y de la casa de Parma, que perecieron al instante. La brecha era demasiado angosta y el frente sobre el cual los asaltantes se desplegaban demasiado largo, lo que engendró una confusión y desconcierto extraordinarios.

Andrés de Prada escribió: «El asalto se dió lo más desordenadamente que nunca se ha visto.»

Entretanto, los defensores tuvieron el trabajo fácil. Con espadas, picas, mosquetes y aun fuego, agua hirvien-

te y piedras, rechazaban a los españoles que intentaban subir por las escalas arrimadas al muro. Los campesinos manejaban la cuchilla como si estuvieran segando. Las mujeres precipitaban círculos de fuego artificial que aprisionaba a dos o tres soldados a la vez y los hacían caer, contorsionándose, sobre las piedras que los cañones habían arrancado.

Un testigo ocular describe así el espectáculo que se ofreció a su vista:

«Era cosa para llorar el ver los que habían sido heridos por el fuego de la artillería, mosquetes o arcabuces. Al uno le faltaba una pierna, al otro un brazo; en uno se veían las entrañas saltar del cuerpo; en otro, la mitad de la cara había desaparecido. Otros morían en las manos de los que les transportaban. Otros tenían heridas extrañamente repartidas por otro cuerpo» (1).

En este momento llegó un caballero a toda prisa, gritando:

«¡Victoria! ¡Victoria! ¡Santiago! ¡El tercio de Lombardía está dentro de la plaza!» Pero era sólo una astucia para levantar los ánimos, que decaían por momentos. Los soldados veían, por la ferocidad y ardimiento de los defensores y el gran número de claros abiertos entre sus filas, la hecatombe espantosa que se avecinaba.

Los rumores llegaron pronto a oídos de Alejandro Farnesio. Figueroa le hizo saber que en la puerta de Bois-le-Duc las pérdidas eran terribles y que no se avanzaba. Por otra parte, Hernando de Toledo le comunicaba que su tercio—el de Lepanto—era rechazado ignominiosamente. El general hervía de rabia y de coraje. Él, que hacía sólo ocho años había abordado una galera del terrible Pachá, quiso hacer un esfuerzo supremo: agrupar los soldados que quedaran vivos, ponerse él mismo a la cabeza de ellos, arengarlos, inflamarlos, encender otra vez los cañones...; pero los oficiales le hicieron ver la locura de aquel ataque desesperado, que sólo conseguiría consumir las reservas. Se contaban 150 oficiales españoles muertos y 200 heridos; unos 100 de las otras naciones, y 12 gentileshombres de Italia. Ante tales pérdidas de su vanguardia, Farnesio se vió forzado a tocar a retirada; pero no cesarían con ella las calamidades. Cuando los soldados se replegaban desordenadamente buscando el am-

(1) Paolo Rinaldi: *Liber relationum.* f. 60.

paro de gaviones y parapetos, un gran depósito de pólvora hizo explosión, tocado por el fuego de los defensores o tal vez por una imprudencia de los artilleros. La expansión de los gases lanzó por el aire hombres, piedras, armas y miembros humanos, que encontraron su tumba en el foso siniestro de la ciudad. En él habían quedado sepultados más de 1.000 españoles con veinte capitanes. Entre ellos, Fabián Farnesio, primo del general; el conde de San Jorge, el marqués de Malaespina, el conde de Mondoglio. La flor de la bravura hispana.

El Padre Juan Fernández también había desaparecido, pero nadie se atrevería a decir que hubiera caído en la funesta fosa. Alejandro Farnesio hizo indagaciones, pero sin resultados. Durante el asalto lo habían visto transportar heridos sobre sus hombros, socorrer a los que caían al pie de las escaleras; pero desde la última detonación, la más horrenda de todas, nadie podía dar cuenta del jesuita. Por fin, un viejo soldado dijo que se había acercado a él para informarse minuciosamente de las salidas del campo.

—¡Vedle ahí, vedle!—gritaron muchos, señalando su silueta a las orillas del foso.

Aquel era. Allí estaba el Padre Fernández, sin armas ni armadura, bordeando tranquilamente la zanja, que todavía humeaba como un volcán que poco a poco se extingue. Los soldados católicos le gritaron ante la inmensidad del peligro... En seguida, un disparo de falconete. Y el Padre siguió impávido, rozando los límites del foso y de la muerte. Sonó otra descarga; ésta más recia, mejor dirigida, y el temerario capellán de los tercios rodó pesadamente hasta el fondo. Los gritos de triunfo resonaron más allá de los muros, donde burgueses y aldeanos, soldados y mercaderes, celebraban la victoria alcanzada sobre las huestes de Felipe II.

Sobre las tiendas del príncipe, por el contrario, se cernía una nube de luto y de tristeza. «Se deshacía de dolor —dice Pablo Rinaldi—no tanto por las pérdidas sufridas como por la vergüenza.»

Llegó la noche. El Padre Juan Fernández, que no estaba ni muerto ni herido, comenzó a rebullirse. Se incorporó lentamente y miró a su alrededor. La sombra cubría el espanto de aquella fosa repleta. Por el tacto comenzó a orientarse, hasta dar con el primer bulto humano, y entonces le dijo muy quedo:

—Hermano, ¿vivís? Soy el Padre Juan Fernández, que viene a confesaros para que salvéis vuestra alma...

Pasaba a otro y le repetía las mismas palabras. A uno tiraba de un brazo, a otro de una pierna; alguna vez tuvo que remover los cadáveres para dejar a un infeliz al descubierto.

Cuando comenzaba a despuntar el día había confesado a cuarenta y dos. Trepó la escarpa con gran trabajo y quiso introducirse secretamente en su tienda; pero las avanzadas lo habían visto y reconocido por su veste talar, que iba salpicada con sangre ajena. Y en seguida empezaron a dar gritos de júbilo para que acudieran todos. Los soldados se alegraban más que si hubieran recuperado un castillo; pero su admiración llegó al último extremo cuando adivinaron por el incidente del falconete de la tarde anterior y los manchones de sangre y lodo cuáles habían sido las intenciones del Padre.

Llamaron a Farnesio, quien, a pesar de tener su cuartel general en el castillo de Peterheim, a media legua de Mastricht, visitaba con frecuencia los campamentos. Acudió al punto al trote de su hacanea. Nada más divisar al religioso, se apeó, le cogió la mano, se la besó con respeto y le obligó a montar su propia cabalgadura, diciendo:

—Subid, Padre Juan Fernández, y encaminaos a mi tienda, que allí encontraréis apercibimiento.

Y volviéndose a Mirabal, que con otros jefes había acudido al sitio, añadió:

—Y vos, Alvar de Mirabal, tenedle el estribo y confesad que esta vez *fué mayor hazaña echar una bendición que escalar un baluarte.*

A nadie podía extrañar que por la tensión de aquella noche, precedida de una horrible jornada, la humedad del foso y el exceso de trabajo, hubiera caído enfermo el

capellán de los tercios. Estaba recogido en su tienda de campaña, que sólo se distinguía de las demás por una cruz que remataba el techo. El Hermano Vicente de Zelande, que le atendía, le tenía al tanto de la campaña, y se consumía el impaciente enfermo al saber que había estallado una mina cerca de la puerta de Bruselas, con mil heridos, y que él no estaba presente; que en una carga de la caballería habían sucumbido muchos gentileshombres sin que pudiera valerles.

Por fin no pudo más y le dijo al Hermano resueltamente:

—¡Pues tengo de ir allá!

—Pero, ¿cómo, Padre mío, si apenas podéis moveros?...

—No importa; vos me llevaréis...

Y como el Hermano pusiera cara de asombro, añadió el Padre para convencerle:

—Y no os asustéis por lo que digo, que así se hizo llevar una vez un santo por caridad con el prójimo.

Movido el coadjutor por este argumento, cargó con el celoso misionero, que en seguida quiso dirigirse a las tiendas de los cirujanos, donde había mayor número de heridos. Para la marcha se agarraba a la cabeza del Hermano Zelande; pero aunque pequeño y enflaquecido, pesaba más de lo que éste hubiera deseado, y tenía que llevarlo apoyándose en un bastoncito y con no poco trabajo. Mientras el Padre oía una confesión, acertó a pasar por allí el conde Aníbal Altemps, que mandaba a los alemanes. El Hermano se acercó sin encogimiento y le expuso la situación en que él y el sacerdote se hallaban. Entonces, el conde ordenó al Padre que se subiera en su propio caballo para mayor comodidad en su ministerio. Tuvo que aceptar, aunque no sin resistirse un poco. Dos soldados le daban escolta, y el Hermano Vicente Zelande, muy satisfecho, le llevaba las bridas.

El primero en reaccionar ante el aparatoso desastre del mes de abril, fué el príncipe de Parma, gobernador de los Países Bajos. A la entrada de su tienda reunió a sus maestres de campo y coroneles y les arengó con tal persuasión, que logró reavivar en sus almas la llama del entusiasmo. «*La adversidad se vence con la generosidad... ¡Dejad hacer a Dios y a mí!*»

Mientras tanto, los soldados, que recibían las pagas con mucha irregularidad, y que llevaban dos meses de sitio sin compensarse con el botín, comenzaban a sentir los efectos del hambre. Se deslustraban los brillantes uniformes de que tanto se preciaban.

Y aquí era donde se esperaba más de la caridad inagotable e ingeniosa de nuestro Padre Fernández. El capellán gozaba de prestigio en el campamento por sus sermones. afanes apostólicos y, sobre todo, por su vida santa, que no se podía ocultar. Siempre le habían conocido con su sotana raída y su crucifijo al pecho; siempre se alimentaba a base de gazpachos, que decía le sentaban muy bien. Por eso conquistó un raro ascendiente entre los mercaderes de la comarca, fabricantes de paños, tapices y cerveza, que acudían al misionero castellano para librarse de sus inquietudes. El Padre Juan Fernández puso toda su fama al servicio de sus hombres. Consiguió fuertes limosnas, y con ellas, y por medio de un administrador seglar, adquirió calzas, jubones y camisas para los más desheredados, y aun regalos para los enfermos.

Pero el mayor donativo lo consiguió en el campamento mismo. Para solaz de la tropa, admitió Farnesio en los reales a una especie de mago o brujo que poseía el arte difícil de los encantamientos. Lo supo en seguida el misionero, y dijo que si no expulsaban a aquel representante del diablo, él se iría de los campamentos. El príncipe despidió al hechicero; pero para contentar a los señores que se lo habían enviado, le regaló una cadena de oro, un caballo y otros objetos, cuyo valor llegaba a los 2.000 ducados.

—¿Cómo...?—preguntó, indignado, el Padre cuando lo supo— ¿Qué habéis dado 2.000 ducados al demonio? Pues bien será que ahora deis 4.000 para Dios, y si no, que tengo de marcharme del campamento.

El de Parma se los dió, y aún quedó muy alegre de haber comprado a tan poco precio su presencia entre los soldados.

Para ellos vivía el héroe del foso de Mastricht. Para ellos era su oración, sus ayunos, su indómita resistencia al frío y su paciencia en las privaciones de la guerra larga en tierra extranjera. Para ellos y por ellos se levantaba siempre a orar a la medianoche, aun cuando la helada endurecía los canales, y se sentaba después sobre su lecho de pajas a cantar los salmos de Nuestra Señora.

Para asistirlos podían llamarlo a cualquier hora del día o de la noche.

Vinieron unos en el tiempo de su única comida al día, y el Hermano los despidió por parecerle el momento demasiado inoportuno; pero el Padre, que había oído la conversación, salió al instante y riñó al Hermano por la poca cortesía que había usado con los soldados. Después le explicó que por la mucha inconstancia de estos hombres, cualquier ocasión era buena para ayudarles, y que no quería que le dijesen a él el día del Juicio:

—*«¡Traidor, que por comer a tu gusto dejaste perder las almas!*

«LA MISION CASTRENSE»

ESTA «Missio castrensis», misión de los campamentos, creada por iniciativa y voluntad de Alejandro Farnesio, constituye uno de los capítulos más curiosos en la historia del apostolado militar de la Compañía. Farnesio la promovió porque le pareció necesaria para evitar desórdenes en los ejércitos acampados y para restablecer la disciplina en todo su vigor; y si llamó a los jesuítas. fué porque había visto que el duque de Alba, Requeséns y don Juan de Austria se habían servido con frecuencia de ellos.

Él mismo tuvo ocasión de conocerlos en la persona de Tomás Sailly. Fué éste un jesuíta de Bruselas que le había llevado una misión secreta del rey de Rusia. Desde entonces se quedó tan admirado de su prudencia, tacto y espíritu desinteresado y sobrenatural, que lo escogió como confesor. Su ejemplo fué seguido por cortesanos, gentileshombres y oficiales: el jesuíta estaba incorporado a la familia militar de Flandes. Hombre de extraordinario temple como los quería el expugnador de Mastrich, que para entrar en la Orden de San Ignacio se había ido andando desde su patria hasta Roma. Con el príncipe de Parma le tocó estar en el campo de Orsay, y cuando lo hirieron en Candebecq. Le seguía a las aguas del Spa.

Capellanes había habido algunos en Flandes; pero éste falló, porque se espantaba de la arcabucería; aquél, porque no resistía una vida tan dura o por falta de acomodación a la gente de armas, y aun alguno tuvo que ser apartado del campamento por estar contagiado de herejía.

Los jesuítas belgas ofrecieron al gobernador de los Países Bajos, durante más de un siglo, la leva de apóstoles

que necesitaba: hombres crucificados al mundo, dispuestos a compartir el pan y la pobreza de los soldados. Llegaron de tal manera a organizarse, que formaron un cuerpo estable, oficialmente constituído el 12 de noviembre de 1587: «Missio castrensis». Farnesio le concedía los mismos privilegios, franquicias y exenciones de que gozaban los demás de la Corte.

De los colegios salieron doce Padres y doce ayudantes, entre los cuales se contaba algún candidato a la Compañía. Tomás Sailly y quedó nombrado Superior de la misión, y dependía directamente del Provincial, como un rector.

El duque de Parma, al principio, los admitió a todos en su casa, manteniéndolos a sus expensas, hasta que los hizo inscribir en los libros reales como a auténticos militares; pero en vez de sueldos les asignó limosnas fijas, que alcanzaban los 250 escudos de oro al mes. Cuando Felipe II tuvo conocimiento de esta nueva milicia de sacerdotes se sintió complacido.

Fué en el seno de la Orden donde brotaron las primeras dificultades. El Padre Provincial veía serios inconvenientes para la vida de observancia regular; pero el visitador, Padre Manareo, le quitó los escrúpulos con estas palabras:

> «Es la voluntad de Farnesio conservar a nuestros Padres en su ejército, y su presencia hace bien.»

Y después de trazar el retrato del buen castrense, concluye con estas palabras:

> «... porque el campamento requiere un hombre integérrimo, entusiasta, despierto, hábil, robusto y paciente.»

Algunos de los colegios existentes en Bélgica son un vestigio de esta misión. Escribía Tomás Sailly en su diario de la casa de Bruselas (1603):

> «Los nuestros querrán abrir aquí un colegio en seguida; que no olviden nunca que lo deberán en buena

> parte a los rudos trabajos y a la sangre extendida por sus hermanos de los campamentos.»

En esta ciudad habían establecido sus cuarteles de invierno. Pero cuarteles o colegios, estos centros fueron los verdaderos diques en los Países Bajos contra la inundación de las herejías. Así al menos pareció entenderlo Alejandro Farnesio cuando escribía a Felipe II en 1580:

> «Señor, deseaba V. M. que mandase construir una ciudadela en Maestricht; pero yo he opinado que un colegio de jesuítas sería una fortaleza más propia para defender a los habitantes contra los enemigos del altar y del trono, y en ese concepto lo he mandado construir.»

Poco a poco, la misión se fué dando a conocer y aun atrajo vocaciones a la Compañía. El Padre Coster, que al principio se opuso a ella, fué el autor de su reglamento, completado después por Oliverio Manareo. Se insistía en que los Padres castrenses tenían que circunscribirse a sus ministerios, rechazando todos los asuntos meramente políticos o militares. El entusiasmo cundía por toda la provincia. Juan Walter Wiringo, profesor en Lovaina de Medicina, escribió un tratado práctico sobre su especialidad para uso de los Padres acampados. El Padre Sailly hizo imprimir manuales.

Se fundó una Congregación de la Santísima Virgen y una Cofradía del Santísimo Sacramento, a la que concedió muchas indulgencias Sixto V. Sus miembros, entre los cuales figuraba el mismo Farnesio a la cabeza de sus oficiales, se comprometían a comulgar por lo menos cinco veces al año y a acompañar al Santísimo cuando lo llevaran a los enfermos.

Como a los siete años de fundada la misión había veinticuatro Padres en ella, el Padre Claudio Aquaviva se alarmó un poco, pensando que eran demasiados los que vivían fuera de sus comunidades; y aun estuvo a punto de suprimirla del todo; pero fueron tales y de tanto peso las razones que le dió el Padre Provincial, que la misión se mantuvo.

«Según vuestra orden—le decía—, he sometido la cuestión a mis consultores, y han estado unánimes en pronunciarse por el mantenimieto de la misión. Por otra parte, nunca el gobernador general consentirá en la supresión, y sin su asentimiento no se puede ni soñar en ello. Esto sería un grave mal para la Compañía. No se dejaría, en efecto, de atribuir al deseo de sustraerse a un ministerio lleno de fatigas y peligros.»

Insistió el general en que al menos se disminuyese el número de sujetos; pero dos meses antes había recibido el Padre Sailly un Breve elogioso de Clemente VIII (1599).

Esta es la famosa *Misión castrense,* tan ardua pero tan fecunda, que enamoró al joven Juan Berchmans, estudiante jesuíta del Escolasticado Romano. Fué ésta una perspectiva de su celo, un horizonte que iluminó etapas grises de vida común y estudio. Con la idea de ayudar un día a los soldados que morían en el campo de batalla, se aplicó con fervor al aprendizaje de las lenguas, en especial del francés.

Los había conocido. Un día de fiesta, cuando los escolares se dispersaban por las calles y plazas de Roma para enseñar catecismo, Berchmans fué a dar en una piña de mílites divertidos que bebían y jugaban en el barrio de Nuestra Señora del Monte. Parecía que no iban a hacerle caso. Pero él se encomendó a la Virgen, se subió a una mesa de la taberna y captó la atención de los soldados desde el Avemaría. Dice su compañero el Padre Chellini que «acabada la prédica, todos le acompañaron hasta el colegio con mucha quietud y reverencia» (1).

El santo de Diest, por su carácter vivo, generoso y emprendedor, hubiera sido un apóstol modelo en los campamentos; pero murió a los veintidós años en el Colegio Romano el 1621. La fecha en que Epernon ponía sitio a la Rochela, baluarte de los hugonotes; y el emperador vengaba viejas afrentas en la Praga reconquistada; y Felipe IV de España preparaba hombres y dinero para mandarlos a Holanda.

---

(1) Cros: *Vie de St. Jean Berchmans* (París, 1894), p. 297.

EFEMERIDES IMPERIALES

1600.—La Misión está a punto de desaparecer. El Padre General consigue de los duques que el número de capellanes se reduzca a la mitad.

Los enemigos de la Compañía de Jesús en la Corte quieren hacer ver a S. M., que sin los jesuítas, la asistencia religiosa estará suficientemente asegurada, y, por otra parte, de su supresión se seguiría una notable economía en el Tesoro.

Es Ambrosio de Spínola el que sale a la defensa de la Misión y desbarata las intrigas con tanta brillantez, que la salva por muchos años.

El dos de julio mueren tres jesuítas en Nieuport.

El Padre Provincial escribe una carta emocionante al superior de los Capellanes, mandándole que exhorte a sus súbditos a la prudencia.

Pero en el sitio de Ostende caen diez.

1614.—Se moviliza la Misión a favor del marqués de Spínola.

Wezel se toma y cinco sacerdotes y dos hermanos coadjutores establecen una residencia temporal. La población permanece hostil, por lo que los castrenses se dedican sólo a las fuerzas de ocupación.

1621.—Toma la Misión a su cargo el Padre Herman Hugo, confesor de Spínola.

1623.—La infanta Isabel confía a los jesuítas flamencos el cargo de capellanes de la artillería que tenía sus cuarteles en Malinas. Este ministerio reclamaba mucha virtud en los religiosos, pero ellos se entregaron

con tal fervor, que en él hubieran permanecido toda la vida si la obediencia lo hubiera consentido.

1624.—Calcada en la Misión de tierra, funda Spínola la Misión naval, que la Reina Gobernadora encomienda a los Padres de la Compañía.

Un Privilegio Pontificio concede a los reyes la facultad de escoger libremente a los capellanes del Ejército y la Armada.

De acuerdo con el Padre Provincial, Santiago Van der Straeten, los «Padres Navales» no subirán a las galeras corsarias, sino solamente a las reales.

La Misión radica en Dunquerque, cuyo rector asume su dirección con el título de «capellán en jefe de la flota y del Almirantazgo».

El número de capellanes será igual al de navíos de alto bordo que tomen parte en la expedición. Dos capellanes quedarán en el puerto de amarre para servicio de los que allí se concentren.

Periódicamente visitarán las estaciones de Ostende y Nieuport.

Costó un poco al principio que se confesaran y comulgaran a la partida, pues lo tenían como señal de cobardía.

En cada navío había una imagen de Nuestra Señora, y a toque de campaña y arrodillados, la saludaban tres veces al día.

La Misión naval subsistirá hasta principios del siglo XVIII.

1625.—*Rendición de Breda.*

Los capellanes fundan el colegio de esta ciudad

1626.—El tifus hace estragos en una nave. El Padre Teodoro Schoenman muere a la cabecera de los enfermos. Decía el capitán con lágrimas en los ojos, que hubiera querido salvar una tal vida al precio de la de su propio hijo.

1627.—El capellán Enrique de Vriese fué herido en la cabeza mientras que recibía la última confesión de un moribundo. Se hizo una venda, y todavía sangrando voló al sitio del combate. Aquí, con su ejemplo y exhortaciones, animó a los soldados.

Francisco Bray, durante la batalla, estuvo en el puente con el crucifijo en la mano. De repente, una bala le partió el brazo. Cogió el crucifijo con la otra, y dominando el sufrimiento, continuó sus exhortaciones hasta que un proyectil barrió el puente y le mató al lado del capitán. Instantes después el barco volaba, cuando ya había hundido al navío contrario.

Bray había convertido a seiscientos marineros holandeses prisioneros.

1629.—Los herejes recuperan Wezel.

En tres años, de mil trescientos soldados que murieron en los acantonamientos, solamente dos murieron sin los Sacramentos.

Muere el superior de la Misión, Herman Hugo.

1633.—Los capellanes se dividen en tres grupos: seis van a la Picardía y al Artois; los demás, al ejército del norte, acantonado en la isla Steevensweert (isla de San Esteban), «llave de uno de los pasos del Mosa», donde el marqués de Aytona ha construído un fuerte.

1640.—En la Península estalla la sublevación de Cataluña. El «Corpus de sangre». El portgués don Felipe de Silva, nombrado jefe del Ejército castellano, rodea la ciudad de Lérida.

«Con ocasión de este sitio tan largo, y guerra tan furiosa, se nos ha venido a las manos grande mies y cosecha de ministerios y se han ejercitado con toda manera de gente, capitanes, soldados, ciudadanos, aparejándose para las salidas, encuentros y batallas con los Santos Sacramentos.»

1644.—«Acabado el sitio y rendida Lérida, llegaron al colegio seis Padres de la Provincia de Castilla la Vieja, cuyo superior era el Padre Beliza, persona grave y docta del colegio de Valladolid, los cuales, en forma de colegio castrense, habían servido al Ejército castellano para ejercitar en él los ministerios de la Compañía» (cartas ánuas del colegio de Lérida) (1).

(1) Blanco Trías: *Catálogo de los Documentos y Manuscritos pertenecientes a la antigua provincia de Aragón*, p. 49, n. 187.

1646.—Condé se apodera de Dunquerque.
La Misión pasa al colegio de Brujas. Después de reconquistarse aquélla por los españoles, volvió a su primera sede.

1647.—Muere el jesuíta Juan Valke de una bala de cañón, cerca de Nápoles.

1652.—El capellán Florentino Grevenbroeck muere a bordo de un navío incendiado ante La Rochella.

1658.—Después de la victoria de Turenna, la Misión se establece definitivamente en Ostende.

1659.—*Paz de los Pirineos.*
La Misión de Flandes desaparece como institución oficial; pero los Padres siguen atendiendo a los soldados en las ciudades y villas donde hay colegio o residencia de la Compañía.

1699.—El Padre Bernardo Ruppen, confesor del regimiento de los Bávaros y Coronelía del señor conde de Hatenbach, enferma y muere en La Geltrú, donde estaba alojado el regimiento y al que había asistido siempre como Padre (2).

1700.—El rector de Brujas sucede al de Dunquerque en calidad de gran capellán de la flota, y delega sus poderes a los capellanes establecidos en Ostende.

Por fin, cuando la armada española desaparece del Mar del Norte, la Misión deja de existir.

El rector obtiene del Consejo de Flandes que algunos jesuítas sean autorizados para acompañar a los navíos mercantes que hacen el comercio con España. Misión menos brillante, pero que también tendrá sus páginas gloriosas.

---

(2) Idem: *Catálogo de Documentos y Manuscritos del Archivo Histórico Nacional*, p. 16.



III.-EN LAS DOS AMERICAS

LA ARAUCANIA REBELDE

(1597-1656)

Pocas sublevaciones de indios habrán tenido la violencia y el encono de la llamada *Guerra del Arauco*. Problema viejo en los estrechos y ricos valles de Chile y que tomó nuevo impulso por la codicia de los colonos. Estos buscaron un valladar seguro en los misioneros de la Compañía, y por eso el general García Ramón pudo escribir a Felipe II que eran «*más poderosos dos solos misioneros para rebatir el furor de los enemigos y contener a los amigos en la lealtad prometida, que todo el ejército real*; por lo que sería conveniente al servicio de Su Majestad, mandase mantener expensas no sólo dos, sino diez misioneros jesuitas en las fronteras del reino».

El Padre Valdivia, famosísimo conquistador de almas, había bautizado setenta mil indios en siete meses; pero vió que su labor no era secundada en las poblaciones de los castellanos. Comenzó a predecir castigos terribles contra aquellas ciudades como un profeta del Antiguo Testamento; pero en vano. El lujo, la ambición y la vanidad corrompían a una sociedad de explotadores.

Los caciques conspiraban y tenían sus reuniones de medianoche.

Consultó el Padre Valdivia al Padre Provincial sobre el camino que debían seguir y éste le dijo: «Salgan pronto de esas ciudades del sur para no ser oprimidos.»

El asesinato del gobernador y cincuenta y siete capitanes en 1598 fué la convocatoria terrible para la venganza. Aullando, matando, esgrimiendo sus pesadas mazas asaltaron los indios los poblados y fuertes de los españoles. Hasta los cimientos fueron arrasadas las ciudades de Santa

Cruz de Loyola, la Imperial, Villarrica y otras, después de haber sido abandonadas o tomadas a viva fuerza. Los sitios prolongados y la esclavitud a que se vieron sometidos los españoles ocupa un capítulo largo en la historia de Chile.

La flecha, señal de guerra para los indios, recorrió todo el país excitando sentimientos bravíos de independencia. En cuarenta y ocho horas, treinta mil indios desde el río Itata hasta el archipiélago de Chiloé se pusieron en armas. Millares de indios formaron un dogal de hierro a la capital Santiago, salvada por un neófito que descubrió la conjura al gobernador.

Ni Bizcarra, gobernador interino, ni el impetuoso Quiñones, ni su sucesor, el general García Ramón, pudieron emprender la reconquista del territorio. Esta no empezaría hasta la llegada de don Alfonso Ribera, general formado en las lides de Flandes. En aquellas guerras de Centroeuropa con sitios largos y poblaciones hostiles, aprendió lo que vale un grupo de misioneros dedicados al bien espiritual de los soldados; por eso no quiso prescindir de sus conocidos castrenses y dispuso «que *los Padres de la Compañía de Jesús acompañaran a su ejército y moraran en los fuertes, para convertir a los indios, moralizar a los españoles, confortar el ánimo del vencido y contener los bríos y desafueros del vencedor*» (1).

Con ellos esperaba llenar la mayor y mejor parte de su programa, que era la de conquistar al indio ganándose su confianza. Para enlazar las inmensas distancias, reconstruyó gran número de fuertes menores y en ellos puso guarnición permanente. De la metrópoli de Perú y Bolivia le enviaron refuerzos, con los que llegó a manejar un buen ejército. Preocupado por su instrucción religiosa, pidió misioneros al Padre Visitador. Los designados fueron los Padres Gabriel de Vega y Francisco Villegas, que se trasladaron a Concepción, centro militar de las operaciones.

El Padre Gabriel de Vega «se aplicó con empeño a los españoles, en cuyo ejército pasó los tres o cuatro últimos años de su vida, con tanta utilidad de la milicia como gusto propio, por tener mayor ocasión de padecer con las incomodidades y riesgos inevitables de la campaña» (2).

---

(1) Enrich: *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, t. I, p. 79.

(2) Lozano: *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*. t. I, p. 375.

Ribera escribió al cabildo y a su teniente general de Santiago, congratulándose por la adquisición de aquellos dos operarios. Desde entonces siguieron por muchos años los de la Compañía al servicio del ejército real y predicando en fuertes y cuarteles.

Un ejemplo preclarísimo tuvieron ocasión de dar los Padres Astorga y Rosales, aunque no insólito en tierras de misión, donde la falta de jefes y la inexperiencia de los soldados les pone a veces en trances de asumir responsabilidades que en otras circunstancias serían ajenas de su ministerio.

Estos dos Padres se hallaron en un fuerte, cerca de Boroa, con cuarenta y siete soldados y totalmente rodeados de feroces indios. El capitán que los mandaba, don Miguel de Aguiar, hombre apocado e irresoluto, no estuvo a la altura del momento. Los misioneros, entonces, revelaron tal temple de militares y tales cualidades de organización y mando que se convirtieron en los caudillos del pequeño reducto.

Comenzaron por poner en gracia al grupo de soldados, pues de otra manera mal podrían esperar refuerzo del Dios de los ejércitos. Recorrieron el recinto y advirtieron que el llamado cubo de San Miguel debía ser el centro vital de la resistencia. A él trasladaron un gran Crucifijo y una imagen de Nuestra Señora. A sus plantas hicieron voto los defensores de rezar el Rosario, cantar las Letanías todos los días, y santificar las fiestas.

El cacique Chicahuala, para intimidar a los españoles, pasó revista a sus indios a la vista de ellos. Después, pidió parlamentar con los dos misioneros, y díjoles que si se entregaban, respetarían sus vidas y darían un trato honroso a la guarnición.

El Padre Rosales conocía bien la falacias de los araucanos y rechazó las ofertas. La batalla empezó.

Los indios se lanzaron ciegos contra la primera empalizada, que saltó hecha pedazos a los golpes del hacha, saltaron el foso y comenzaron a derribar la segunda. Pero la misma densidad de los atacantes fué su perdición, porque los proyectiles de los sitiados siempre daban de lleno y las picas y sables abrían anchos espacios en la masa humana.

Los Padres se ponían en oración ante la imagen de la Virgen o recorrían los reparos para animar a los hombres,

despreciando la lluvia de flechas y piedras que venía de enfrente.

Al anochecer se suspendió el ataque. Chicahuala vió por el inmenso número de sus caídos que por la fuerza no conseguiría nada, y recurrió a diversas estratagemas.

Una consistió en introducir espías secretamente en el recinto, pero, descubiertos por Aguiar, fueron fusilados inmediatamente. Quiso también sublevar a unos yanaconas, auxiliares de los españoles, sin resultado. Movidos por las promesas y ejemplos de éstos, permanecieron leales. Como último recurso, en el que se conjugaban la malicia y la fuerza, mandó arrojar gran número de teas encendidas sobre la techumbre del castillo para provocar un incendio; pero los Padres ya habían previsto esta contingencia y ordenado cambiar las cubiertas de paja por frazadas extendidas (1).

A cuenta de los misioneros corrió también la intendencia del pequeño alcázar; ellos administraron el consumo del grano, y cuando se terminó sacaron las provisiones de maíz que tenían preparadas para los neófitos.

Con todo, los sitiados empezaron a sentir hambre y el Padre Rosales los alentaba con éstas y otras semejantes palabras:

«¡Hombres de poca fe! Fiad en Dios, que no pasará el día de mañana sin que tengáis el alivio». Y así era de verdad, porque aquella noche se introducían unos yanaconas con provisiones o en una salida nocturna apresaban varias cabezas de ganado.

La ayuda grande, liberadora, no tardaría. Dos indios fieles se ofrecieron a cruzar el campamento de los araucanos y llegar hasta el gobernador de los españoles. Así lo hicieron, y el gobernador, al que encontraron en Penco, se alegró mucho de que aún quedara un núcleo de resistencia. En cuanto a prestarles auxilio, ya era otro asunto: Boroa estaba lejos, las orillas del río Laja que había que atravesar, muy propicias para la emboscada y el ejército de Chicahuala muy numeroso; y por liberar a unos cuantos no podía exponer el reino.

Mucho debió de influir en su ánimo para que se decidiera a la empresa el Padre rector el colegio de Buena Esperanza, quien se ofreció a acompañarle. El 14 de marzo de 1656 emprendieron la marcha.

---

(1) frazadas = mantas peludas con que se cubrían los indios.

Cuando llegaron a Boroa encontraron vivos a los defensores, aunque los dos Padres parecían esqueletos por el trabajo y hambre padecidos. En trece meses de sitio lo habían consumido todo, y hasta dieron los libros de la biblioteca para hacer cartuchos, petos y espaldares. Los enseres de la casa y objetos valiosos destinados al culto también se emplearon en la defensa. Todo lo cual fué apreciado en un valor de más de seis mil pesos, cantidad que a su tiempo el rey Felipe IV les mandó reintegrar.

EL EJERCITO DEL PARAGUAY

Cuando se ve una flota de balsas remontando el río Uruguay a fines del siglo XVII, se piensa lo que serían aquellos inmensos territorios si no hubiera sido por un puñado de misioneros. La tribu de los guaraníes no sólo comprendía la actual República del Paraguay, sino también la del Uruguay, la más extensa de la Argentina y las provincias meridionales del Brasil. En estos espacios inabarcables, un tercio aproximado del continente sudamericano, vivían los indios en sus míseras tolderías, entregados a la borrachera, la poligamia, las supersticiones y a veces la antropofagía.

El gobernador, don Hernando Arias Saavedra, se preocupó de ellos y encomendó a los jesuítas la misión de reducirlos.

Con donecillos, promesas y música consiguieron, poco a poco, atraerlos. En 1610 se fundaba la primera aldea, *San Ignacio Guazú*, y desde entonces, a costa de sudores y martirios, se fueron poblando las orillas del Uruguay, Paraná y Paraguay con pueblecitos encantadores: *San Luis, San Borja, San Miguel, San Juan.*

Al entrar por su caminos de agua y recorrer sus calles y admirar sus plazas y observar sus talleres, nos sobrecoge la emoción ante la fuerza creadora que representan.

Los trescientos remeros indígenas chapotean sus remos en silencio. El misionero va en un extremo rezando, leyendo o meditando. Viene de vender unos fardos de hierba mate, porque aquellos indios necesitan ducados para pagar su tributo personal al rey de España. Es la hora del *Angelus*. Suena el orfeón guaranítico, y después todo vuelve al silencio.

Desembarcamos en Yapeyú, pero podría ser Concepción o San Pedro, o cualquiera de las treinta poblaciones del «imperio jesuítico». Todas tienen idéntica estructura. Una plaza en el corte de dos calles principales. En ella, la iglesia, que tiene a un lado la residencia de los Padres y las escuelas; y al otro, los talleres de artes y oficios: herrería, platería, sombrerería, arpería, carpintería; detrás, un cercado donde se cultivan el maíz y el algodón. Hay hortalizas. En los campos vecinos pasta el ganado. Y enfrente de la iglesia, que llama la atención—aun en las ruinas—por la esplendidez barroca de su construcción, se levantan el hospital, el cuartel y los almacenes. Las casas de los mil, o tres mil, o siete mil habitantes están alineadas en un orden tan sencillo y exacto como es el régimen de vida que se impone a sus moradores.

«En todos los pueblos hay reloj de sol y de ruedas, para regular las distribuciones religiosas», dice Cardiel en *La defensa de la verdad.*

«*Muchas acusaciones se han hecho a los jesuítas*—dice Carlos Pereyra, historiador mejicano—. *Pero se tiene por grande quien puede imitar aquella acción. Crearon la abundancia con jornales de seis horas. Es bastante.*»

Envidiosos de aquella comunidad ideal, que nos recuerda los albores del cristianismo, ha habido muchos, desde los habitantes de la poderosa ciudad de San Pablo hasta nuestros días, pasando por Pombal. Desde los principios ha estado este reino, como la Iglesia, bajo el signo de la persecución.

Los paulistas, aventureros que se embarcaban codiciosos de oro o buscando impunidad para sus crímenes; los mulatos y mestizos que se les agregaban, apoyados por los indios tupíes, se fueron corriendo hacia el Occidente, más allá de la línea de demarcación. Sus incursiones o malocas iban a paralizar el movimiento cristiano y civilizador de las reducciones...

En 1628 cayeron sobre ellas a sangre y fuego cuatrocientos paulistas y dos mil tupíes, protegidos por un gobernador del Paraguay, antiguo combatiente de la guerra de Chile y enemigo declarado de los jesuítas. Poco quedó de la reducción de San Ambrosio; y como el golpe resultó

bien y las autoridades de San Pablo se hicieron cómplices con su silencio, cayó pronto la de San Miguel y la de Jesús María, de la que se llevaron a los indios cautivos, cogidos por colleras. Su párroco, el Padre Simón Massetta, quien nos relata los hechos, quiso acompañarles metiendo la cabeza en otra collera, pero los paulistas lo rechazaron de mala manera. Los tupíes reunieron a todos los ancianos, enfermos e incapaces y los arrojaron a una hoguera. «Ni en tierra de moros ni de turcos se hace lo que en este Brasil», dijo Massetta.

En 1630 sólo quedaban en el Guayrá las dos primeras reducciones, de once que llegaron a ser; y cien mil indios se habían reducido a doce mil.

«De nuestras celdas y de nuestros brazos nos sacaban a los indios», escribe el Padre Ruiz de Montoya, superior de las Misiones. A éste se debió el éxodo maravilloso hacia las tierras del Sur—orilla izquierda del Paraná—para librar a los indios de tan sangrientos vejámenes. Conocida es esta odisea de las sentecientas balsas, en las que los misioneros tuvieron que vender los librillos, sotanas y ornamentos; y aun así se hubieran muerto de hambre si un buen español no les hubiera cedido un rebaño de cuarenta mil vacas.

Pero aquello sólo fué una tregua. A los cinco años tenían otra vez encima las hordas de indeseables, que ya se habían atrevido con la región del Tape y los Itatines.

Se imponía la defensa armada. Así se lo propusieron al Padre general Mucio Vittelleschi, y éste la aprobó, con tal de que sus súbditos no actuaran como capitanes.

Pero ¿cómo podrían los indios oponerse a las armas de los portugueses? Las reducciones más parecían adaptadas al idilio de una paz laboriosa que a los horrores de una batalla. Sus habitantes contaban con flechas de madera poco pesadas, cuya parte aguda eran las espinas más fuertes de los pescados. Mejores para la caza que para la guerra. Eran habilísimos en el manejo de la macana, al estilo de la clava antigua. Porra dura y pesada, de unos siete decímetros, adelgazada por el centro y engrosada por los extremos, que dejaba fuera de combate al que recibiera un golpe. Tenían armas arrojadizas y las famosas bolas; pero, ¿qué era ese material arcaico ante los arcabuces de los paulistas?

El Padre Ruiz de Montoya se trasladó a la corte y habló con Su Majestad (1636). Le expuso la situación de las re-

ducciones, porciones de su corona, con tales colores, que, impresionado el rey, encomendó el asunto al Consejo de Indias con estas palabras:

«*Mirad de las cosas que ese religioso me avisa; son de tanto peso, que mi persona había de ir al remedio. Remediadlo con todo cuidado.*»

Remedio rápido y eficaz propuso el mismo Montoya: que permitieran a los indios el uso de la pólvora. Al principio encontró fuerte oposición, pues temían que algún dia volvieran las armas contra los mismos que se las habían entregado. Después de interminables disputas, transmitieron el asunto al virrey del Perú, marqués de Mancera, para que él resolviera con su buen juicio. Volvieron en Lima las negociaciones, las consultas, los informes y alegaciones, hasta que el Hermano coadjutor Domingo Torres, ex combatiente en la guerra de Chile, enseñó a los neófitos por su cuenta el manejo del arcabuz. Los alumnos salieron muy aprovechados, y, además, por su docilidad reconocida y desprecio de la vida, estaban en magnifica disposición para militarizarse. A fines de 1640 habia en las reducciones unos centenares de armas de fuego y una pieza pequeña de artillería, salida no se sabe de dónde.

Ya descendían los paulistas por la corriente del Uruguay. Ya rebasaban las zonas de cultivo donde crecían la yuca y la hierba mate. Cinco canaos de guaranies les salieron al paso rogándoles, por su bien, que no siguieran adelante. Aquellos colonos sanguinarios, héroes de las entradas, despreciaron a los emisarios indígenas, creyéndose muy superiores.

Los parlamentarios se retiraron. En las reducciones se dió la señal de alarma, y en esto, un proyectil de cañón que parte una canoa por medio, y otro cañonazo que hunde a otras dos. No se habían repuesto de la sorpresa los salteadores, cuando desde los juncales de ambas orillas fulgura una descarga de arcabuceria. De los cuatro mil doscientos indios que les atajaban, doscientos cincuenta llevaban armas de fuego, y «dieron el más cruel santiago que vieron jamás aquellos montes». La batalla duró una semana, pero paulistas, mestizos o mamelucos, mulatos y tupíes les dejaron tranquilos por casi un siglo.

El ejército de guaraníes habia dado un espléndido re-

sultado, y a sus tiempos sabrían explotarlo los gobernadores del Paraguay y Buenos Aires.

La primera ocasión de demostrar sus dotes guerreras la ofreció la tristemente famosa *Colonia del Santísimo Sacramento*. Sin duda que había sido construída en terreno de España. Fué una invasión pacífica, pero de mala fe, pues, además de robar territorios a la corona, se convirtió en un centro activo de contrabando.

El gobernador de Buenos Aires, después de presentar sus reclamaciones, hizo responsables a los portugueses de la guerra defensiva que se veía obligado a hacer. Para ella llamó en seguida a sus ejércitos de la selva. Estos acudieron, y con tal disciplina y organización, que hubieran podido competir con cualquier tropa del viejo continente. Avanzaban distribuídos en tres tercios de mil hombres cada uno, y llevaban a la cabeza los maestres de campo, también indios. Los misioneros les acompañaban siempre como capellanes.

Llegaron poco antes del alba y acordaron que la señal para el asalto fuera un disparo de carabina. Pero un indio escaló un baluarte y degolló al centinela. Al oír el ruido, otro centinela disparó al aire, y un tercio completo de guaraníes se lanzó al ataque antes de tiempo. A falta de escalas. se encaramaban subiéndose unos sobre los otros, y el que estaba encima disparaba a quema ropa sobre los defensores antes de saltar a dentro. «Pecaban de temerarios», dijo el general portugués Gomes Freire, que los tuvo de enemigos.

Los portugueses creyeron que se trataba del asalto formal, y acudieron en tropel a contener el alud de guaraníes; pero entretanto, los otros dos tercios penetraban tranquilamente en las dependencias, apoderándose de los depósitos de granos, pólvora y proyectiles. Muchos portugueses se salvaron tirándose al agua, pero otros muchos cayeron prisioneros, y entre ellos el general don Manuel Lobo.

El gobernador de Buenos Aires dió un informe honorífico del *ejército guaraní* ante los reyes de España, atribuyendo la victoria a sus dotes militares y al espíritu infundido por sus maestros, los jesuítas.

Un año más tarde, por uno de los varios Tratados provisorios, la colonia fué devuelta a sus injustos fundadores. Pero vino la *Guerra de Sucesión* y la conmoción de España repercutió en sus dominios. Los portugueses del Sacramento se declararon a favor del archiduque Carlos, y el gobernador de Buenos Aires tuvo que hacerles otra vez la guerra.

Al Superior de la Misión y al Padre Provincial pidió un contingente de 4.000 indios, y éste en persona fué recorriendo los pueblos para cumplir el encargo.

«... Unos bajaban por el Paraná y el río Uruguay en balsas, y otros por tierra, con muchos caballos y mulas para cargar los bastimentos, no sólo para el viaje, sino para sustentarse todo el tiempo del sitio, y gran rodeo de vacas. *Venían también sus capellanes*... (cuatro sacerdotes jesuítas) *y los Hermanos*... (tres coadjutores)» (1) Se pusieron a las órdenes de García Ros, y el 18 de octubre de 1704 formalizaron el sitio.

Fué la primera campaña que emprendieron de gran estilo. Tenían seis baterías instaladas en el circuito exterior. Cuatro meses duró el asedio, y en él demostraron un completo dominio de la técnica guerrera. El jefe de la plaza pidió refuerzos a Río de Janeiro. Indios y castellanos estrecharon el cerco hasta tiro de pistola e hicieron a los sitiados honrosas propuestas de rendición. Pero cuatro buques portugueses lograron penetrar en el puerto, y en ellos huyó la guarnición, con sus jefes, hacia la capital brasileña.

Los soldados guaraníes no querían recibir nunca los sueldos debidos a sus servicios. A persuasión de sus capellanes, los cedían a beneficio de la Real Hacienda, que no andaba muy sobrada de fondos. La paga de aquel ejército, a razón de real y medio diario por persona, hubiera ascendido a 180.000 pesos de plata. Y no solamente ahorraban del Tesoro, sino que sustentaban a lo restante del ejército con las inmensas vacadas que se llevaban consigo.

En el sitio de la Colonia de 1735 fué muerto de un ba-

(1) Bauzá, I.: *Docum.* n. 4.

lazo el jesuíta Tomás Werle, bávaro de nacionalidad, cuando se hallaba en el campo asistiendo a los guaraníes.

Los servicios más importantes prestados por el ejército del Paraguay a la corona de España fueron los siguientes (1):

Siglo XVII.— 4 expediciones para sujetar rebeldes,
17 para auxiliar a la ciudad de Asunción,
7 para auxiliar a Buenos Aires,
3 para auxiliar a Corrientes,
2 en Santa Fe.

Siglo XVIII.—44 contra rebeldes (una de ellas duró año y medio).
3 en la Asunción.
1 en Buenos Aires.
1 en Corrientes,
13 acompañando en expediciones varias al ejército español.

---

(1) Pueden hallarse explicadas en los siguientes autores: Burgés, Charlevoix y Lozano. También Trelles. *Revista de la Biblioteca* IV, 352. No contamos las defensas del propio territorio ni los ataques a la Colonia.

LA GUERRA DE SECESION DE LOS ESTADOS UNIDOS (1871-1865)

Desembarcaba el Padre De Smet en Nueva York procedente de Europa y encontraba a su patria de adopción abocada a la guerra civil. La tensión entre los Estados del Norte—industriales, fuertes y bien poblados—y la Confederación del Sur, donde predominaban las extensas plantaciones, había llegado a su límite.

«La esclavitud—dicen aquéllos—es una institución antisocial, contraria al Derecho natural, reprobada por el Evangelio.»

Responden éstos: «La esclavitud es una institución admitida desde tiempo inmemorial; los Patriarcas tenían esclavos; Dios les autorizó para ello: la prueba está en la Biblia. ¿Por qué la esclavitud ha de ser un crimen hoy en la América?»

Por fin, la elección del presidente Abraham Lincoln, abolicionista declarado, precipitó la ruptura.

> «El fuerte Sunster ha sido tomado por las tropas confederadas bajo las órdenes del general Baurgard. He aquí el primer cañonazo: La guerra civil ha comenzado.»

Impaciente por vengar esta injuria, el Norte armó 300.000 hombres y proclamó el bloqueo sobre las costas del Sur.

El Padre Juan de Smet, que había nacido en la Termonde (Bélgica) por los años heroicos de Napoleón, conocía la guerra y sus consecuencias. La había probado en compa-

ñía del general Harney, al que tocó reprimir a los mormones; pero aquélla fué una guerra de puertas afuera, en las Montañas Rocosas, contra una secta fanática, y ahora se trataba de una lucha horrible entre hermanos, «que debían matarse unos a otros, y en que las frecuentes batallas eran verdaderas carnicerías» (Carta a Francisco de Smet, San Luis, II-1693).

La ventaja comenzó por parte de los federales del Norte, hasta que, animados y envalentonados por la prensa, quisieron acercarse a Richmond, la capital de los rebeldes, y sufrieron la terrible derrota del Bull's Run, que bien recordaba el Padre De Smet. Desde las alturas que dominan a Wáshington escuchó el rugido del cañón. Poco después, la entrada de los fugitivos en la ciudad dijo ser la más triste escena que jamás había visto: «Sobre una extensión de muchas leguas, soldados y oficiales de todas las armas, con los ojos huraños, los vestidos desgarrados, sin fusil, sin mochila, se apretujaban entremezclados entre los carros, ambulancias y coches de cuaquier género» (San Luis, 7-VII-1862).

De un jesuíta que asistió al desastre como capellán copiamos estas líneas:

«Sabéis, sin duda, que el 21 de julio hemos sufrido una gran derrota en Bull's Run, o, como diríamos en francés, en el «Torrent du Taureau». ¡Qué terrible jornada!»

Situado en el límite de los dos bandos, el Misuri fué el escenario de los peores excesos. No había una aldea o parcela de terreno que no estuviera partida en dos. En San Luis, los muertos se multiplicaban y era difícil distinguir entre un hecho de guerra y un vil asesinato.

«*Habéis leído los horrores de la Revolución francesa y la historia de las guerras civiles en diferentes siglos y países. Todo esto no da más que una débil idea de la situación a que se encuentra reducido el Misuri. Sus propios hijos se despedazan, queman y saquean las casas unos a otros; entretanto que el enemigo desde fuera penetra en el Estado para saciar su odio y sed de pillaje* (San Luis, 4-XII-1861).

De Smet no quedó inactivo. Defendió la inmunidad de sus hermanos de religión, a los que una ley votada en el Congreso declaraba exentos de servir en el ejército.

«*Somos ministros de la paz*—escribía a Thurlow Weed,

11-IV-63—, *y siempre este carácter sagrado ha sido juzgado incompatible con la guerra y la efusión de sangre Es una ley de la Iglesia, y esta ley ata nuestras conciencias.*»

El acta del Congreso permitía a los religiosos el eximirse de la milicia; pero para gozar del beneficio de la ley, tenían que redimirse con una suma de 300 dólares. Como la provincia de Misuri era pobre, y las calamidades de aquella guerra habían hecho todavía más, el Padre De Smet recurrió al ministro de la Guerra. Este quiso reconocer los servicios prestados por los misioneros durante la campaña del Oregón, y permitió a los jesuítas permanecer en sus casas hasta nueva orden. Mas estos mismos, que tanta fuerza habían hecho para no mancharse con sangre y odio, no duaaron en exponer sus vidas cuando se trató del bien espiritual de sus compatriotas.

Todos los colegios, menos el de Spring Hill, se cerraron o habilitaron para hospitales de sangre, y así quedó un contingente disponible de sacerdotes para socorrer a los combatientes.

Por las cartas que escribieron a sus respectivos Colegios adivinamos algo de sus trabajos.

> «Campamento Mary, cerca de Wáshington, 12 de julio de 1661.
>
> Formamos parte del ejército del Potomac, mandado por el general Scott. Nuestro campamento está situado a una legua de Washington. He podido ir, durante las dos últimas semanas, a dormir a nuestra residencia. Era para mí un consuelo, después de la fatiga de las jornadas, pasar la noche tan cerca del Santísimo Sacramento y bajo el techo de una casa de la Compañía. *Pero he creído mi deber permanecer en el campo,* porque es por la noche cuando los soldados se confiesan preferentemente.»

Le concedieron al año siguiente el privilegio de tener reservado en el mismo campamento, y manifiesta su júbilo en otra carta:

> «¡Gran noticia! El Rey de reyes tiene su residencia permanente en nuestro ejército y su corte de adoradores fieles.»

Organiza con este motivo la Sociedad del Altar, con el siguiente Reglamento:

1.º Pasar una hora cada semana en adoración delante del Santísimo Sacramento.

2.º Comulgar o al menos confesarse todos los meses.

3.º Oír la Misa todas las mañanas o asistir todas las tardes a la oración, al menos que tenga legítimo impedimento.

4.º Evitar la embriaguez, los juramentos y las malas conversaciones

Al fin de la primera semana tiene más de doscientos soldados en lista Los soldados son casi todos holandeses, alemanes y franceses, pero ayuda mucho el que en los regimientos estén separados por nacionalidades.

Entre dos combates, los capellanes los instruyen, bautizan y preparan a la primera Comunión. Un día, el arzobispo de Nueva York vino a confirmar a 400 hombres. Lo más increíble es que los Padres pudieron predicar hasta retiros de tres días; muchos oficiales hicieron los ejercicios. Hubo un regimiento en el que cada mañana se acercaban a comulgar cincuenta.

Los capellanes trabajaron con el rango y sueldo de capitanes, pero también con el ánimo libre de toda preocupación servil, sin rozar para nada los problemas de esclavitud o emancipación, unión o independencia. Sólo les movía el deseo de ayudar a unas almas necesitadas a las que una terrible contingencia ponía al borde de la eternidad; por eso hubo jesuítas en las dos partes cumpliendo con su deber, y aun podría suceder que se encontraran en las líneas el uno enfrente del otro; pero

> «... nuestro encuentro no haría correr otras lágrimas que las de la caridad fraterna. Hemos enarbolado la misma bandera, y nuestras divisas que las dos partes igualmente comprenden y respetan, es ésta: *amigos de todo el mundo: pero, sobre todo, de los pecadores, de los heridos y de los desgraciados.*
>
> ¡Oh, yo daría de buen grado toda mi sangre para que estos millares de hombres con los cuales vamos a vivir, trabajar y quizá morir, estuviesen animados de los mismos sentimientos de caridad los unos para los otros!»

El encuentro feliz no tardó en realizarse. Abandonado un capellán en una granja por hallarse enfermo, se vió rodeado por las tropas del Sur. Cayó prisionero, pero fué tratado con toda cortesía. Lo trasladaron, en carreta primero y después en ferrocarril, a Richmond, y allí lo alojaron en la vivienda del señor obispo. El jesuíta consiguió pronto la libertad, y se fué a vivir con los Padres Hubert y Gache, capellanes del ejército adversario.

La penuria de los once Estados rebeldes impresionó vivamente al huésped. Preveía que la resistencia no podría ser larga, a pesar de algunos éxitos transitorios. Además, la tan esperada ayuda del extranjero, sobre todo de Inglaterra, no llegaba nunca.

> «No hay nada de pan, nada de café, y, lo que es más asombroso en este país, nada de azúcar. El cuero es tan raro, que es preciso pagar sumas fabulosas para obtener un par de zapatos. En compensación, las consolaciones espirituales abundan, y los Padres están de acuerdo en decir que si fuesen solamente una veintena los que pudieran dar misiones en el Sur, en poco tiempo se convertiría el país. *Un cambio de los más notables se ha operado en la población.* Los que en otro tiempo no querían ni oír hablar de religión católica, se muestran ahora muy dóciles y dispuestos a dejarse instruir. Estas buenas disposiciones no son particulares de la Luisiana. Solamente en la ciudad de Norfolk (Virginia) nuestros Padres han bautizado 800 soldados.»

Esta carta resume las impresiones del capellán prisionero. En cuanto le permitieron el regreso, en un barco que le dejó en Harrison Landing, se presentó al general Jorge Brinton Mc-Clellan, jefe del ejército antiesclavista. Su prestigio de apóstol era el mejor salvoconducto para viajar por todos los Estados, como si en ellos no reinara la división más profunda.

El coronel lo tomó consigo y llevó por las tiendas, declarando que el capellán podía recibir a cualquiera que quisiera dirigirse a él.

El nuevo campamento de Brinton estaba en un lugar muy insano y caluroso. Comenzó a resentirse la salud del capellán, y con motivo de unos días de permiso que le concedieron en retaguardia, sintió la tentación de cambiar

aquella vida por la paz y el orden de su residencia. En otra carta descubrimos su reacción generosa:

> «Alguna vez me venía el deseo de no volver al ejército. Los superiores tenían necesidad de mí; sin embargo, me dejaron libre para decidirme a lo que juzgara más a propósito *ad maiorem Dei gloriam*. He creído deber mío el volver por el bien de los pobres soldados católicos.
>
> Otra razón me solicita. Acaban de reducir el salario de los capellanes. Muchos ministros protestantes se han retirado en consecuencia, y también porque encontraban la vida demasiado dura. Pensé que era mi deber mostrar que un sacerdote católico no está influenciado por tales motivos, y que hay que hacer el bien al precio de cualquier sacrificio.»

Los ministros protestantes, en efecto, se hicieron cada día más impopulares. El general Butler, del ejército confederado, decía que en tiempos de guerra no le servían para nada: «No tienen Sacramentos que administrar, y el último soldado tiene tanto poder espiritual como ellos. *Sólo los sacerdotes católicos pueden algo para los militares en el campo de batalla.*»

En el momento difícil del desenlace, todos buscan al pastor católico, que da la vida por sus ovejas.

Después de una escaramuza junto a la bahía de Pensicola, los heridos han quedado desamparados. El capellán católico se lanza en su busca. Encuentra a un irlandés malamente herido. Alrededor de su cuello hay un escapulario, una medalla y un crucifijo. Está rezando. En cuanto ve al Padre, le dice:

—Padre, no pierda tiempo conmigo, que yo estoy preparado para morir. Vaya más bien en busca de un protestante, amigo mío, que acaba de recibir una herida mortal y desea hacerse católico.

Con las indicaciones del irlandés encuentra pronto al protestante, que está bañado en sangre y próximo a expirar.

Le pregunta si quiere ser católico.

—¡Oh, sí, Padre!—responde en seguida—. Deseo ser bautizado y morir en la verdadera Iglesia.

Se acerca a la playa y, a falta de vaso, moja su pañuelo en el agua del mar, que después hace correr por la frente del moribundo. Le administra también la extremaunción, y ya se dispone a retirarse para ayudar a otros, cuando el convertido, cogiéndole por una mano, le dice:

—Padre, no me abandone; los demás son católicos y ya saben cómo hay que morir; pero yo no lo sé...

.

A bordo del «Merrimac», la antigua fragata que los rebeldes blindaron, también hubo un jesuíta que fué testigo del primer choque en la Historia entre dos buques acorazados

Otros muchos se repartieron por las ambulancias y hospitales de sangre

Esta fué la contribución de la Compañía de Jesús a la guerra de Secesión, acontecimiento central en la historia de los Estados Unidos.

ENTRE LAS REPUBLICAS SUDAMERICANAS

Muchas toneladas de papel se han gastado ya en el relato y enjuiciamiento de la *Guerra del Pacífico* (1879-1883). Fué un largo y complicado pleito entre chilenos y bolivianos sobre la explotación de la inmensa zona salitrera situada entre ambos. Perú no quiso permanecer neutral pensando que Chile avanzaba agresivo y conquistador.

Se declaró la guerra a poco de instalarse los jesuítas en el nuevo Colegio de la Inmaculada (Lima). Desde el principio lo ofrecieron para hospital, y a ellos mismos como capellanes. El Padre Ricardo Cappa, por ejemplo, fué capellán en la tercera ambulancia en Africa y Tacna, nombres que responden a los de dos batallas.

El Padre Cappa fué oficial de la Marina de guerra española y estuvo en El Callao cuando la gesta de Méndez Núñez. Estando ese Padre en Tacna trabó amistad con un coronel del ejército boliviano, quien le dijo un día con confianza:

—Ustedes los españoles sólo enseñaron a los americanos a hacer la señal de la cruz.

—No fué poco—respondió el Padre.

«Confieso—escribe el oficial—que mi admiración subió de punto cuando a solas recapacité lo que había oído.»

El Padre Antonio Salazar se estableció en Iquique, puerto salitrero que presenció el combate del mismo nombre; y el Padre Francisco Fernández, en Alto Molle, tres leguas y media hacia el interior.

Buendía, general peruano, antiguo alumno del Colegio de Vergara, se mostró muy deferente con sus antiguos maes-

tros; pero no parece que fuera esto lo más frecuente, por unas líneas que leemos del Padre Arteche: «La conducta de los jefes, de los cuales muy pocos se confesaron, causaba indignación.»

La guerra fué una desilusión para los peruanos. La superioridad chilena se manifestó por mar y por tierra, y hubo que prepararse para la inmolación heroica.

El presidente Prado se embarcó para Europa, diciendo que quería adquirir personalmente armamento moderno. Vino la dictadura de Piérola, que no pudo evitar el desembarco de los chilenos en unas playas desiertas.

En Lima se prepararon para la última batalla. Todos sus hombres, desde los dieciséis a los sesenta años, fueron llamados a filas: empleados, estudiantes, comerciantes, periodistas, que formaron nuevos regimientos, distribuídos por profesiones. De las alturas andinas descendieron mocetones cobrizos y robustos, pero que tenían tan poca idea de la guerra, que decían ser «una revolución del general Chile contra el general Perú».

En los veinte días que las tropas peruanas estuvieron en posición, fueron los Padres en busca de lo batallones que todavía no se habían confesado. Tenían que andar legua y media en tren y otro tanto a pie, cubiertos de polvo y bajo un sol de verano, y llevando en el bolsillo algo de comer al mediodía, «pues generalmente los jefes ni rancho les ofrecían».

Los desastres de Chorrillos y Miraflores, el 13 y el 15 de enero, respectivamente, hicieron inevitable la entrada del enemigo en Lima; y tal vez la hubieran asolado, como a la villa de Miraflores y a la de Barranco, si no hubieran intercedido a su favor los almirantes de las escuadras extranjeras y el cuerpo diplomático. En El Callao los fuertes fueron destruídos, y los pocos buques que quedaban. incendiados.

Los jesuítas de la capital guardaron un respetuoso silencio ante la derrota. Se ofrecieron a trabajar con los heridos y prisioneros, de los que había ya muchos en la isla de San Cristóbal. «Una vez confesados, ya no vuelven a pecar, a lo menos mortalmente»—dice el Padre Arteche—, por lo que confía que unos 6.000 que murieron en Chorrillos irían al cielo.

El mismo Padre nos asegura que los jesuítas fueron los únicos que acompañaron al ejército peruano durante sus

durísimas campañas. Lo cual no impidió el que tres años más tarde de la firma de Ancón (1883) fueran expulsados de su patria.

La guerra civil colombiana de 1889 ha pasado a la Historia con el nombre de *la Guerra de los Mil Días*. Fué un duelo entre liberales y conservadores, que ya se venía preparando desde principios de siglo.

A los ministerios espirituales de la Compañía crearon graves conflictos. El Colegio de Bucaramanga tuvo que cerrarse por los ataques del ejército revolucionario sobre esta ciudad. Los demás Colegios de Bogotá y Medellín no clausuraron sus tareas escolares, pero sufrieron la escasez que lleva consigo una lucha intestina. Esta impuso a la Compañía la necesidad de contribuir con capellanes militares; trece ejercieron este oficio, de los cuales murieron tres: el Padre Luis Javier España, guatemalteco, en el combate de Cruz Colorada, cuando se dirigía a prestar asistencia a un herido; Cecilio Morán, español, y Guillermo Gómez, colombiano.

En mayo de 1917 fué nombrado el Padre Pedro Gutiérrez Capellán Mayor Castrense, con superintendencia sobre todos los capellanes militares de la República. «*No hubo cuerpo alguno de ejército que no fuera preparado por nuestros operarios para los azares de la guerra* (Muñoz, S. I.: «Notas históricas», 93).

La emoción sacude el alma cuando, a través de las cartas del Padre Gaspar Tovía, adivinamos los riesgos y las fatigas de la «expedición al Beni», o *segunda guerra del Acre* (1902) El Acre, o Aquiry, es un río que se una al Purús, afluente del Amazonas, y en cuyas márgenes crecen con exuberancia los árboles de siringa y caucho. Imprecisos los linderos entre Bolivia y Brasil e inexistentes los hitos divisorios, los explotadores brasileños se fueron internando por los ríos Aunó, Alto Acre y Yacari, en busca de riquezas vegetales.

Paravicino, ministro de Bolivia en Río de Janeiro, fun-

dó Puerto Alonso para instalar una aduana e impedir el tráfico contrabandista. Los brasileños, que habían emplazado sus barracas y fincas en las márgenes de los ríos, protestaron. La presencia de las autoridades bolivianas les pareció una invasión y una amenaza. En mayo de 1899 era invadido Puerto Alonso, y en julio del mismo año el aventurero español Luis Gálvez se alzó con el territorio que llamó «Nuevo Estado independiente del Acre, Purús y Yacú». Armas, gente y dinero fueron suministradas por el Brasil a la nueva república.

El ministro de la Guerra boliviana, coronel Ismael Montes, consiguió recuperar el territorio, pero quedaron las semillas esparcidas para la segunda disensión, que no tardó en producirse.

El presidente de la República boliviana quiso ponerse a la cabeza del cuerpo expedicionario. Pidió al Superior de los jesuítas que le acompañara, el Padre Gaspar Tovía, como capellán de su ejército.

Este Padre, natural de Ayamonte (Huelva), era un alma caballeresca y noble, que había defendido a la Iglesia y al Papa en la Inmaculada como zuavo pontificio. Se le llamaba «máquina de llorar», por las lágrimas que derramaba en la Misa, y también «máquina de hacer llorar», por la eficacia de sus sermones. Destinado a la misión del Ecuador, perseveró veintidós años entre indios salvajes y civilizados.

Conocía bien los peligros de aquella tierra; pero quizá ningunos le impresionaron tanto como los de la guerra del Acre:

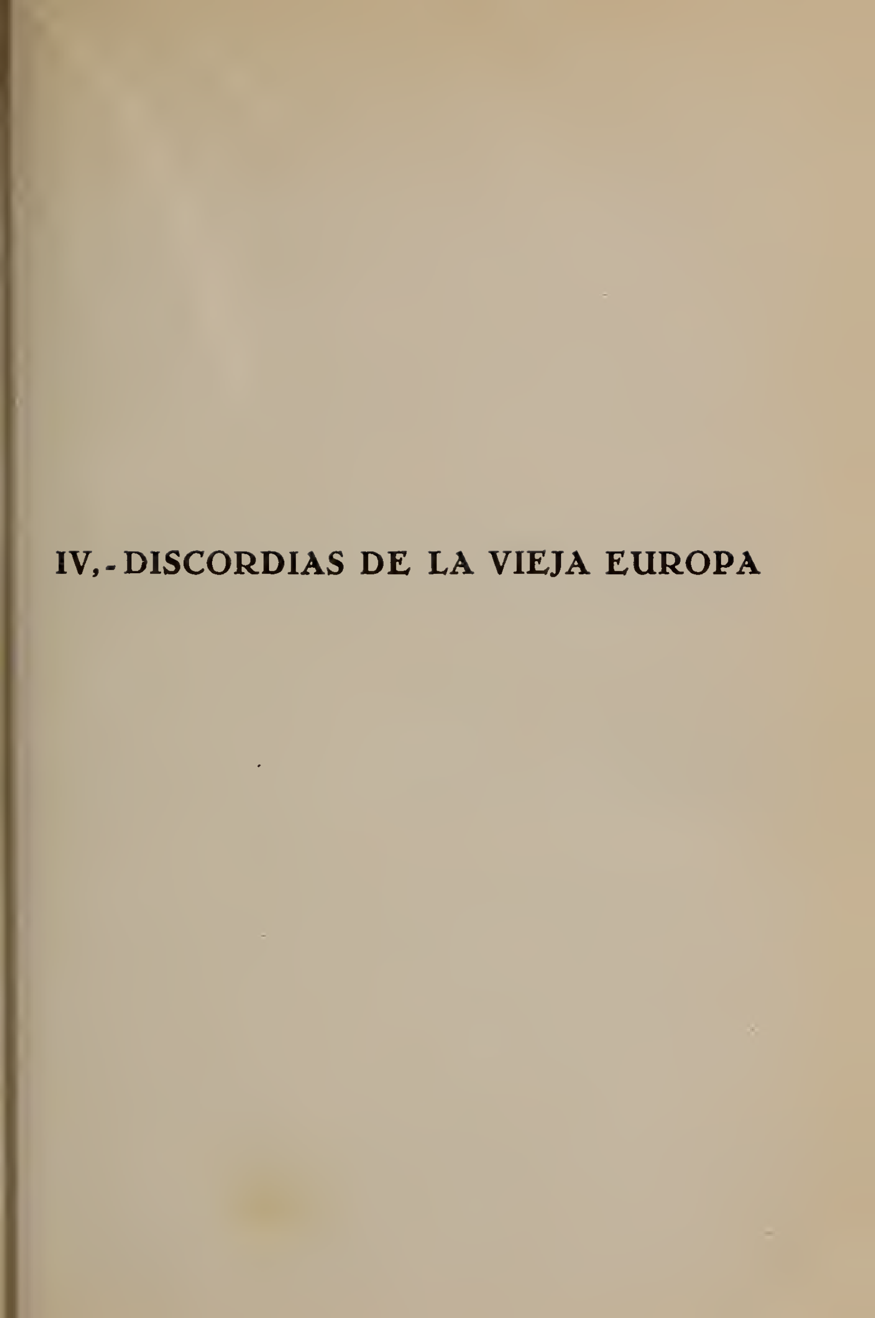
> «Las balas de los máuseres nos silbaban en todas direcciones; durante los cuatro dias y cinco noches estuvimos siempre bajo el fuego enemigo. Dios Nuestro Señor nos libró» (5 de mayo de 1903).

> «Yo pensaba que no volvería de la expedición, pues se creia que las enfermedades y las balas darían buena cuenta de mis huesos; pero decía: yo he dado ya a la Compañía todo cuanto podía darle; no me quedaba más que morir en un rincón, pues para acabar mis días en una enfermería cubierto de emplastos y cataplasmas y dando que hacer a los enfermeros, preferible es morir en el campo de batalla, granjeando así entre estas gentes algo

más de honor y estimación de la Compañía.» (Carta al Padre Provincial, 19 de agosto de 1903.)

El Padre Tovía, que había sido rector del Colegio de La Paz, y Superior en Lima, quiso gastar el resto de su vida en los lazaretos de Guayaquil, sirviendo a los enfermos y pobres de Jesucristo.

Durante la cruelísima *Guerra del Chaco* (1932-1938) varios Padres del Colegio de San Calixto, La Paz, Sucre y el Observatorio, se ofrecieron voluntariamente como capellanes de campaña, pero no fueron aceptados, porque el Gobierno los quería nacionales, y sólo lo fueron, por este motivo, dos Padres nacidos en Bolivia.



IV, - DISCORDIAS DE LA VIEJA EUROPA

LOS TORNEOS RELIGIOSOS DE FRANCIA

Todo estaba preparado en la ciudad de Lyon para que al dar las doce en Saint-Nizier se levantaran los hugonotes contra la autoridad del rey. La-Noue, con sus soldados, esperaba a las puertas de la ciudad. En cuanto oyera el alboroto irrumpiría en ella a sangre y fuego. El gobernador se hallaba sin tropas y sin muchas esperanzas de conseguirlas.

De nada servirían las cadenas tendidas en la calle para detener las cargas de los caballos.

Pero da la hora, y las torres no sincronizan. Suenan campanadas distintas y a destiempo y los conjurados se desorientan. Por grupos desconectados van cayendo en manos de los católicos. Y La-Noue se retira hacia Viena a través de los campos...

¿Qué ha ocurrido? Un religioso muy conocido en la ciudad por su predicación, que había llegado hacía poco de Tolosa, supo, por diversas vías, el complot que se tramaba. Reunió entonces a todos los relojeros en casa del gobernador Birague y les intimó la orden de desconcertar los relojes. El religioso era el Padre Edmundo Auger, Provincial de Aquitania. Lo mismo que el Padre Manareo, Provincial de París, había desviado un golpe dirigido contra el monarca.

Creció con esto la popularidad de los jesuítas. Los católicos no hallaban expresiones bastante elocuentes para elogiar a los salvadores de la Corona; la Corte los colmaba de favores, y el rey, Carlos IX, decretaba que los legados hechos a la Compañía en adelante serían considerados como legítimos.

Pero la guerra estallaba por todas partes. Como un in-

cendio mal escondido por una capa de arena. En la Navarra francesa, el Bearn, el Languedoc, regiones en que dominaba el partido protestante, agrupado en torno a la familia Borbón y capitaneado por Condé, la sublevación se hizo incontenible; lo mismo que en la Normandía, donde se esperaba la ayuda de los Países Bajos.

El duque de Anjou, hermano del rey y lugarteniente general, estaba a la cabeza de los ejércitos católicos. Al Padre Auger rogó que le siguiera al oeste, a dar la batalla a los contumaces. Accedió el Padre, y cuando estaba a punto de partir para Tolosa, donde le esperaban los asuntos de la Provincia, dejó un aviso para el Padre general sin dar tiempo siquiera para recibir respuesta:

> «Sus majestades me han ordenado, sin querer escuchar mis advertencias, seguir en el ejército al lugarteniente general, hermano del rey, porque mis trabajos serán allí más útiles que en ninguna otra parte; la reina añadió que escribirá a Su Santidad y a vuestra Paternidad. Acabo de ofrecer a sus majestades mis humildes servicios asegurándoles la entrega voluntaria de toda la Compañía, de lo que ellos se mostraron muy agradecidos. He pedido un Padre a Lyon y otro a Toulouse; pienso que no tardarán en reunirse conmigo» (8 de octubre de 1568).

Su decisión fué plenamente aprobada por San Francisco de Borja, quien a 8 de noviembre le exhortaba a llevar animosamente las fatigas de la campaña por la Iglesia de Dios. Este nuevo apostolado en los orígenes de la Compañía en Francia, encajaba plenamente en el espíritu del Provincial de Aquitania. Fogoso por temperamento, elocuente y decidido había caldeado el Mediodía de su patria con el fuego de su palabra. Las iglesias no habían bastado para contener el auditorio, y el Parlamento de París tuvo que cederle el salón de sesiones.

En el campamento se ganó pronto la confianza de los soldados. Se le veía compartir con ellos fatigas y peligros, visitarlos en sus tiendas, consolarlos, cuidarlos en sus enfermedades, administrarles los Sacramentos y prepararles para la muerte.

> «He llegado aquí—escribe desde Verteuil a 4 del mismo mes—al mismo tiempo que 2.500 reitres (soldados de ca-

ballería alemanes), y mañana el ejército marchará sobre *Saint-Jean-d'Angely*. Todos desean venir a las manos con el enemigo; pero se teme que los jefes se retiren a Inglaterra o se dirijan al Languedoc.»

No lejos de Saint-Jean está Jarnac, donde los protestantes iban a ser totalmente derrotados y Condé arcabuceado. Antes del encuentro, el Padre Auger dijo la Misa, a la que asistieron los señores de Montpensier, de Guisa, de Martigues, de Joyeuse, de Brissac y otros caballeros de la más alta nobleza. Después ayudó el Padre al señor duque a ponerse su armadura, y durante las siete horas que duró la batalla, permaneció fiel a su lado. Zwinglio había muerto en un combate; Teodoro de Beza, el discípulo y sucesor de Calvino, asistió personalmente a la lucha de Dreux, al sur de Normandía; y ahora, Edmundo Auger, el «Canisio de Francia», tuvo que hallarse en Jarnac para infundir alientos a los soldados de la Iglesia Romana.

Al día siguiente se cantó el *Te Deum* en la Misa votiva del Santísimo Sacramento, que celebró el Padre en reparación por todas las blasfemias de los herejes. Su descanso fué entregarse a la predicación en Limoges, con la que atrajo más de 300 calvinistas a la fe verdadera.

El Gobierno estaba poco preparado para una guerra civil. Sólo contaba con 20.000 hombres armados; mientras que los rebeldes tenían este número, más la ayuda de la reina Isabel de Inglaterra. Por eso el Pontífice de la Santa Liga, San Pío V, mandó a Francia al conde de Santa Flora con un ejército de italianos. Se le unían cinco religiosos de la Compañía de Jesús (1). Para uso de estos soldados compuso el Padre Passavino un opúsculo titulado «Il soldato christiano». *«Los jesuítas predisponían a los soldados en sus mismas tiendas de campaña a hacerse dignos de pelear en nombre del Señor, en cuya difícil misión no había quien igualase al Padre Auger»*—dice Cretinau-Joli.

En octubre, realistas y pontificales batían a los disidentes en las llanuras de Moncontour.

(1) Eran Curcio Amodeo, Rodolfo Florio y Francisco de San Germán, sacerdotes; Lelio Sanguíneo y Mario Gentili, coadjutores.

> «Nuestros italianos—escribe uno de sus capellanes—se han portado muy bien; las veinticinco banderas que han cogido al enemigo han sido enviadas al Soberano Pontífice.»

Pero aquellos buenos aliados tuvieron que regresar a su patria enfermos y empobrecidos, aunque gloriosos, y los jesuítas de Lyon ayudaron a Francia a pagar la deuda que tenían con ellos, pidiendo limosnas para auxiliarles y activando la erección de un hospital general en la ciudad del Ródano.

Ya las armas católicas habían obtenio en el mismo año dos importantes victorias; parecía que importaba perseguir a los herejes hasta el total exterminio; pero, lejos de eso, Carlos IX, educado en la política sinuosa e intrigante de los Médici, prefirió negociar con ellos. En la paz de Saint-Germain, del 15 de agosto de 1570, todos los artículos favorecían a los vencidos. Coligny marchó al Languedoc para reunirse con el conde de Montgommery, y, entretanto, los católicos de aquella comarca, desprovistos de un jefe capaz de hacer frente al sagaz almirante, opusieron a sus armas la palabra de Auger. Los jesuítas habían dado su batalla contra la herejía en los púlpitos de Aix, Auch, Tours, París, Ruán y Dieppe, en las regiones Noroeste y Sur de Francia, y sería excesivamente injusto atribuirles alguna culpabilidad en la macabra *Noche de San Bartolomé* (1572).

Precisamente durante aquellas horas, turbias de sangre, los religiosos de la Compañía se portaron apostólica y dignamente.

> «No puedo pasar en silencio—refiere el Padre rector del Colegio de Clermont—lo que sucedió el día de San Bartolomé... En París, algunos de nuestros Padres y Hermanos fueron enviados a diversos sitios para arrancar de la matanza a un buen número de nuestros amigos, y entre ellos muchos gentileshombres llegados recientemente a la capital. Eran buenos católicos, pero en calidad de ingleses o escoceses se les tomaba por herejes y se les buscó en casas y hospederías para librarles del suplicio. Por sus reclamaciones, sus instancias y sus recursos a personajes influyentes, nuestros Padres salvaron a muchos de estos

desgraciados. En Lyon también, durante la matanza de los herejes, algunos Padres prestaron el mismo servicio, y en una y otra ciudad no fué sin peligro de sus propias vidas» (1).

Después de la tristísima noche, se encendió más fieramente que nunca el ánimo de los herejes. *La Rochela* se llenó de ministros reformados, de soldados fanáticos, de gentileshombres que allí buscaban refugio. Se resolvió él rey a poner sitio a la plaza y confió la empresa al vencedor de Jarnac. A sus órdenes iría el duque de Alençon, su hermano; el rey de Navarra, el príncipe de Condé, los duques de Montpensier, d'Aumale, de Guisa y su capellán de honor, Padre Edmundo Auger. Era el mismo jefe del campo el que por una carta de su puño y letra reclamaba la presencia del jesuíta (2).

Sus ocupaciones son éstas, que él cuenta al Padre general:

«Decir mis horas, la Misa todos los días, predicar con frecuencia, confesar y visitar los enfermos, enterrar a los muertos, cuidar de los pobres, ir completamente solo a las trincheras, a pesar de los cañonazos y arcabuzazos, acostarme algunas veces sobre la paja y vestido» (15 de junio de 1573).

El duque de Anjou pidió al Padre general que se lo conservara hasta el final del asedio, pues decía ser «un sujeto muy a propósito para enderezar sinceramente el servicio divino que aquí ha sido tan prostituído y abatido.»

Antes de derrocar la fortaleza, el jefe del ejército recibió la nueva de su elección al trono de Polonia. Una delegación especial partió en seguida para Francia con el fin de llevar la corona al nuevo rey; y llegó al campo el 15 de junio—como cuenta el Padre Auger—en el momento en que el duque había sido ligeramente herido al pie de la muralla. El de Anjou quiso manifestar la confianza que tenía puesta en su capellán, enviándolo a presencia de Gre-

(1) Manare: *De rebus Soc. Iesu*, p. 106, n. 56.
(2) Auger a Polanco, 30-I-1573 (Gall., *Epist.*, t. VII, fol. i).

gorio XIII para que en su nombre le diera cuenta de la campaña.

Enrique III, sucesor de Carlos IX, a poco de ser coronado en Reims, en 1575, escogió como confesor al Padre Auger, que así iniciaba una ilustre galería de confesores reales en la Corte de Francia. Enrique IV eligió al Padre Coton. Este y el Padre Arnaux fueron los confesores de Luis XIII, príncipe todavía muy joven, que se sintió arrastrado por la pasión de la guerra. Fascinado por los planes militares que bullían en su mente, se resolvió a marchar contra los impugnadores de su autoridad en la región del Bearn. Entró en Pau (1620), restableció bienes y derechos de los obispos y párrocos católicos, disolvió la milicia llamada «de los persas» y juntó esta región y la Navarra Baja con la Corona de Francia.

Pero estos éxitos de nuevo exasperaron a los hugonotes, que alzaron en La Rochela la enseña de la rebeldía. Desde que se habló de una expedición militar contra el baluarte calvinista, el Padre Mucio Vitelleschi había ordenado oraciones en todas las provincias de la Compañía para atraer las bendiciones del cielo sobre su Majestad Católica de Francia. Al mismo tiempo, el Padre Arnoux se apresuró a ofrecer sus servicios y los de sus hermanos. Fueron aceptados, y en seguida el Padre Antonio Suffren condujo a los muros de Saint-Jean d'Angely a los Padres de la Provincia de Aquitania, señalados como capellanes. De éstos nos ha dejado el juicio un contemporáneo, el presidente Gramond:

«*Se veía a los soldados, antes de exponerse a la muerte, correr en muchedumbre a los ministros del Señor, deponer a sus pies los secretos de su conciencia, recibir la absolución de sus pecados, recitar muy alto las oraciones comunes, reunir al son de tambores sus estandartes y lanzarse gozosos a sus trincheras, donde eran todavía bendecidos por los religiosos, sobre todo por los jesuítas, que les habían acompañado.*»

Delante de todas las plazas que fueron sucesivamente atacadas por Luis XIII se repitieron estas escenas.

En el sitio de Clairac, el Padre Arnoux asistió al mariscal de Termes, gravemente herido, y nos dejó trazada

la semblanza de este jefe católico, que quiso ser enterrado en la iglesia del Colegio de Dijon.

Después de la capitulación de Clairac, el monarca. ganoso de pelea. se dirigió contra Montauban, defendido por el marqués de La Force. Los Padres de la Provincia de Tolosa reemplazaron entonces a los de Aquitania. Muchos sucumbieron a la fatiga, como el Padre Tribos, a quien el hábito de la mortificación hizo leves las privaciones de la campaña; el Padre Sistrières, incapaz de moderar su celo cuando se trataba de salvar almas; el Padre Seguin, recién ordenado, que murió a consecuencia de una enfermedad contraída en el campo, confesando a soldados a pleno sol.

La muerte de estos capellanes conmovió tanto al Padre general, que escribió una carta en la que los juzgaba felices por haber podido terminar la vida en trabajos «tan apostólicos y casi heroicos».

El Padre Herveo Malvais era rector del Colegio de Rodes cuando solicitó en 1621 la gracia de consagrarse al apostolado en los campos de batalla. A pesar de sus sesenta y cinco años, estuvo en Clairac, amenazada por las tropas protestantes, que querían reconquistarla. Los asaltantes tenían consigna de matar al jesuíta dondequiera que le hallasen. Pero la guarnición resistía valerosamente. Incapaces de rendirla por la fuerza, los herejes recurrieron a la astucia. Unos traidores abrieron un boquete en una parte aislada de la muralla, y durante la noche del 20 al 21 de febrero el enemigo penetró en la plaza. Los defensores, poco numerosos, no pudieron contener la invasión. Los asaltantes penetraron en la iglesia abacial, en donde el Padre Malvais se hallaba en oración. Cayó herido por un tiro en el pecho disparado por el primer soldado que lo divisó; otros se arrojaron sobre él como perros hambrientos y lo acabaron con golpes de puñal y espada (1). Los asesinos le despojaron de los vestidos y lo dejaron en tierra bañado en su sangre; pero Dios velaba por los restos del mártir, que después de muchos meses no daba señales de corrupción (2).

Luis XIII, para honrar la memoria del capellán már-

---

(1) Testimonio jurídico de Juan Galibert y Pablo de Guardanti, 7 y 17 de julio de 1639 (Suppl. Gall.).

(2) Algambe: *Mortes illustres*, p. 321.

tir, quiso que se fundara una misión de la Compañía en Clairac, y que fuera mirada como misión real.

«*Bueno es advertir*—dijo el ya citado Gramond en su «Historia de Luis XIII»—*cuán profundo es el odio de los herejes contra los jesuítas, sujetos de costumbres irreprensibles, a quienes sería difícil referir todo lo que les debe la Francia victoriosa durante esta guerra.*»

Después de la rendición de San Antonio, Luis XIII se dirigió a Tolosa, donde los alumnos del Colegio le ofrecieron una sesión dramática sobre sus campañas. El 18 de julio de 1622 llegó a Beziers y asistió a la solemne ceremonia celebrada para conmemorar la canonización del soldado español fundador de la Compañía.

La paz firmada por el duque de Rohan el 17 de octubre, fué proclamada el 19, y el rey entró triunfalmente en Montpellier a la cabeza de 4.000 hombres

ARDE MAGDEBURGO

(1631)

Y las autoridades, reunidas en la Sala Consistorial, todavía deliberan sobre la respuesta que darán a Tilly.

—No se les mandará ningún legado al campamento—declara Falkenberg—, sino que se les dará la respuesta por escrito...

Pero ya demasiado tarde. Resuena el cuerno de asalto y las campanas de rebato, y el grito de que los imperiales están dentro de la ciudad. Predicadores luteranos, magnates y ciudadanos se lanzan fuera de la Casa Consistorial. Falkenberg monta su caballo de guerra, llama al más bravo regimiento que tiene a sus órdenes y se lanza contra las huestes de Pappenheim. Pero a poco lo retiran maltrecho. Dicen que murió abrasado.

En vano esperarán el socorro de Gustavo Adolfo, el fingido y ambicioso protector, que clavó su bandera en el corazón de Alemania. En vano pedirán ayuda a la Sajonia o el Brandeburgo, que el rey sueco ha asegurado pertenecer a su alianza. Estaban solos los veteranos rebeldes de Carlos V; solos frente a los ejércitos de Pappenheim, Tilly y el conde de Mansfeld.

El primero de éstos, sin esperar la señal de Tilly, que todavía confiaba volver a la sensatez a los magdeburguenses, se lanzó al asalto a las siete y media...

Los burgueses disparan desde las casas, y el general manda prenderles fuego como medida de defensa y escarmiento. En la mañana hermosa del 20 de mayo, unas llamas suben al cielo.

Cae Schmidt, cae Trost y cesa la unidad de mando en los defensores. El administrador del sueco, que pelea en la puerta del puente, es derribado del caballo por los imperiales y llevado herido a la tienda del general.

No obstante, es difícil avanzar. La lucha oscila indecisa de una parte a otra; mil hombres pierde Pappenheim en la guerra de calles. Hasta que se decide a llevar caballos y cañones a la otra parte del foso, para barrer las vías de acceso y atacar por la espalda a los defensores.

Se dispara a los imperiales desde las bodegas y ventanas; las mujeres echan agua hirviendo, los niños arrojan piedras desde los tejados. Unos 700 valones y croatas de Pappenheim sufren graves contusiones por pedradas.

Es todavía temprano cuando el Padre Gaspar Wiltheim acaba de decir la Misa de campaña ante el arrabal Sudenburg. Habían recibido la Comunión el conde de Mansfeld y otros jefes del Consejo de guerra. El Padre se dispone a tomar su desayuno con otros dos Hermanos de su Orden, cuando divisa una columna de humo imponente por la abertura de la muralla. Y un presentimiento terrible asalta el ánimo del capellán. Por lo visto, el impulsivo Pappenheim que acampaba al norte de la ciudad, no ha recibido la orden de Tilly de suspender el asalto.

En seguida el Padre se echa afuera. Lo que vió y lo que oyó nos ha quedado impreso en una página impresionante de su diario.

En el camino se encuentra con algunos soldados que vuelven jubilosos. Unos van cargados de grandes sacos llenos de carne, jamones y tejidos; otros llevan en las manos copas de plata y bandejas; anillos de oro y cadenas preciosas puestas al pecho.

La puerta del Sudenburgo está abierta. Pero arde el maderamen y saltan pavesas. El Padre Wiltheim penetra audaz y escucha los gritos de victoria que derraman los asaltantes por la ciudad: *«¡Magdeburgo, nuestra! ¡Todo está ganado!»*

Se dirige recto hacia la catedral de San Mauricio. Los alrededores, desiertos. Entra por el pórtico de las Vírgenes necias y las prudentes y pasa a la nave. Esta se encuentra invadida por una multitud de mujeres que buscan asilo en la casa de Dios. Pero también tropiezan sus ojos con algunos cadáveres: uno, precisamente en las gradas del altar. El espacio del coro resuena con el lloriqueo

de los niños allí refugiados. El Padre se arrodilla ante el altar, cuyo «antependium» de oro está salpicado de sangre reciente. Reza una breve oración y habla a las mujeres. Les echa en cara la herejía y la infidelidad por la que han venido a tan grandes calamidades. Les exhorta a rezar con él la Salutación angélica y les promete que intercederá por ellas ante el general de los católicos.

Se encuentra precisamente con éste camino del Mercado Nuevo. Van a caballo Tilly y Mansfeld, lamentándose de que el asalto se haya llevado con tanto desorden, y del incendio de la ciudad. En un momento en que Tilly se detiene para pedir un poco de agua, se acerca el capellán de los alemanes. Con frases breves representa al caudillo el estado en que se encuentra la catedral y la promesa que acaba de hacer a las mujeres.

Tilly entonces se conmueve (1). A cien hombres suyos manda que protejan a las mujeres de la «canina libido» de los soldados, y a otros quinientos que apaguen el fuego que ya ha prendido en más de sesenta sitios. De un montón de muertos levanta el general a un niño vivo, y exclama: «¡Este es mi botín!»

El Padre Wiltheim va ahora hacia el Mercado Viejo. Por las calles y plazas hay cuerpos tendidos. Quiere salvar a un hombre, al que un croata ha clavado un puñal en la espalda, pero llega tarde. Otro croata le muestra en la iglesia de San Juan a dos parvulitos sobre un banco, de los cuales el uno juega, mientras que el otro mama todavía en el pecho de la madre asesinada. De los montones de cadáveres se pueden sacar niños con vida.

Después de las doce, Tilly manda tocar a retirada. El fuego avanza dominador, y dentro de pocas horas será el amo absoluto de la ciudad. Las cenizas que arrastra el viento a muchas leguas de distancia, anuncian la tragedia por el contorno.

Estallan minas preparadas por los herejes, el suelo vacila debajo y se derrumban bloques enteros de muralla, entre un oleaje de llamas. La claridad es tan brillante, que ya de noche se podían leer cartas en las tiendas de Hermesleben.

---

(1) *Juan Tserclaes*, barón *de Tilly*, es una de las figuras más nobles de la guerra de los *Treinta Años*: sobrio y piadoso, pero enérgico. De niño quiso ser jesuíta, pero sus maestros fomentaron en él su inclinación natural por las armas.

«Estábamos en el campamento—escribe el capellán germano—, y contemplábamos cómo las llamas lamían alrededor las torres de San Ulrico, de San Juan, de Santa Catalina, de San Nicolás, de San Sebastián, de San Pedro, de Santa Magdalena, de los agustinos y dominícos y de otros. Veíamos que se retorcían las llamas arremolinándose racia el cielo. *Lacrymas et Tillius fundebamus.* "Llorábamos nosotros y también Tilly."»

Había sido aniquilada una de las ciudades más ricas y aristocráticas de Alemania. Veinte mil hombres, entre vencidos y vencedores, que no pudieron huir, perecieron abrasados; seis iglesias, la Casa del Consejo, hospitales, suntuosos edificios y mil quinientas viviendas quedaron reducida a cenizas. Sólo se salvaron cien chozas de pescadores a las orillas del Elba y la catedral, donde el 25 de mayo se celebraba Misa.

La tragedia de Magdeburgo fué un símbolo de lo que estaba ocurriendo en toda Alemania durante la guerra de los Treinta, o Cuarenta, Años. El primer país de Europa, densamente poblado y cubierto de espléndidas capitales, se convirtió durante esos decenios en un campamento de miserables.

Muchas causas y razones se han aducido, y entre ellas el salvajismo de los beligerantes; pero a su vez éste lo hallamos explicado en una carta dirigida al príncipe elector Maximiliano. Está escrita desde Munich por el deán Santiago Golla, y dice de esa manera:

«*Debían ser mantenidos más sacerdotes en el campamento católico*. Antiguamente cada jefe tenía su capellán. Todos los potentados cristianos están obligados a mantener el número de sacerdotes necesarios para su gente de guerra; en cada regimiento debe haber por lo menos tres presbíteros. Por la falta de Misa y predicación se hacen los soldados salvajes, crueles, tiranos y se *revuelven* en los más groseros pecados. Por la falta de sacerdotes mueren muchos sin confesión y comunión. Un capellán ha escrito después de la conquista de Magdeburgo que no se explica cómo ha podido resultar bien, a causa del inhumano proceder de los soldados. Cuando leí esto me estremecí y pensé que podría ser verdad, después

que se ha perdido la batalla de Leipzig, con daños casi irreparables para los católicos. Me ha escrito uno desde el campamento diciéndome que él, en dos años solamente ha tenido ocho ocasiones de oír la Misa. Los suecos tienen un predicador en cada regimiento, y los suecos no son tan crueles como nuestros soldados.»

Los tres grandes caudillos de la causa católica sustentaron siempre en su campo a algún Padre de la compañía Pero, ¿qué era esto para aquellas mesnadas multitudinarias que reclutaban de prisa a su paso por las aldeas?... La labor del capellán era angustiosamente extensa. Tenía que atender a los jefes, instruir a los soldados, consolar a los enfermos y hasta curar a los heridos y enterrar a los muertos. Si el resultado era la victoria, los mismos vencidos cargaban sobre sus espaldas. ¿A cuántos condenados a muerte libraron los capellanes, cuántas vejaciones impidieron con los prisioneros?... En la batalla de Starlo cogieron 5.000 de estos desgraciados. «Era una lástima—dice *El Mercurio Francés*, IX, 657—el verlos conducidos por los croatas como rebaños de bestias por la Westfalia hasta las puertas mismas de Münster, donde por pura conmiseración les suministraron alimentos y vestidos. Varios eclesiásticos, y entre ellos los jesuítas, capuchinos y algunos seglares, consiguieron arrancar un gran número de las garras de los vencedores, proporcionándoles en seguida lo necesario para volver a su país.»

El principal contingente de capellanes jesuítas fué tal vez el de Maximiliano, duque de Baviera, que entró en la Bohemia ,al principio de la guerra, con 18 Padres y el Padre Jeremías Drexel a la cabeza como Superior.

«*Los jesuítas eran para los generales del Imperio unos auxiliares que valían por un ejército entero, puesto que jamás esperaban otra recompensa de su abnegación que la gracia de sacrificarse de nuevo*» (Gretineau-Joli).

Siete años, hasta 1627, ocupó el puesto de capellán y confesor en los reales de Tilly el Padre Juan Pierson, de la Lorena. Reveló ser un hombre de exraordinario valor humano. Como viera en la campaña de Dinamarca que las tropas flaqueaban ante un pantano que protegía a los herejes, él se lanzó el primero al agua pantanosa y fría, arrastrando detrás a los soldados.

Al conde Ottheim Fugger siguieron los Padres Fernando Lilio y Baltasar Miguel, de los que se ocupa la historia del Colegio de Ausburgo (1).

A Pierson sustituyó en 1627 Juan Mauricio, que moría cuatro años más tarde víctima de una fiebre. Su vacío lo ocupó Marcos Guenin, confesor del nuncio de Lucerna. De este Padre hay una carta escrita al rector de Amberg, acerca de la entrada en Bamberga por el general Tilly (9 de mayo, 1632). En ella describe la devoción y magnanimidad del Jefe, que se pasó orando toda la noche, y al amanecer recibió el Santísimo Sacramento. En la lucha decisiva para conquistar el puente, estaba delante de todos. El Padre Guenin, instado por los capitanes, le rogó que no se expusiera tanto, pero le respondió que no le estaba bien a un jefe de Campo intimidarse por el enemigo.

Guenin asistió a Tilly en Ingolstadt en su última hora, que nos describe Santiago Balde: «Había allí hombres de la más alta dignidad; muchos alrededor, con espadas y escudos. Hombres de los que se podría creer que eran de mármol, lloraban lágrimas sincerísimas. Se veía a aquellos duros guerreros sollozando detrás de sus escudos.»

Cuando el Padre Guenin cumplió los últimos encargos que le hizo el moribundo para el emperador y Wallestein, entró al servicio del conde Werner Tilly, que libraba la guerra contra los suecos.

Hemos dicho que también Wallestein quiso tener a sus órdenes a un Padre jesuíta. Este fué Wenzel Kruczero, al que había conocido en Guitschin. Pero el P. Kuczero no se halló nunca a gusto en el campamento del ambicioso y fantástico general. Mantenía éste a sus ejércitos con el bárbaro principio mansfeldiano de que la guerra se ha de sustentar a sí misma, y así exprimía las tierras por donde pasaba. Entre sus oficiales había tantos católicos como protestantes. Kruczero, a fuerza de cartas al Padre Vitelleschi, consiguió librarse del sangriento general, que tanto distaba del piadoso Tilly.

Pappenheim escribió directamente al Padre general para que no le quitaran al Padre Juan Gregor; y el conde de Mansfeld usó el mismo procedimiento acerca del Padre Fabián Möller. Quería que dependiera de él exclusivamen-

(1) Cordara, I, 186.

te, sin que pudiera quitárselo el Provincial de Bohemia; pero Vitelleschi le contestó que esta independencia no era conforme con el Instituto, y que no podía llevar a mal que alguna vez dispusieran del Padre los Superiores.

Se notaba sensiblemente la falta de operarios. Un solo Padre, Gaspar Helin, acompañó varias veces a los ejércitos católicos, y estuvo en el sitio de Uberlingen (1644). Varias balas le alcanzaron mientras administraba los Sacramentos, una de las cuales se le alojó en el costado izquierdo y la llevó consigo hasta la tumba.

Los jesuítas de Austria también dieron su contribución heroica. En el sitio de Viena (1619) gastaron semanas enteras en los hospitales y se echaron a la calle a pedir limosnas para los soldados, y llevar a casa los que encontraban postrados por las esquinas.

Según el catálogo de la Provincia (1631), dos misioneros ayudaron a Tiefenbach. En el año siguiente señala cinco: un confesor y un predicador de la corte y otros tres para oficiales y tropas.

Con el archiduque Leopoldo Guillermo (1641), dos; pero consta que pidió nada menos que sesenta.

En la batalla ya aludida de Leipzig murieron dos, y seis cayeron prisioneros (*Litt. ann. Prov. Aust.*, 1635-1641).

Por las cartas ánuas de la Casa Profesa de Viena sabemos que, a punto de firmarse la *paz de Münster* eran *quince* los jesuítas austríacos que había en campaña.

EL DANUBIO ES FRONTERA

Cuando terminó la guerra de los Treinta Años, Alemania era un cementerio ingente, una selva. Un tercio de la población había sucumbido, y el resto, famélico y empobrecido, vagaba por las ruinas de la nación desolada.

Tantas batallas y tan aleatorias, en las que huyen hoy acorralados los vencedores de ayer, y que volverán mañana al sangriento desquite, perturbaron toda la vida de la Confederación germana; y necesariamente tuvieron que sufrir estas bruscas oscilaciones las numerosas obras que tenía en ella la Compañía de Jesús. Aquellos Colegios de prestigio, en los que se educaron Tilly y Piccolomini, y abrazó la religión católica Wallestein, tomaron un aire duro y nuevo de campamento. Si leemos las cartas ánuas y relatos de aquel período, sacamos la impresión de que las provincias germanas estaban como militarizadas. El Padre prepósito de la Casa Profesa de Viena aparece en el catálogo como «Superior Missionis Castrensis». Y en la misma Provincia hay, además, un Superior para los Padres en campaña, y otro para los que están en la Patria. No es que éstos se eximieran de los peligros, sino que tenían que aplicarse a servir en los hospitales o esperaban la hora de relevar a los de primera línea.

Los capellanes alemanes llegaron a una organización tan perfecta en su ministerio, que solamente se les puede comparar con la misión famosa de Tomás Sailly.

En realidad, había en Alemania tantas misiones cuantos eran los regimientos. A la cabeza de cada una había un capellán que se ocupaba del culto. Mañana y tarde se tocaba

el «Angelus», y hasta los protestantes descubrían la cabeza al oír la señal. Los días de fiesta decían dos Misas y predicaban dos o tres veces. Establecían en los campamentos escuelas elementales, a las que también podían acudir los adultos.

Para reglamentar su actuación en un marco militar, y sin perder nada del espíritu religioso, pidieron normas a los Padres de Austria, como más experimentados en cuestiones de guerra Y de ellos emanó una Instrucción bastante completa, que alabó el general Noyelle. (Carta al Padre Truchsess, 11-sept.-1683.)

Copiamos algunas líneas: Después de decir que la «Lagermissio» abarca toda clase de ministerios, pasa a las cualidades del misionero. Este debe ser edificante y sobrio; los vestidos, dignos de su religión, y no debe llevar armas consigo. Puede tener un criado que sea hombre adulto y fiel y pueda ser testigo de su vida religiosa. Las entradas y salidas deben ser cuidadosamente anotadas y dar cuenta al Superior de lo que gasta después de uno o dos meses.

La Instrucción fué completada por una información del Padre Bartolomé Mayer, en la que resume sus experiencias de siete años. Da, sobre todo, consejos para el momento de la batalla. Dice que el capellán debe situarse detrás del regimiento o de flanco, a unos 100 metros aproximadamente de los quirurgos, para que pueda ser encontrado fácilmente.

«Mientras se establece la línea, yo acostumbro a ir delante del regimiento, a unos cien pasos, porque vienen los oficiales y se confiesan sin que nadie lo advierta. Lo hacemos, en efecto, como si estuviéramos conversando. Esta práctica se observa también en otras partes. Se apodera de los soldados la loca imaginación de que tiene miedo el que se confiesa; así, se avergüenzan muchos y se pierden.

Si los nuestros quieren conservar el afecto de los altos oficiales, no se mezclen para nada en asuntos extraños, sino permanezcan en el altar y ocúpense sólo de esto El jefe está obligado a proveer al capellán de todo lo necesario y de mantenerlo siempre convenientemente.»

Nos bastaría revisar las actas y cartas de estos jesuítas, muchas de las cuales se conservan en el Archivo Real de Munich, para darnos cuenta de lo fielmente que se cumplían esas prescripciones. Y las dificultades que les engendraba la pobreza aceptada voluntariamente sobre la pe-

nuria de la guerra. Era indispensable un caballo para las bélicas correrías, y escribe el Padre Augusto Lorenzo desde Altötting (24 de mayo, 1684):

> «Mi buen bucéfalo, al cual yo había cuidado durante todo el año con el mayor esmero y llevado a una gran perfección, ha sufrido una caída. Cojea, y todos los remedios han resultado inútiles. Es una gran calamidad para las campañas que se presentan el no disponer de medios para adquirir un caballo nuevo.»

El Padre Gabriel Hindermair escribe a su provincial que tiene su vestido destrozado y necesita uno nuevo, pero que no tiene dinero; *dieciocho florines no son suficientes para criado, caballo y lo demás.* (Neumarkt, 12 mayo 1684).

Pero, indefensos y pobres, todavia tienen que socorrer a muchos, pidiendo limosna para ellos o dándoles hasta las propias camisas. (*Litt ann. Prov. Aust.*, 1686.)

Las cartas ánuas de aquellos años son de una gloriosa monotonia. En todas se repiten los mismos cuadros. En todas aparece el contraste entre la espantosa miseria de la población armada y la generosidad conmovedora de los religiosos. De las muchas que recoge y comenta Bernardo Duhr escogemos una de los años de la guerra contra los turcos. (*Geschichte der Jesuiten*, III, 720).

> «El número de los soldados enfermos y heridos crecía diariamente, y faltaban los auxilios más indispensables. Muchos yacían en los establos y granjas, y por falta de cuidado estaban las heridas cancerosas y llenas de bichos. También aqui los jesuítas pusieron manos a la obra. Sin miramientos por el cansancio o el contagio se prestaron al servicio de la enfermería. Pero el trabajo era tanto, que ni tiempo ni manos alcanzaban. Después de la sangrienta batalla de San Gotardo (1 de agosto 1664) todavia fué peor. La mayoria de los heridos fué enviada a Graz, pero muchos habian llegado arrastrándose materialmente. La disenteria, la fiebre y el hambre se ensañaban en sus filas. Por esto yacian muchos que no podían ir adelante en los arrabales de la ciudad y aun en el campo. Un jesuíta salió por casualidad y vió esta miseria. Los heridos gritaban y gimoteaban: «¡Pan!» En seguida volvió

al Colegio y llamó a gritos a sus Hermanos. Estos acudieron todos—así lo cuenta la historia de dicho Colegio—en busca de víveres para acallar el hambre de aquellos desgraciados. Se organizan los socorros. Cuatro o cinco binas salían de día y de noche para esta obra de misericordia corporal, y apenas sacaban tiempc para comer ellos. Y cuando rendidos regresaban a casa, los llamaban en ésta para nuevos trabajos. Ponían a los inválidos que no podían moverse en carros alquilados y los llevaban a los dos grandes lazaretos. Les alcanzaban la comida y animaban, limpiaban las heridas purulentas, les vendaban y cuidaban como una madre a su niño. Este ejemplo movió a otros a la imitación. Treinta damas ilustres se aplicaron a los mismos trabajos.

Tres meses duraron estas fatigas, pues siempre venían nuevos a ocupar las plazas de los muertos o de los dados de alta. Setenta y tres protestantes se convirtieron; 127 soldados que tuvieron que incorporarse medio curados, volvieron al Colegio expresamente para manifestar su agradecimiento; se echaron a los pies de los jesuítas y les besaron las manos y los vestidos, ponderando su misericordia.»

Entre tanto avanzan los escuadrones del Oriente; el Khan de los tártaros de Crimea, los príncipes de Transilvania, de Moldavia y Valaquia y los húngaros de Emerico Tököly se sumaban a la muchedumbre abigarrada del gran Sultán.

Los cálculos menores dicen que el ejército de Kará Mustafá llevaba contra Viena más de 200.000 hombres, con muchos cañones, elefantes, camellos, carros de guerra y buques, que penetraban por la ancha vía del Danubio.

Otra vez Asia, que quería sofocar a la cristiandad. Confiaban que el aluvión se contuviera en el dique de Komorn, Presburgo y Raaba; pero pronto vieron que iba en flecha contra el corazón de Austria, donde dijo Thiers, que se deciden siempre las cuestiones de Europa.

Aquel año 1683 es piedra miliaria en la Historia del mundo, como el de 732 en Tours o el de 1571 en Lepanto.

Desde el 14 de julio, Viena quedó enteramente cercada y separada del ejército imperial, que se había retirado a la margen izquierda del Danubio. Un bosque de tiendas de campaña se extendía en forma de media luna desde la orilla del río, en torno de la ciudad, hasta tocar otra vez en

la orilla. Desde las torres de San Esteban se contaban 25.000, y entre todas se distinguía la del Gran Visir, con muchas salas y aposentos, verde por fuera, y dentro radiante de oro y plata.

Y aquella Legión sagrada de sacerdotes, tan avezada en sitios y caminatas durante cincuenta años de prolongada prueba se movilizó entonces a favor de Leopoldo I, emperador de Alemania.

Con el ejército de Baviera había catorce Padres. En el Estado Mayor estaba el Padre José Frankh, Superior de la misión, con su compañero el Padre Andrés Forstenhauser. En cada nuevo regimiento había un Padre; dos, en los dos escuadrones de Caballería; y en el de Artillería, uno. El 22 de julio comenzó la marcha.

Los que más tuvieron que sufrir fueron los vieneses bloqueados entre los turcos y el río. Estos por fuera, y las enfermedades por dentro, diezmaban la población angustiosamente. En un correo que envió Staremberg a los cristianos les decía:

«Todos los días mueren sesenta personas. No tenemos ya granadas, las cuales eran nuestro mejor medio de defensa; nuestros cañones han sido en gran parte inutilizados por el enemigo; parte están gastados.»

Las provisiones de pólvora se acababan; era grande la escasez de víveres. El 4 de septiembre voló una mina, que sacudió la mitad de la urbe.

Lo que tuvieron que sufrir los de la Compañía se ve mejor por las cartas escritas a raíz del asedio. El Padre Enrique Loferer, Superior entonces de la misión, por enfermedad del Padre Frankh, escribe desde Viena a los cinco días de la liberación por Sobieski:

> «En la Casa Profesa yace el Padre Superior enfermo; el Padre Catalot y yo estuvimos asimismo enfermos algunos días. Mi criado está ya enfermo de cuatro semanas.»

Y al Padre Truchsess desde Presburgo (5 de octubre):

> «El estado de nuestros misioneros del campo es francamente malo; sobre todo, está muy mal el Padre Cata-

lot, de ocho días con disentería. El Padre Pascuis, de disentería, fiebre y otros males. Ha sido prevenido con todos los Sacramentos. Allí mismo ha sido cogido por una fiebre el Padre Francisco Buecher; de su estado no he podido recibir ninguna noticia desde nuestra marcha, hace cuatro días. También he sabido por una carta desde Krems, del P. Vischer, ministro del Colegio, que el Padre Pablo Schlageter está postrado con disentería, y ningún remedio le aprovecha.

Casi la tercera parte de los soldados está fuera de combate por las varias enfermedades que invaden el campamento.»

El Padre Frankh muere en Presburgo al mes de aquel sitio memorable; le sigue el Padre Lochbrunner, el 9 de noviembre. En Brünn cayó el tercero, Ignacio Wagner, a mediados de diciembre.

Al año justo del sitio de Viena comenzó la última gran ofensiva contra la Puerta. El 14 de julio de 1684. Si la suerte de Europa estuvo un tiempo cifrada en la capital austríaca, ahora es en Buda, «la Casa de la guerra sagrada», donde se presentaba la batalla decisiva al poderío otomano. Los sitiados pasaron a sitiadores, y el mismo duque de Lorena, defensor de Viena, fué el encargado de asaltar la fortaleza turca.

Renacía en la vieja Europa el instinto heroico de las Cruzadas. De todos los países llegaban voluntarios. Personas humildes y distinguidas se decidían a morir por la Cruz. Campaña inversa de la anterior y con resultados aún más positivos. La bandera del Profeta se iba alejando...

En la historia de la estrategia militar también ocupa el sitio de Buda un lugar importante. Mejoraron los morteros, los medios ofensivos y defensivos, y se construyó gran número de minas por ambas partes.

Fué un verano pródigo de sacrificios para los Padres castrenses. Hubo treinta en el sitio, de los que trece eran austríacos y los demás alemanes. Toda la noche la pasaban sin dormir, en los corredores subterráneos.

El Padre Pablo Frisch, sucesor de Loferer, nos da detalles:

«Para la lluvia y el suelo mojado no tenemos ni ropa blanca ni cama; por esto no tiene más remedio que arruinarse la salud. Hemos visto y lamentado este año cuántos Padres se han perdido no a manos de los enemigos, sino por obra de las enfermedades. Dentro de poco tendrán que velar en las zanjas con sus soldados, de pie o sobre un mal camastro, sin defensa contra la lluvia y las balas.»

Las cartas ánuas, nuestra fuente principal en esta parte, recogen rasgos de sobrio laconismo, pero de un valor dramático innegable:

«En los asaltos avanzaban muchos (Padres) *entre la lluvia espesa de balas, para estar más cerca de los heridos.»*

Fué el 2 de septiembre, a las seis de la mañana. Comenzó el ataque. Era la primera vez que se usaban los asaltos a la bayoneta en gran escala. Un húngaro, antes partidario de Tököly, fué el primero en escalar el muro. El Pachá murió heroicamente con varios millares de hombres «consagrados a la muerte». *«Algunos Padres penetraron con los primeros que invadían la ciudad, tanto para salvar a los heridos como para contener la rabia de los asaltantes.»* Necesariamente tenían que caer algunos tan cerca del peligro. El Padre Cristóbal Widmann, en un camino de minas, fué alcanzado por arma de fuego. Los oficiales y soldados lo lloraron. De tal manera se entregaba a los enfermos, que se olvidaba de tomar alimento. El Padre Luis Seeno, por caída en una zanja.

Pero mientras más bajas sufría el ejército de sacerdotes, parece que más voluntarios acudían a completar sus filas. Los Colegios. Casas y Residencias, estaban a disposición de la única causa que entonces conmovía el Occidente. Sus relatos domésticos parecen crónicas de guerra. Los Padres directores, profesores, operarios de todas clases, estaban dispuestos a marchar con las tropas si se lo mandaban o ellos mismos se adelantaban a los deseos del Superior. Como el Padre Andrés Romeisen, de Schleltstad, que pidió al Padre Tirso González ser enviado a Hungría (1687), porque ya había probado por siete años la actividad de los



El Viático en el campo de batalla (Pauwels).— "Yo soy tu Dios que te ha confortado y te ha auxiliado, y te sostengo con mi diestra victoriosa" (Is. 41.10.)

EL ARMA QUIMICA

En la ofensiva alemana de gases del 23 de abril de 1915, fecha de la inauguración de la guerra química, fueron arrojadas 150 toneladas de cloro sobre las líneas francesas. De 15.000 hombres que guarnecían el sector, perecieron 5.000 y otros 1.5000 quedaron prisioneros.



Guillermo Doyle, S. J.



Fernando de Huidobro, S. J.

campamentos y sabía el mucho bien que podía hacerse. Además del alemán, latín y griego, entendía este Padre el francés, italiano y español. Decía que su cuerpo estaba ya acostumbrado a las incomodidades de la campaña y que con gusto dedicaría a este apostolado el resto de su vida.

DE ARGELIA A SEBASTOPOL

(1850-1856)

Con el año 1850 se inauguraba para la Compañía de Jesús en Francia una nueva era de prosperidades. Las poblaciones, con los obispos a la cabeza, se disputaban las fundaciones de los Colegios. En el Ministerio de Marina se autorizaban a los jesuítas las misiones en los presidios de Toulón, Brest y Rochefort.

Ya habían hecho los misioneros sus armas espirituales en la conquista de Argelia, donde también se formaron tantos militares de Francia. Al Padre Rigaud, que tomó parte en la magna expedición contra Abd-el-Kader, el cabecilla de las tribus rebeldes llamó al Padre Roothan el primer «missionarius castrensis» después de nuestra restablecimiento (3 de junio 1841). Algunos meses más tarde, el Padre Brumaild recibía, con la doble autoridad eclesiástica y militar, el cargo de capellán visitador de todos los campos de la colonia. Él también, durante dos años, tuvo que seguir a las tropas en sus marchas en zigzags por el desierto. Por lo demás, como él decía al Padre general, «*este es un ministerio para el cual los nuestros deben estar siempre dispuestos cuando se les llame*» (13 agosto 1844).

Un sacerdote era raro en Argelia, y el obispo de Argel parecía tener interés en que los jesuítas colaboraran con él en la doble misión que ofrecían el ejército colonizador y las harkas morunas.

El general Brugand decía que no se explicaba el temor que inspiraban los jesuítas a ciertos miembros de la Asamblea.

«En cuanto a mí — añade en la misma carta (junio de 1843)—, que busco llevar a buen fin por todos los medios la misión difícil que mi país me ha confiado, ¡cómo tendré recelos de los jesuítas, que hasta aquí me han dado tan grandes pruebas de caridad y de entrega a los pobres emigrantes que vienen a Argelia, creyendo encontrar en ella una tierra prometida, y no encontrándose desde el principio más que decepciones, enfermedadeds y con frecuencia la muerte!...

Baste, por muchos ejemplos, el del Padre Luis Parabère, que se mereció en el sitio de Zaatcha la Legión de Honor.

Nada tiene de extraño que el almirante Romain-Desfosses quisiera dejar en manos de los jesuítas el cuerpo de capellanes de la Armada. Al organismo le faltaba organización jerárquica y pareció conveniente establecerlo sobre las bases de unas Constituciones; como varias Ordenes y Congregaciones religiosas se negaron, en el Ministerio de Marina tuvieron que volver los ojos hacia la Compañía de Jesús. El Padre general, que miraba con simpatía la «Misión marítima de Toulon», aconsejó al Padre Maillard aceptar si es que encontraba el personal suficiente.

El prestigio de estos misioneros castrenses creció aún más cuando Pío IX, todavía alejado de la capital romana. pidió seis jesuítas franceses como capellanes de las tropas que le había enviado Luis Napoleón.

Pero, a pesar de la distinción del Papa y del interés de Romain y su sucesor, el almirante Teodoro Dues, el plan no llegó a realizarse. Se organizó el Cuerpo oficial de capellanes sin tener para nada en cuenta a los hijos de San Ignacio.

Misión más dura les reservaba el destino en el extremo oriental de Europa. Nos referimos a la famosa *guerra de Crimea* (1853-1856), en la que ingleses y franceses protegieron a Turquía contra las pretensiones del zar de los rusos.

Desde los primeros preparativos de la expedición. el

Padre De Jocas, provincial de Lyon, había escrito al ministro de la Guerra para ofrecerle los servicios de seis de sus religiosos y de más si fueran necesarios (2 marzo 1854). La carta fué transmitida por el Padre De Ravignan. El mariscal de Saint-Arnaud manifestó su agradecimiento y tomó buena nota del ofrecimiento para recordarlo en su día. De hecho, ya habían sido nombrados dos jesuítas por el ministro, aunque a título puramente individual. Uno de ellos era Parabère, el condecorado de Argelia, en calidad de capellán en jefe; y de la misma autoridad hubieran investido a su compañero, el Padre Gloriot, si el Padre general no hubiera intervenido con una carta en la que opinaba que tal dignidad constituía una verdadera prelatura y que, por tanto, era contraria al Instituto ignaciano.

Al Padre Parabere le llegó la orden del Ministerio cuando estaba en el hospital militar de Constantina (Argelia). Se reunió en seguida con las tropas que se embarcaban en Philippeville, donde esperó dos meses, y el 26 de mayo arribó a Gallípolis, en los Dardanelos.

«He encontrado reunidos a todos mis capellanes y, además, un poderoso auxiliar: el cólera.» El primer enemigo que se abatía sobre los barcos de los aliados y que cuando éstos tocaran en Ancona, Mesina, Trieste y Nápoles reforzarían la terrible epidemia que ya asolaba a Europa.

El 15 de junio había en los hospitales de Crimea 813 enfermos; el primero de julio ya eran 1.100. Los efectivos, en conjunto, no pasaban de 40.000 hombres. Como el número de capellanes era muy reducido—siete u ocho—, no tenían un momento de respiro.

El Padre Gloriot, llegado en abril con los primeros batallones, escribía en agosto:

> «Bajo la impresión de espanto causada por el cólera, los sentimientos religiosos se reaniman en todos los corazones. Los oficiales son los primeros en acudir a mi ministerio, y vienen a buscarme a todas las horas del día y de la noche. Oigo con frecuencia sus confesiones, pasando de un hospital a otro; otras veces me los encuentro esperándome en la escalera. Me apoyo en el pasamanos, ellos se arrodillan en un escalón y reciben el perdón de sus faltas.»

> «Todos los que han penetrado en la sala del hospital han perecido, menos el médico en jefe y yo.»

En el momento en que el Padre general recibía esta carta, ya no podría decir lo mismo. Ardiendo de fiebre, se hallaba hospitalizado en Constantinopla.

Llegó por fin la hora de enfrentarse con las balas rusas, que no harían tantas bajas como el azote de Dios. Y fué en la ribera del Alma, al norte de Sebastopol.

«Durante las tres o cuatro horas que he pasado en el campo de batalla—dice Parabère—he dado muchas absoluciones a los pobres soldados que estaban cerca de la eternidad.»

El mariscal vencedor de Alma, Saint-Arnau, moría al poco tiempo de reembarcarse en Crimea. El Padre Gloriot fué encargado de acompañar hasta la Patria sus mortales despojos. A su llegada, y aun antes de celebrarse las fúnebres ceremonias, el ministro de la Guerra remitía al capellán su nombramiento para la condecoración de honor. Pero nadie hubiera podido retenerlo en Francia. Tenía que volver a «sa belle mission», donde le esperaban el cólera, las fiebres tifoideas, los trabajos y el sobresalto.

> «¡*Qué sitio para un hijo de la Compañía de Jesús el que nos ha sido señalado en Oriente*! Es verdad que allí hay que sufrir toda clase de privaciones, pero ¡también hay almas que salvar! ¡Cuántas consolaciones que derramar! Después los prejuicios contra la religión y la Compañía se desvanecen en nuestro contacto continuo con los jefes y simples soldados.»

Fué en el momento de ponerse en ruta cuando el Padre Gloriot trazó estas líneas. Como hizo un alto en Lyon, recibió aviso del emperador de que deseaba verlo. Volvió, pues, a París y tuvo una audiencia el 21 de noviembre. Conocemos la entrevista por una carta que se conserva en los archivos romanos. Animado por la buena acogida del Soberano, le expuso con mucha libertad los puntos débiles que hallaba en la organización de los socorros materiales y sobre todo espirituales e insistió mucho en la necesidad de organizar una bibliotequita.

Al comienzo de diciembre ya estaba el Padre en el hospital general de Pera, arrabal de Constantinopla, rodeado de una multitud de enfermos. A 12.000 se remontaba la ci-

fra en el mes de febrero, y habían muerto 1.600. El jesuíta, entre tanto, no reposaba, hasta que una fiebre tifoidea le dió en cinco días el descanso y la gloria que Dios le preparaba. Tenía cuarenta y cinco años. Poco tiempo antes había sido señalado como capellán de un cuerpo de ejército que se batía delante de Sebastopol. Fué enterrado en el cementerio latino de la ciudad, rodeado por las tumbas de los pobres soldados que él había consolado en su agonía.

La campaña se prolongaba, y un tercer jesuíta vendría a ocupar el puesto de su hermano: el Padre Amadeo de Damas. Llegó al campo el 25 de octubre de 1854, la misma fecha de la sangrienta batalla de Balaklava; cinco semanas antes había sido la de Alma, y diez días más tarde la de Inkermann.

El 8 de septiembre los aliados tomaban al asalto la torre de Malakof; a la semana siguiente, entraban en Sebastopol, que los rusos habían evacuado después de entregarla al fuego.

Aquella gigantesca fogata anunció el fin de la contienda; pero comenzó entonces la ofensiva, silenciosa, del frío de Rusia, que ha desmoralizado a los ejércitos más formidables. El termómetro descendía a 25 grados bajo cero. El escorbuto, la disentería y las afecciones pulmonares tenían derribados a 47.000 hombres en las enfermerías de Crimea. Cerca de 9.000 murieron en ellas. Para consolar tantos enfermos, para *«firmar tantos pasaportes*—como decía Parabère—*a tantos viajeros del otro mundo»*, no había nada más que siete sacerdotes católicos. Muchos, al aproximarse el «general Invierno» habían huído hacia climas más suaves, y el capellán en jefe se quejaba insistentemente en sus cartas de la falta de operarios.

Por eso el general de los jesuítas reforzó pronto su cuerpo expedicionario con un grupo de refresco (1). El inglés Gerardo Stricklad fué el primero en separarse rumbo a la eternidad. Le atacó el tifus en el hospital del Padre Parabère. Dos días más tarde éste mismo se veía reducido al último extremo. Sin pedirle su asentimiento, lo evacuaron, y él dejó en su puesto al Padre Damas, quien a fines de julio recibía el siguiente despacho del general:

---

(1) Padres Anatolio de Bengy, que llevaba al Oriente las primicias de su sacerdocio; Cabos, Connau, Eicher, De Fressencourt y Veysseire.

«Señor capellán superior: tengo el honor de informarle que he fijado la evacuación definitiva de la Crimea para el 5 de julio. En consecuencia, tome usted las medidas necesarias para la ejecución de mis órdenes por lo que concierne a sus servicios y el de los señores capellanes.»

Unos días antes de la partida se tuvo una ceremonia funeraria en la catedral de Sebastopol. Era la primera vez que se decía Misa bajo aquellas cúpulas destinadas a la pompa de la ortodoxia cismática. El Padre De Damas, en calidad de capellán en jefe, fué invitado a dirigir la palabra a la concurrencia; 24.000 hombres armados se alineaban a los lados del templo; los oficiales llenaban la nave; el cañón tronaba cada minuto, mientras que el toque de los clarines anunciaba las diversas partes de la ceremonia (1).

---

(1) José Burnichon, *Un Jesuite: Le Père Amadee de Damas*. 1906, pág. 138.

EL IMPERIO SE RINDE

(1870)

En pocas naciones se habrá dado tan vivo el contraste entre la desinteresada entrega de los jesuítas a sus ministerios espirituales y la hostilidad del medio ambiente, como en ésta de Francia. La Compañía de Jesús había nacido en el reino de Carlomagno, bajo el signo de la contradicción, y así le tocaría vivir y desarrollarse. El enemigo será la Universidad, como en aquellos días en que, viviendo San Ignacio, se fundaba el Colegio parisino de Clermont, o el Parlamento, o el pueblo, o los Gobiernos sectarios de la Tercera República; pero casi siempre se ha visto envuelta su actividad por una atmósfera de malevolencia. Los jesuítas de Francia no han practicado otra venganza ante esta serie de injusticias oficiales, que la divina del Evangelio de hacer bien a los perseguidores, y bendecir a los que les ultrajan y calumnian.

Los hijos de la Compañía han estado siempre presentes a las grandes tragedias de su Patria. Desde el sol de Argelia hasta la nieve rusa, los hemos visto seguir las huellas de un ejército victorioso que abría las rutas del segundo Imperio. Y todavía hubo alguno, el Padre de la Legión en Zaatcha, que, requerido por el mariscal Vaillat, acompañó a los soldados a la Alta Italia contra los austríacos.

Ahora, los mismos que han seguido paso a paso el engrandecimiento de su Patria, no mirarán con indiferencia pasiva su sangriento ocaso.

Cuando Francia declaraba la guerra a Prusia, el 19 de julio de 1870. los jesuítas clérigos no estaban obligados al servicio militar. La ley de los «curés sac au dos», según la expresión popular, fué votada después de veinte años de régimen republicano. Sin embargo, desde la ruptura de hostilidades, los Superiores se preocuparon de poner sus casas y súbditos al servicio del Gobierno para los servicios compatibles con su profesión religiosa. Sobre todo, para ser agregados como capellanes militares, pues «este ministerio—como escribía el provincial de Lyon (6-XI-70)—, en las circunstancias aquéllas, era el *más urgente, el más apostólico y al mismo tiempo el más popular.*»

Los jesuítas fueron descartados sistemáticamente por la Grand-Aumonèrie; pero de hecho no se prescindió de ellos en el ejército del emperador. Y los hubo en el Este, en el Loira, alrededor de París, y aun en Prusia, mezclados con los prisioneros.

> «Por un extraño retorno de las cosas de aquí abajo —dice el P. Olivaint, 21 de septiembre—, sucede que después de haber sido rechazados en toda la línea desde el comienzo de la guerra por una administración religiosa y militar que no quería nuestros servicios, somos ahora señalados como los que mejor han pagado su deuda a la Patria...»
>
> «Pero bien caro hemos pagado este honor. Cuatro de los Nuestros, que antes de ayer habían salido al campo de batalla de Châtillon no han vuelto a aparecer; son los Padres Montezeau, Rathouis, William Forbes y el Hermano Montrichet. Probablemente han caído prisioneros de los prusianos. El accidente aumentará la prudencia de los que quedan, pero sin disminuir su celo.»

Una docena de jesuítas prestaron sus servicios a las tropas encerradas en la capital, y les acompañaron en sus salidas, aliviando a los heridos y asistiendo a los moribundos bajo el fuego enemigo. Los periódicos que no se distinguían por su afecto a la Compañía tuvieron que reconocer el heroísmo de aquellos religiosos. En Port-Noyelles, el Padre Vautier impidió con su ejemplo que retrocediera una batería.

En la batalla de San Quintín, el Padre Sommervogel

organizó un hospital de campaña y enarboló la bandera blanca en el techo de un hangar que rozaban los proyectiles. Se pasaba el día transportando los heridos de primera línea. En el mismo sitio, el Padre Alfredo Hamy reconoció a uno de sus alumnos, el sargento Luis du Passage, herido por un obús y a punto de caer en manos del enemigo; corrió a su lado y lo salvó del peligro.

El Padre Haza-Radlitz, por razón de su nacionalidad, tuvo que pasar la frontera al comienzo de las hostilidades; pero quería sinceramente a los franceses, y pudo prestarles magníficos servicios en su Patria. Sobre todo a 10.000 prisioneros acantonados en Witemberg.

Muy pocos fueron los eclesiásticos franceses que alcanzaron el privilegio de visitar prisioneros. Uno de ellos fué el Padre Amadeo de Damas, que ya no tenía los treinta años y los bríos de la guerra de Crimea. Estuvo en Metz durante las veinticuatro horas tal vez más lúgubres que haya vivido la Francia moderna. Presenció la entrega de 15.000 hombres, que daban las armas al enemigo sin haber combatido apenas, y no quiso separarse de ellos. Una vez en Prusia, pidió y obtuvo una audiencia, en el mismo Cuartel general del emperador Guillermo. Él se comprometía, «bajo su palabra de honor de sacerdote y de caballero, de abstenerse con los prisioneros de toda cuestión política o militar», y a cambio de su palabra pedía el permiso libre de circulación por el territorio, aun dentro de las fortalezas. Le fué concedido, y De Damas escribió:

> «Tengo tanto más motivo para estar agradecido a Su Majestad, cuanto que soy el único sacerdote a quien este favor se ha concedido. Ni en Francia ni en Alemania lo han podido obtener.»

Durante ocho meses—de fines de diciembre a julio—el Padre Damas recorrió toda Prusia, visitando a sus compatriotas y repartiendo con ellos el pan de su palabra. Los reunía en un cobertizo, en una caballeriza, a veces en una iglesia o catedral protestante. El auditorio se renovaba hasta seis y siete veces.

«Alemania está inundada de gente caritativa, sacerdotes y laicos, que llevan las limosnas de Francia a los prisioneros. Así que sólo tengo que ocuparme de la parte religiosa.»

En la retaguardia francesa también se abrió ancho campo al celo de los religiosos. Los Colegios, sobre todo los de la Champaña, fueron cuarteles y hospitales de sangre sin clausurar totalmente las actividades escolares.

Desde el París sitiado llegó por globo una carta del Padre Olivaint, con las siguientes noticias:

«En la calle de las Postas, el Padre Ducoudray, además de su hospital de cien soldados y doce o quince oficiales, ha recibido, alojado y alimentado a treinta y tres pobres habitantes de Atthis. Vaugirad tiene doscientos heridos y enfermos. Todos los Padres tienen puesto y oficio.»

Novicios, juniores y Padres de tercera probación, congregados en Saint-Acheul (Amiens), se consagraron al cuidado de los heridos. Tenían 40 camas, pero recibieron 251 heridos; en la Providencia, 700. En San Clemente, de Metz, los alumnos renunciaron a «leurs prix», y su valor fué invertido en subsidios para los soldados. Acompañados de los Padres visitaron los campamentos y repartieron gran cantidad de medallas y escapularios. Solamente el Padre Dubois dió más de 10.000, que él había recibido de su familia. El rector de San Clemente, Padre Couplet, podía decir que el hospital les había reportado grandes ventajas.

«Estos hombres valientes no saben cómo testimoniarnos su gratitud. Nos fué fácil llevarlos a la práctica de sus deberes religiosos. De 600 heridos solamente han muerto 30, y éstos fortificados con los Sacramentos, que han recibido con gran piedad.»

«Los militares lloraban al ver a nuestros profesores cuidar sus heridas, barrer sus habitaciones, prestarles los servicios más bajos; verdaderamente—decían—, las Hermanas de la Caridad no hubieran hecho más» (27-nov-1870).

Durante el asedio de Estrasburgo, cuatro obuses cayeron en la Residencia: uno dió en la ventana, en el preciso momento en que se había retirado el Padre Genévrier; otro, en un confesonario, en el intervalo en que el Padre Decker lo había desocupado. La residencia de Reims fué perdonada gracias a los trabajos de los Padres alsacianos Martian y Modesto, que se prodigaron en los diez hospitales de los prusianos. En Laon, el Padre Arnold fué deshecho en la explosión de la ciudadela; pero de todas las Provincias, la de la Champaña fué la más rudamente probada, y sus casas fueron cayendo una tras otra en poder del enemigo victorioso.

En el ejército de Bismark hubo 200 jesuítas.

V. - PRIMERA GUERRA MUNDIAL
(1914-1919)

EL AVANCE SOBRE PARIS

El refugio está excavado en el suelo, del que emerge la mitad de su altura. Lo refuerzan viguetas de hormigón armado. La techumbre, recubierta de tierra y piedras, ya ha recibido la visita de dos proyectiles, que afortunadamente no han estallado.

El conjunto está dividido en compartimientos desiguales por tabiques de madera.

El coronel Driant parece preocupado por la duración e intensidad del bombardeo. Al divisar al Padre Gerardo de Martimprey, sale a su encuentro:

—Bien sabía que vendría a vernos, Padre mío; ¿está el enfermero con usted?

—Sí, mi coronel, aquí lo tiene; pero sepa que yo también estoy dispuesto a atender a los cuidados materiales de los Cazadores, aunque primero a los espirituales.

Y mientras que el enfermero examina a los cinco o seis heridos que yacen en la sala central, el Padre se aplica a distribuir los Santos Sacramentos

Pasa a la segunda cámara, donde se encuentran gran número de hombres y oficiales. Están inquietos con la cellisca Krupp y esperan a que termine o a que un golpe acabe de sepultarlos definitivamente. El Padre los visita uno por uno para decirles una palabra de esperanza. La parte del bosque que ocupan parece ser la preferida de los obuses. El refugio está continuamente sacudido, y a veces parece oscilar.

«Me siento—describe el Padre Gerardo—como en un mar alborotado y dentro de un pobre navío batido por las olas, que rompen contra su casco. Un golpe más sordo, una conmoción más fuerte: un proyectil acaba de caer sobre el

abrigo. Por los respiraderos que sirven de ventanas a ras del suelo contemplo la tempestad.

Proyectiles del 305 se abaten con estrépito al borde de la carretera. Nos envían bocanadas de aire caliente y pesado. De cuando en cuando un abeto viene a tierra con sordo rumor de marejada. Cruje otro tronco. La metralla está segando el bosque: donde cae una bomba fulmina una llama. Por los respiraderos entran trocitos de acero y piedras. Una llamarada rojiza, rápida como el rayo, penetra en el rincón en que consuelo a un herido, y un olor acre, una sacudida violenta, una detonación atontecedora. Un obús ha caído a tres o cuatro metros de la casamata: esto es todo.»

Algunos oficiales llaman al Padre y le ruegan que los absuelva. El coronel Driant también quiere tener sus papeles en regla con el buen Dios. Se retiran, capellán y oficial, al vano de una puerta abierta a las espaldas, pero una piedra que llega hasta allí como un proyectil les indica que el lugar es poco seguro. En lo más profundo del refugio recibe el coronel la última absolución.

Hemos sido tocados: un obús acaba de derribar las paredes de la extremidad izquierda, en que se encuentra el despacho del comandante. Salen gemidos de un montón informe de tablas, planchas rotas y machacadas, bajo un gran bloque de cemento .

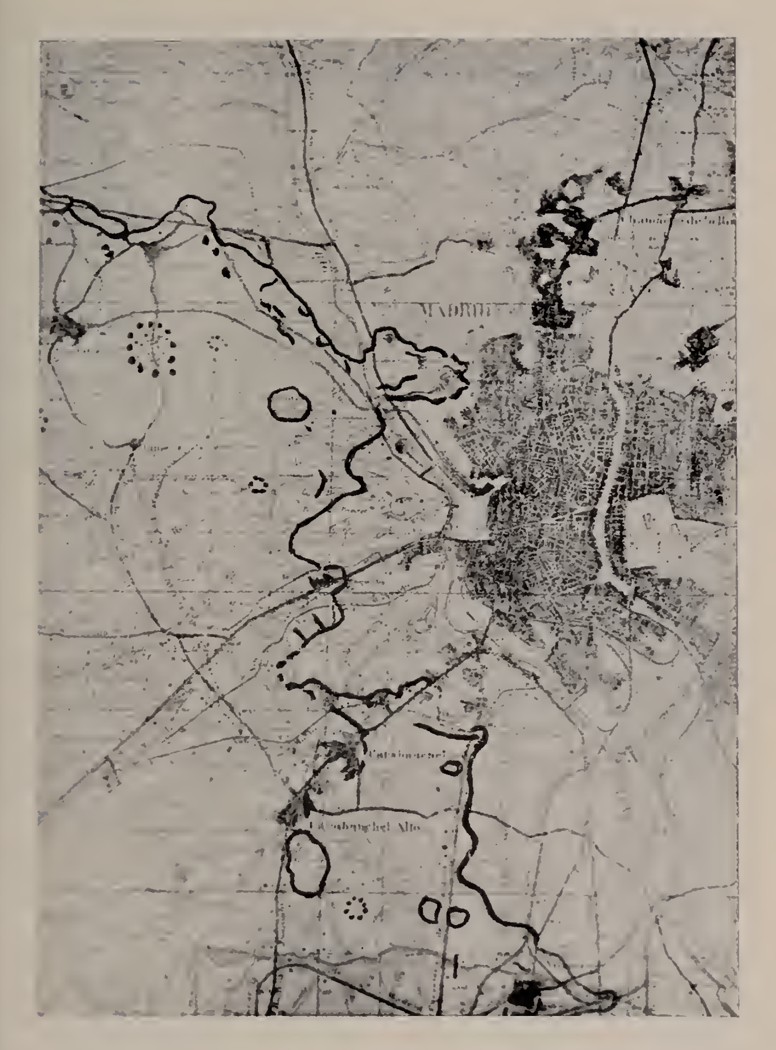
Entra el secretario del coronel. Detrás el teniente ametrallador del 59.°, sofocado por la conflagración de los gases, y apoyado en el brazo de dos cazadores. Son las cuatro de la tarde y nadie ha pensado en comer. El poco de agua de que disponen se guarda para los heridos. El Padre Gerardo ha reservado medio litro para la Misa.

A las cinco de la tarde se sigue un raro silencio.

—¡Todo el mundo a las armas y a las trincheras de tiro! —grita el coronel, saltando él el primero.

Pero los alemanes ya sabrán por esta fusilada la dirección exacta de nuestras líneas. Y en el próximo bombardeo, nadie se libra...

La capilla, cubierta de escombros, está casi llena. El empujón de aire de las detonaciones abre la puerta cons-



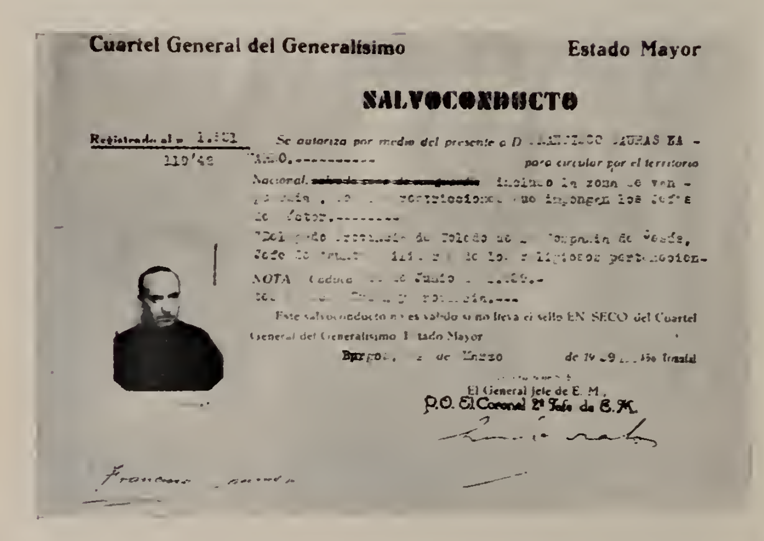
Plano del frente de Madrid, tomado del que utilizaron en el Cuartel General del Generalísimo (Con permiso del Servicio Histórico Militar.)



José Caballero. S. J.—Medalla Militar, Sufrimientos por la Patria, Cruz de Guerra, Cruz Roja de Campaña



Juan Lamamié de Clairac, S. J.



Cuartel General del Generalísimo **Estado Mayor**

SALVOCONDUCTO

Registrado al n.º [illegible]

[illegible]

Se autoriza por medio del presente a D. [illegible] *para circular por el territorio Nacional.* ~~[illegible]~~ [illegible] la zona de [illegible] [illegible]

[illegible]

NOTA [illegible]

Este salvoconducto no es válido si no lleva el sello EN SECO del Cuartel General del Generalísimo Estado Mayor

Burgos, [illegible] de Marzo de 19[illegible] Año Triunfal

El General Jefe de E. M.,
P.O. El Coronel 2º Jefe de E. M.

Documento facilitado por el Cuartel general del Generalísimo con el que el P. Francisco Sauras, S. J., encargado de Asuntos Militares de la Compañía, podía visitar a los Capellanes de primera línea

tantemente. De repente, una sacudida formidable. El muro se desfonda detrás de nosotros. Los postes que forman la cubierta, tronchados por la mitad, ceden bajo la masa de piedra que los cubre y se derrumban sobre la pieza. Un obús del 210, como el que acaba de alcanzarnos, bastará para reducir a polvo lo que queda. Si nos coge un 305, el enterramiento es completo y el aplastamiento horroroso, sin que subsista gran cosa de nuestros desgraciados restos.

«A veces vienen a caer a mis pies astillas y esquirlas de acero.»

Cesa la artillería de grueso calibre. ¡A las armas! Súbitamente estamos en pleno combate. Los alemanes han avanzado muy cerca de nosotros por la barranca de la carretera, a favor de su bombardeo.

—Que seamos desbordados por la derecha o por la izquierda es lo de menos; aquí lo urgente son los heridos —grita el capellán. Y se dirige al cabo de escuadra enfermero:

—Instálese en el refugio de cemento con sus medicinas; yo me encargaré de llevarle los heridos.

Y se pone inmediatamente a trabajar, sin pensar en el peligro. Los cazadores de la sección bloqueada enfilan ahora sus fusiles sobre el talud de la carretera. Un teniente joven se pone por detrás dando órdenes precisas:

—¡Apuntad bien! ¡Economizad municiones! ¡Tirad sobre seguro!

Pero los alemanes están ahí; llevan una semana arrollando las líneas de defensa. Los heridos que se reciben son alcanzados por las balas. Se corre la voz de que estamos envueltos, de que la carretera, tan tenazmente defendida, es ya impracticable para los refuerzos.

Los alemanes se ocultan entre las breñas, a unos cien metros. Las balas de las ametralladoras propias silban sobre nuestras cabezas: estamos, pues, entre dos fuegos.

De repente llega un camillero del puesto de mando con la orden del coronel Driant de trasladar todos los heridos a retaguardia, de la manera que sea.

—Pero, ¿cómo?—responde el cabo—. Sólo tenemos dos camillas, que están ocupadas por dos tenientes heridos... Y ¿por dónde los llevaremos, si la carretera está cortada desde hace una hora?

—Yo iré en persona al coronel Driant a exponerle nuestro caso—dice el capellán.

Un camillero se ofrece, con valor, a acompañarle. A

mitad del camino descubren un grupo de cazadores que se bate en retirada. Vuelven al puesto de socorro, al mismo tiempo que el teniente Spitz, con esta orden: «Retírense a segunda línea lo más de prisa posible. Los alemanes llegan.» ¡Los alemanes! Habían entrado en Lovaina, en Bruselas, en Namur... Era una masa impresionante de millón y medio de hombres, perfectamente equipados y defendidos por la artillería, la que avanzaba implacable hacia la capital de Francia.

¿Qué hacer? ¿Atravesar los inmensos campos donde hay cráteres de dos y tres metros, y ofreciendo un blanco seguro al enemigo?

En este momento llega un cabo del 59.º corriendo hacia el Padre y gritando:

—¡Padre, padre mío, no me abandone! ¡Socórrame que estoy herido!

—¿Dónde te han herido?

—¡Aquí!—y le muestra el costado izquierdo, y cae al suelo sin sentido. El Padre se sienta a su lado; en el momento en que va a examinar al herido, exclama el teniente:

—¡Ya están aquí! ¡Estamos perdidos!...

A cincuenta metros, una treintena de alemanes avanza por la carretera con precaución. Divisan nuestro grupo y se disponen a hacer fuego. Huir es recibir una descarga inmediata.

El teniente Spitz, que no tiene con él nada más que cinco hombres, con otros tantos camilleros, levanta la mano al aire. Los alemanes hacen signos afirmativos con la cabeza; bajan sus fusiles y nos indican con gestos que debemos pasar al otro lado. Después de desarmar a los prisioneros, miran al capellán con extrañeza. Más aún, cuando le ven con el altar portátil como único pertrecho.

Un soldado, con el que el Padre Gerardo ha cruzado ya unas palabras en alemán, no puede contenerse y le pregunta:

—¿Cuántos años tiene usted?

—Cincuenta.

—Pues ya es usted viejo para estar en el frente.

El Padre Gerardo le explica que él no es un combatiente, sino un capellán de los Cazadores y que está en primera línea para administrar los Sacramentos a los soldados católicos. Los alemanes respetan su bagaje y se muestran con él muy corteses.

Los obuses franceses empiezan a caer ahora y a encuadrarles; están, pues, ante la perspectiva de morir aplastados por los proyectiles propios, después de haber escapado al bombardeo enemigo.

La marcha prosigue lenta, y el jefe de la columna parece desconocer los caminos.

—¿A dónde vamos?—pregunta el Padre en alemán.

—No sé nada.

—Pero, ¿por dónde quieren hacernos pasar?—dice por fin, asustado, al ver que se meten en el laberinto del bosque.

El oficial de mando se decide por la ruta de Flabas. En los alrededores hay alemanes excavando trincheras. Llevan un brazalete blanco, sin duda para distinguirse unos de otros en la espesura. Un furgón de artillería remonta el camino que sube al bosque de Carré, arrastrado por seis poderosos caballos.

Una columna espesa de humo indica la dirección de la aldea.

Y EL «MILAGRO DEL MARNE»

En la plaza hay una fila triste de prisioneros. Esperan el examen del oficial que manda a los guardianes. El porvenir está más cerrado para ellos que aquella noche lluviosa de septiembre.

Ninguna luz en Vitry-le-François. Sólo la linterna del oficial ulano, que se refleja tétricamente en los charcos del empedrado.

—Ustedes no tienen derecho a nuestra prisión—exclama el Padre Luis Lenoir, capellán jesuíta de la Cruz Roja—. La patrulla se encontraba realizando una labor humanitaria con los heridos, y, además, no llevaba armas.

El oficial, sin hacer caso de sus protestas, se encara con él.

—¿Dónde están los franceses?—pregunta— ¿Qué dirección han seguido?

El Padre Lenoir responde indignado:

—¿Y por quién me ha tomado para hacerme semejante pregunta?

El oficial no entiende el francés, y pide a un compañero suyo que le traduzca la frase. Al oírla, saca un revólver y lo coloca en la frente del capellán.

—Le pregunto que hacia dónde han marchado los franceses. ¿No lo sabe o no quiere contestarme?

—No quiero.

—Está bien—responde el oficial, mientras guarda el arma y saluda militarmente—. Si yo fuera su prisionero hubiera respondido lo mismo.

El Padre Luis Lenoir, capellán voluntario desde el mismo día de la declaración de guerra, había sido aprisionado el día 5 de septiembre cuando volvía del campo de recoger heridos. Al llegar a Marolles, hacia las nueve de la noche, a la salida de la gran vía de Saint-Dizier, cayeron en poder de los alemanes, y comenzó para ellos el cautiverio.

Fué el mismo día en que Manoury atacó con violencia al cuerpo de Von Kluck, que tuvo que ser reforzado por las tropas de Linsingen; pero el traslado de estas fuerzas dejó un claro entre la izquierda germana de Von Kluck y la derecha de Von Bulow, que los ingleses y el cuerpo V de Frenchet aprovecharon para introducirse como una tromba.

Se produjo entonces lo que llamaron el «Milagro del Marne», esa batalla que perdieron los alemanes y no ganaron los franceses. El general Moltke, que había llegado a 25 kilómetros de París, ordenó un repliegue más inesperado para los aliados que para los mismos invasores. En la retirada abandonaron un buen número de prisioneros, y el grupo de Vitry se puso en seguida en contacto con las avanzadas francesas.

Joffre, que asume el Alto Mando, comienza la contraofensiva; pero la decepción de todos se refleja en unas breves líneas del Padre Lenoir:

> «Hemos perseguido al enemigo con la convicción de que se atrincheraría en el Mosa; lo encontramos fuertemente aferrado a las crestas que dominan el Aisne a la orilla izquierda.»

Y su resistencia no es la de un vencido. La artillería alemana obliga a los atacantes a frenar el avance y a abrir trincheras. Los dos ejércitos pretenden envolver al contrario alargando, estirando las líneas por el Norte, en una maniobra que se ha llamado «la carrera del mar». Se siguió la batalla en Flandes, en la que los belgas, apelando a los viejos ardides de sus antepasados, abrieron las esclusas del Yser, inundando grandes espacios, que quedaron impracticables para la infantería.

Llegamos así al invierno del primer año de guerra. La enorme fatiga de ambas partes exige un poco de sosiego. Se estabiliza el frente, que baja como un torrente

de fuego, de 700 kilómetros de longitud, desde los Vosgos hasta desembocar en el mar del Norte.

La línea se endurece y ensancha, convirtiéndose en zona defensiva, a base de galerías subterráneas que hacen imposibles los progresos del adversario. Y los soldados, perdido el ritmo del avance, rendidos por los esfuerzos sangrientos de cuatro meses, que no dieron otro resultado táctico que un canje estéril de posiciones, comienzan la vida troglodítica de las trincheras.

Allí es donde duermen los «peludos» (1).

—¡Tac, tac! Abrid, que pasa Papá Noel...

—¿Noel?—se dicen unos a otros, frotándose los ojos—. ¿Papá Noel a 200 metros de los «boches»? ¿No es esto un sueño?— Y se miran unos a otros, con sus caras de asombro.

No; no es un sueño. Es el capellán, verdadero padre de los soldados, que en los días únicos de la Navidad, ha querido devolverles un poco del calor perdido. Y no le importa vestirse de Papá Noel y de cargarse un gran saco a las espaldas y repartir por su propia mano paquetes con cintas, donde hay cigarrillos, chocolatinas y estampas. Le acompaña un periodista católico. Le sigue el «Patrullerito», un joven de veinte años que le había cobrado un cariño inmenso. Su verdadero nombre era Aquiles; hijo de un librepensador y de una judía, que por las desgracias de su familia tuvo que acostumbrarse a vivir sólo. Fué sucesivamente mecánico, dibujante, mozo de café y aviador, y jamás pudo sospechar que iba a encontrar en la guerra sus primeros gozos humanos. El Padre Lenoir lo devolvió a la vida; por eso le confesaba un día candorosamente: «Algo me falta cuando no está usted aquí.»

Por un pasadizo, mejor, por las tablas que malamente lo cubren, pasa a las trincheras de Massiges. Las balas silban continuamente; ya por ráfagas, ya aisladas; pero Papá Noel se ríe de las balas.

Aquí cambia la decoración. Los «peludos» están cubiertos de sacos. Presentan, al resplandor de la luna, el aspec-

(1) Nombre que dieron en la guerra europea a los franceses, así como a los alemanes llamaron «boches».

to de fantasmas. La pequeña comitiva se mueve entre sombras. De repente, los tiros le fusil se avivan; las ametralladoras apresuran su tableteo. ¿Saltará el enemigo de sus madrigueras?

Ni siquiera estos días, en que la misma naturaleza inanimada, parece conspirar con la liturgia para producir en el alma una impresión de paz y de alegría regeneradoras, se dieron tregua los beligerantes. El general Raymond, que había recibido sus estrellas de brigadier el mismo día de Navidad, cayó al frente de una patrulla de reconocimiento.

Se da la orden de forzar el «Paso de las abejas». El «Patrullerito» lo conoce muy bien, y dijo la víspera al capellán: «Moriremos todos allí, y la colina no será nuestra: es inexpugnable. Pero cuente conmigo para cumplir mi deber hasta el fin. Solamente le pido a Nuestro Señor.» El capellán se lo dió como Viático. «*Jesús-Hostia, conmigo, fuerza salud, victoria...*»

Entre las 1.100 víctimas del asalto frustrado, estaba el joven Aquiles. El capellán lo encontró tendido en una mortaja de sangre y lodo y con un brazo echado para atrás, en el ademán de arrojar una bomba de mano. Un obús le había deshecho el cráneo. Lo puso en una camilla y lo cubrió con ramitas de ciprés y crisantemos (1).

Por estar la iglesia en ruinas, el Padre tuvo que celebrar en una granja. En un rincón rumiaban dos vacas pacíficamente. Un solista cantaba a pleno pulmón: «*¡Nochebuena, cristianos...!*»

---

(1) Este tierno combatiente inspiró al Padre Luis Lenoir un delicioso folleto, titulado *El patrullerito*.

OFENSIVA DE CLORO EN YPRÉS

No se puede pasar. Están los alemanes cañoneando el camino, dicen unos fugitivos al Padre Doyle. Este se baja de la bicicleta y mira alrededor. Así es; los proyectiles de alta explosión caen muy cerca del camino que debe recorrer. A su lado desaparece el tejado de una granja en medio de una columna de humo y una fuerte detonación.

Sin embargo, el Regimiento 8.° de Fusileros Reales Irlandeses, acampado a cuatro millas de Mazingarbe, le está esperando para la Misa. Y es día de precepto. La mitad de ellos entrará aquella tarde en fuego por primera vez y quedarán sin confesiones y sin Comunión. Por fin, el capellán se arranca pensando que lleva consigo el Santísimo Sacramento. Y fué maravilloso: al doblar el recodo dejan los cañones de hacer fuego, y no cae ni un proyectil, hasta que, sano y salvo, se ve en el templo.

Después de dar un buen «cepillado» a todos los que asistieron, llegó la hora de partir al frente. Cedemos el hilo de la narración al mismo protagonista, puesto que las cartas del Padre Doyle, dirigidas casi todas a su padre, relatan todas las peripecias de la campaña con una amenidad y soltura difícilmente imitables. Su epistolario constituye, en conjunto, una joya de la literatura bélica universal:

> «Me dieron un animal hermoso: manso. pero andariego, y que al estampido de los proyectiles se contentaba con fruncir un poco hacia arriba las narices con supremo desprecio. Todo iba bien, cuando de repente seis de nuestros cañones, ocultos junto al camino comenzaron

a retumbar. Esto ya no era juego, y «Fulkibrandos» (así se llamaba mi caballo) se paró en seco, o, mejor dicho, invirtió la maquinaria y comenzó a andar de popa. Yo procuraba seguir todas las maniobras, y llegué a desear que la brida se fuera a la cola, pues «Flunki» reculaba y reculaba, hasta llegar a darse un topetazo en una pared de ladrillos que los alemanes habían, por misericordia, perdonado. Es una, debo confesarlo, de las pocas que quedan en ese pueblo. Por fin, mi caballo arrancó otra vez, como si no hubiera sucedido nada. Me llevo a casa un ladrillo de esa pared, pues si no hubiera sido por ella estaría yo ahora en medio de Alemania.»

Aquella noche durmió por primera vez en una cueva; pero

«... cualquier puerto es bueno en tiempo de tempestad! No era, en verdad, muy atractiva y parecía un poco húmeda, pero me conseguí una tarima de trinchera que fué la base principal de mi cama, y tendía sobre ella mi saco de dormir. Permítame que diga que no recomiendo la dicha tarima. Es sencillamente una especie de escalera de bancos planos que se pone en el fondo de la trinchera; pero que, como es muy estrecha, requiere gran habilidad para no rodar fuera de ella durante la noche. Además, al filo agudo de los bancos le da por meterse por la espalda y las costillas, y resulta que por la mañana se siente uno como si hubiera estado una noche en las desenfrenadas fiestas de Donnybrock. A pesar de todo, dormí profundamente hasta que me desperté al sentir una enorme rata sentada sobre mi pecho. Las ratas de aquí superan a todas las que he visto. Si le dijera que era como una oveja de grande, difícilmente me creería. Por eso, permítame que le diga que era como un cordero. De todos modos, era grande, y pesaba siete libras completas, como después comprobé. Creía que se había ido; pero cuanto más despertaba, más claramente sentía su peso; aunque en la oscuridad sólo pude ver su negra silueta. Antes de darme plena cuenta de lo que pasaba, sentí que una lengua suave y caliente me lamía la cara, y reconocí a mi antiguo amigo el perro.»

Al día siguiente se juntó con unos oficiales en un sótano. Estaban tomando el té y entretenidos con un gramófono, cuando Berta Krupp dió un chillido impropio de una

dama, que bien se hubiera oído en Berlín. «Era un cañón de seis pulgadas—me dijo un oficial de Artillería que estaba presente—; pero tengo por cierto que el sesenta era el más aproximado a la marca.»

Al tercer disparo las paredes se estremecieron, la taza voló por los aires y las ratas salieron a bandadas de los agujeros. «Por lo visto creyeron que nuestro barco se iba a pique. Esta vez dije una oración por los alemanes que habían ocupado antes aquella casa. Habían hecho una obra excelente, apuntalando con enormes vigas el techo del sótano.»

—¡El gas! ¡El gas! ¡El gas!

La alarma cunde por todas las trincheras como un estremecimiento indefinible. Los desprevenidos soldados se sobrecogen. Les pareció improbable el ataque de los gases, hasta el punto de que algunos habían roto la careta o la habían desechado como un trasto inútil. Muchos ni la habían probado; pero el ataque de gases estaba ahí presente, como un descomunal espectro que rodaba sin prisa hacia las trincheras. El toque lúgubre de las trompetas lanzaba el aviso trágico por las llanuras de Yprés, cubiertas por una especie de niebla opaca, densísima y verde. Fué el 26 de abril de 1916. La primera batalla a que asistió el Padre Doyle, y que muy bien pudo ser la última.

Sin pretenderlo se halló en el centro de ella, que era el único sitio seguro para las explosiones, aunque no para la masa gaseosa. Suavemente empujada por un vientecillo del Nordeste, lo barría todo a su paso. Salió el Padre por la mañana muy temprano para decir Misa en un convento de Mazingarbe, y estuvo a punto de tirar al suelo el contragás, porque—pensaba—«es un bulto molesto a la espalda, que agobia y da calor». Pero una voz interior, que él no dudaba fuera la del ángel de su guarda, le dijo interiormente: «Lleva contigo el contragás; no salgas sin él.» De no haber obedecido a aquella inspiración, no hubiera podido después describirnos la aventura del mortífero invento.

Todavía le quedaba una duda: ¿funcionaría bien la careta? Fué un tiempo angustioso el de espera, mientras avanzaban de frente aquellas nubes siniestras.

«Lo que hacía el caso más horrible era el estar completamente solo—escribe—. Sin embargo, tenía la compañía del Unico que me sostenía en la hora de la prueba, y, arrodillándome en tierra, saqué del bolsillo la caja-copón y recibí la Sagrada Eucaristía como Viático.»

A poco de recibirlo se vió envuelto en la oleada asfixiante, pero pronto recuperó la confianza. El aparato funcionaba perfectamente, y no sintió ninguno de los malos efectos que produce el cloro.

Cambió de dirección y se fué hacia la estación sanitaria; cuando llegó, los cañones ya habían dejado de hacer fuego; los últimos vapores habían sido arrebatados por el viento, y el sol brillaba en un cielo sin nubes.

El capellán también había tragado vapores en cantidad suficiente, como él decía, «para inflar un globo salchicha alemán». Había estado gran parte del día en el fondo de la trinchera, donde el gas pesado se acumulaba filtrándose por las rendijas de las tarimas, y para trabajar con más comodidad se había quitado la careta antigás. Ignorante de que el único remedio era el reposo, recorrió las trincheras milla tras milla. De una defensa le llega un aviso apremiante. Hay un herido sin esperanza. Una bala le ha atravesado el estómago como un cuchillo. Le dijeron que no tenía más que unos momentos de vida y que se le podría ayudar en algo. Contestó: «No tengo más que un deseo antes de morir: ¿podrían traerme al Padre Doyle?» Con gran trabajo logró el Padre llegar hasta él, y cuando le estaba dando la Santa Unción, comenzó un nuevo ataque de gases. Tan repentino, que tragó unas cuantas bocanadas de cloro, que le dejaron sumamente débil. Subía despacio, sintiéndose muy mal, cuando se encontró con un oficial joven gravemente atacado en los pulmones. Tenía puesta la careta; pero tosía y se sofocaba terriblemente.

—Por amor de Dios—gritaba—; ayúdeme a rasgar esta careta; no puedo respirar; me muero.

Tuvo que luchar con él para que no se matara arrancándose el contragás. Diez minutos mortales en que el Padre Doyle sentía asfixiarse. El sudor brotaba de su frente. Medio arrastras lo llevó a la estación sanitaria.

Por su conducta en esta ocasión, el capellán fué mencionado en los despachos. Su coronel lo recomendó para la

Cruz Militar; pero se le respondió que el Padre no había estado el tiempo suficiente en campaña, y se le concedió, en cambio, el diploma de Mérito de la Brigada 49.

El Padre Guillermo Doyle fascinaba a sus compatriotas. Pocos capellanes habrán alcanzado su grado de influjo, simpatía y atracción personal. No era sólo su conversación afable, su cultura, ni el trato finísimo de «gentleman», y su humor a punto, lo que en él cautivaba; era su mismo porte exterior, juvenil y alegre, aristocrático, sencillo y sin un ceño; y su carácter franco, dadivoso y emprendedor. De sus bolsillos siempre salían cigarrillos y dulces, cuando no los tenían los oficiales. Su cálido humanismo cubría las honduras místicas de su alma, saturada en amor de Jesús y de los prójimos, que le confiaran al ordenarle de sacerdote.

Porque aquella vida de campaña dura, durísima, *«la última que él escogiera, humanamente hablando»*, y que se presentaba a sus ojos bajo la forma de «martirio e incesante crucifixión», le dió la faceta más simpática de su rica personalidad, y que en cierto modo las abarcaba todas: en el capellán de guerra tenemos al místico y al asceta, al director, al apóstol y al jesuíta. Los veinte meses de apostolado heroico en las trincheras fueron la espléndida epifanía de los tesoros acumulados en su espíritu, durante tantos años largos de oración, renuncia y escondimiento. Pero sabía encararse con tal virilidad fuerte y serena a los peligros más serios, con tan elegante despreocupación y humorismo casi, que no podía menos de arrebatar a aquellos combatientes, tostados por el sol y la pólvora de las atroces batallas.

«En una ocasión—dice el capitán Healyle—tuve que reprenderle, porque no tenía ni el yelmo de acero ni el contragás. Pocos días después vino al sitio donde yo estaba. Traía un contragás colgado al cuello, otro a la cintura y otro a la espalda; llevaba una mochila al hombro izquierdo y otra en el derecho; se había puesto un yelmo de acero en la cabeza y otro en cada mano, y me preguntó con una seriedad desconcertante: «¿Y ahora, mi capitán, le parece a usted que cumplo bien el reglamento?»

LA HOGUERA DE VERDUN

Si existe un nombre para cifrar una guerra, éste es, sin duda, el de Verdún para aquella Europa del año 14. Verdún, frente a Metz y en las puertas mismas de la Lorena, es un saliente decisivo. Amenaza un nudo de comunicaciones de los alemanes, pero su conquista por éstos supondría el ancho avance por la llanura, hasta Châlons y París.

En febrero de 1916, comienza un sorprendente fuego de masa sobre Verdún y sus fortalezas. Dos mil cañones germanos centran su fuego sobre la ciudad del Mosa, y atraen la atención del mundo. La vislumbre de las llamas corre por las aguas del río, que refleja la silueta horrible de los torreones.

La batalla se prolonga más de cuatro meses, y Joffre manda que sea juzgado por un Tribunal militar al que dé la orden de retirada. La hoguera hay que mantenerla siempre, como un macabro holocausto al dios de la guerra, a fuerza de hombres, nervios y toneladas de material.

Por las trincheras—zanjas recién excavadas y angostas—se deslizan los hombres del Batallón Alpino, dispuestos a sumergirse en el fuego con ejemplar estoicismo. En la boina llevan clavada una insignia tricolor con la imagen del Sagrado Corazón que les ha regalado el Padre capellán. Este sólo repartió quinientas, pero a los restantes dió medallas de la Virgen, que les sirvieran de escudo.

El Padre capellán es el Padre Juan Deat. Va tranquilo. Unas horas, la víspera, de confesiones, ha sido su preparación próxima y la de sus hijos.

Al oscurecer comienzan a faldear el monte. Van hacia

Souville, límite extremo de la ofensiva alemana. Llevan víveres para cuatro días y han de estar ocho. Se embarran, se encharcan, patinan en la ladera fangosa; pero la lluvia nunca ha sido un obstáculo para las grandes batallas. Y la artilleria alemana se sigue ensañando contra Saint-Michel y Doumond, reconquistada en octubre por la tenacidad de Joffre.

«El barro de las trincheras arrancaba de los cuerpos los vestidos y aun los zapatos. El mando alemán tornóse vacilante y empezó a dudar de si sería exacta la *teoría de la sangría*», dice el historiador Walter Goetz.

No se puede dar un paso por aquellos repliegues sin encontrar una batería disimulada con ramaje. La noche se echa encima. Los reflectores saltan al aire y se cruzan y persiguen en el confín lejano.

El batallón se instala aquella noche en la polvoreda del Souville, a despecho del agua y el cañoneo. «Imposible descansar en aquel ambiente mefítico, en que, acurrucado, espera uno la mañana para saber dónde está», dice el capellán. Al llegar la mañana, se da cuenta del sitio: éste es el «infierno de Verdún», donde han muerto 260.000 franceses y 130.000 alemanes en sólo cinco meses de espantoso y colectivo suicidio.

«En aquel campo no se descubre ni un palmo de tierra que no esté revuelto, ni un árbol que no esté despedazado, ni una hoja, ni una hierbecilla verde. Todo es desolación, todo campo de soledad y muerte.»

Los alemanes, con impulso unánime, desesperado, se incorporan con el alba y corren ciegamente hacia las líneas francesas, arrojando granadas de mano. Combaten en oleadas. Las granadas caen dentro de la trinchera, y la explosión levanta un penacho. Las ametralladoras abren anchos espacios en los atacantes. Los torpedos, al estallar, destruyen los parapetos y sepultan a los hombres; trazan en el aire su curva trágica y caen humeantes, abriendo fosas.

> «Pero aquellos hombres—escribe con orgullo el capellán de los Cazadores—se dejarán matar antes que ceder un palmo de terreno, e irán al ataque con la misma tranquilidad como si fueran a una fiesta.»

A la noche siguiente, nuevo relevo. Otra vez a perderse y embarrarse en el laberinto de zanjas que han abierto los zapadores. Salvan las grietas, tropiezan en los troncos derrumbados, se desgarran en las alambradas. Un haz de luz barre el campo. Todos se aplastan materialmente contra el suelo y sienten sobre sus espaldas el vuelo silencioso y luminoso del reflector. Sin una baja llegan hasta Vaux Châpitre. Del fondo de las trincheras surgen cohetes de luces blancas, rojas y verdes que orientan a los artilleros.

Fué al amanecer del día siguiente cuando estuvo el Padre Deat a punto de concluir su carrera. Hasta el sitio en que se hallaba su escuadra llegaba un hedor insufrible. Con la luz del día se descubrió la causa: a diez metros, un obús alemán había desenterrado seis cadáveres putrefactos. No se veía ningún peligro en salir afuera y darles cristiana sepultura.

En la pendiente de Vaux Châpitre, a la derecha, no parecía alentar un alma viva.

—¡Ea, amigo!—dice Deat a un soldado—, vamos a enterrarlos. Tome usted una pala.

—Eso debía estar ya hecho—replica agriamente, por la espalda, la voz de un comandante desconocido.

Apenas echan los cuerpos en el hoyo cuando una detonación los aturde, y el hálito ardiente de un 210 les quema cejas y barba

—¡Vuelva usted, yo le mando que vuelva!—grita, imperioso, el comandante aquél.

Y nada más retirarse el Padre y el compañero, cuando otro 210 ensancha el agujero que sirvió de tumba.

Las bombas alemanas desgarran la niebla y desmoronan los taludes y dejan las patrullas al descubierto o enterradas por la propia tierra que las defendía.

> «Yo no sé cómo fue aquello...—dice Deat—. Me vi con la cabeza sepultada en tierra. Me arranqué, y, pasando, sin verlos, sobre varios cadáveres, llegué, por fin, al puesto de socorro, un hoyo cavado en tierra, de tres metros de profundidad y uno de ancho. Aquel hoyo estaba lleno y teníamos que aguardar la salida de tanta gente como allí había, cuando de nuevo un horrisono chasquido hiende el aire... Siento un espantoso porrazo en la cabeza, y

oigo que gritan por todas partes: «¡*Ay, ay, Deat...! Usted, que es mi amigo, no me abandone ahora...*» ¡Pobrecillo! Un compañero tiende hacia mí la ensangrentada mano, de la cual falta la mitad o más... Pero he aquí que, a mi vez, siento algo caliente en el cuello. Llevo la mano a la cabeza, y la saco ensangrentada... ¿Qué es eso? ¡Válgame Dios! Mi casco está perdido y sangra el cráneo... ¡Bendito casco!... Una vez más, me había guardado el Corazón Divino.»

Pero el Padre capellán no quiso retirarse. Le hicieron una cura provisional y comenzaron los ocho días de más trabajo: recoger heridos, administrar, absolver, animar a los pobres compañeros. Hasta que los médicos obligaron al capellán a hospitalizarse. Estaba ausente cuando se leyó la siguiente citación ante la tropa formada:

«Orden número 487 del segundo ejército. 19 de noviembre, 1916.

Soldado enfermero Juan Deat. Modelo de abnegación y de valor. Herido al principio de la acción, rehusó retirarse. Estuvo constantemente socorriendo a los heridos, deteniéndose tan sólo cuando, rendido, se veía obligado a tomar aliento.»

Otras cuatro veces sería citado; aunque de la última ya no podría enterarse.

Se anunciaba el último ciclo de operaciones, que libraría definitivamente a la plaza del Mosa. Nivelle, impulsivo y valiente, que dentro de unos meses sustituiría al generalísimo Foch, quería lanzar sus unidades sobre las líneas no ya de ataque, sino de defensa alemanas.

Por esto enviaron a llamar al Padre Juan Deat, que todavía estaba convaleciente. Su comandante no quería subir al asalto sin capellán.

Al descender del coche los oficiales le felicitaron, porque acababan de concederle una condecoración.

Deat nunca podría olvidar el 14 de diciembre, que fué un día doloroso y de bruma. La selva se recubría con la primera nieve. La trinchera alemana, al otro lado de un calvero, no más de cien metros, estaba cresteada de blanco.

Saltaron los franceses de sus refugios como hace un mes, dos, tres meses, para caer en las mallas de los fuegos cruzados; pero se advirtió por primera vez una debilidad notoria en las líneas germanas.

El cañoneo encadenaba sus ecos desde los montes de la Alsacia hasta la costa norteña.

MISA DE «REQUIEM» EN LAS ORILLAS DEL SOMME

A petición de Pétain, el héroe de Verdún, los aliados realizaron un ataque de diversión en el Somme. mientras que los rusos presionaban por su frontera. En las orillas del río habían acumulado medio millón de combatientes y de 5.000 a 6.000 piezas de artillería, muchas de ellas de grueso calibre. Los alemanes, en cambio, poseían sistemas defensivos difícilmente expugnables.

El 4.° Colonial, que nos es conocido, trabajaba entre Rosières y Cappy, en faenas de instrucción y fortificación, y el Padre Lenoir encendía sus ánimos con frases de patriotismo exaltado:

«Más allá de esas zarzas y de esos bosques talados, símbolo de dos años de sufrimiento, ¿no veis aquel trigal casi maduro?... Es la Francia nueva que se levanta.»

La posición de combate la toman entre Mericourt y Cappy, a cuatro kilómetros al oeste de Herbécourt.

Amanece el primero de julio sin una nube. La excitación en las trincheras es enorme. Todos desean hacer un esfuerzo y terminar de una vez; y saben de éxitos y avances conseguidos por los suyos. Comienzan a saborear el licor fuerte de las victorias, Que el 20.° ha capturado muchos prisioneros y piezas de artillería...

El Padre Luis Lenoir sale el primero de la trinchera. Da su bendición a los combatientes y les dice con serenidad: «¡Muchachos, adelante!...»

De un brinco, los batallones 2.° y 3.° están en plena vorágine. A despecho de dos formidables fortificaciones, avanzan rectilíneos, pensando que ensanchan la Patria con la punta de sus bayonetas.

Los alemanes creyeron al principio que se trataba de

un amago, y por eso los franceses pudieron apoderarse de la segunda línea. Un fuego de artillería nunca antes visto en los aliados, machacaba las posiciones de Van Bullow, al norte, y Von Gallwitz, al sur del río. Cuando éstos comprendieron que se trataba de una ofensiva en regla, pidieron refuerzos, que les fueron en seguida enviados del frente oriental y del campo de Verdún. La magnífica ofensiva se va a convertir en una batalla vulgar de desgaste.

Al 4.º Colonial tocó una de las embestidas más furiosas del enemigo, que contraatacaba.

> «¡Qué infierno!—escribía Lenoir—. Jamás nuestros hombres habían sufrido tanto. Un bombardeo continuo, en cuya comparación el de Beausejour y Massiges no tienen nada que ver. Los soldados comían una vez al día la sopa fría que tenían que ir a buscar a través de los disparos continuos de represa, durante 20 kilómetros de trincheras, de Bianches a Cappy, ida y vuelta, y que traían llena de agua, cuando no quedaban tendidos en el camino.»

Pero el Padre Lenoir, que ha llevado siempre consigo al Santísimo como un confortativo de cuerpo y alma, añade al final: «*La Eucaristía hace brotar la vida.*»

El 4.º Colonial se distinguió por su bravura y heroico denuedo. El coronel se lo dijo a Joffre en un almuerzo y quiso darle una explicación: «Si usted tiene un regimiento asombroso, debe por lo menos la mitad al capellán: de antimilitaristas, anarquistas, tragacuras, ha sacado héroes, tipos que van a Misa, que se hacen romper bonitamente la figura por su fe, fe patriótica y fe religiosa.»

A los soldados tampoco se les pasaba inadvertida la labor del capellán. En una carta de uno de ellos sorprendemos el siguiente párrafo:

> «Durante cinco días no hizo sino traer agua a los soldados y curar a los heridos que esperaban camilleros. De alimento, no sé lo que tomaría; lo que sí sé decir es que su descanso consistía en esto: venía todos los días, de una a dos de la mañana, al puesto de socorro del médico jefe, y si encontraba alguna camilla libre

descansaba en ella, y volvía a partir a la mañana, después de haber celebrado, hacia las seis o las siete.»

Un conato de motín de dos compañías, provocado por la orden de un ataque suicida, se cortó en seguida por la «enorme autoridad moral del capellán». (Del Diario del 4.º Colonial.)

La suerte no era tan próspera para las divisiones inglesas, agrupadas al norte del río. Habían perdido 60.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, o sea la mitad de la infantería atacante, y Joffre, temiendo una dispersión, ordena que uno de sus cuerpos de ejército apoye al inglés, y el otro profundice el avance en flecha por la llanura picarda.

A los días del Somme llamó el Padre Doyle «el trance más terrible de su vida», en comparación de los cuales todo lo que había visto y sufrido desde su llegada a Francia no parecía tener importancia alguna. Tres veces fué blanco de los tiros; la última vez le dió un casco de proyectil lo bastante grande para arrancarle media pierna.

«Como puede usted imaginarse—añade a su padre—estoy completamente agotado y exhausto, medio temblando por la espantosa tensión de estos días y noches sin sueño ni descanso, con los nervios desatados y en continuo sobresalto, como los demás.»

Esperaban ser destinados al Norte, junto al mar, para un descanso «bueno y largo», cuando vino la orden totalmente contraria. Iban ya a comer, sentados en cajas de proyectiles vacías, el domingo, 2 de septiembre, cuando recibieron la orden de partir en el plazo de diez minutos.

«Sólo hubo tiempo para arrebatar una rebanada de pan y partir un pedazo de carne antes de abalanzarnos a coger el equipaje. Como la suerte así lo había querido

—dice el Padre Doyle—, yo no había tenido nada que comer desde la mañana, y estaba hambriento; pero no había más remedio que apretarse el cinto y poner buena cara.»

La noche la pasaron al descubierto, sin mantas y sentados en el suelo. A la mañana siguiente hicieron una marcha corta por la cumbre de una colina y valle abajo, acercándose a la línea del frente. Fué un cambio grande, en comparación de la vida de trincheras pasada en Loos, donde no se veía un alma a flor de tierra y todos los cañones estaban cuidadosamente ocultos. Aquí, por el contrario, había filas, y cientos de ellos de todos los tamaños y figuras, emplazados firmemente en medio de los campos y «rugiendo como si hubieran engullido una fuente de proyectiles crudos». Entre este ruido infernal, este rugir inacabable, se movían hombres y caballos como si no hubiera guerra.

Los regimientos avanzaron hacia el bosque, y el médico y el capellán tomaron posiciones en una cueva que miraba al bosque de Leuze. El suelo iba, en declive bastante pronunciado, hasta llegar a un valle estrecho. En la colina opuesta se veía el bosque, cuya mitad ocupaban los fusileros, y lo demás los alemanes. La distancia intermedia era tan corta, que podían seguir fácilmente sin gemelos los movimientos de los soldados.

«Se luchaba en todo alrededor, y por eso estuve bien ocupado; pero mis pensamientos y mi corazón estuvieron todo el tiempo con mis pobres muchachos del bosque opuesto. Habían llegado a él sin novedad; pero los alemanes los habían ido envolviendo lentamente y dejado por un momento sin comunicación. No se les podía llevar provisiones ni agua, y diez, levemente heridos, que intentaron retroceder, cayeron en tierra uno tras otro. Para colmo de males, comenzó a bombardearlos nuestra misma artillería, causándoles pérdidas sensibles; y, aunque se pasaron repetidos avisos, continuaron así largo tiempo. Parece que los cañones habían hecho tanto fuego, que comenzaban a inutilizarse, y los proyectiles caían trescientos metros más cerca de lo que debían.

En tales circunstancias, hubiera sido una locura intentar pasar el bosque; pero mi corazón derramaba sangre por los moribundos, que yacerían solos. Cuando llegó

el crepúsculo me resolví a deslizarme por el valle, especialmente viendo que el fuego habia aflojado mucho; pero otra vez veló por mí la Providencia. Al salir, me encontré con un sargento que me disuadió de mi propósito.

—Padre—decia—, hará muy poco bien allá, en el bosque, y se expone a gravísimo peligro. Espere a que llegue la noche, y entonces podremos traer aquí todos los heridos. No olvide que si tenemos muchos oficiales que perder, sólo tenemos un sacerdote que nos atienda.»

Un herido había dicho que el enemigo había tomado el bosque. Las comunicaciones se habían interrumpido, y el Estado Mayor no tenía informes de lo que pasaba. En aquel momento, un asistente llegó con la noticia de que los alemanes estaban en el valle y subían ya la colina.

«¡Dios santo! Los no combatientes podíamos subir fácilmente a retaguardia; pero ¿quién socorrería a los heridos? No se los podía abandonar. Si fuera de dia, la Cruz Roja les prestaría auxilio; pero en la oscuridad de la noche el enemigo no dudaría dos veces en arrojar una docena de proyectiles escaleras abajo de la cueva.»

Pocos días antes de que Fayolle agotara la ofensiva con la toma de Sailly-Sallisel, el Padre Doyle celebró una Misa de réquiem en las orillas del Somme. Con tantas marchas y contramarchas, avances y retrocesos por el campo ondulado, sin más impedimenta que la indispensable, en cinco días no había podido ofrecer la Misa, «la mayor privación de toda la campaña».

Cortando un poco del lado de la trinchera, colocó un diminuto altar, que consistía en una caja de galleta sostenida por dos bayonetas alemanas.

«Los ángeles de Dios estaban sin duda apiñados por encima de mí; pero también lo estaban los proyectiles, y cientos de ellos, tanto, que temia que, al temblar la tierra al estampido de los cañones, se me diera la vuelta el cáliz. Me cercaba por todas partes el auditorio más

grande que jamás había tenido. Detrás del altar, a ambos lados y enfrente, filas y más filas de soldados, a veces unos sobre otros; mas todos quietos y en silencio, como si estuvieran aplicando el oído para coger todas las sílabas de aquel acto tremendo del sacrificio..., «todos muertos». Algunos llevaban allí una semana y estaban hediondos y de horrible aspecto, con los rostros negros y verdes; otros, acababan de caer y parecían dormidos más bien que muertos; allí yacían, pues nadie había tenido tiempo para enterrarlos; muchachos valientes, todos igual, amigos y enemigos, mientras yo tomaba en mis indignas manos al Dios de las batallas, su Criador y Juez, y le rogaba diera el descanso a sus almas.»

La ofensiva aliada del Somme, que duró desde el 1 de julio hasta el 18 de octubre, costó a Francia 300.000 hombres; a Inglaterra, 410.000; a Alemania, 500.000, sin contar la muchedumbre de prisioneros y pérdidas materiales. El avance máximo fué de 15 kilómetros de profundidad en un arco de 45.

LOS BALCANES, MURALLA Y FOSO

LLEVABA dos cartas guardadas bajo la guerrera. Eran su despedida, escrita a impulsos de un presentimiento. Desde que el Padre Lenoir había dejado el frente occidental y se había trasladado al de Servia, le iba acompañando la idea de la muerte.

El 17 de noviembre despidióse en la sacristía de Fourviere de un colonial de Lyon que regresaba; le dió una estampa.

—He escrito en ella — le dijo — las fechas de nuestros tres encuentros principales: «Mayo de 1915, Hans; noviembre de 1916, Meximieus; la eternidad, el cielo.»

El muchacho lo leyó emocionado y protestó:

—Pero Padre. si hemos de volver a vernos.

—No, Luis, te lo aseguro; ya nunca más.

Para despedirse de sus familiares estuvo en Versalles y Meximieux, y, por último, se incorporó a su regimiento en Marcella, para embarcarse en el «Britania» rumbo a la Grecia de los eternos destinos. Otros hombres, otras rutas y otros paisajes.

El Padre Lenoir estaba preocupado por aquella expedición, que marchaba en ayuda de la maltratada Servia. Sabía que los búlgaros habían invadido a este país y que pisaban ya tierras de Macedonia. Diecisiete fortalezas habían caído en sus manos.

En la rada de Salónica esperó el «Britania» hasta que llegó el «Canadá» con otros dos batallones de coloniales. El Padre Lenoir soñaba con Misas solemnes para el domingo próximo sobre los puentes de los dos navios.

El 23 de noviembre, el príncipe heredero de Servia había hecho la entrada solemne en Monastir, y su ofensiva iba

a ser proseguida por los coloniales como tropas de refresco. El 28 por la tarde llegaron al lago Ostrovo, mitad aproximada del viaje. El termómetro bajó esa noche a cinco bajo cero. Y en plena nevada se dirigían a Kailar.

Se trataba de librar a Monastir del cerco búlgaro, y se requería con urgencia el apoyo de los coloniales. Cuanto antes debían apoyar el ala de la derecha, donde los italianos y rusos se batían a la defensiva. Había que atravesar el Tcherma durante la noche. Al amanecer se encontraron con un paisaje desolador. Un paraje árido, accidentado, lunar. Apenas vestigios de paredes indicaban el sitio en que estuvo Agel. Al borde del barranco levantó el Padre su tienda. Noticias funestas llegaron de Francia: legiones espléndidas habían sucumbido ante San Quintín.

Los búlgaros se mantenían en la línea de rocas. El fuego de sus ametralladoras se cruzaba en la abertura de las quebradas. El punto más alto de los franceses apenas alcanzaba los 950 metros. Y aun el montículo más avanzado estaba rodeado en semcírculo por los fusiles contrarios.

Como el caminar por las trincheras durante el día estaba prohibido, el capellán decidió visitar a sus hombres durante la noche.

—No vaya usted, Padre; resbalará, se hundirá en las troneras, se perderá.

Insistieron otros oficiales experimentados, que decían haberse perdido alguna vez.

El Padre agradeció los consejos con una sonrisa fina, y replicó:

—Los búlgaros se encargarán de la iluminación; tienen cohetes, seguramente alemanes, que iluminan muy bien el campo.

A la salida del sol regresaba el Padre, bajo las balas. Se admiraban los coloniales de la resistencia de aquel religioso pálido y demacrado, al que siempre se había tenido por «de flaca salud».

Pero se le notaba sumamente cansado. El coronel Thity se lo encontró dormido a dos pasos del puesto.

El 9 de mayo del 1917 despertó a un colonial y le dijo con acento grave: «Querido, vengo a traerte a Nuestro Señor, a fin de que Él te dé valor para cumplir con tu deber de soldado cristiano con energía y que te reciba directamente en el cielo, si quiere que sucumbas en este ataque. Me voy a reunir con las compañías; quiero subir con ellas.»

En los relojes, minuciosamente regulados, el minutero señaló las seis y media. Sin ningún toque, todas las filas salieron de sus troneras. Comenzó la escalada penosa entre los resplandores de los obuses. La artillería francesa tenía que alargar sus tiros para no dar a los suyos, y aprovecharon la ocasión los austrobúlgaros para salir fuera de sus guaridas.

En menos de un cuarto de hora, de los cuatro capitanes de la compañía de ataque, tres fueron muertos.

El Padre Lenoir intuyó el sitio de más peligro. La sexta compañía, colocada en la extrema izquierda del regimiento, cogida de frente y de flanco, y aun por detrás, por el terrible «Pitón Jaume», se vió literalmente cercada por un círculo de ametralladoras.

Junto a las líneas enemigas yacían heridos a los que no se podía recoger: los desgraciados tenían en perspectiva un día fatídico de sufrimiento. Otros se desangraban solos, tras un peñasco. El capellán subía y bajaba con su cantimplora de agua fresca.

Desde los observatorios se divisaba una manchita azul —parecía un agente de unión—, que subía la escarpa, corría de un grupo a otro; ya se tendía, ya se arrastraba para burlarse de los proyectiles.

Entre los caídos había uno bastante conocido del capellán, y que se había hecho famoso por sus sentimientos antirreligiosos.

—Ahora tengo que subir a la primera y tercera compañías...

—No vaya allá, Padre; será hombre muerto.

Sonrió el jesuíta; bajó a la fuente a llenar su cantimplora y comenzó la subida.

El subteniente Grosle todavía quiso hacer un esfuerzo para detener al capellán; pero en vano. Había dicho: *«Para hacer del 4.° Colonial un regimiento de santos daría mi vida. La daría por uno solo.»*

En la cumbre de la vaguada se arrodilló un momento y se arrastró en seguida por unos trigales verdes. Desde las pendientes del «Pitón Jaume» se le seguía a simple vista.

«Hacia las 2 p. m. vi sobresalir en el trigo un casco a unos sesenta metros de distancia. El cubrecasco sobresalía muy distintamente entre las espigas verdes. Inmediatamente después crepitó una ametralladora, segando la

> hierba alrededor del imprudente. El hombre retrocedió sin haber recibido ninguna herida, para reaparecer dos minutos más tarde algunos metros a la izquierda. Esta vez la ametralladora, ya enfilada, lo envolvió desde los primeros tiros. Al cuarto o quinto, vi al que suponía agente de unión caer sobre el costado izquierdo y quedar inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, al mismo tiempo que su cabeza se inclinaba lentamente como en ademán de ardiente plegaria.»

Lleva la Eucaristía sobre el pecho.

Hasta la puesta del sol se vió brillar su casco sobre los trigos verdes.

ESTADISTICA GLORIOSA

Lo que representa un capellán en un ejército beligerante se puede bien conocer por este diálogo sorprendido en un Consejo de guerra de los aliados (1).

Después de una de esas desastrosas ofensivas del año 15, un jefe de Estado Mayor leía el balance final. Había una brutal desproporción entre el número de bajas y el exiguo espacio reconquistado.

—Pues bien, mi general—le preguntó un jefe inglés—, ¿qué cree que necesitamos para atribuirnos la victoria?

Y el jefe le respondió con una palabra: «Capellanes».

El hombre político no reveló entonces todo lo que aquella réplica le sugería, y dió un giro a la conversación; pero llevaba la idea bien guardada para realizarla luego.

El ejército inglés necesitaba capellanes. La influencia moral del capellán es un factor de la victoria. La seducción de su ejemplo, el consuelo sobrenatural que llevan sus estímulos y su ministerio, no los puede negar nadie que proceda con buena fe. Los soldados que se lanzan al asalto y se encuentran bruscamente encarados con el problema de la muerte, quieren sentir cerca de ellos al ministro y representante de Dios. En la hora del total desamparo, con la herida abierta y el enemigo que acecha enfrente, el soldado exige la presencia del plenipotenciario de Dios que le abra el único camino ya posible. Quiere tener la seguridad de que le espera una Patria. Y una recompensa.

Wéllington se quejaba, en febrero de 1811, de no tener en su ejército más que un solo capellán. *«La instruc-*

(1) *Etudes*, 154, p. 57.

ción religiosa—decía— *no es solamente una necesidad moral para cada soldado, sino también de la mayor utilidad para la disciplina militar.*»

El protestante Metabeleland ponía como ejemplo a los suyos al reverendo Padre Mare Barthélemy, S. J., que le siguió como capellán en una expedición de Africa en 1895.

Los ingleses tenían ya organizado antes de la Guerra Europea un servicio de capellanes militares pertenecientes a la Iglesia anglicana; pero llegaron en estos años a poseer un cuadro perfecto con un representante en el «War Office» y un despacho especial. Había un capellán general, cuya elección dependía directamente del rey, y que tenía la responsabilidad de nombrar y destinar a los demás capellanes. Estos estaban exentos de la jurisdicción episcopal.

En marzo de 1917, M. J. J. Mac-Pherson, subsecretario de Guerra, anunciaba a la Cámara de los Comunes que el ejército contaba con 1.037 capellanes de la Iglesia anglicana y 518 católicos romanos. Estos últimos estaban reforzados por *83 jesuítas voluntarios,* de los que *cinco morirían* en acto de servicio.

Los capellanes católicos se repartían así: uno por brigada (la brigada comprende cuatro batallones, o sea unos 4.000 hombres); otro para las tropas divisionarias: tren, artillería e ingeniería. Más otros tres para ocuparse de cada uno de los hospitales divisionarios.

Los capellanes católicos llevaban debajo de la cruz de Malta las dos letras RC (Roman Catholic), y el cuello de Clergyman para distinguirse de los oficiales.

Se señalaron los jesuítas por el número de distinciones alcanzado. Fueron éstas las siguientes:

Condecoración del Servicio Distinguido...	2
Cruz Militar..	13
Orden del Imperio Británico.................	3
Distinguidos por servicios muy valiosos...	2
Condecoraciones extranjeras..................	4
Citaciones en los Despachos...................	21

La campaña submarinista de las potencias centrales empujaron a la guerra a los Estados Unidos. El 6 de abril de 1917 la Cámara votaba la declaración de guerra.

Wilson apoyó un proyecto de ley determinando que hubiera dos capellanes titulares por regimiento, sin detrimento de los capellanes voluntarios oficialmente agregados. El porcentaje de soldados católicos era de 30 a 40 por 100 en el ejército de tierra, y de 60 por 100 en la Marina. No menos de 50 jesuítas se embarcaron en el cuerpo expedicionario del general Pershing, y más hubieran sido si el Gobierno los hubiera requerido.

En 1916 había 1.479 jesuítas movilizados en todo el mundo; en 1917 llegaban a 2.279. Como entonces la Compañía de Jesús contaba con 17.000 sujetos, quiere decir que de cada ocho, uno estaba en el frente.

Los movilizados se repartían así por los principales países beligerantes:

Francia	855
Alemania	375
Italia	369
Bélgica	165
Inglaterra	83
Austria	72
Estados Unidos	50
Irlanda	30
Canadá	4

Capellanes muertos en el ejercicio de su ministerio:

Franceses	28
Alemanes	8
Ingleses	5

Jesuítas que murieron sirviendo en el ejército o los hospitales:

De Francia, 165, que fueron: 30 oficiales, 36 suboficiales, 17 cabos de escuadra. Los demás, soldados.

De Alemania, 35 (nueve por heridas y enfermedades).

Como se ve por estas cifras, en Francia sobre todo, se despertó pujante el espíritu militar de la Compañía. No les faltaba el apoyo de una espléndida y segura tradición,

aunque el ambiente en ocasiones les fuera adverso (1). Las efemérides gloriosas de Edmundo Auger o Parabère, Damas, Gloriot y Couplet, se renovaron con crecido empuje en la Gran Guerra Europea. El número de distinciones es casi increíble:

Legión de Honor.....................	68
Medalla Militar	48
Medalla de las Epidemias....	4
Cruz de Guerra.....................	320
Medalla Marroquí	3
Condecoraciones extranjeras..	18
Menciones en los Despachos.	395

Sumando las recompensas conseguidas por los jesuítas que sirvieron en la Armada, el número asciende a 1.056.

Esto, ellos, a los que el Gobierno había confiscado sus bienes y expulsado inicuamente de la Patria.

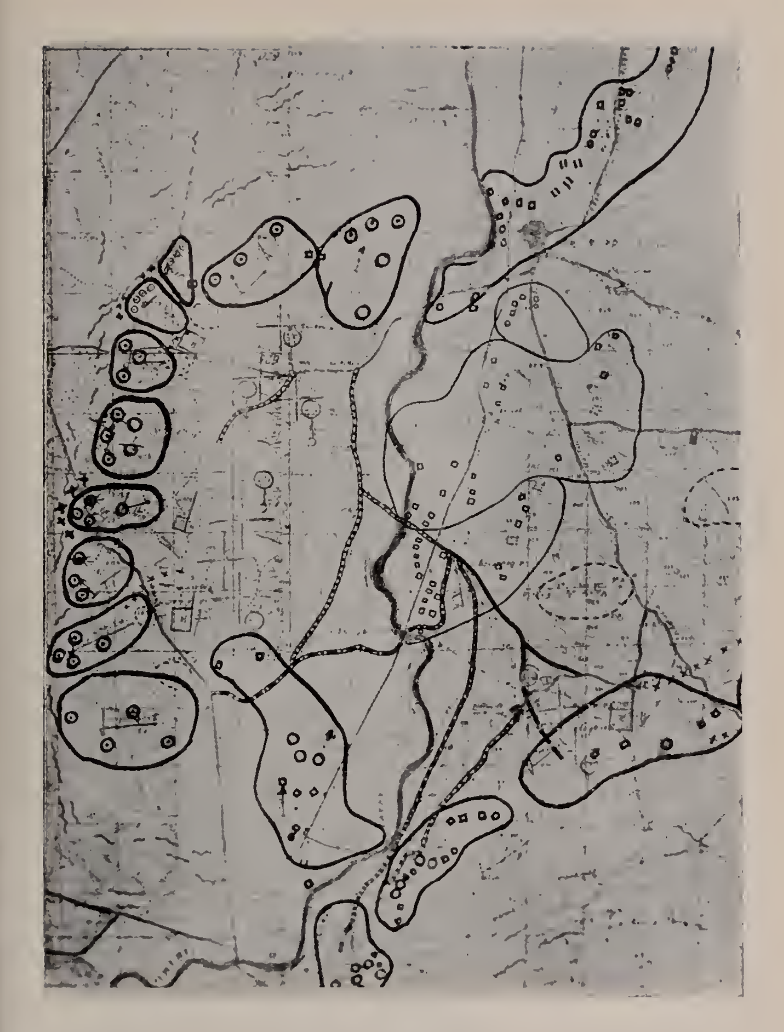
El periódico *Italia*, que se caracterizaba por su animosidad contra la Compañía, tuvo que confesar su admiración por ella con esta pregunta:

«¿Qué partido, grupo, club o logia puede reclamar una distinción semejante?»

(Datos de Campbell, *The Jesuits*, Nueva York, 1921; y Luis Koch, *Jesuiten Lexicon*, Paderborn, 1934.)

---

(1) El Ejército francés, como se sabe, era el único de los beligerantes cuyos capellanes (ni de regimiento ni de batallón) tenían una existencia oficial. Su ministerio era tolerado. (Circulares del G. Q. G., 20 junio 1916.)



Plano de la batalla del Jarama (Con permiso del Servicio Histórico Militar.)



Justo Ponce de León, jesuita y Capitán de Infantería



El Manto de los Alféreces

VI. - GUERRA DE LIBERACION ESPAÑOLA (1936-1939)

Roma, 20 de junio de 1938.

R. P. Manuel Sánchez-Robles.
Viceprov. Prov. de Toledo.
Bruselas.

Reverendo en Cristo Padre: P. C.

Con gran consuelo he leído la carta de V. R. del día 8 del corriente, y he recorrido la hermosa lista de capellanes de su Provincia.

Hace muy bien V. R. en comunicarme todas estas cosas, porque mucho me he alegrado viendo a sus capellanes militares trabajando con tanto entusiasmo, y según el espíritu genuino de la Compañía, en el mismo frente y en los hospitales militares. No dudo de que el buen olor de las virtudes religiosas y heroico ardor que por sus capellanes militares se difunde constantemente, entre tantos peligros y sudores, redundará en bien de toda la Provincia y le procurará, entre otros muchos bienes, abundantes y selectas vocaciones.

Por lo que a mí toca, siempre tengo presentes a los nuestros que se hallan en la guerra actual; pero de una manera especial a los capellanes, y todos los días por la tarde los bendigo con una partícula del «Lignum Crucis».

Siento que haya cuatro Padres capellanes heridos, y pido a Dios de todo corazón que quiera convertir tantos dolores en un gran bien para la Compañía y España.

Me encomiendo en sus santos Sacrificios.

Servus in Cto.,
WL. LEDÓCHOWSHI, S. I.

(Traducción del original latino.)

EL GRITO DEL ALZAMIENTO

EL Círculo Tradicionalista de Estella era un hervidero de hombres de todas las edades. Alrededor de una mesa asediaban al Padre Enrique Ascunce, que regresaba de Madrid, camino de Logroño y traía vivas las últimas impresiones.

—¡Esto es intolerable! —decían algunos, crispando los puños—. ¡Es contra la dignidad humana!

—¡Pues si hubieran visto, como yo, arder una iglesia en plena calle de la Montera!—proseguía el Padre—. Y la otra noche, al atravesar la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol, me encuentro con una manifestación de chiquillos, gritando: «¡Comunismo, sí; catecismo, no!» ¿Y las tropelías que cometieron con unas buenas señoras, porque, por lo visto, en vez de enseñar lo que debían se dedicaban a repartir caramelos envenenados?...

Miren ustedes, se pierde la cuenta de los actos de sabotaje: cañerías rotas, bombas que estallan en los solares abandonados, desfiles de milicianos por la Castellana... Yo vi el desfile rojo el 1 de mayo desde la escalinata de Correos: era para llorar... Una mañana, al entrar en el Museo del Prado para terminar mi copia del «Ecce Homo» del Tiziano, me encuentro con que los guardias de Asalto están custodiando la sala. «Pero, ¿qué pasa?—les pregunto asustado.» «Pues ya ve usted—me responden—: como aquí hay tantos santos, y la gente de la calle va contra ellos...»

Las voces de indignación interrumpen al Padre Ascunce:

—Pero, ¿hasta cuándo, Padre? ¿Hasta cuándo vamos a estar así?

El asesinato de un ilustre prócer de la política española, perpetrado por el Gobierno y realizado por la fuerza pública, con las peores agravantes de nocturnidad y alevosía, colmaron todas las medidas. Urgían los preparativos. Cada hora que pasaba era un palmo de terreno perdido.

Los jefes y oficiales de la guarnición de Logroño ya no dormían en sus casas, sino en los respectivos cuarteles.

Serían las cinco de la mañana del domingo, 19 de julio, cuando un rodar de camiones rompe el silencio. El Padre Ascunce recuerda el momento con emoción. Era, por fin, el amanecer. Los vehículos repletos de boinas rojas subían la cuesta de Pi y Margall. Los fusiles en posición de puntería, por si a alguno se le ocurría tirar desde una ventana, y mientras pasaban, gritaban enardecidos:

—¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! ¿Dónde están los incendiarios de iglesias?...

Inmediatamente, el Padre Enrique Ascunce se echó a la calle. Un ligero paqueo en el barrio de peor fama, algunas descargas desde la fábrica de tabacos y Seminario antiguo, fueron los últimos extertores de la bestia roja

Se dirige el Padre hacia las patrullas de requetés acampadas junto al Instituto de Segunda Enseñanza. En cuanto lo ve el capitán de Artillería Purón, muy amigo suyo, le dice:

—Mire, Padre: las fuerzas de la guarnición, que con los requetés salen para Madrid, entrarán en fuego a la media hora de su salida. No cuentan con ningún capellán para el caso...

El Padre Ascunce, que entonces hace las veces de Superior, dispone de sí mismo y responde:

—Cuenten desde luego conmigo, y con muchísimo gusto.

Llegado a casa, hace los preparativos indispensables y deja dos cartas: una para el reverendo Padre provincial y otra para el Padre Superior, Gómara. Decía en ellas que interpretaba por la historia de la Compañía lo que sus hijos habían hecho en semejantes ocasiones, pero que si los Superiores pensaban de otra manera, le enviaran en seguida un propio o un telegrama. Ni qué decir tiene que los Superiores aprobaron su resolución.

Y la columna se puso en marcha bajo la dirección del general García Escámez. En Calahorra tuvieron el primer

encuentro, con sus respectivas bajas. Mucho más serio el de Alfaro, donde los rojos se habían parapetado en la plaza de toros. Dos piezas emplazadas en la ermita de Santa Lucía y un despliegue ordenado de los requetés fué suficiente para que se rindieran. El paso por Corella, camino de Soria, fué un paseo triunfal.

Por ciudades y aldeas los saludaban con vivas y aclamaciones, y lo mismo los grupos que alcanzaban por la carretera. Menos aquel turista frustrado de la camisa a cuadros, que les gritaba como un energúmeno: «¿Pourquoi cette guerre? ¿Pourquoi cette guerre?...» Y el Padre Ascunce le contestó: «C'est l'Espagne cattolique qui se leve comme un homme contre la Framasonnerie!»

El destino era Guadalajara, que se hallaba seriamente amenazada. Se acercaban ya al objetivo. Bajaban la cuesta de Jadraque. que iba quedando a la espalda, cuando de pronto en el silencio y oscuridad de la noche les dan el alto.

Suben algunos soldados y oficiales a los autos, que... ¡llegaban demasiado tarde! ¡Guadalajara se había rendido a las fuerzas de Madrid! Y había que emprender el retroceso, porque amenazaba el copo. ¡Qué desilusión! Los pueblos, desiertos; las banderas habían desaparecido de las ventanas. Los que les habían visto cruzar exultantes por la mañana se creían que volvían derrotados. Más de uno les increpó audazmente, llamándoles insensatos: «¡Van ustedes al degüello! ¡La Marina ha fracasado! ¡Zaragoza está indecisa! ¡Las tropas de Africa están aisladas!...»

Las noticias se fueron corriendo por campos y fronteras como el eco de un estampido. Así llegan al Château de Marneffe (Bélgica), donde vive un grupo de estudiantes jesuítas desterrados por el Gobierno de Azaña.

En la ordenación del 30 y 31 de julio los parques no tuvieron la animación de otros años. Sólo asistió una familia de Navarra y el padre de un ordenado que venía de París. Aquella consagración en el destierro, y mientras la Patria sangraba, hacía presagiar heroísmos muy próximos por el Reinado de Cristo.

Por cartas, radio y prensa seguían las vicisitudes del Alzamiento, que ya había tomado la forma de contienda civil. Un gran mapa en la pared con las clásicas banderi-

tas reproducía a grandes rasgos la línea del frente que comenzaba a dividir a las dos Españas.

—¿Qué hace usted ahí, Padre Juanón?—dijo un teólogo al Padre Juan de la Cruz Martínez, que se había pasado toda la mañana en el garage.

—Chitón, no diga nada; voy a ver si arreglo una bici para ir mañana a Pignatelli y hablar con el Padre provincial—y añadió, bajando la voz—: Voy a pedirle que me deje ir al frente...

—Pero ¿usted, buen abad..., con sus treinta y cuatro años? Pero... ¿y su misión de Rusia?

Una noticia terrible le frustró el viaje: a su hermano Francisco lo habían asesinado en Tribaldos (Cuenca).

Es el 22 de agosto. Juanón llama en el cuarto del Padre Gómez Acebo.

—Padre, por si no lo sabe, me voy a la guerra de España para ayudar a los soldados. No adelante la noticia; espere que la diga el Padre rector... Estos son mis apuntes espirituales; si me ocurre algo los quema todos, ¿eh? ¡Todos!

El Padre Aguirre-Ceciaga, rector de Marneffe, interrumpe la lectura del refectorio y dice en voz alta:

—En honor del primero de esta casa que parte a España como capellán militar, «Deo gratias!».

Un aplauso cerrado subraya sus palabras, y todos se vuelven hacia el Padre Martínez:

—Enhorabuena, Padre Juan; ¿conque al frente?... Se ve que la formación le sirve para todo... ¿Se va a llevar su fichero?...

—Sí; no será nada más que por dos meses; mientras comienza el curso de tercera probación en Braga...

—Pero el Padre rector ha dicho que es el primero...

Simultáneamente brotó la idea en otro jesuíta, pero por inspiración de Dios, independiente. También el Padre Fernando de Huidobro concibió el pensamiento grande, mientras descansaba de un curso en la Universidad de Friburgo y hacía diez días de Ejercicios en el Colegio de Saint-

Blassien. En ellos hizo verdadera elección, según las normas que da San Ignacio. y escogió más pobreza con Cristo pobre y oprobios y trabajos por su amor, que ninguno de sus contrarios.

Pero él quiso entenderse directamente con el Padre general con una carta en latín de la que traducimos algunas líneas:

> «Fundadamente creemos que la guerra de España será larga, y yo pienso ser CONFORME A NUESTRA TRADICION Y ESPIRITU DE LA COMPAÑIA DE JESUS el irme a España; no para coger el fusil, sino para ejercitar nuestros peculiares ministerios: oir confesiones de los soldados que salen a combatir; consolar y esforzar los ánimos; servir a los heridos en los hospitales o en los campos de batalla; recoger a los niños que tal vez se hayan quedando abandonados; mover las gentes, tras la victoria, a la misericordia y la caridad cristiana ..»
>
> «Me mueve a pedir esto el considerar que NUESTRA COMPAÑIA SE MOSTRO SIEMPRE DE LAS PRIMERAS EN ACUDIR A TALES PELIGROS DE GUERRA, peste y hambres. Los jesuitas que están en España se mostrarán, indudablemente, DIGNOS DE NUESTROS MAYORES. Pero no faltará trabajo para los demás que acudamos. Y mostraremos a la vez nuestro amor al pueblo, si desde el destierro en que nos encontramos volvemos a la patria cuando arrecia el peligro.»

Debió de gustar mucho esta carta al Padre general, quien al poco tiempo enviaba otra a los provinciales de España, siguiendo casi el mismo orden y desarrollo de ideas.

Acabada la cena del 25 de agosto en Les Avins, se presentó el Padre Huidobro en la recreación de los estudiantes, para despedirse. Cuando terminó de abrazarles uno a uno, se volvió a ellos y les dijo: «¡Adiós, y oren, oren mucho para que haya una gran efusión del Espíritu Santo .., que venga el Espíritu Santo y nos arrebate!»

Namur-París-Hendaya. La bandera bicolor en un extremo del puente internacional indica que para ellos dos

se ha terminado el destierro; pero la Patria que encuentran no es la que dejaron. Está rota, convulsa, con la faz cruzada de trincheras, ennegrecida por la trilita.

La visión de Navarra estremeció el alma sensible y joven del Padre Huidobro.

> «Hemos hablado con los requetés, que lo llenan todo de religión, idealismo, patria y hasta elegancia. Con sus boinas rojas y sus uniformes caquis limpísimos y su correaje nuevo, ¡qué muchachos! ¡Cómo hablan de la muerte!... Este espectáculo de un pueblo que sólo sabe rezar y luchar es algo tan grande...»
>
> «... mirar claro de castidad..., caballeros aun entre el polvo de los caminos...»

Para estas fechas ya se encontraba el Padre Ascunce en los montes de Somosierra con aquellos espléndidos voluntarios.

GUADARRAMA DIVIDE LAS DOS CASTILLAS

GUADARRAMA entre las dos Castillas: la Vieja, más elevada por gracia de su geología y también de su historia, y la Nueva, con su inmensa ciudad y sus inmensas posibilidades, es la única frontera natural de las dos Españas.

Blancos y rojos comprendieron lo que significaba la posesión de los puertos, y se lanzaron en una carrera desenfrenada para ocuparlos militarmente. Sobre todo, el Gobierno de la República veía en aquellas cimas la clave de un éxito rotundo, y no dudó en soltar por las carreteras de La Coruña y de Francia toda esa riada de coches, autobuses y camionetas que habían requisado días antes en los parques de la capital.

Por la otra parte, las Falanges de Valladolid y las primeras Brigadas de Navarra se dieron cita en las cumbres heroicas, donde ya luchaba y moría Miralles con sus cuarenta y dos jóvenes legendarios.

Como dato significativo del esfuerzo realizado por la capital castellana, baste el siguiente: de los 1.435 congregantes marianos que tenía Valladolid, 1.405 partieron voluntarios al frente, y 150 murieron sólo en el mes de julio.

En el Guadarrama y Somosierra se produjo el primer encontronazo serio, brutal, capaz de estremecer las dos mesetas y con ellas a España y al mundo que la contemplaba. Forcejeaban los dos ejércitos improvisados para derrumbarse arrolladoramente por la llanura opuesta.

La columna del coronel Serrador ocupó San Rafael el mismo día de llegada, 22 de julio. A las dos de la tarde dió el coronel la orden de asaltar el puerto (1.511 metros). Renuncióse a toda maniobra flanqueante, porque los efecti-

vos eran escasos y la operación urgía. Bajo un sol ardiente se lanzaron monte arriba las Falanges vallisoletanas. Con ellas había llegado el Padre Sisinio Nevares, el primer jesuíta que pisaba los frentes y que sería también el último en dejarlos. El Padre Nevares ya era famoso por sus campañas sociales. Durante quince años había recorrido España de punta a punta, en tren, en coche, a caballo o a pie, fundando más de mil Sindicatos católicos y Cajas Reiffeisen entre los labradores, para arrancarlos de la política de usura en que vivían. A él se debía la Confederación de Sindicatos Católicos Obreros, la Casa Social de Valladolid, varios libros de sociología, y, sobre todo, «Fomento Social», que dirigió durante nueve años, para unificar y orientar las actividades de este género.

Este Padre, con sus cincuenta y ocho años, se presenta entre los primeros jóvenes que asaltan, embriagados de idealismo patrio, los riscos de la sierra.

Apenas asoman, un fuego vivísimo de fusilería les cierra el paso. Los falangistas de Girón buscan el cuerpo a cuerpo. Cinco horas de choque. A las siete de la tarde la bandera nacional ondea en el puerto, que se llamará desde entonces de los «Leones de Castilla».

> «La posesión del Alto del León—dice el Padre Martínez Tornero, que pronto llegaría—constituye una verdadera epopeya, casi tan heroica como el Alcázar de Toledo, y que, a mi parecer, no es todavía conocida en España.»

En Segovia se presenta el Padre José Rogelio Caballero, con el deseo de ser enviado a la primeras líneas. El señor obispo lo destina al mismo Guadarrama el día del famoso contraataque rojo con carros. Los que vuelven de allí no acaban de ponderar los horrores vistos y oídos. «Es abrumador—decía un diario de operaciones—el consumo de municiones. Sólo una pieza ha hecho durante la jornada 600 disparos.»

Pero, ¿dónde está el frente? O, mejor aún, ¿dónde está el enemigo? Porque los disparos se cruzan y entrecruzan desde los sitios más inesperados, y se pasa el día en un sobresalto continuo. ¿De quién es aquel monte en el que aparecen fuegos de madrugada? El general Ponte instala

su despacho en un piso del Sanatorio de Tablada, recién conquistado. Los rojos, al ver los colchones de las ventanas, sospechan que allí hay «algo», y al ir una mañana, como de costumbre, el general a su puesto de trabajo, se encuentra con un 15,5 sobre la mesa.

A las penalidades ordinarias se unía al capellán de los primeros días la situación jurídicamente anómala en que se hallaba. Porque él llegaba allí en calidad de voluntario. mejor aún, de tolerado, sin equipo especial, sin graduación, sin destino, sin paga, sin derecho a un chusco o a una manta. Vivía, en verdad, de limosna, hasta que se enteró el comandante, que se maravilló de tamaño olvido con el hombre más necesario del regimiento.

Para la noche tenía el resguardo del puente, pero eran terribles aquellas noches. Echado sobre las piedras y las hierbas, y sintiendo la humedad penetrante de la reguera. Durante algún tiempo se resintió de reuma.

El descanso tampoco podía ser muy largo, porque a las 4.30 llegaba el avión de Madrid bien repleto de bombas y peines de ametralladoras. Y no les dejaría hasta la puesta del sol. Los arcos estaban repletos de heridos y refugiados, que confiaban en su solidez..., cuando el avión desciende vertiginosamente. El Padre tiene a su izquierda a un sargento sentado sobre una caja de municiones, y a su derecha, una voz de mando grita: «¡Todos junto al muro!» La última palabra se la corta la explosión de una bomba de 50 kilos, que explota junto a la boca misma del puente. Cuando se disipa el humo, ve el capellán que todos los que estaban enfrente de él han caído de mala manera y están chorreando sangre: «¡Absolución, Padre, absolución!»—le dicen los que quedan vivos. Después de atenderlos se vuelve el comandante hacia él y le dice:

—Bien, Padre, pues ahora llega el momento de que le curemos también a usted.

—¿A mí?—contesta con asombro.

—Sí, Padre, tóquese la frente; tiene usted un derrame de masa encefálica...

—Pues usted también, mi comandante.

Este se lleva la mano a la cabeza y se queda espantado. Miran para atrás y se lo explican todo. Un raspón de la metralla ha levantado la tapa de los sesos al sargento que

estaba sentado junto al Padre, y aquéllos, proyectados hasta la bóveda, habían caído como lluvia sobre los dos.

El Padre Nevares en San Rafael asistio a un sacerdote voluntario de unos cuarenta años, vallisoletano, fervoroso y simpático, herido por la metralla dentro del Hotel Gold. Hubo que amputarle la pierna, por la gangrena. «Era un voluntario con voluntad de oro.»

El general Riquelme recibe órdenes apremiantes de Madrid para que ventile de una vez la cuestión de la sierra. Ordena a sus cuatro o cinco baterías de calibre semipesado que busquen y machaquen las posiciones contrarias.

El segundo cañonazo, que arranca de cuajo un pino, sorprende al capellán a las 4,30, cuando se dirige al Sanatorio de Tablada para decir la Misa.

En la capilla del Sanatorio hay una multitud abigarrada, cumpliendo con el precepto dominical. Toda clase de uniformes, muchos de mono y alguno con su traje de campesino, como aquel que decía haber ido al frente para tirar piedras...

El Padre Caballero oye confesiones durante la Misa. Unas confesiones largas, maravillosas. Ya había dicho el Padre Doyle hacía veinte años que para meter en el alma el temor de Dios «no había como la perspectiva de un proyectil alemán», y aquí eran muchos los que caían, y las tejas del Sanatorio empezaban a volar. No hay rancho, granja o chozo de pastores que no se convierta para los rojos en objetivo.

Terminada la primera Misa, bajan todos a la planta baja, y el Padre Caballero queda solo celebrando la suya. Arrecia el cañoneo, pero no se acelera. Consume toda la reserva y queda un rato dando gracias, hasta que oye la voz del ayudante del general Ponte que grita: «De orden del general que no quede nadie arriba.» Obedece el Padre, y cuando desciende por la escalera, oye el ruido del avión en picado, que crispa los nervios. Todos se precipitan al sótano. Y una bomba que atraviesa el Sanatorio de arriba abajo.

«Hundimiento, polvo, humo... Vivas a España. ¡Espectáculo! Sangre entre polvo. Auxilio a seis heridos (cinco agonizantes). Unos diecisiete muertos.

Orden de salir: ¿Hacia el túnel?» (Diario del Capellán).

—¡Por ahí no!—grita el capellán, asustado—, que ese túnel desemboca en Cercedilla. ¡Caerán todos en poder de los rojos!

Los hombres, despavoridos, le contestan:

—Nos han dado orden de dirigirnos por el túnel de la derecha.

El capellán busca la manera de conciliar la obediencia con la topografía de la sierra, que le es bien conocida, y en seguida encuentra la respuesta:

—Bien, sí; el de la derecha; pero depende de cómo estuviera situado el general cuando lo dijo.

Con un grupo de siete vigilantes permanece ante la explanada del Sanatorio. Un oficial se acerca a él y le dice:

—Padre, ve que somos muy pocos. Pueden atacarnos en cualquier momento y ahora mismo no necesitamos sus servicios de sacerdote. ¡Coja usted este fusil!

El Padre le contesta:

—Ni sé manejarlo ni quiero aprenderlo. Soy un sacerdote, y no he venido al frente a pegar tiros...

—Bien, Padre, le comprendo. Entonces, ya que conoce bien estos montes nos va a hacer un buen servicio. Vaya al Alto Mando de San Rafael y expóngale la situación en que nos encontramos.

Son las dos de la tarde. El Padre está en ayunas. La sed se hace muy sensible. Vuelve a las dos horas por el mismo túnel con la respuesta, mientras planea sobre su cabeza el avión republicano.

«Confieso que no me podía imaginar la capacidad de resistencia física y moral que el Señor me da en estas circunstancias.

El bien que puedo hacer con los heridos compensa de sobra todo lo que haya de sufrir, aun la misma muerte, que se ve cerquísima.

Han muerto tres capellanes y hay dos heridos. Conmigo veo una providencia especialísima del Señor.»

«Sólo por uno de los moribundos asistidos se puede dar todo por bien empleado, cuanto más por todos los que he podido asistir.»

En los pinares han caído bombas incendiarias por centenares, y las columnas espesas de humo se levantan al cielo como pidiendo misericordia. Contra la posición llamada la «Corraleta de la muerte» dispararon un día los rojos 1.500 cañonazos. Empezó a explotar el polvorín, y el capellán, con los practicantes, ayudó a extinguir el incendio con paletadas de tierra, mientras los cañoneaban desde el Hispano Americano.

El 8 de agosto se hicieron más de 100.000 disparos. La madera reseca crepita; la resina chisporrotea, y un humo sofocante invade el bosque.

Del bullicio de las vacaciones han pasado los estudiantes de Marneffe a la paz fecunda de los Ejercicios espirituales. Llega el día quinto, y se encuentran en lo que llama San Ignacio la «segunda semana», que consiste en la contemplación de la vida pública de Nuestro Señor; el Padre ejercitador nos traslada a las orillas del lago.

El lago adquiere siempre al atardecer una serenidad augusta. Las barcas reposan en la arena. A un lado se abren, pletóricas, las redes que han servido para hacer milagros.

«No temáis—dice Jesús a sus Apóstoles—; venid conmigo, que Yo os haré pescadores de hombres...»

Pasa el Padre a la vocación del jesuíta que recibe el poder de los elegidos, y es también enviado a los hombres con un mensaje.

—Trabajemos—prosigue—, trabajemos sin esperar premios del mundo; sólo Dios es nuestro premio; consumamos la vida por nuestros hermanos, siempre dispuestos a morir en el cumplimiento del deber...

Las últimas palabras las ha subrayado con un acento especial de tristeza. Hace una breve pausa y añade:

—Sí; DISPUESTO A MORIR POR CRISTO ha de estar el jesuíta donde Él mismo le ponga...

Otra vez se detiene y baja los ojos:

—Dispuestos a inmolarnos en nuestros ministerios, como vuestro compañero el Padre Juan de la Cruz que ha sido

muerto por una explosión cuando absolvía a un soldado en la guerra...

Todos los ejercitantes bajaron la cabeza, aplastados por el peso de la noticia. ¡El abad... Juanón!... Aquel hombre grande y bueno que se había propuesto llenar su oficio de sacerdote.

«Él sintetiza todo aquel ambiente y añoranza de mi noviciado—escribe un compañero suyo al describir su ofrenda—. Era el más viejo de entre nosotros. Había estudiado dos años arquitectura, y toda la carrera eclesiásica; en vísperas de ordenarse de sacerdote, quiso acercarse más a Jesús y corrió a Aranjuez.»

«Convénzanse, carísimos, que sin estudio y mucho estudio no hay formación verdadera..., y lo aseguraba accionando con sus manazas de oso...»

El Padre Caballero recogió el crucifijo de sus votos, ungido en su propia sangre. El regimiento de la Victoria también guardó su reliquia. Era ésta un tablón que sirvió de puerta a su chabola, y en la que él, la víspera de su muerte, había pintado un Corazón de Jesús con una bandera nacional y un ¡Viva España! Y en el centro, había clavado una estampa de la Dolorosa de Quito, que le regaló un compañero suyo al despedirse de Marneffe.

Cesa el fuego en la sierra conforme avanza el invierno. En las hojas de diarios se leen frases como ésta: «Noche tiritando», «Frío intenso de madrugada».

Las chabolas se fortifican con granito, y adquieren un aire de aldea serrana, muy distinto del que tenían en verano. De trecho en trecho queda un pequeño destacamento, algún puesto de observación o una de esas piezas de montaña que llamaban familiarmente «chocolateras».

La vida de las chabolas es monótona y deprimente, y para combatir el ocio, el capellán regala cantidades de libros, sobre todo catecismos, devocionarios (uno especial para soldados, del Padre Vilariño), Evangelios y Vidas de Jesucristo. Reparte también crucifijos entre los jefes, imágenes del Sagrado Corazón y pone «detentes» en las avanzadillas.

El Padre Martínez Gálvez y el Padre Azcárate fueron



Jura de la Bandera en la plaza de España de Sevilla.—El Padre Justo Ponce de León celebra la Santa Misa.



El P. G. Perico en la cubierta del submarino



Carlos Messori, S. J. regresa a la base atlántica después de setenta días de viaje submarino



El P. Higinio Lega después de recibir la Medalla de Oro de manos del ministro Cingolani, la ofrece al Sagrado Corazón de Jesús clavándola en su estandarte

al Santo Cristo de Caloco y a Villacastín, respectivamente. El Padre Sáez, a La Granja.

Para el mes de diciembre, la nieve ha cambiado la fisonomía de la sierra. La temperatura desciende frecuentemente a 10, 12 ó 15 grados bajo cero. Hay cartas del Padre Azcárate que parecen haber venido de la misión alaskeña:

«Trineos llevados por el viento con soldados que venían en ellos cual si fuesen leves plumas, uno de los vehículos se estrelló contra las trincheras; por fortuna, los chicos que iban en él se salvaron. De otros cuatro que se trasladaban de una posición a otra (todos cogidos del brazo, no les fuera a llevar la ventisca), uno fué arrancado del grupo y llevado por el huracán, sin que haya quedado vestigio alguno de su paradero; los otros tres a duras penas pudieron ser recogidos medio congelados; a uno de ellos han tenido que cortar tres dedos; a otro, la mano, según tengo entendido; el cuarto creo que se arregló sin ninguna amputación.

Ha habido casos de congelación de pies, de orejas...; por fin, otro, a quien dábamos por muerto, a la mañana siguiente apareció todo reumático y con las manos congeladas; le debe la vida a un parapeto donde, desorientado y perdido, vino a dar. Había salido de su chabola con el intento de trasladarse a otra contigua que distaba 60 metros...»

«... estaba nevando copiosamente (domingo de Resurrección, 29 de marzo del 37) Me acosté con cierto temor de que se nos frustara la fiesta, y no me equivoqué; amaneció un día de los peores que yo he conocido en estas montañas; una fuerte ventisca de nieve con una temperatura que V. R. puede calcular. Me levanté a las siete y ocurrió lo que me temía: estaba mi choza bloqueada por la nieve y no había modo de salir de ella. Después de un buen rato de forcejear y dar buenos golpes en el montón de nieve que en la puerta se nos había acumulado, a duras penas pude salir con otro que me había ayudado en la trabajosa operación. Vi que el día estaba imposible; sin embargo, con grandes esfuerzos llegué a la central telefónica, que dista unos 30 ó 40 metros de mi parapeto, con el objeto de avisar al comandante y demás oficiales que, a pesar del malísimo tiempo, habría Misa en la ermita, ya reparada; en efecto, allá me dirigí. y llegué con no pequeña dificultad, helado de frío y carámbanos en la cara. Estaba mi catedral de la Santa Cruz

toda calada de nieve, que había entrado por las puertas y rendijas; ayudado de algunos, improvisé un altar con dos cajas, y así, a las nueve y media, comencé el santo sacrificio, con asistencia de docena y media o poco más de oyentes...»

La línea del Guadarrama se queda inmóvil, como congelada, esperando que llegaran esos días primaverales de la victoria de Franco.

CON LAS COLUMNAS DEL SUR

Cada plaza militar, cada cuartel de España ha ventilado, en mayor o menor escala, su contienda particular. Al terminar las primeras semanas de julio del 36, el panorama que ofrecía la zona blanca era pavoroso, por lo reducido de su extensión y la falta de continuidad. Castilla la Vieja, León y Galicia formaban un bloque seguro en el centro y NO. de la Península, adicto a los jefes del Movimiento; pero éste había fracasado en Madrid, Barcelona y Valencia, que eran los tres vértices del triángulo base en que se asentaba el Gobierno del Frente Popular.

Algunas ciudades de Andalucía habían quedado como islotes perdidos en el océano marxista. Así, Cádiz y Sevilla, salvados por la prudencia y la audacia de dos magníficos generales; Córdoba y parte de su campiña quedaron para España; pero Granada tenía al enemigo a 12 y 15 kilómetros, y junto a la fábrica de pólvora de El Fargue tuvo que contener a los contingentes de fuerzas regulares enviados por el departamento rojo de Cartagena. Málaga se perdió con su provincia, a pesar de haber sido preparado el Alzamiento con todo lujo de pormenores... La provincia de Huelva hubo que rescatarla palmo a palmo.

En las poblaciones salvadas del naufragio se organizaron desde el primer momento columnas de salvamento formadas por voluntarios y las escasas fuerzas llegadas de Marruecos en el «Churruca» o algún viejo avión. En sucesivas expediciones fueron redimiendo pueblos y cortijos de la comarca y enlazando los núcleos de resistencia. Pronto se sumaron a la España de Franco algunos pueblos de nombradía: Alcalá de Guadaira, Utrera, Osuna, Puente Ge-

nil... Por las tardes regresaban las columnas a Sevilla, y la entrada era apoteósica.

La serranía de Aracena y la cuenca minera de Río Tinto era como una interrogación y una pesadilla. Para eliminarla se formó una columna al mando del comandante Redondo, integrada por unos 300 requetés como fuerza de choque; dos baterías, fuerzas de Caballería a pie, Infantería, Ingenieros y algunos números de la Guardia civil. De capellán, el Padre Bernabé Copado.

Se estrenaron el día de la Virgen de agosto, entrando en el pueblo de Higuera, después de hora y media de resistencia. Al día siguiente, domingo, 16 de agosto, el Pater dijo Misa de campaña en la plaza, pues la iglesia, hermosísima, estaba cubierta de escombros.

Al cumplirse el mes del levantamiento, ya estaba otra vez la columna en marcha, camino de Aracena, donde habían establecido su cuartel general los mineros. Aracena se considera como la capital de la parte Norte de la provincia de Huelva, por su posición, vías de comunicación y riquezas artísticas y naturales. Era, por tanto, el sitio indicado para la comandancia de la columna, que seguía su ruta implacable. Primero, hacia Linares; después, a Alajar y Almonaster. Un cabo cayó gravemente herido en esta última localidad. Acudió a confesarlo el Padre Granero, que estaba cerca. Cuando lo evacuaron hacia Sevilla quiso acompañarle el Padre Copado, pues había poca seguridad de que llegara con vida. Al pasar por Aracena, el capellán aconseja que suspendan el viaje, pues el herido se les va. Su muerte fué un modelo. Repartió las medallas entre los conocidos, mandó una a su padre del Sagrado Corazón y otra de la Santísima Virgen a su madre, con estas palabras: «Decidle a mi vieja que no llore; que yo muero, pero que tengo una alegría muy grande, porque muero por la Patria y muero riendo.»

Habían hallado enemigo en Almonaster, pero en compensación fué el pueblo que mejor los recibió. El capellán de la columna Redondo lo recuerda emocionado.

> «Los lamentos, los gritos de júbilo, no tienen comparación con nada—escribe—; todos salían a las puertas de sus casas, cada uno con lo que tenía: jamón, refrescos, gaseosas...»

En todos los pueblos que reconquistan se repiten los mismos cuadros. Igual en Jabugo que en Las Chinas y Fuenteheridos, la gente que sale a vitorear a las tropas de Franco, el asalto a los centros comunistas, la liberación de los presos y los obsequios espontáneos de la población civil. Al Pater, por su lado, siempre le toca la misma amargura al ver la casa de Dios convertida en garage o en depósito de municiones.

El lunes, 24, volvieron triunfantes a su base de Aracena; pero pocas horas habrían de descansar: apremiaba el deseo de liberar la cuenca minera y pacificar definitivamente a aquella Asturias en pequeño.

A las cuatro de la mañana del martes se puso la columna en movimiento hacia el último objetivo, el más temido de todos.

El capellán no podía menos de esperar los acontecimientos con absoluta serenidad. La preparación espiritual de sus hombres era envidiable. Muchos de los jefes, y entre ellos el comandante, comulgaban todos los días. Todos llevaban «detentes» y medallas a montones como exponente de religiosidad. Verdaderamente vivían el espíritu de una cruzada. El mismo capellán asegura que en todo el tiempo que estuvo con ellos no escuchó una blasfemia; y, por el contrario, nadie faltaba a la Misa de campaña, y pedían confesión antes de una operación difícil.

La marcha era lenta, por la situación del terreno y las circunstancias particulares de la región: montañas altísimas, que dominan y encajonan por completo la carretera; grandes extensiones cubiertas de pinares y de malezas; barrancos y hondonadas propicias a la emboscada. El paisaje sombrío aumenta la impresión de la angustia que se siente al acercarse al lugar del desafío. Según la voz popular, las guaridas del cobre albergaban en su seno a unos diez mil mineros, bien armados con fusiles cogidos a la Guardia civil, con unas diez ametralladoras, varios camiones blindados, numerosas bombas y una cantidad fabulosa de dinamita. La región se había quedado sin ganado, porque decían que todos los rebaños habían sido llevados a las minas con miras a una larga y dura resistencia.

La columna marchaba con lentitud. Iba delante la caballería, haciendo la descubierta por aquellos montes agrestes; el Requeté, pie a tierra, por la carretera; los ingenieros reconocían los puentes y vías de comunicación. Aparecían de cuando en cuando defensas..., pero sin defenso-

res. Casitas blancas vacías, en las alturas, con las puertas violadas; abundancia de arroyos que se perdían entre quebradas salvajes, rompiendo el silencio triste.

Al pasar el poblado de Dehesa, oyeron los cañonazos de otra columna de nacionales que empujaba desde Zalamea. Desde el Alto de la Mesa la marcha se hizo todavía más lenta; se habían tenido confidencias de que la carretera estaba minada, y de que existían contactos eléctricos para volarla cuando las fuerzas se hallaran sobre ella.

Unos hombres se presentaron para decir que se estaba trabajando en algunas minas. En efecto, en el kilómetro 12 se descubrió el comienzo del campo minado, que estaba conectado con la central Eléctrica de Santillana. Los ingenieros se adelantaron y fueron descubriendo el cable que unía las bombas y las minas; hallaron, además, un teléfono y una batería eléctrica junto a un puente para hacerlo saltar. Estaban en pleno país de la dinamita. En él debían coincidir otras dos columnas además de ésta: la que se dirigía a Salvochea, y de la cual oyeron los saludos de los cañonazos, y la que se acercaba a Nerva, mandada por Alvarez Rementería, donde iba de capellán el Padre José Cubero.

Pero la mayor sorpresa de toda la aventura fué la contraria a la que se esperaba: no hubo combate Unos capataces se adelantaron hasta el comandante Redondo para decirle que las galerias estaban llenas de mineros, mujeres y niños, sin ánimo ninguno de combatir. Por todas partes asomaban banderas blancas. Toda la cuenca de minas quedaba de esta parte de España. Las operaciones se habían seguido con precisión cronométrica; pero los requetés, que habían ansiado medirse con lo más escogido del ejército ateo, no pudieron disimular su desilusión. Sus energías se reservaban para campañas futuras, muy próximas: Ronda, Peñarroya y la campiña cordobesa les aguarda. El Padre Bernabé Copado les siguió como capellán y también como cronista. Antes de que se acabara la guerra relató todas estas campañas en un libro que se titulaba: *Con la columna Redondo. Combates y conquistas.*

¡MADRID A LA VISTA!

Los Padres Allendesalazar y Marín Triana se presentaron en el despacho del coronel Yagüe a las cuarenta y ocho horas de haberse tomado Talavera de la Reina.

—Sus servicios están desde luego aceptados —les dice el jefe de la Legión—, y sabremos agradecerlos. Los hombres de estas Banderas no tienen quien les atienda. Por el Norte es más fácil encontrar capellanes para la tropa.

La República restringió el servicio religioso castrense, y desde el año 32 lo suprimió por completo en el Ejército y la Armada. Los castrenses tuvieron que buscarse un destino, y los que ahora se incorporan lo hacen en calidad de voluntarios.

Al despedirles, les dice complacido:

—Con ustedes son ya tres los jesuítas que tengo en mi columna.

El 5 de octubre comienza el nuevo ciclo de operaciones. Varela recibe el mando de las tropas alineadas desde las estribaciones de Gredos hasta las orillas del Tajo. La única consigna tácita, pero que todos revelaban con su fatiga, era la de forzar las marchas lo más posible hacia la capital antes de que llegara el refuerzo de los Internacionales

Los capellanes siguen, jadeantes, a las tropas de Franco, sin desviarse a los inmensos espacios que flanquean la carretera de Extremadura; tan desguarnecidos material como espiritualmente. En los pueblos recién conquistados tienen que suplir momentáneamente las funciones del párroco, de los cuales un 80 por 100 ha sido asesinado en la provincia de Toledo; pero cuando se pone de nuevo en

marcha la máquina de guerra, la siguen infatigables, sin ceder a los ruegos desgarradores de las poblaciones abandonadas.

«Hacen falta más capellanes para atender a todo bien» —escribe el Padre Martín Triana, y el Padre Huidobro remacha—: «Urgentemente más sacerdotes es lo que aquí hace falta.»

En otros sectores van apareciendo capellanes, como trabajadores de la hora sexta, pero en éste del centro, de ruptura, de choque, es angustiosa la escasez de clero.

Cuando esto vió el Padre Ascunce abandonó su chabolilla de la sierra y se fué a Salamanca a solicitar destino. Kindelán lo nombró capellán del Ejército del Aire, con base en Getafe y Cuatro Vientos, que acababan de conquistarse. Eran realmente dos avanzadas desde las que se veía el asalto a Madrid como en un escenario. Los cañones rojos de Vicálvaro y el Retiro abrían boquetes en la carretera nacional, y la Guardia civil tenía que detener los coches en kilómetros determinados. Las víctimas fueron frecuentes, y una vez le tocó a unas pobres monjitas de la caridad que rezaban en su hospital de Getafe.

Por eso, cuando el capellán tenía que decir una segunda Misa en Construcciones Aeronáuticas, junto a la vía del ferrocarril, literalmente se jugaba la vida. Salía solo del aeródromo en un «Morris» que habían puesto a su disposición. En el asiento de atrás acomodaba el ara, los ornamentos y objetos de culto. A eso de las nueve comenzaba el machaqueo. Y volaban las pocas ramas que les quedaban a los árboles de la carretera. En esto se le para el coche al pasar a segunda. Tiene que bajarse a dar a la manivela. Las piezas nacionales contestan a la agresión marxista. Silban los obuses de ida y estallan los de vuelta. Llegado sin novedad a su destino, los aviadores le ayudan a preparar el local. Un amplio barracón de madera. En el momento de alzar la Hostia y el Cáliz, y en sintonía con los campanillazos del acólito, oye disparos de artillería por las espaldas.

—Pero ¿es verdad que tirábais al compás de la campanilla?—pregunta, intrigado, al concluir la Misa.

—Sí, Padre; para honrar a Nuestro Señor.

Que Él nos perdone a todos. Amén.

Estábamos a dos pasos del Cerro de los Angeles. El altozano se había tomado sin disparar un tiro, como co-

rrespondía al trono de un Rey pacífico que se impone por el amor.

El Mando no quería separarse de la carretera, pero unos requetés inspirados hicieron una piadosa desobediencia, y... clavaron la bandera de los dos colores en el corazón de España.

Daba gozo y pena contemplar la explanada. ¡Ay, de los hosannas de aquel 30 de mayo!... Y la figura esbelta del último Rey de España, que ante la Corte arrodillada, el Gobierno, las Ordenes Militares y la representación del pueblo, leía, emocionado, la fórmula de la Consagración... Bloques dispersos, el palomarico vacío, y el santuario lleno de paja y con los muros ahumados. Apareció el Corazón de la santa imagen, pero partido... El Padre Mariano Ayala dijo en el cerro la primera Misa, mientras que el Padre Gabino Márquez, Superior de la Residencia de Toledo, oía confesiones.

Y si quisieran podrían haber oído la Misa los rojos, que a dos kilómetros abrían trincheras, tan tranquilos, como si estuvieran labrando el campo.

Desde aquella balconada privilegiada parecía verse todo: grandes espacios de llanura en muchas leguas a la redonda, y la ciudad tentadora, y hasta la vida oscura y esperanzada de los madrileños, que esperaban la liberación.

Aquella torre es la iglesia de Santa Cruz..., ¿quién no la recuerda a ella y a su plaza? Aquel, Bellas Artes, asimétrico y espigado, y el palacio de la Prensa, y el cubo amarillo de la Telefónica, lugar geométrico de los obuses..., y aquella mancha verde corresponde al Retiro. Pero en las calles había barricadas construídas con los adoquines del mismo pavimento, que cruzaban veloces camionetas cargadas...

Diez, veinte trimotores vuelan sobre Madrid, con su cohorte de cazas. Después, unas nubecillas blancas alrededor, y unos manchones de humo en el conglomerado de la ciudad.

De pronto uno de los aparatos se separa de la formación; un reguero de humo que va dejando denota que está herido de muerte. A motor parado y descendiendo siempre, se dirige hacia la explanada de Getafe y toca en tierra muy cerca del lugar donde está el Padre Ascunce con un grupo de oficiales. Salta el aviador de la carlinga, mozo ru-

bio y apuesto, y todos acuden para ayudarle; pero se detienen al ver que saca del cinto una pistola-ametralladora y se dispone a hacer fuego. El capellán comprende el drama en seguida. Aquel infeliz se cree que ha aterrizado en territorio enemigo... Va corriendo hacia él con los brazos abiertos y gritando:

—¡No tire, camarada, no tire!

El aviador mete el arma en la vaina, se santigua y exclama:

—Oh Madonna, bella Madonna!...

¿Cómo comprendió su error? Ciertamente, que aquellos oficiales con sus espesos jerseys de lana y los pasamontañas, podrían haber sido la guardia personal del mismísimo Stalin; pero el italiano supo que estaba entre amigos por la «casquetta scarlatta» del capellán.

La boina roja había hecho las veces de la bandera de España.

El Cerro de los Angeles era un buen observatorio, pero su valor principal era el simbólico y el religioso. Su guarnición no era muy numerosa, y tuvo que pasar por uno de los lances más bochornosos de la Cruzada. Un centinela se pasó a los rojos, y como otro Judas de nuestros tiempos fué conduciendo a las secciones rojas hasta el seno mismo de las trincheras donde dormían los soldados tranquilamente. Medio atontados y sin posibilidad para huir ni para defenderse, fueron conducidos a la capital para que hablaran por la radio y aparecieran retratados en los periódicos de Madrid.

Los pocos que escaparon no acababan de creer lo que habían visto. La situación de Getafe fué un momento difícil. La niebla había sido cómplice de la traición y no sabían lo que se ocultaba en el horizonte. Desde luego que un aeródromo a 14 kilómetros de Madrid era una presa muy codiciada.

Por fortuna, radio Requeté pudo ponerse en seguida en comunicación con el Cuartel General de Rada. El contraataque duró pocas horas, y dió por resultado la posesión definitiva de la adorable loma.

Pero el general Rada estaba furioso. Mandó que fueran pasados por las armas los que habían abandonado la trinchera sin disparar un tiro. Y el Padre Ascunce fué el en-

cargado de prepararlos. Todos se confesaron. Incluso tres extranjeros que había con ellos.

A media noche vino el comandante y rogó al Padre que le acompañara al despacho del general. Comprendió sus intenciones y le siguió al momento. Se trataba de presionar sobre su ánimo inflexible para arrancarle el indulto.

—Mire, mi general, que son buenos chicos...

—Considere que es gente de Aviación, que no entiende nada de trincheras.

—Ellos limpiar los aparatos, sacarlos de los hangares y nada más...

Rada, muy serio, se paseaba por la sala, hasta que por fin se detiene y dice con voz tremenda:

—¡Está bien! Por ahora se suspende la ejecución; pero que sean diezmados...

Más tarde aun esta pena era revocada, y los amnistiados se quedaron muy agradecidos al capellán. Uno de ellos hasta le hizo unos versos.

Se van tomando las bases para el asalto a la capital. El 31 de octubre, la octava Bandera entra en Parla, después de media hora de resistencia. La población civil sale a vitorear al Ejército, y al día siguiente se congrega en una sala baja del Ayuntamiento para oír la Misa del capellán legionario. Este, que es el Padre Pedro Ilundain, se acuerda perfectamente de aquella Misa: hacia el «Agnus», entra por las ventanas, abiertas de par en par, el runruneo de los aviones. La gente se va a echar a correr, pero al ver a aquellos hombres firmes como estatuas, se quedan en sus puestos. Empiezan a retumbrar los cristales. Las explosiones se oyen cada vez más cerca. «Sobre los corporales—dice el Padre Ilundain—me cayó una lluvia fina de polvo.»

Aparecen en la carretera los anuncios de los grandes hoteles. A Madrid, 10 kilómetros, y una flecha que nos invita a seguir y a entrar dejándonos llevar por la inercia del asfalto.

La inmensa emoción que producía la inminente entrada en la capital, que se presentía como el punto final de cuatro largos meses de sacrificio, se puede ver fácilmente

en la correspondencia de los capellanes. Cogemos al azar unas líneas del Padre Juan Lamamié de Clairac:

> «Acaba de pasar un tren de Sevilla con requetés, sacerdotes, altares y pelayos. La hora del triunfo se acerca. Prepare vituallas para los de Claudio Coello. Se las pediré»—dice a su madre desde Talavera.

El día 4 de noviembre queda preparado el ataque final. El centro y el ala derecha caerán sobre las barriadas meridionales de la capital, mientras que el ala izquierda, la de Asensio y Castejón, invadirán la Casa de Campo y saltarán el foso del Manzanares.

EL ASALTO A LA CAPITAL

La Octava Bandera hizo contacto con el barrio de Usera, suburbio extenso de solera marxista. Dice el Padre capellán de la Octava que fué el momento de la campaña en que recordaba más densidad de fuego. Cada casa era un fortín y cada ventana un nido, de donde llovían las balas. En un arco de doscientos metros cogieron los legionarios doce máquinas, 50 cajas de cartuchos y multitud de fusiles. Salieron cuatro tanquetas nacionales con ocho tripulantes, y siete de ellos volvieron heridos. Se decide un asalto en regla, renovando toda la antigua bravura de aquellas tropas ante los blocaos africanos.

Trece de noviembre. Noche cerrada. En el cinturón, seis bombas de mano. Todos los oficiales ponen sus relojes en hora. A las seis se jugarán la última carta, y con ella su honor de legionarios... Inmensa ansiedad, mientras pasan los minutos, demasiado de prisa. El Pater también espera su hora, que es la de Dios. Y hasta que llega el momento las cuentas del Rosario pasan y repasan por sus dedos.

En silencio se van aproximando al reparo enemigo.

El centinela rojo: «¡Alto, quién vive!»

«¡La Legión!», y cien bombas de mano que saltan a la vez sobre el parapeto. Lucha directa, salvaje, feroz, que costó cien bajas a la Bandera en los primeros minutos. Los soldados españoles tienen que subir uno por uno a los pisos de las casas defendidas, derribar las puertas, combatir allí en el interior de las habitaciones con el machete, tirar bombas sobre el patio de luces.

Esta es la lucha de calles laberíntica y confusa, propicia para la negra celada y tan del agrado de las milicias

marxistas, más preparadas para la revolución callejera que para la lucha franca y noble en el campo de batalla.

Bien o mal, en las casonas acribilladas o en las cuevas hay que acomodarse las primeras noches. El Pater no se olvida de las fiestas de la Inmaculada que están encima. Acomoda dos habitaciones grandes, capaces para 200 ó 300 hombres.

Al día siguiente vinieron a decirle:

—Padre, le han estropeado la catedral.

—¿Cómo estropeado? Corre al viejo edificio y ya no había nada: una bomba de aviación lo había deshecho.

Pero él celebró la fiesta de la Patrona de la Infantería con salvas de grueso calibre y bengalas nocturnas. Los Legionarios le arreglaron una cocina, en donde pudo decir la Misa sobre el fogón, y después hubo un remedo de banquete, presidido por el mismo general Varela.

Al atardecer del 8 de noviembre entraron por sorpresa los legionarios de la Cuarta Bandera en la Casa de Campo. La víspera había caído malamente herido Castejón. En medio de la refriega, mientras le corría la sangre por la cadera rota, gritaba: «¡Aguantad, muchachos! ¡Ni un paso atrás!!...»

Empujón brioso, imponente, hasta bello, que Varela y Yagüe contemplaron con emoción. Aquello era el Gurugú, Beni-Arós, en los días de fuego.

Al entrar en el Bosque se encuentran los regulares con aquella madeja de caminos y senderillos que lo cruzan. Aprovechan los troncos finos de los árboles, una depresión cualquiera, para parapetarse, sin intimidarse por el tiroteo rabioso.

En la casita del Patinaje, junto al estanque, en que patinaban los infantes, han instalado el puesto de socorro, y ahí está el Padre Huidobro, con su sonrisa. En lo más retirado de una habitación van depositando a los que caen sobre camillas, y cuando se acaban, sobre colchonetas y sobre el suelo...; el mismo espacio parece que va a faltarles. El número de bajas es tan elevado, que se alarman en el Cuartel General. Las unidades se quedan sin jefes; pero nadie piensa en el repliegue.

Hay literalmente que vencer o morir. «Toda España en estos momentos es Madrid», dice una proclama roja. Desde la mesetilla de Rosales y el cuartel de la Montaña se domina el Manzanares, no ya con fusil, pero aun con honda. Parece que el asalto a la ciudad habrá que hacerlo aplicando escalas. como en los sitios antiguos. «*Cenar en la ciudadela o en el otro mundo*», leímos una vez en los apuntes espirituales del Padre Huidobro. El Alto Mando no desiste de cruzar el río.

Y en el puesto de socorro hay un desfile lúgubre de camillas. El capellán se inclina sobre cada herido o moribundo y lo absuelve. La cajita de los óleos, la Comunión...

—¡Ahí no!—grita de pronto, al ver que los camilleros han dejado su carga junto a una ventana—; por ahí están entrando balas—y se interpone rápido ante la camilla, y un gesto involuntario le dobla sobre rodilla, de la que empieza a borbotar la sangre.

—¡Padre, Padre!—exclama uno que lo ha visto palidecer y caer.

Lo retiran; pero todavía tiene fuerzas para llegar hasta un oficial de carros de combate, derribado en una esquina. El médico le prohibe moverse. Entonces un infante aragonés, también herido, saca una medalla de la Virgen Milagrosa y la pone en los labios del Padre Huidobro.

—¡Padre, ahora me toca a mí!

Llega la ambulancia, y el jefe ordena que el primer evacuado sea el Pater; pero no hay manera de conseguirlo. Tiene que salir el último y convencerse de que hay sitio para todos.

En el cauce de un arroyo depositan a los heridos, y aquí el Padre Huidobro se encuentra con el Padre Puyal, que venía a relevarlo.

—Padre—le dice el capellán herido—, he tomado esta mañana un poco de café con leche, pero deme aquí mismo la Comunión como Viático. Bien puede decirse que estoy en peligro de muerte.

Asensio ha cruzado el foso del Manzanares el 15 de noviembre. «Sin carros»; y las vanguardias nacionales se desparraman, a la caída del sol, por los edificios en construcción de la Universitaria. Una avanzadilla audaz se adelanta hasta el Clínico, clavado ya como un rejón en el casco urbano: «El más significativo alarde de nuestro afán por

penetrar en la capital de España», dijo el comandante de la Cuarta, hoy general Vierna.

El frente de la Ciudad Universitaria constituye el sector más dramático y enrevesado del medio anillo que amenaza a Madrid. A cronistas y periodistas de fuera les ha recordado los frentes de la Guerra Europea. La misma trágica inmovilidad de la Argona, Arrás, Soissons o Flandes. Igual el duelo nocturno de los cañones y los cañones apostados como fusiles detrás de los troncos acribillados, y las ráfagas cruzadas y las mirillas alerta, y los caminos sin reposo, y los fusileros dedicados a la caza de las sombras que pasan por delante. Los puestos de mando al alcance del fusil, y, sobre todo, la espera, la insufrible espera de operaciones, con la vista clavada siempre en el mismo horizonte.

La Ciudad Universitaria era comparada por el teniente coronel Marías con la cabeza de un galgo, cuyo hocico coincidiera con el Clínico, y el cuello con la pasarela del Manzanares. Porque todos aquellos edificios que ya eran de España sostenían su vida bélica, exuberante, por la garganta estrecha de unos tablones echados sobre el río y disimulados apenas con ramaje. Aquello era el esquema de un puente, tan débil, que la corriente del Manzanares llegó a arrastrarlo en tiempos de crecida. A su lado estaba el edificio de Firmes Especiales, llamado así porque pertenecía al circuito del mismo nombre del Ministerio de Obras Públicas. Todavía en su cobertizo descansaban las apisonadoras, suplantadas ahora por los tanques en las carreteras nacionales. Un pozo en la mitad de un patio era un tesoro inapreciable; pero que solamente podía explotarse de noche. De día llueven morteros. Aquí está el centro de evacuación, y por eso acude a él el Padre José Caballero, procedente del Guadarrama.

Edificio y puente están en una encrucijada de balas. El puente de los Franceses, más alto y robusto, los domina, y una ametralladora instalada entre las vías los tiene a raya. Desde la gasolinera de El Pardo los fríen. De cuando en cuando sale un tren blindado de la Estación del Norte; se coloca sobre este puente, y está disparando sobre ellos impunemente hasta que se le acaban las municiones.

En un solo día dispararon los rojos 600 cañonazos sobre la pasarela de los nacionales, que no necesitaba tantos para hacerse añicos.

Termina el año de sangre 1936. Tres hojas de un Diario (Padre Caballero, Casa de Campo):

«Diciembre. Día 29.—A las ocho y media, después de ver si hay heridos, voy, como habíamos convenido, a la compañía del Regimiento de Toledo, que está en la casa del Tiro de Pichón. Ayer, una visita que parecía perdida, prepara el terreno, removiendo prejuicios. El sitio es una verdadera estampa de guerra... Miseria de choza, que contrasta con los restos del lujo pasado... Altar pobrísimo, expuesto a los cuatro vientos y aun a las balas (una se clavó en la pared, por encima de mi cabeza, después de pasar por otra pared casi en ruinas).

Les hablo unos diez minutos antes de la formación y veo a muchos emocionados y aun con lágrimas en los ojos.

Después visito todos los parapetos y chabolas, dejando una imagen del Sagrado Corazón y dándoles a besar el crucifijo... Por la tarde traen un herido gravísimo...»

«Día 31.—Sol espléndido, inesperado. Tiroteo rabioso toda la mañana. Misa a la hora ordinaria; como hay bastantes les hablo unos siete minutos sobre el aspecto militar de la Epístola («*Bonum certamen certavi*»), y sobre el Evangelio («*et vos estote parati*»), con aplicaciones...

Horizonte despejadísimo... El Guadarrama, todo blanco. De trinchera a trinchera se ve todo. El tiroteo crece al paso del río sobre todo... ¡Un herido grave sobre el puente, sin poderlo traer! Salgo a prisa para allá; me ven todos, asombrados.

—No se puede pasar el puente (los soldados esperan sentados a la orilla)

—¿Quién lo ha prohibido?...

—Es que tiran mucho ahora.

Aprieto al Señor contra mi pecho, y a prisa al otro lado; sin novedad. Lo tenían ya como muerto. Aún tiene pulso. Absolución y Extremaunción. Había pedido, al caer, que fuese el Padre...

Por si hay esperanza de salvarlo, a prisa tomo los palos de delante de la camilla, y...

—¡Un voluntario para llevar la camilla al otro lado! Me impiden que la lleve. Echo delante de ellos, y al pasar la camilla, una ráfaga de ametralladora. Gracias a Dios no dan a ninguno. Muere al llegar al hospital; rezamos un Padrenuestro por él, impresionados por su expresión de paz. Se le ve, al cuello, el escapulario...

A las siete empieza un tiroteo y cañoneo de los más

imponentes por todo el frente... Nuestra aviación, sobre Madrid. A las doce, doce cañonazos de los rojos despiden este año... Mi primera oración del Año Nuevo.»

«1937, 1 de enero.—Al mediodia baja el Padre Huidobro a pasar unas horas de familia; el dia de la fiesta de nuestra Compañia. Rato de charla y expansión. Comida, que los de Sanidad e Intendencia hacen extraordinaria por nosotros.

A las cuatro de la tarde, antes de volverse el Padre, nos confesamos y aprovechamos un rato para renovar la consagración al Sagrado Corazón. A falta de altar improvisado, descubro la bolsita que llevo al pecho con el Señor, y de rodillas, la rezamos en nombre de todos los dispersos: *«Cor Iesu, dic nobis; salus vestra ego sum...»* Le acompaño hasta el puente... Algunos cañonazos bastante cerca... Me echo un poco, con mucho dolor de cabeza Noche bastante tranquila.»

CONTINUA LA GUERRA... EN EL SUBSUELO

En la Ciudad Universitaria no puede utilizarse la aviación, por la proximidad de las líneas, ni casi la artillería; pero los rojos tenían para estos casos su arma preparada: ¡las minas! ¡La que ensayaron, aunque con poca fortuna, en Oviedo, Teruel y el Alcázar!

Ahora va a ser el frente madrileño la víctima escogida por la dinamita revolucionaria. Todas las ventajas militan de su parte: poseen la red del alcantarillado, energía eléctrica al pie de obra y una multitud de obreros para ejecutarla. Además, el subsuelo de Madrid, blando y dócil cerca del río, permite la acción del pico, sin necesidad de recurrir a las indiscretas perforadoras.

La primera mina estalló en el Clínico el 11 de diciembre del 36. Aprovecharon los rojos el colector de San Bernardino que baja desde la calle de Isaac Peral a lo largo del Parque del Oeste. El hornillo estaba situado a ocho metros de profundidad. Se desplomó la parte central del ala sur del edificio y quedaron sepultados 39 legionarios de la Cuarta Bandera. El Padre Val se encontraba entonces supliendo al Padre Huidobro, hospitalizado en Griñón. Después de la guerra no ha habido modo de reconocer el sitio exacto de la primera mina; se han ido superponiendo los embudos y rellenando con oleadas de escombros.

Horrible fué la del 13 de enero. Al Padre Caballero le hizo la impresión de que toda la Ciudad Universitaria se desplomaba. En Firmes Especiales nadie sabía lo que había ocurrido: una especie de terremoto formidable, que sacudió las casas por sus cimientos y amenazó arrancarlas como las retamas y piedras que volaban por el aire. Y una columna espesa de humo que envolvía el altozano del hospital.

El Padre Huidobro, presente entre sus legionarios desde hacía dos semanas, vivió aquellas horas en la tensión máxima del heroísmo y celo apostólicos. En un papel cualquiera escribió un parte que hizo llegar a manos del Padre Caballero: *«Situación dificilísima. Espíritu admirable. Pidan por nosotros.»*

La llegada de los heridos destrozados a las cuatro horas fué revelando las magnitudes de la catástrofe. Habían volado dos minas simultáneamente: una debajo del cuarto del capellán, que quedó hecho una escombrera; pero lo que más sintió éste fué el haber perdido su capilla con todos los útiles y ornamentos. Se hundió el bloque central del edificio, que de esta manera quedó dividido en dos, y la Sexta Bandera sufrió 40 bajas por enterramiento.

«Cuando yo acudí con mi compañía a las ruinas desde el Asilo de Santa Cristina—relata el comandante Canos—ya estaba allí nuestro capellán retirando muertos y heridos y administrando Sacramentos, y alentando a todos con la palabra y el ejemplo, bajo un fuego infernal, y en medio de una lucha cuerpo a cuerpo con los rojos Mi propio jefe, el comandante Vierna, me advirtió: «Cuide usted del Padre capellán.» Intenté retirarlo de allí, de la primera línea de acción. No pude lograrlo. Dulce y firmemente me dijo *«Usted cumple con su deber y yo tengo aquí el mío.»*

Los nacionales no tenían al principio Compañías de Minas para repeler estas agresiones en su propio terreno, o, mejor, subterreno, sino solamente de zapadores, que se aplicaban intensamente a trabajos de fortificación. Hasta el 9 de abril, en que comenzó la contraofensiva subterránea, hubo que arreglarse con métodos de vigilancia y escucha sumamente rudimentarios. A falta de sismomicrófonos, como los que se instalaron después, que acusan cualquier temblor telúrico por mínimo que sea, con su dirección e intensidad, recurrieron a la observación directa y, por cierto, con resultados felices. Desde los sótanos se advertían bien las trepidaciones; por los pasillos se veía a los moros con los oídos pegados a las cantimploras o a los tubos de la calefacción...

Se adquirió así cierto instinto de zahorí para adivinar esos torrentes de explosivos que los rojos arrastraban por sus colectores. El capellán también aguzó sus sentidos. Cuenta el Padre Caballero que una vez, al inclinarse sobre

el altar en el momento de la consagración, sintió en las manos el temblorcillo característico del barreno. El oficial no le dió especial importancia, pero a los pocos días saltaban aquellas posiciones situadas en la Cuesta de las Perdices.

Durante algún tiempo recuerda este mismo Padre que en la Universitaria daban la señal de levantarse a las doce de la noche, para que no les cogiera de sorpresa la consabida voladura de madrugada. Los soldados calaban la bayoneta y se ponían el casco, pues la explosión llevaba siempre como complemento el ataque de carros e infantería. Y en esta vigilia angustiosa permanecían hasta las cuatro o cinco de la mañana.

Si se sospecha que un puesto está minado, no puede abandonarse por completo. Se establecen entonces guardias rápidas con relevos cada diez minutos. La muerte se convierte en una especie de lotería macabra. Estremece el silencio de esos soldados, que agarran firmes el fusil mientras el suelo retiembla bajo sus plantas. Con ellos está hablando el Padre Fernando de Huidobro, «el único que se mantenía impasible, al parecer, dentro de su acostumbrada y heroica actividad», dijo el comandante Vierna. Es la tarde del sábado, 16 de enero, y muchos quieren confesarse. Se oye un ruido monótono y profundo, como de un motor oculto, que barrena las entrañas del terreno y el sistema nervioso.

—Mañana, domingo—les dice el capellán—, vendré yo mismo, a las ocho, a decirles la Misa.

Pero ya no hizo falta.

> «Vistiéndome estaba, a las 7,15, cuando un enorme temblor de tierra y una lluvia de cascote, de ladrillos y piedras, nos avisó a todos que había reventado la mina y había lanzado al aire el edificio.
>
> Por diez minutos no me cogió debajo; me lancé al punto fuera de este barracón y eché a correr hacia el Clínico, separado de nuestra casa como doscientos metros. Para que no se pudiese socorrer a los que allí quedaban, una cortina de fuego de artillería trataba de cerrar el paso. No había más que lanzarse a la carrera bajo los cañonazos, y así pasamos todos, dejando unos cuantos heridos.

Las dos minas habían derribado lo que quedaba en pie del frente sur del edificio, y al punto los rojos, preparados al asalto, se metieron por entre las ruinas en un patio donde una sola sección les hacía frente. Llegó el resto de la Bandera a tiempo de luchar con ellos entre los escombros, a bombas de mano. Yo, desde el primer momento, tuve que acudir a muchos heridos, animarles, consolarles, administrarles los últimos sacramentos. En una rotonda del edificio próxima al lugar del combate, se estableció en seguida el puesto de socorro. Allí llegó, sangrando por la cabeza, un chico joven, de Madrid, que la noche antes se había confesado, diciéndome: «Padre, esto se pone mal. Vamos a prepararnos», con una serenidad pasmosa. «¿Qué es eso, hijo?», le pregunto alarmado. «Nada, pero ¿se acuerda de lo que le dije ayer?» Le vendaron y volvió a los escombros. Al poco rato volvía con una herida en un brazo y otra en una pierna, y tenía al fin que tenderse en una camilla. Otro que también la víspera, después de muchos años, había hecho una larga confesión, llegó casi moribundo.

Tres oficiales cayeron en los primeros momentos. «Padre, estoy herido—me gritaba uno desde su camilla— ¡Viva España! ¡Viva Dios!» Dos de ellos morían aquella tarde en el hospital.

Quejidos de los heridos, cañonazos de grueso calibre, que siguen desmenuzando las casas; golpes de mortero sobre los escombros, donde nuestra gente se parapeta después de haber rechazado al enemigo, y allí tendidos, boca arriba, varios cadáveres de gente a quien no he podido auxiliar, porque cuando supe de ellos estaban ya muertos.

Varias veces tengo que correr bajo el agua y las balas (que van altas) a otros edificios donde hay más heridos. Aprovecho unos momentos para recorrer los retenes, dando a besar el crucifijo y haciendo el acto de contrición con todos, y dándoles la absolución «sub conditione» en común. A media mañana, cuando todavía no estaba resuelta la situación, me dicen que hay dos o tres enterrados vivos con quienes han hablado los legionarios. El capitán no quiere se organice el servicio de salvamento, porque sobre el sitio donde están caen bombas de mortero, y sería necesario exponer a otros mientras que ellos están cubiertos por losas de hormigón Pero, ¿se les puede dejar en esa situación? ¿Y si tenemos que replegarnos? Qudarán prisioneros sin remedio y serán fusilados. Tendré que hablarles y darles la absolución. Y detrás de un legionario me lanzo a las ruinas, batidas por el enemigo. «*Tengo estricta obligación de hacerlo*». Mientras me detengo hablando con unos soldados, hirieron a mi compañero, que se había adelantado. Poco después murió. Yo

llego a la boca de la cueva donde están metidos, casi milagrosamente ilesos; los animo, los consuelo, les doy la absolución y les aseguro que no los dejaremos allí. Hierros retorcidos de la armadura de una columna de cemento hacen imposible la salida. Vuelvo sin novedad: hablo con el comandante, y éste envía a buscar ingenieros con sierras de serrar metales, que rompen al fin la jaula y sacan a dos legionarios que han estado en el reino de los muertos desde las siete y cuarto de la mañana hasta la una y media... Un legionario propone que habría que cristianizarlos otra vez.

¡Cuántas cosas han pasado por sus almas en ese tiempo de gracia! En la primera ocasión que han tenido, confiesan y comulgan. Así se fué pasando el domingo 17. Ni pensar en decir Misa. Sí di la Comunión y el Santo Viático a bastantes. Por la tarde ya no hay bajas nuestras. El heroísmo de los legionarios ha salvado la situación. La noche la pasé en oración, aunque vencido muchas veces del sueño, en un sótano del fatídico Hospital» (1).

Hemos hablado de Firmes Especiales como de centro de evacuación. En él confluyen de noche las caravanas de mulos que descienden por la mesetilla del Clínico con los tristes despojos de la batalla. Llevan los cascos envueltos en arpilleras para no hacer ruido. En Firmes se acomodan los heridos sobre una serie de colchones que habían cogido los primeros días en las casas abandonadas de La Bombilla.

«No se escandalizarán—escribe el capellán del centro—si les digo que hay noches en que nos acostamos a las dos y media y que lo más temprano que suelo decir la Misa es a las diez y media, y rodeado de heridos y enfermos de todas clases, y aun de moros de Marruecos y de Ifni.

Como adivinará usted fácilmente, hay ratos en que me siento agotado física y moralmente, y es menester que el Señor, por quien luchamos, nos consuele viendo el fruto del sacrificio.»

De noche son evacuados los heridos en ambulancias que salvan la fatídica «Curva de la muerte» a motor parado

(1) [Carta al P. Olleros, 27-I-37].

y con las luces apagadas, hasta que se sitúan tras el cerro de Garabitas.

Pero los heridos graves no pueden esperar tanto. Su vida puede depender de una intervención quirúrgica rápida, y hay que evacuarlos en pleno día, aprovechándose de unos blindados que pertenecieron a la Dirección General de Seguridad. Tenían un depósito en el centro para gases lacrimógenos y eran de chapa poco segura.

El 23 de enero al volver de su servicio uno de estos autos, precisamente de los cogidos a los rojos en Boadilla del Monte, es alcanzado por un disparo de antitanque. El proyectil ha atravesado el motor hasta la cabina, hiriendo gravemente al conductor. El coche para en seco. En la fatídica curva. Los rojos tienen tiempo de calcular las distancias y deshacerlo, El alférez médico don José Rodríguez Antón informa al teniente coronel, quien le responde:

—Si el coche está batido por antitanque. no intenten nada; de noche se procederá a la evacuación del herido.

El rumor se va corriendo por toda la trinchera, hasta que llega a oídos del capellán, cuando se disponía a visitar los puestos. Por enfermedad llevaba tres días sin hacerlo; pero ante el nuevo caso que se le presenta lo deja todo y se aproxima con los oficiales al lugar del percance. En el asfalto rebotan las balas.

—¿Qué va a hacer usted, Padre?—le dicen, alarmados, al ver que se acerca demasiado.

El Padre siente la emoción inmensa del peligro, pero va confiado en el Señor. ¡Un alma que puede salvar a costa de su vida!

—Está toda la zona batida—dice uno, para disuadirle.

—Es inútil; el conductor no debe ya estar vivo—remacha el sanitario.

Pero el Padre ya no le oye. Se ha metido por una alcantarilla de unos noventa centímetros que cruza la carretera por debajo. El conducto es angustiosamente estrecho; y el Padre tiene que arrastrarse con grandes fatigas y sudores. Se propone volver por cualquier sitio menos por ahí.

La portezuela ha quedado abierta, y de un brinco se mete en el blindado, en el mismo momento en que un proyectil se ha estrellado contra la chapa. El vehículo se tambalea. Tiene varios agujeros por los que penetran los gases producidos por la explosión. Una especie de bolitas de acero

rebotan en la pared por dentro. El suelo está cubierto de casquillos.

«El conductor, un legionario que sólo conocía de vista, estaba caído en el asiento sobre el lado derecho. Tenía pulso—una pulsación cada seis o siete segundos—, pero no daba señales de vida. Me llamó la atención no ver apenas sangre—tenía la herida junto al corazón—, y supuse que podia oír las jaculatorias que le decía al oído. Lo absolví «sub conditione», y al acabar de darle la Extremaunción en la frente, un cañonazo del antitanque me pasó rozando la oreja izquierda y me hizo vacilar un momento, como atontado. Sentí un dolor fuerte en la paletilla derecha, de un trozo de metralla que se quedó en la ropa, pero sin hacerme herida.»

El grupo de oficiales y soldados esperan el desenlace con terrible ansiedad.

¿Coger al herido y sacarlo? Está como empotrado en el motor y harían falta dos o tres hombres fuertes para sacarlo de allí. Llega el momento más difícil. Los rojos lo han visto entrar y lo esperan a la salida. El Padre se confía a la misericordia de Dios y a sus piernas. Salta. Cruza el trozo de carretera batido como una exhalación. Una ráfaga de ametralladora..., pero ya está entre los suyos, que lo palpan, lo abrazan, lo oprimen y vitorean. Acude gente de los puestos vecinos. El teniente coronel en persona viene a felicitarlos. De la pelliza, medio deshecha, le sacan un trozo de metralla...

Por unanimidad solicitaron para el Pater la Laureada, porque también aquella vez había sido más difícil dar una absolución que escalar un baluarte...

«Amorem tui solum mi Iesu..., mi satisfacción mayor es ver el rostro del que asistí, transfigurado, con una expresión beatífica como no la tenía cuando le vi en el blindado... Herida en el costado izquierdo...; me recuerda a Jesús y su Corazón. Por la noche se me hincha la pierna izquierda (me la forcé con la carrera).»

Y aquella misma noche pasa el Padre Huidobro, que vuelve deshecho de retaguardia. Había ido en busca de un

nuevo altar para una nueva capilla y había encontrado todas las puertas cerradas. El Padre Caballero le dejó desahogarse sin insinuar ni lo más mínimo de lo ocurrido al mediodía. Después de un rato de charla, el Padre Huidobro, que todavía llevaba su venda de goma en la rodilla herida, y su cachava, comenzó a subir la pendiente resbaladiza hacia Arquitectura (1). Aquí todo el mundo sabe ya la hazaña del tanque y la comentan con nombres y detalles. El Padre Huidobro se da cuenta de que ha estado un rato hablando con el protagonista de la proeza y sin haber sospechado nada. Espíritu sensibilísimo, se avergüenza de no haber tratado nada más que de lo suyo. Y entonces, a pesar de lo avanzado de la hora, de la incomodidad del camino y las molestias de la rodilla, vuelve a bajar hasta Firmes para abrazar al Pater y felicitarlo.

---

(1) En el edificio de Arquitectura, que venía a ser como el centro neurálgico de la Ciudad Universitaria, entronizó el Sagrado Corazón de Jesús el Padre Joaquín Meseguer, el 6 de mayo de 1937, fiesta de la Ascensión. La imagen fué regalada por la familia de don Joaquín Ríos Capapé, jefe de aquel sector.

EL PASO DEL JARAMA

La batalla de Madrid entra en su tercera fase. La primera fué de aproximación y tanteo y terminó con la ocupación de la Ciudad Universitaria. En la segunda se extendieron los nacionales por el oeste de la capital hasta alcanzar la línea las Rozas-Pozuelo. Se cortaron las comunicaciones del Guadarrama y se alivió la situación de las tropas destacadas en la Universitaria y Casa de Campo.

Ahora se trata de cortar la carretera de Valencia y estrangular a Madrid. El general Varela dirige personalmente este ciclo de operaciones.

A fines de enero comienza la concentración de tropas. Los Padres Marín Triana y Val encuentran a sus respectivas Banderas en Navalcarnero dispuestas a marchar. De madrugada llega la Primera, con su capellán, Padre García Martín. La Cuarta también se trasladó desde el Clínico hasta el afluente del Tajo.

Entre tanto, se ha formado en Toledo la Décima Bandera, a la que el Padre Caballero ofreció sus probados servicios. De momento creyó esta Bandera que sería enviada a Oviedo, donde los sitiados por la dinamita pedían socorro; pero pronto vieron que su bautismo de sangre sería en el Jarama uno de los escenarios más bravíos de la guerra española.

El avance comienza el 6 de febrero, con gran sorpresa del mando rojo, que no creyó se pudiera despreciar de esa manera una tormenta de viento y agua. La sorpresa táctica fué un factor del triunfo. Se conquistó Ciempozuelos y la Fábrica Militar de Gases de «La Marañosa», en cuyo

sector se encontraba el Padre Nevares con la Primera Bandera de Castilla.

Un sargento se acerca al Padre Huidobro:

—Padre, por si Dios quiere que yo muera en uno de estos encuentros, tome usted esta dirección: son las señas de mi madre en la Argentina. Escríbale usted que he muerto como un legionario, y, sobre todo, como un buen cristiano. ¡Qué alegría se llevará mi madre al saber que he confesado y he comulgado! Padre, cuando yo muera, le manda usted esta medalla y esta cartera, que está adornada con dibujos míos... Ya sabe usted que yo era pintor; pero... no confesaba. Le dice usted que he muerto feliz, como un buen cristiano. No hay tiempo para más. ¡Viva la Legión!

El enemigo espera enfrente, oculto, bien parapetado, y la Legión se desliza por el terreno para atacar de flanco. Espaciados, en fila india, los legionarios avanzan lentamente por la vertiente sin ser vistos. Van a sorprender la línea débil del enemigo. Junto a ellos aparece una figura firme, clavada en tierra: es el capellán. Se hallan ya a unos metros del enemigo y quiere dar la última despedida a sus hijos. Extiende su crucifijo al paso de los combatientes. Van éstos despacio, con la mano sobre la culata del fusil, todo ojos y oídos, con ese gesto indescriptible de los que marchan hacia la muerte. Brillan a la vista del crucifijo los ojos del legionario, y uno a uno, según van pasando, lo besan: «¡Perdón, Jesús mío; ayúdame; en Ti confío!»

Sobresalen las primeras cabezas y suenan unos disparos. Una baja. Es el sargento que tiene a su madre en la Argentina, que cae al suelo con la cabeza rota; pero no está solo. A su lado hay un hombre que murmura: «Ego te absolvo...»

¡Heridos, heridos! La voz se repite lejos; pero el Padre Huidobro, aunque imita la elasticidad atigrada de sus legionarios, y salta y se mueve con agilidad, no da abasto.

Los de enfrente han tenido que verlo. Se agazapa el Pater detrás de unos matorrales; pero es un blanco seguro. Ráfagas seguidas comienzan a peinar las matas. Un brinco, una carrera en descampado, mientras las balas silban, chocan, rebotan alrededor. Aquí un herido; a cinco pasos, otro; los camilleros que llegan, el capellán que empieza a darles los auxilios y un mortero que cae junto

a la camilla donde el Pater ejerce su ministerio; pero no estalla.

—¡De prisa!—grita a los camilleros, a quienes la impresión ha dejado como de piedra—, quiten eso de ahí, porque ¡enseguida vendrá otro!

Y en efecto, cae al momento otro mortero; pero que tampoco estalla. El capellán da un salto por la camilla y la arranca del sitio con un tirón. En esto, un tercer mortero que tampoco estalla, pero que va a dar en el sitio exacto que dejó la camilla.

Entre los heridos está el comandante jefe de la Novena Bandera. Lo asistió el Padre Marín Triana.

El avance tuvo diez kilómetros de profundidad.

Amanece el día 7 con el cielo más negro todavía. Primero una lluvia leve, pero molesta; luego, un verdadero diluvio.

El mando rojo ordena ataques de divergencia para dificultar el avance de los nacionales. Simultáneamente desencadena violentos ataques en la Ciudad Universitaria, Casa de Campo y norte de la carretera de El Escorial.

Los tiros de la artillería roja hostigan continuamente a la nuestra. En un grupo de artilleros nacionales cae una granada, estalla, los desparrama por el suelo envueltos en sangre y barro. Entre ellos ha caído un sacerdote secular de veinticinco años, ex alumno de Comillas y sobrino de un Padre jesuíta. Se llama Lamamié de Clairac. Lo recogen los sanitarios, pero él quiere escaparse de la camilla para asistir a los compañeros. Mientras lo sacan, los anima, levantando la voz y dando vivas a España. A poco muere en el hospital. Al Padre Marín Triana entregan la guerrera manchada de sangre. En los bolsillos hay un cuadernito de notas, medallas para repartir a los soldados, un rosario, y... un instrumento de penitencia. ¡Como si no bastaran las incomodidades de una guerra en invierno!...

Partiendo de «La Marañosa» avanza Barrón hacia la confluencia del Jarama con el Manzanares. Sitio de gran importancia, porque corta de un golpe la carretera de Valencia y la de Chinchón.

Sigue lloviendo. Las ruedas de los camiones se hunden en el fango.

Hay dos centros de resistencia roja: el vértice Cobertera, sobre el río, y un poco más al norte, el espolón de Vaciamadrid (656 metros). Antes de ponerse el sol ondea la bandera nacional sobre los dos montículos. Ya está el puente de Arganda a tiro de cañón. ¡Ya es imposible el tráfico entre Madrid y Valencia!

La noticia de la toma de Málaga, el 8 de febrero, embriaga de entusiasmo a las tropas de Franco Todos están dispuestos a cruzar el río en cuanto suene la señal de ataque.

> «Estamos dispuestos para el asalto, que se iniciará mañana. ¡Que Dios nos ayude!» (Padre Marín Triana.)

Se forma la línea de ataque: a la izquierda, Barrón; en el centro, Sáez de Buruaga, y a la derecha, Asensio. Se escoge el puente de Pindoque, donde los comunistas han establecido una cabeza de puente, y,..

Alborea el día 11. Fuego preparatorio de artillería. La caballería del Rif se arroja a la corriente, que viene revuelta y crecida por las lluvias. Los jinetes alcanzan la orilla opuesta en una arrancada briosa. La infantería se echa al agua detrás.

La brigada franco-belga, que defiende la margen opuesta, se desconcierta ante la acometida. El puente no llega a volar, o por falta de tiempo o por un fallo del dispositivo. Cruza el Jarama un Tabor de regulares; luego una Bandera...

> «Subimos a los montes del otro lado, y allí pasamos la noche. El día 12 fuimos cañoneados y tuve que dar bastantes Extremaunciones. Un cañonazo cayó a unos 20 metros de mí y mató a dos, cortó las piernas a otro e hirió a algunos más» (Padre García Martín).

Se da orden al ala derecha mandada por Asensio de que también cruce el río. El paso se realiza cerca de San Martín de la Vega. Dos Compañías escalan el famoso *Pingarrón*, montecillo de 693 metros de altura que domina el río, la carretera de Arganda y un buen espacio de llanura. Su sig-

nificación estratégica es grande. En un solo día dispararon los rojos contra él cuatro mil cañonazos.

Los centinelas de Franco avisan que se acercan poderosos contingentes de enemigos. Tres brigadas internacionales y un batallón de campesinos, con un total de cerca de 20.000 hombres. La superioridad numérica de los marxistas se ha manifestado desde el primer día de las operaciones. Por el contrario, las unidades de Franco disminuyen por horas. Un teniente sirve una pieza de artillería. Un capitán coge un fusil de un cadáver y lo empuña. El Padre García Martín recuerda muy bien la jornada desde su lecho del hospital.

> «Estaba yo con los médicos en un repecho cuando llegaron nuestros carros de asalto. Los vió y sintió el enemigo, y al poco rato cayó sobre nosotros una lluvia de proyectiles de ametralladora y cañón. Las granadas explotaban cada vez más cerca de nosotros, hasta el punto de que los guijarros levantados por la explosión rodaban a nuestro lado.
>
> Yo di la absolución a los que me rodeaban, entre los cuales estaba un sargento con la pierna destrozada, que se abrazó a mí y no hacía más que invocar a Dios Nuestro Señor y a la Santísima Virgen. Les preparé para morir, y yo hice lo mismo, porque la cosa estaba muy fea. Vino entonces un pobre soldado a quien un casco de granada le había cortado la yugular. Echaba un chorro de sangre que daba miedo. El médico no pudo hacer nada; le administré los Sacramentos y me senté otra vez junto al otro herido. Sonó entonces una explosión junto a nosotros, y yo experimenté la sensación de que me habían herido en las piernas; pero luego noté algún dolor en la columna vertebral a la altura de la cintura. Hecha la primera cura en el campo, fuí andando, por falta de camillas, unos dos kilómetros, hasta la ambulancia. En Pinto me vieron la herida, y en Griñón me sacaron el casquillo. (3-III-37.)»

Ese día, que fué el 14 de febrero, primer domingo de Cuaresma, cayó también herido el comandante de la Cuarta Bandera.

Quedan los olivares cubiertos de heridos, que excitan la rapacidad de los grajos. Los camilleros comienzan la re-

cogida camuflados en la oscuridad. Entre ellos se mezcla el Padre Huidobro, que, además del Viático y los Santos Oleos, lleva una botellita con agua y una cantimplora. Cuando encuentra a un herido, le limpia un poco la sangre y le refresca los labios. Después le da a besar el crucifijo. Cuando los sanitarios dan por concluída su labor humanitaria, el capellán sigue todavía rastreando los barbechales. A juzgar por el número de bajas, debe quedar todavía alguno en alguna arruga del terreno. Gime una bala errabunda. Se quiebra una rama. El Pingarrón se enciende súbito en una llamarada; luego, otra...; luego, silencio, paz, y la voz del Pater que pregunta muy quedo: «¿Hay algún herido? Soy el capellán.» Da otra vuelta y regresa a la trinchera.

Pero a la mañana siguiente traen los camilleros un herido más, desfallecido por la pérdida de la sangre.

—Pero, hijo, ¿dónde te hirieron?—le pregunta el capellán, asombrado.

—Allí, Padre—y le señala débilmente los olivos que están junto a Pajares.

—Pero si ayer estuve yo allí mismo en aquel sitio... ¿No me oíste llamar?...

—Sí, Padre; sí que te oí...

—Pues entonces, hijo, ¿por qué no me contestaste?...

—Porque yo estaba en un sitio muy peligroso y no quería que te diesen a ti.

Heridos como éste habían quedado algunos en el Pingarrón, que no podrían ser evacuados hasta la noche. Lo supo el Padre Caballero, y en seguida se trazó su plan. Avisó a su ayudante para que supieran por dónde andaba, y acudió al puesto del capitán para informarse con seguridad del sitio en que se hallaban los dos heridos.

A los dos minutos se encontraba en el lugar exacto, junto a la trinchera. Allí estaba lo que él buscaba; un soldado con la cabeza destrozada en las convulsiones de la agonía, y a su lado, boca abajo, uno de los que salieron a recogerlo... Se arrodilló junto al primero, que parecía el más grave, y al dejar en el suelo el gorro y juntar las manos para absolverlo, sintió una sacudida fuerte que le hizo tambalearse. Al instante, la sangre chorreaba de ambos brazos atravesados por un balazo. El pecho de la cazadora y el jersey estaban deshechos por una

bala explosiva. La tapa del reloj estaba abollada y agujereado el cuadernito donde llevaba su diario de campaña.

Con bastante trabajo, por las heridas, se incorporó un poco para dar los Sacramentos al moribundo; otra ráfaga de ametralladora le obligó a agacharse, y debió de alcanzar al otro herido, pues murió a la media hora.

Después de atender a los soldados, el capellán empezó a pensar en sí mismo que probablemente, recibiría más heridas en aquel cruce de balas. Intentó darse el Viático, y sintió una gratitud enorme al ver que no había recibido ninguna herida en el pecho, donde llevaba la cajita con el Santísimo. Sólo una rozadura en la estola que llevaba bajo el jersey.

En la trinchera saben que el capellán peligra. Han oído su voz. El capitán le dice que espere echado hasta que puedan sacarlo.

—¡No es nada!—contesta desde fuera—; estén tranquilos. ¡Que nadie se exponga por mí!...

Al verse en aquel desamparo y con la perspectiva de varias horas por delante, en las que podría ser herido de muchas maneras..., se le ocurrió dar la absolución a todos los suyos, por si no volvía a tener ocasión de hacerlo. Desde el sitio en que estaba trazó sobre ellos la cruz absolutoria y se quedó muy tranquilo, tratando con el Señor. En esto oye ruido de zapa en la trinchera. Están abriendo un boquete para llegar hasta él. No era necesario que fuera muy grande para arrastrar al Padre, que es alto y flaco, y meterlo dentro de la zanja. En seguida lo llevaron a presencia del capitán, quien lo abrazó emocionado.

Le hicieron la primera cura y se quedó charlando con los soldados, mientras pasaban silbando los proyectiles del tanque ruso. Pidió al señor comandante seguir viviendo en la trinchera, pero no lo consiguió, y tuvo que marchar a Toledo para hospitalizarse.

A principios de marzo no estaban sus heridas tan bien como esperaba; pero ya no podía resistir más y se embarcó en una camioneta llena de legionarios.

Después de las atenciones que le habían rodeado en el hospital, resultaba muy duro el contraste con el frente. Llegó en pleno tiroteo, en un amago de ataque. Durmió bajo un olivo, apoyando su cabeza en las raíces abultadas y en la única postura que le permitía su brazo dolorido.

«En fin, dormir, no dormiría; pero lo que es tiritar y acordarme del Señor en el desierto, mucho y bien.»

Pero la madrugada siguiente no sería más bella.

Era noche cerrada cuando se dedicó a enterrar unos veinte cadáveres de rojos que estaban en plena putrefacción y muy cerca de las líneas nacionales. Trabajó con varios soldados, todos con sus caretas, hasta el amanecer. Con las primeras luces comenzaron a llover disparos.

«¡Qué impresión causaba ver aquellos rostros británicos desencajados o deshechos, despojos de la guerra bajo la oliva, símbolo de la paz!» Al final rezó con sus muchachos un Padrenuestro, y el brazo se encargó de recordarle durante el día la obra de misericordia que había realizado.

Dijo una Misa en el «Blocao de la Muerte», donde comulgaron 60 legionarios, y otra en el Pingarrón, en el mismo sitio en que recibió las heridas. Al Evangelio se vuelve y explica aquellas palabras de San Juan:

«En esto hemos conocido la caridad, en que Él dió su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (*I Joan.*, 3, 16).

DOS LAUREADAS

TERMINADA la batalla de Madrid en sus tres fases preliminares, juzgó el Generalísimo que había llegado el momento de eliminar la zona roja del Cantábrico, donde tenía una cantera de hombres y material inmejorable para terminar la guerra.

De acuerdo con el general Mola, jefe del Ejército del Norte, trazó un vasto plan de campaña que le daría en seis meses el dominio de aquella franja montañosa y costera.

El primer ciclo de operaciones buscó el contacto con el famoso cinturón de hierro, el ídolo de la propaganda marxista. El cinturón, a 20 kilómetros de Bilbao, era su única defensa inmediata; pero mediatamente estaba defendido por uno de los sistemas orográficos más complicados de España. A fines de marzo comienzan los asaltos sistemáticos a esa serie de castillos naturales.

Se ocupan las alturas de Maroto, Albertia, Garín y Jesetachu; el primero de abril, el Gorbea y el Gurumendi. Los montes se superponen en oleadas macizas desde la meseta del Duero hasta el borde mismo del mar Cantábrico.

El 2 están las vanguardias navarras ante Ochandiano, a 30 kilómetros en línea recta de la capital. Es tanto su valor militar, que de ella llegó a decir Zumalacárregui: «Hay que conservar Ochandiano a toda costa, porque desde allí amenazamos a Bilbao y a Vitoria a un mismo tiempo.»

Cuatro compañías del Tercio de San Ignacio cruzan las alambradas. Suben una loma, y la siguiente; pero son hos-

tigados continuamente por el enemigo. Los «gudaris» o milicianos vascos se agazapan en las peñas más altas y tiran sobre los que suben casi a quemarropa.

Con los requetés va un capellán jesuita: es el Padre Angel Marticorena. Cruzó la frontera la víspera del Alzamiento para hacerse cargo de una Congregación en Vitoria, según creía; pero Dios le reservaba un puesto de honor entre sus apóstoles laureados por la inmolación.

Los muchachos navarros lo conocen bien y lo distinguen de lejos: es el único que no lleva armas.

La fusilería aturde. La ola requeté sigue subiendo en una impresionante marea. El Padre Marticorena trepa, sin aliento casi, por los peñascales.

Los más cercanos a él lanzan un grito de espanto:

—¡Padre! Su guerrera... ¡Sangre!

—No; no es nada; adelante. ¡Viva España!

Lleva el brazo roto por una bala. Ahora, impensadamente, acelera el paso. Se dirige hacia la derecha, que es la banda rabiosamente batida. Todos se han dado cuenta de la maniobra del Pater.

—¡Pater..., no vaya allí, por Dios! ¡Es imposible que llegue hasta el herido con ese fuego!

—Mi capitán, tengo que ir. Aquel muchacho me necesita. Tomaré precauciones.

Y la precaución consiste en calarse el casco o «quitamiedos» y seguir adelante, pegado al suelo.

El capitán Campo, emocionado, contempla la marcha del capellán. Un alma es un objetivo para él, que tiene que conseguir a toda costa. El deslumbre del casco le permite localizarlo a distancia.

Un paso más..., seis..., sólo dos..., y el Pater estrecha contra su pecho la cabeza moribunda de Juan José Elorza, voluntario azpeitiano del Tercio de San Ignacio. El Pater lo anima, lo conforta, lo absuelve. Por algo el capitán ha llamado al Pater «la madre de los soldados». Él les escribe las cartas, les arregla los documentos, les regala tabaco, y un día, hasta llovieron unas pesetillas. Y aquel lote de impermeables...

En este momento, una bala se clava en el casco del jesuita. Desde el puesto puede contemplar el capitán Campo su postrera lección. «Se incorpora un poco, levanta el crucifijo que tiene en la mano y lo enseña al enemigo...; ¡después lo besa!»

Entre la correspondencia que nos ha quedado del Padre Martico se conserva esta carta:

«A mi Padre Superior:
Una petición, Padre. Siento intensos impulsos de pedirle insistentemente me envíe a China de misionero...
... entre otras razones, porque siento vivos deseos de entregarme a Dios de una vez con un sacrificio que por de pronto lleva consigo la consagración de toda mi vida, y aun deja entrever en esperanza esa otra prueba que Jesucristo estimó como suprema de la felicidad de sus seguidores: la de su sangre.»

Se acercaba el séptimo aniversario de la República malhadada. El Gobierno de Madrid quiso celebrarlo con una ruptura aparatosa del frente, es decir, con un brindis de sangre. En lo alto de la meseta de Castilla, el centro vital de nuestra Historia.

Los ataques comenzaron el 8 de abril y habrían de durar cinco días. Fechada en Aravaca, y el día 9, el Padre Huidobro escribió su última carta a su hermano Ignacio:

«Pide mucho por mí. Por una parte, siento el deseo de trabajar aún mucho por una España íntegramente católica, para lo cual falta infinito; después, por otro lado, está la necesidad de morir para dar fruto, como Cristo. y la ninguna falta que le hacemos a Dios.»

La Cuesta de las Perdices, con sus postes desnudos, se ha convertido en un Via-Crucis largo, que termina en Madrid. Es de noche y nada duerme. Todo está alerta. Parece que yerran bultos por el campo y que las matas se mueven. Una sombra cualquiera se puede convertir de repente en un carro de asalto.

Hacia las cinco estalla la aurora. Once de abril de 1937. Dominica del Buen Pastor. *El Buen Pastor da la vida por sus ovejas.* Ha comenzado tan temprano el ataque, que el Padre Huidobro no ha tenido tiempo ni de celebrar la Misa. Como si hubieran tocado un resorte, todo, súbito,

se ha puesto en movimiento: 25 tanques rusos, que serán por lo menos 25 monstruos. Y por los claros del monte, se despliegan 15.000 hombres, ladrando en cinco o seis lenguas.

Ya hace tiempo que la guerra de España ha perdido todos sus rebozos y disimulos y se ha revelado ante el mundo y la Historia con toda su estatura internacional. Ya no son facciones políticas ni intereses mezquinos de aquí abajo, sino la lucha a muerte contra la herejía, venga del Norte o del Sur, sean hoces o medias lunas, invoquen al Profeta, a Lutero o al autor siniestro del socialismo ateo.

Enfrente se bate el Tercio—los Tercios—, con el capellán jesuíta en medio, oficial abanderado del crucifijo. Y en el fondo—como en las lanzas—el perfil azulado del Guadarrama.

Al sol destellan los aceros. Vuelan las balas y vuelan los himnos de la Legión. Salta al aire la bomba de mano y el aire que se astilla en gritos: «¡Padre, a mí, que me han herido»!; y el Padre, que corre para ayudarle y refrescar sus labios con un beso en el Cristo. El Cristo santo de nuestras victorias, el de Mülhberg, el de Austria, de Lepanto, el fiel aliado de las batallas españolas.

Cae otro con el pecho partido, y también está a su lado el capellán, como un ángel inmune de la muerte. Más allá, el humo de la explosión no deja ver los hèridos. Miles de proyectiles disparan las baterías desde la Dehesa de la Villa. Por centenares las bombas de aviación.

Dice el comandante Iniesta que el capellán se encontraba a cada momento en el lugar más crítico.

—Padre, le ruego que se retire; yo me encargaré de que le lleven los heridos.

—En el sitio más peligroso los tengo más cerca.

Hasta que el comandante, preocupado por su vida, intenta otro camino.

—Ahora se lo ordeno como superior. Retírese al botiquín, porque su presencia casi entorpece la libertad de nuestros movimientos.

Obedeció el Pater, y el Jefe siguió atareadísimo, dando órdenes a los lanzadores de bombas. Hasta el puesto de Aravaca fué acompañando a un herido, y aquí estaba asistiendo a otro cuando un 12,40 ruso da en el marco de la segunda ventana, estalla terriblemente y lanza al aire al asistente del capitán, hiere a éste, mata a un legio-

nario y derriba de espaldas al capellán, con el cráneo deshecho. La muerte ha debido de ser instantánea. Sobre su pecho, como en un altar, ha quedado el portaviático. Se habían cumplido para el Pater las palabras que él dijo un Viernes Santo a sus legionarios: «Soldado que muere, cuando sus ojos se cierran en la noche, rompe un día dentro de su alma.»

En retaguardia nadie quería creer la fatal noticia. ¿Que ha muerto el Padre Huidobro? Aquel que daba Catequesis a los comunistas de Santander, y cerró con sus sermones la Casa del Pueblo; el estudiante de Filosofía en Valkeburg y discípulo de Heidegger; el pensador, predicador, poeta, deportista entusiasta, penitente alegre, amigo de Jesús y de las almas, y con sus treinta y cuatro años, cuando más se apetece la vida y la luz...

> «... con las mejillas sonrosadas todavía, crespo el cabello, la mirada viva y ardiente, la musculatura, aunque delgada, pero de acero; la sangre hirviente, la voz capaz de competir con el estruendo de las cascadas!
>
> ¡Morir en el verdor de la edad lozana! ¡Salir del banquete cuando más suena la algazara del festín! ¡Dormirse al mediodía y ser enterrado, no al caer de la hoja, sino al romper de los brotes y al florecer de las rosas!
>
> ¡Mi naturaleza cántabra se rebela contra ese pensamiento, y reviven montaraces pujos de guerra en mis venas!
>
> ... pero me ha domado Cristo, y a sus pies otra vez se amansa el león y lame sus llagadas plantas, y tiende manso la melena al cuchillo que le sacrifica» (Página íntima del capellán legionario).

«El día 19 de noviembre de 1947 se abrió el proceso de beatificación y canonización del Padre Fernando de Huidobro y Polanco en la curia de la diócesis de Madrid-Alcalá. Actualmente el proceso se encuentra en Roma.)

MES DE JULIO EN BRUNETE

DESDE el 1 de enero del 37 había contribuído la Octava Bandera a los combates de cerco a la capital, tomando Villaviciosa de Odón y Villafranca del Castillo. El 4 conquistó Las Rozas y El Plantío. Fué el día en que hirieron a su capellán, Padre Pedro Ilundain. Aquel día había celebrado muy temprano la Misa, y por primera vez en toda la campaña llevó consigo el portaviático. El Pater no es friolero. Lo saben cuantos han convivido con él en las cuevas de Usera; sin embargo, ese día se pone un jersey de lana bajo la guerrera, y encima el capote. Se despliega la Bandera, apoyándose en la carretera. A los pocos metros, el enemigo rompe el fuego; sobre todo por las tapias de El Pardo, que los flaquean por la izquierda. En la unidad hay muchos novatos poco avezados a la pólvora, poco «fogueados», como se decía, y el Páter quiere animarles con el ejemplo. Erguido se lanza carretera adelante. Le siguen. Cae de pronto un morterazo en la misma cuneta y derriba a siete u ocho por el suelo. Dice el Pater que sintió como un trastazo. El polvo y el humo lo dejaron mareado. Un trozo del mortero le había herido en el brazo y otro le había atravesado el jersey en dirección al pecho...; debió de interesarle el hierro algún nervio importante, porque el brazo empezó a bailarle involuntariamente. Quiso seguir, pero el médico le obligó a evacuar con otros varios heridos.

La Octava Bandera se quedó sin capellán. Volvería a tenerlo para los feroces ataques de los comunistas en el mes de mayo contra la Imperial Toledo.

Mientras hace los Ejercicios espirituales en Villafranca, le suple el Padre Pablo Soler, que llega a la vanguardia hacia fines de junio. Estamos en el sector suroeste de Madrid, que ahora es frente estabilizado. El inevitable paqueo de trinchera a trinchera, produce el consiguiente chorreo de bajas.

> «Ayer, un pobre muchacho recibió un balazo en el vientre, que al explotar le echó las entrañas fuera; daba pena verlo; y ¡con qué entereza sufren estos muchachos —exclama el capellán suplente—. Recorrí una de las trincheras más batidas. Laberinto de estrechos reductos. Se oía el silbido antipático de las balas explosivas. Unas pasaban sobre nuestras cabezas; otras explotaban al dar en los sacos terreros. La impresión de estas trincheras, con sus máquinas emplazadas aquí y allá; por todas partes bombas de mano, caretas antigases, fusiles...; por las aspilleras se ve a doscientos metros el parapeto enemigo... Es algo imborrable...; refugios para descansar, y allá atrás un moro tiene bajo un sombrajo un puesto de te moruno y vino»

Y llegó el mes de julio. El 6, de madrugada, se desató la ofensiva roja como una tormenta de verano. Los defensores de Brunete fueron aplastados por los batallones marxistas, que asaltaban los objetivos en oleadas humanas, al estilo ruso. Ya estaba Líster sobre las ruinas de ese pueblo, que durante quince días llenaría los rótulos de la prensa.

Si los planes del Alto Mando rojo se llevan a cabo, el frente de Madrid nacional quedará aislado. En la Universitaria se da la consigna de morir antes que retirarse. Tienen víveres para un mes. Se repetirá el caso de Simancas Oviedo o el Alcázar. El enemigo mantiene continuamente en el aire cuarenta aviones de combate. Los tanques rozan las casas de Boadilla del Monte, donde está Varela.

El Padre José Panizo, capellán de un grupo de obuses, dice que los artilleros estaban ya dispuestos a embocar las piezas dos a dos y reventarlas antes que dejarlas caer en manos del enemigo (1).

---

(1) Muy digno de subrayar es el ejemplo del Padre José Panizo Obergozo, limeño, perteneciente a una acaudalada familia peruana, y en el que recaían varios títulos nobiliarios. Vino a España huyendo del Episcopado y el Cardenalato, y ofreció voluntariamente sus servicios de sacerdote a los soldados de Franco.

Pero en esto las flechas del avance rojo se doblan y se parten en dos objetivos sin importancia: Quijorna y Villafranca del Castillo ofrecen una resistencia tan heroica como inesperada para ellos; y allí se ensañan, se enrabian y encrespan para conquistar un montón de cascotes removidos por la artillería.

Llega la noche y amaina el temporal. La Octava Bandera pernocta en descampado sobre unas lomas que se cubren de cereales. Bajo un olivo se echa a descansar el comandante jefe. A un lado está el ayudante, y al otro el Padre Soler.

Un silencio de campo santo se cierne sobre los cerros De madrugada se despiertan. El comandante ofrece al capellán un vaso de café caliente de sus termos y dos galletas. El capellán lo acepta agradecido. Es lo único que ha de tomar hasta la noche siguiente.

En seguida, la marcha en descubierta. Desde hace dos horas, un Tabor se sostiene delante de ellos sin trincheras ni apenas defensas naturales. Hay que reforzarlos como sea. Es el principio de la tarde cuando la línea nacional se ve fuertemente sacudida. Y una muchedumbre de tanques invade las vanguardias de Franco.

El Pater avanza junto al comandante. Al remontar una cuesta de veinte metros, un fuego vivísimo de fusilería les obliga a detener el paso. Las balas de los cañoncitos del tanque pasan silbando y rozando y van a explotar en la vaguada que está detrás. De pronto un tanque embiste hacia ellos..., acorta veloz la distancia. Dispara. ¡Todos a tierra! Pero tarde... La bala ha alcanzado al comandante en el pecho y le sale un chorro de sangre imponente. Cae tres pasos delante del capellán. Este se acerca. El comandante grita:

—¡Me han matado!... Padre nuestro que estás en los cielos...

Por segunda vez comienza la oración, mientras el Pater saca los santos óleos.

—Pida perdón de sus pecados...

—Sí, Padre; pido perdón... Padre, Padre nuestro...

Le da la absolución y Extremaunción. Deja de hablar. Explotan muy cerca otras dos balas de tanque. Hay un herido leve. El Pater se aleja un momento y vuelve al comandante. Su respiración se apaga. El capellán cubre su cadáver con una manta para evitar la impresión de los soldados.

En un cuadrilátero que tendría unos 15 kilómetros de lado habían metido los rojos 60.000 hombres y más de un centenar de tanques pesados. «El vencedor de Brunete será el vencedor de la guerra», decían; y así fué. El Generalísimo fué enviando tropas desde el Norte y cañones y aviación.

En cuanto se tiran de los camiones reciben esta única consigna: «Avancen todo lo que puedan, y cuando establezcan contacto con el enemigo, envíen un enlace.»

Se incorpora a su Bandera el Padre Ilundain el 11 de julio: la misma fecha en que sucumbían los heroicos defensores de Villanueva del Pardillo. Dice el Padre que se encontraba a los supervivientes de la acometida roja como alelados. Tan repentina y brutal había sido.

Un capitán legionario le indica el sitio que le parece más seguro. Pero esto es difícil de saberlo, porque las balas se cruzan en todas direcciones. El mismo capitán que está hablando con el Pater cae de repente sin sentido. Opina éste que ha debido de matarlo la onda explosiva de un proyectil de tanque, porque no muestra sangre al exterior.

El flujo y reflujo de ataques se generaliza en todos los sectores. La fatiga de los combatientes es enorme. A ratos parece que van a tirar las armas y sentarse bajo los árboles de Boadilla o en los huertos de Villafranca. Un vaso de agua es el mejor regalo. El día 20 entran en acción todos los batallones rojos disponibles y todas las baterías Ni un palmo de tierra cae fuera del vesánico furor que acucia a las turbas de los atacantes. Parece que presienten que faltan pocos días—tal vez horas—para pasar de asaltantes a asaltados y ver su línea desarticulada y rota.

Aumenta el calor, el incendio de las mieses maduras, que cogen en un círculo de fuego y humo a los hombres de la 30.ª compañía. Hasta los acemileros empuñan las armas. Reciben orden del comandante de retirarse ordenadamente; pero el ayudante vuelve con la siguiente respuesta que le ha dado un cabo:

«Tengo varios heridos en la posición. Me quedan veinte hombres, y todos estamos dispuestos a morir, y, a pesar del fuego, defenderemos la posición.»

El comandante responde. emocionado: «Mantengan la posición.»

El cabo Rial, alcanzado por varias balas, grita desaforado:

—¡Me muero, me muero!... ¡Pobre madre mía, qué hará sin mí!...

—Animo, le dice un compañero; aquí está el Pater, que te va a dar la absolución.

Unas palabras del Pater, pegado al suelo...

—Sí, me arrepiento; ¡pido perdón!

—*«Ego te absolvo a peccatis tuis...»*

Casi a la caída de la tarde, de aquella tarde inflamada, que sería la última de combates tan desiguales y atroces.

LAS LOMAS DE SESEÑA

FUÉ como costumbre de los rojos el contraatacar las posiciones que no habían sido capaces de defender. Esto se repitió en los pueblos de la carretera extremeña y en la de La Coruña; pero en el sector de Seseña, al sur de la capital, revistieron una intensidad inusitada. Duraron semanas y meses. Aquí estrenó Largo Caballero sus flamantes tanques, y allí surgió la elemental caza de los mismos mediante botellas de líquido inflamable. Uno de los lances más pintorescos y heroicos de nuestra guerra civil.

La carretera de Andalucía, que desciende el escalón de la meseta por la llamada Cuesta de la Reina, dejando a un lado el pueblo citado y cruzando su estación, es la frontera de los dos paisajes. Allá, la vega espléndida de Aranjuez, a los dos lados del Tajo; y a esta parte, las lomas yermas y descarnadas donde se ensaña el sol.

Estamos en octubre del 37, y todavía esperan los rojos cortar esta carretera para aislar el flanco derecho de los nacionales, establecer contacto con las provincias del Sur y tal vez reconquistar a Toledo.

Sobre los Tiradores del Rif y legionarios de la Novena Bandera cae un chaparrón de balas, y bien dirigidas, pues abundan en esta trinchera roja los guardias de Asalto y carabineros.

En las inmediaciones de Casa Colorada el tiroteo es tan infernal, que no se puede pensar en recoger heridos. Cada intento de evacuación costaría dos bajas más.

—¿A dónde va ese hombre?—grita de pronto un comandante al ver a uno que salta fuera.

—A cumplir con mi deber—le responde; y material-

mente pegándose al suelo, llega hasta el primer herido. Lo superpone con gran trabajo sobre la espalda y reptando, con el bulto encima, regresa a la trinchera. El hombre aquél vuelve a salir. Es el capellán de la Novena Bandera, Padre Hermenegildo Val, que repite la lenta y penosa operación. Las manos y la cara se le lijan en la aspereza del pedregal. Cada metro es un triunfo. Parada breve para respirar, y otro esfuerzo hasta poner al infeliz caído en manos del médico militar.

Cuando se acaba la luz tiene que interrumpir el trabajo; pero ha evacuado a unos veinte. El comandante lo admira. «Les parece que soy invulnerable», dice el Pater, que en realidad no tiene más heridas que los rasguños producidos por los espinos.

En el parte del día se le cita como muy distinguido, y el teniente coronel jefe de la Primera Brigada de la 12.ª División elevó una súplica a favor del Pater solicitando para él la Laureada; pero se le contestó que no habiendo sido muerto ni herido no estaba incluído en el Reglamento de la Orden de San Fernando.

En realidad, tampoco el Pater quiso poner muchos medios para conseguir tal recompensa, sabiendo que, como decía el Padre Doyle, su nombre estaba consignado en los Cuarteles Generales de allá arriba.

El Padre Val consiguió un notable ascendiente con los jefes que tuvo que tratar, hasta el punto de que impidió la destrucción del Colegio-Noviciado de Aranjuez cuando ya estaban las baterías listas para el bombardeo.

Con los soldados sabía mantener una comunicación alegre y ágil de camarada; pero sin renunciar nunca a la superioridad que le concedían su estrella de seis puntas y, sobre todo, su sacerdocio.

«Al Padre Val—decían—se le quiere, se le teme y se le respeta.» Prueba de ello es el testimonio que de él nos ha dado el comandante jefe, don Julio de la Torre, y que aquí transcribimos:

> «Por lo que a mí respecta, tengo que confesar que he notado grandemente la influencia espiritual del Padre Val, pues sin jactancia puedo decir que en conducta pública y moral mi Bandera puede parangonarse con la unidad más perfecta. Pues bien; ello se debe, en su mayor parte, al Padre Val.

Una de las cosas que a mí más me han sorprendido, que el 99 por 100 de los legionarios han hecho cumplimiento pascual ¿Cómo habrá podido conseguir el Padre Val este grandioso triunfo?

Y para no hacer más larga esta carta, quiero terminarla diciendo que la despedida de nuestro querido Pater ha sido lo más emocionante que en mi vida he visto. Todos los legionarios, llorando; unos le abrazaban, otros le besaban las manos, el crucifijo; muchos se arrodillaban y le besaban los pies y la sotana. En fin, que todos lloramos, porque es tanto el dolor que su marcha nos ha producido, que aunque han pasado los días y su puesto ha sido ocupado por otro virtuoso capellán, su vacío se nota, y echamos mucho de menos a nuestro buen Padre Val, que para nosotros ha sido un Padre, un hermano, el verdadero director espiritual que insensiblemente, con amor y perdonándonos, nos llevaba por el camino que conduce a Dios» (Dirigida al Padre Provincial, 14-VI-39).

DEHESAS DE EXTREMADURA

MIENTRAS la lucha se estaciona trágicamente en el frente de Madrid y se remata victoriosamente la ofensiva del Norte, no carecen de interés estos frentes del Sur, que forman como la retaguardia de Varela y Yagüe. Pero la situación de las líneas es completamente diversa. No hay esa demarcación angulosa y precisa del sector madrileño, sino grandes espacios cubiertos de encinares, donde el enemigo aparece cuando menos se espera. Está siempre cerca: es un enemigo fantasma. Y para vigilarlo, montan la guardia en las dehesas patrullas de caballería. La falta de operaciones hace que se olviden hasta de que están en guerra.

> «Más aún—escribe el Padre Pérez Gil, capellán de la Caballería de Taxdirt—: hay días en que parecemos amigos. Hace pocas semanas se cambiaron mutuamente periódicos y a un soldado nuestro le dieron un canasto de brevas.»

El capitán Bulnes salió a una descubierta, seguido de algunos, muy pocos, caballeros. Separado por el río Guadiana, tuvo un rato de charla con un comunista. Al poco tiempo pudo conversar con ellos sin barrera de ninguna clase. Porque al llegar a unos calvijares del monte se encontró con unos hombres estrafalariamente vestidos.

Bulnes se acercó, receloso, con cuatro soldados.

—¿Quiénes son esos hombres? ¿De dónde vienen?—preguntó al que parecía jefe de la tribu.

Le contestaron a gritos:

—¡Somos el primer escuadrón de Extremadura!

—... y tal vez que no tengan segundo—comentó el Padre en voz baja

Averiguado que no eran amigos, el capitán Bulnes, el capellán y los hombres se retiraron prudentemente a toda la velocidad que les permitían los remos de sus corceles... No fué tanta como para evitar que cayera sobre sus espaldas una granizada de perdigones. «Así que—concluye el Páter—aunque regalen brevas, «*sed equo ne credite, teucri*».

El Padre consagró los escuadrones al Sagrado Corazón de Jesús en una fiesta. La imagen la tenían puesta en la cumbre de una choza, junto a una guitarra, una bota de vino y un montón de fusiles y de metralla. Además, les dió una serie de quince sermones a uno solo de los escuadrones, y en la parroquia de Santa Amalia tuvo conferencias.

El 25 de agosto se animaron las orillas del Guadiana con una afluencia inusitada de tropas: dos Banderas del Tercio, dos Tabores de Regulares y cinco escuadrones de Caballería, con su capellán ya conocido; se disponían a dar un golpe de mano. De madrugada dijo el Páter la Misa, con notable asistencia.

> «El pensamiento de la muerte es un gran resorte para acercar la gente a Dios, y tal vez el principal, casi único, de estos tiempos de tan crudo sensualismo y tan crasa ignorancia y tan profunda confusión en ideas religiosas.»

Al romper del alba empezaron a tronar los cañones y las armas automáticas, y el fuego se extendió rápidamente por las orillas del río. La acción duró muy poco. El Padre no podía menos de contemplar con orgullo la fiereza de sus hijos en el combate.

> «Taxdirt no vuelve la espalda—escribe— Taxdirt siempre adelante. En pleno fragor de la lucha, al soldado marxista que enarbolaba la bandera roja se la arrebató de las manos.
>
> El combate siguió cada vez más enardecido, y nuestros bravos jinetes se apoderaron de la posición enemiga, co-

giendo en ella más de 200 prisioneros con sus armamentos y municiones.»

En un contraataque rojo a base de artillería, dice el Padre que conoció lo que era la guerra. Descubrieron los artilleros los pelotones de caballería y tiraron sobre ellos con encarnizamiento.

«... aquello era un diluvio de proyectiles y un derroche contra nosotros. Tienen una puntería fantástica y tiraban no sólo a grupos de soldados, sino también a individuos.»

Hubo que dispersarse por los encinares, pero aun asi tuvieron 500 bajas desde Granja a Peñarroya; de ellas, 20 muertos. Los de Taxdirt perdieron 40 hermosos caballos:

«Yo perdí el mío—nos dice el capellán-jinete—después de un buen costalazo en el suelo. Un moro llamado Bullas, a quien en parte le debo la vida, me cogió de la mano medio arrastrando.»

«No es de extrañar que el capellán cayera del caballo cuando aún los hijos de Mahoma y los hijos de Pelayo le sirvieron de ejemplo.

Pero es cierto que a los soldados animó el ver a su capellán entre ellos. Varios proyectiles explotaron a unos 25 metros de distancia de mí, y milagrosamente me libré y nunca rogué a Dios con más fe, mediante la señal de la cruz e invocación de San Francisco Javier, del que llevaba en mi mano una reliquia para que me librara y nos librara de la muerte. Mi pluma no puede describir aquel trance horrible.»

En febrero del 38 reanudaron las operaciones los nacionales. Había que ensanchar la zona de contacto entre el Norte y el Sur, asegurar la retaguardia al centro y acercarse a las minas de Almadén y Puertollano. Los bosques tenían otro aspecto. Envueltos en niebla, los árboles parecían fantasmas. A las doce de la noche, Misa. A las seis, cada uno a su puesto, a esperar que rompa el sol la niebla. A eso de las once aparecieron nítidos los campos y se encontraron en plena llanura, muy cerca de las trincheras rojas. Comenzó el tiroteo, con muchos heri-

dos, pero se conquistaron las posiciones y se cogieron tres carros. Aquel día se habían ganado 20 kilómetros en profundidad con 35 de anchura.

«En estas operaciones hay que dormir y comer de cualquier manera. Dos noches he dormido en un pajar entre los soldados, y más de una vez mi comida sólo ha sido pan e higos» (10-II-38).

Por la actuación del Páter en ésta y otras jornadas, se leyó el 14 de marzo ante la tropa formada la siguiente orden del día:

«Artículo único. Por todo el personal de esta Agrupación es conocida la obra realizada por el reverendo Padre Antonio Pérez Gil en las operaciones llevadas a cabo en el sector de Granja de Torrehermosa y Campillo de Llerena, durante las cuales, y en horas avanzadas de la noche, confesó en el cortijo de «La Laguna» a los jefes y oficiales y a más de un centenar de soldados de Caballería y de otras armas... Los días 1 y 2 de febrero permaneció en el puesto de socorro en el cortijo «La Raña», atendiendo espiritualmente a los heridos, tanto nacionales como los abandonados por los rojos.»

El Padre Pérez Gil, que ha sido misionero rural, formado en la escuela del benemérito Padre Gonzaga Navarro, aplicó en los campamentos los métodos populares, clásicos de esas misiones. Atribuía todos los éxitos apostólicos a la confianza que tenía puesta en el Corazón de Jesús, y lo expresaba con una comparación de la Escritura que no se salía del ambiente hípico que respiraba:

«Todos valemos mucho puestos en las manos de Dios, pues si Sansón mató 10.000 filisteos con la quijada de un burro, ¿cuántos no se podrán matar con un burro entero? *Tamquam jumentum ego coram Te*—ait David—*et ergo semper Tecum*».

La fecha de Santiago Apóstol, Patrón de España y de la Caballería, marca en la historia de la Cruzada etapas

de trascendencia. Un 25 de julio asaltó un Tabor de Regulares el cementerio de Brunete, considerado por el general Varela como piedra angular del dispositivo rojo. Al año justo, de madrugada, comenzó la famosa batalla del Ebro, que duraría más de cien días, y en esa misma fecha se cerraba la gran bolsa de La Serena, una de las operaciones más ágiles y brillantes del Generalísimo. Fué el resultado de una serie de maniobras realizadas hábilmente en dilatados espacios, y que incorporaba a la España de Franco una supercie feracísima de 2.000 kilómetros cuadrados, con 23 pueblos y una población de 400.000 almas. Dentro del gigantesco cerco se rebullían considerables núcleos de milicianos, que regaban el campo de bagaje y material bélico; vanamente querían desembocar en zona roja rompiendo el dique de hierro que los represaba. Para ese 25 del 38 los prisioneros pasaban de los cinco millares.

El Tercio «Virgen de los Reyes», donde se encuentra de capellán el Padre Jesús González Bueno, se quedó encuadrado en la reserva. Le hubiera tocado cerrar la bolsa por Campanario, pero el escaso número de bajas de otras divisiones hizo innecesaria su intervención.

Se libraban entonces las duras batallas de Aragón, y el Caudillo sólo permitía las operaciones en estos frentes de Extremadura, a condición de hallar débil resistencia o escasa densidad de tropas enemigas.

Con este permiso condicionado, el 9 de agosto estaban dispuestos a partir, y los muchachos querían estar bien preparados. El Pater estuvo confesando mientras que las fuerzas descabezaban las tres horas de sueño concedidas. Era consolador para él el contemplar a la luz de la luna, aquí y allá, los grupos de aquellos que esperaban turno para recibir la absolución. El jefe de la brigada y el comandante del 7.° de Lepanto pidieron que les despertaran a ellos para lo mismo.

La Misa se celebró en el silencio de la media noche.

Con orden de no hablar, de no fumar ni hacer el menor ruido, avanzaron resueltos en despliegue, guardando la distancia de siete u ocho metros e iluminados todavía al principio por el resplandor solemne de la luna llena. En dos kilómetros no encontraron enemigo. Algo después de salir el sol sonaron los primeros tiros junto a los restos de una casa abandonada.

El capellán tuvo que entretenerse unos momentos con

los heridos; primero, con los rojos, y después con uno de los propios, que quería saltar de la camilla

—¡Las ganas que tenía yo de verle, Padre!—decía, queriéndole casi abrazar.

> «Venía el pobrecillo con un pulmón atravesado. Le confesé y di la Extremaución, y le puse un escapulario, preguntándole si quería mucho a Dios y a la Virgen.
>
> —¡Que si yo quiero a Dios y a Virgen!...—exclamó con rotunda aseveración.
>
> Al querer seguir, no sabía por dónde andaba mi gente Me oriento por la dirección de los tiros. Cuando lo quiero advertir estoy en el cruce de dos máquinas enemigas, que me obligan a coserme a tierra buscando el abrigo de unas vetas de pizarra, que apenas asoman a la superficie. Despido uno o dos heridos más sin importancia, y al poco rato comienzan a actuar nuestros morteros mientras unos escuadrones de caballería mora galopan al compás de sus gritos o aullidos de combate, amenazando cortar la retirada»

A eso de las cuatro habían dejado atrás más de 20 kilómetros, bajo un sol de fuego. Allí donde el accidente más señalado es un matojo de tomillo, había que buscar la sombra de los trípodes de las ametralladoras, cubiertas con alguna tela.

En las primeras horas de la noche avanzaron un par de kilómetros, para amanecer el 12 encima del enemigo.

A las cuatro dijo la Misa el Páter, con los faroles escondidos y alumbrado disimuladamente con una linterna. En ella dió la comunión a unos pocos que se lo habían pedido, y no fueron más porque no se habían enterado. Escribía un oficial al Padre González Bueno, terminada la guerra, que para muchos aquella Misa y Comunión en la penumbra del anteamanecer de un día especialmente histórico, era el recuerdo tal vez más hondo que conservaban de la campaña.

Al clarear el día ya estaban andando hacia el bloque montuoso de Zarza-Capilla, objetivo tentador, pero temerario. Los rojos les dejaban subir, parapetados en sus magníficas posiciones y convencidos de la superioridad de sus efectivos; y cuando los tuvieron a tiro de piedra casi, abrieron contra ellos una tormenta horrible de máquinas y fusilería. En pocos minutos quedaron fuera de combate

los cuatro oficiales de la 2.ª compañía, e igualmente el sustituto, al momento de tomar el mando. Los heridos de tropa se multiplicaban en proporción. Afortunadamente había quedado por allí una mala casuca a cuyo amparo pudieron colocarlos. No olvidará fácilmente el Pater a un muchacho robusto que llevaba el pantalón materialmente empapado en sangre de la cintura a los zapatos, y que marchaba por su propio pie.

—Padre—decía otro, al que el capellán buscaba porque sabía que tenía un tiro en el vientre—, no se preocupe, que esto no es nada...

Muchos amigos del Padre estaban allí tendidos: casi todos los cabos de la 1.ª compañía, los catequistas auxiliares...

> «¡Cuántas veces me emocioné aquella noche oyendo repetir las jaculatorias que había enseñado, con la idea puesta precisamente en posibles trances como el presente! «¡Dios mío, yo te amo con toda mi alma! ¡Dios mío, a mí me pesa de todo corazón de haberte ofendido!», les había yo repetido y les había hecho repetir a coro muchas veces las semanas anteriores. El mismo día de la ruptura del frente lo habíamos hecho, pasando yo por todas las compañías formadas detrás de la sierra Mesegara, cuando los cañones habían ya iniciado la preparación artillera.»

El día 13 de agosto fué de descanso, gracias a los numerosos y fresquísimos pozos abiertos a los pies de la sierra; pero para el Páter fué de disgusto, pues fué el único día en que se quedó sin decir Misa, por no haber llegado el coche con los ornamentos.

Al día siguiente, bien oscuro todavía, avisan que se ha recibido orden de salir con el sol. Zarza-Capilla es un gracioso pueblecito recostado entre barrancos y torrenteras, limitando los alcornocales de aquella parte de la sierra. No podría albergar arriba de 2.000 almas.

Con los últimos rayos del sol entrarán las tropas. Apenas si hay hombres. Aparecen bastantes mujeres, viejos y niños, y cuando se enteran de que aquel militar bajito, pero activo y emprendedor, es un sacerdote lo buscan y lo acosan; casi lo estrujan. El día de San Joaquín les releva un batallón de Infantería, y quedan libres otra

vez para ir en busca del enemigo. A las doce, comida, y empiezan a moverse. No había recorrido 200 metros, cuando los rojos, que acechan, rompen un fuego nutridísimo. Es imposible dar un paso sin que el silbido amenazador de las balas rodee y ciña el cuerpo. Pronto viene a reforzar el fuego de fusilería y máquina, la Artillería de tanques, el 7,5, el 10,5 y el 12,40. Las granadas caen a puñados sobre la tierra, sobre el pueblo, sobre la llanura, en una extensión de seis o siete kilómetros.

El Páter está instalado en el lomo de la cañada, con objeto de dominar el terreno y atender más rápidamente a los heridos. Por lo mismo, tampoco pierde de vista el botiquín, situado a unos 300 metros de su observatorio, en una especie de cueva natural. De pronto explota entre los acemileros una potente granada del 12,40 ruso. Deja tendidos hombres y animales. Baja corriendo el Padre, y a los pocos minutos regresa a su emplazamiento. Sobre los campos retostados han dejado las granadas incendiarias manchones de fuego y humo. En esto revienta un proyectil a unos 30 metros del capellán, sobre una cancha de piedras, y un trozo de metralla se dispara a su mano izquierda.

Confiesa haber recibido una sensación muy dolorosa, y por esto mismo creía que no debía de estar herido; pero el fragmento maligno le había roto los huesecillos de esa mano. Le quedaba la derecha para dar Extremaunciones, que aquel 16 de agosto fueron muy numerosas Afortunadamente, estaba muy cerca el practicante de una compañía, que le ajustó los dedos con una tablilla. Una inyección antihemorrágica y otra que debía de ser antitetánica, completaron la primera cura.

El capellán considera como una debilidad suya el haberse dejado evacuar; pero fué una providencia de Dios, no solamente por el apostolado que le esperaba en el hospital de la Cruz Roja de Sevilla, sino también por el primer encuentro que tuvo en el puesto de clasificación.

Está a punto de arrancar una ambulancia, cuando un oficial dice al capellán herido:

—Ahí va un jesuíta del 4.° de Cádiz; tiene un tiro en el vientre y está grave.

Se trataba del querido Hermano Pedro Liaño. Tenía veintiún años. Fué un magnífico auxiliar de su capellán, y aun hizo sus veces en el campo, dando a besar a los moribundos su crucifijo de Votos.

«DESARMADO Y CAUTIVO»

Entramos en la última etapa de la guerra civil. El centro de gravedad se va trasladando hacia el Este de la Península, donde se libra la gran batalla de Aragón, o «Batalla de Franco», de la que saldrá el ejército rojo «desarmado y cautivo».

El desplazamiento de la atención había comenzado con la malograda ofensiva de los marxistas contra Belchite, que en vano quiso impedir la entrada de los nacionales en Santander. El ingente esfuerzo enemigo por acercarse a Zaragoza atrajo a este frente a los Flechas Azules y Negras, que operaban en sectores de Extremadura. Su capellán era el Padre Ramón Molina, uno de los jesuítas que han rondado más frentes en año y medio de infatigable campaña. En todos desplegó su mismo inmenso celo como misionero, catequista, conferencista y párroco eventual. Los soldados todavía lo recuerdan como si conservaran el regusto de sus pitillos. Amigo, padre y protector de los soldados; pero «cuando predicaba—le decían ellos al Padre Lucas, capellán de Caballería por las mismas tierras—hacía llorar». Porque era un hombre de una pieza, encendido por un ideal, «nacido para reclutador y guía de Falanges renovadoras de la Patria», como dijo de él otro compañero.

Después de santificar a Lora del Río y Peñaflor (Sevilla), Llerena, Granja de Torrehermosa y Azuaga (Badajoz), fué destinado a dirigir una Congregación Mariana de Granada; pero por poco tiempo. Los jefes militares demândaban sacerdotes para sus huestes, y el Padre Molina se fué como capellán de la Brigada de Flechas que hemos dejado acampada en las riberas del Ebro.

Los Flechas Azules fueron felicitados nominalmente por el Caudillo después de su actuación en el sector de Zuera. Por ellos pudieron reaccionar las fuerzas zaragozanas situadas en Villamayor—20 kilómetros escasos de la capital— y arrojar al adversario fuera del territorio que en ofensiva reciente habían invadido. Así, volvieron a sus manos el ferrocarril y la carretera de Huesca, y expiraba por entonces toda actividad bélica en el norte de la ciudad de Zaragoza.

El capellán, que nos describe con sencillez encantadora esta importante maniobra, en la que él se agregaba a la unidad «que iba a llevar el peso de la acción», refiere cómo la noche precedente «se confesaron todos los oficiales españoles, algún italiano y varios soldados», y cómo «antes de comenzar el avance, todavía reunido el Batallón, les dió la bendición, con un entusiasta ¡viva España!».

Se preocupaba seriamente por la formación de sus hombres, no contentándose con una confesión la víspera de la batalla.

> «Aquí me tiene junto a Zaragoza—dice en una de las pocas referencias suyas que conservamos del año 38—, dedicado intensamente a los círculos de estudio con los soldados, pues mi grupo de jóvenes ha crecido extraordinariamente. Son seis pequeños grupos, con cada uno de los cuales hay que trabajar.»
>
> «Tengo un grupo de unos 60 enteramente en mis manos. Responden admirablemente. Cada día estoy más contento y cada vez los quiero más.»

El 9 de marzo las tropas del generalísimo han arrollado el frente al sur del Ebro por cuatro sectores diversos. Los Flechas Azules han avanzado entre las tropas legionarias con empuje irresistible. Este cuerpo de ejército ha salvado en menos de seis días los 90 kilómetros que median entre Rudilla y Alcañiz. El Padre Molina, en su última carta, refleja la euforia y el laconismo de los partes de guerra:

> «Estoy muy bien, cerca de Alcañiz. Todo felizmente, triunfalmente, gracias a Dios. ¡Viva España! ¡Vivan sus soldados! Hemos andado seis días a campo traviesa.»

El texto, redactado a lápiz, está fechado el 15 de marzo, en el pueblo de Andorra. El 16, por la mañana, organiza una manifestación cívico-religiosa para celebrar la entrada del ejército libertador, y la remata con una conmovedora alocución de circunstancias, de esas que «hacen llorar». Sería el último acto público que organizara. Ese mismo día, a la caída del sol, aparece misteriosamente herido en la carretera de Alcañiz a Teruel, con una brecha en la sien izquierda. Muchas conjeturas se han hecho acerca de su muerte. Lo cierto es que fué una pérdida dolorosísima para la Compañía de Jesús y para España.

El Padre Ramón Molina estaba preparado como muy pocos para esos años de reconstrucción de la postguerra, en la que tanto se necesitan hombres de espíritu y de tesón. Intelectual apasionado, organizador genial y arrastrado siempre por sus altos ensueños, había desbordado en sus años de estudio el esquema de una vida ordinaria. Temas desarrollados en clase, ampliaciones personales, artículos o notas de revistas, experiencias y organizaciones apostólicas de toda especie, fueron a encuadrarse, como soldados listos para la batalla, en las filas interminables de su fichero. Se lanzó a estudiar con una candorosa audacia las grandes iniciativas extranjeras y principalmente belgas, para resolver los problemas de formación social y religiosa. Le arrebataba particularmente la Juventud Obrera Católica del canónigo Cardijn, en plena granazón insuperable; pero Dios le cortó en la mitad de su curso, por uno de esos designios inescrutables y dolorosos para los que quedamos en este lado de acá. El mismo Señor Supremo, que ya había convocado a su adorable presencia al Padre Juan de la Cruz Martínez, al Padre Marticorena y al Padre Fernando de Huidobro, jesuítas jóvenes, pletóricos de esperanzas y también de realidades. El capellán de los Flechas era el último de los cuatro teólogos de Marneffe que acudieron a la Patria al oír las voces del Alzamiento, y consumaron en breve el sacrificio de su vida exuberante para que no faltara la eterna a sus hermanos.

Sería imperdonable hablar de las operaciones de los frentes aragoneses sin tributar un cálido recuerdo al Padre Manuel da Silva Ferreira, capellán de la Legión Portuguesa, o de *los Viriatos*. De todas las fuerzas integradas

por voluntarios del extranjero, fueron éstas, sin duda, las que sufrieron proporcionalmente mayor número de bajas. Desde el instante de su constitución se distinguieron los bravos lusos por su entusiasmo en la Cruzada de la nación hermana. Y en este entusiasmo y en este aliento, trascendido de espíritu sobrenaural, influyó no poco el aludido capellán de la Legión extranjera.

Exacto y puntual, en su diario nos ha dejado esta nota relativa al 1 de junio de 1938:

> «Visita a la 15.ª Bandera, que se encontraba en la posición llamada «Piedras de Aol», en el sector de Tremp. y al NE. de Realp, y en donde se cubrieron de gloria todos los que la formaban, habiendo rechazado en siete días 38 ataques del enemigo, al que causaron millares de bajas. Tuvo la Bandera 450 bajas de sólo 800 hombres, contándose en este número 15 oficiales de los 18 que la formaban. De los oficiales portugueses apenas hubo uno que no recibiera el bautismo de sangre.»

Durante todo este mes no paró en el mismo sitio el Padre Ferreira. Atendió a las compañías de obuses del 10,5, en Soterraña, donde estaban los tenientes Bragança y Albaruga, y a las 8,8 antiáreas, «*terror da aviação inimiga*». Recorrió la Catorce Bandera y la Diecisiete, e hizo frecuentes y fructuosas visitas al hospital de Zaragoza. donde yacían muchos compatriotas suyos.

Para facilitar la instrucción de su gente, compuso un famoso *Catecismo do Legionario*, que se extendió ampliamente entre los voluntarios de Portugal.

La batalla del Ebro, comenzada en la noche del 24 al 25 de julio, como hemos dicho, es clásica en la historia, no sólo de la guerra de España, sino también de las grandes batallas. Como en Brunete, Belchite y Teruel, la iniciativa partió del mando rojo, para pasar, después de varias alternativas, al mando nacional; pero esta vez desharía definitivamente la máquina guerrera de los marxistas.

El Padre David Fernández tomó parte en las operaciones de la Séptima Bandera, que se destacó en la derecha de Corbera (Tarragona). Cuando la unidad fué relevada, se retiró con ella a un vivac, cerca de Gandesa.

El 30 de agosto acababa de organizarse un nuevo cuerpo de ejército, denominado el «Maestrazgo», bajo el mando del general García Valiño, y en el que fué capellán el Padre Florentino del Valle. Entró en acción cuando la batalla se encontraba en el período típico de desgaste. El enemigo presentaba una gran moral de resistencia, favorecida por las condiciones especiales del terreno y la angustia del desenlace; pero Franco perseveraba en las orillas del histórico río, triturando con frialdad y sistema las últimas grandes masas del ejército rojo, mientras la nación se desesperaba ante aquella aparente estabilidad de la gran batalla. Todo estaba previsto y preparado. En cuanto la resistencia roja aflojó, por no decir que cesó del todo, el avance nacional se disparó desde la curva del Ebro, recto y seguro, hacia Barcelona.

El 3 de septiembre se había roto el frente por Gandesa, donde dijo su primera Misa el Padre Florentino, con fondo lúgubre de cañonazos. Pero el avance no era seguro mientras la sierra de Caballs quedara de flanco y detrás. Caballs era un estupendo observatorio. El 30 de octubre fué su conquista. La Séptima Bandera iba a la cabeza de la agrupación. Ocupó las estribaciones y la cota 638, donde los heridos dieron harto trabajo al Padre David.

Además de la masa legionaria, se concentró en esta zona la acción artillera más importante de toda la guerra por parte de los nacionales: 175 piezas entre los calibres 75 y 240 arrojaron metralla sin descanso sobre las guaridas de los rojos que huían despavoridos por los montes. Fuertes bombardeos aéreos con frecuentes «pasadas» impresionantes de «pavas», y su buena escolta de cazas, completaron la labor destructora.

No había un solo día en que los cuerpos de ejército del Maestrazgo y Marroquí, no registraron dos o tres reacciones violentísimas de las mismas unidades que acababan de abandonar las posiciones avanzadas. Pero todos sentían la impresión alegre y aliviadora de que aquello tocaba a su fin.

Barcelona cayó el 26 de enero, sin gloria; como un fenómeno natural, esperado. Las tropas no se dieron descanso y continuaron la maniobra fulminante. Ya no era propiamente una batalla, sino un paseo militar hasta la frontera de Francia. El Maestrazgo se puso en marcha hasta Vich por la carretera manresana.

«... Aquí entramos el 1 de febrero—escribe el Padre Gómez Acebo—. Desde una ventana presencié como desde un palco la lucha; el retumbar de la artillería gruesa, los zigzags de la cadena, los depósitos de gasolina—penachos de endriago—, la masa negra de piedras y humo de las casas que vuelan, las trazadoras de la ametralladora antiaéreas bordando el monte, donde tercos se agarran los rojillos; los legionarios, que despliegan valientes a las órdenes del teniente manco, y la carrera final para llegar con luz a posesionarse de la ciudad, que parece dormida a las cinco, y que a las 5,30, con todo su entusiasmo tradicionalista, se echa a la calle a vitorear a los soldados y entonar, como me lo decían abrazándome y llorando los sacerdotes ocultos, el «*Nunc dimittis*»...»

Eran impresionantes las largas caravanas de prisioneros que, conducidas por escasos centinelas, marchaban hacia los campos de concentración. Este sólo espectáculo daba una idea del desastre rojo, acentuado en los meses de febrero y marzo del 39. Miles y miles de cautivos por las carreteras, con armamento modernísimo extranjero, apenas sin estrenar.

En esos campos se les sometía a un régimen de vigilancia y reeducación con la esperanza de reincorporarlos un día a la vida social. La siembra en gran escala de ideas disolventes en sus almas rudas, había producido verdaderos estragos. Después de sacarles la ficha clasificadora se les encuadraba en los Batallones de Trabajadores, donde se prolongaba esta labor, que podríamos llamar de desinfección en el orden político y religioso. Los campos de prisioneros y las cárceles creaban problemas delicados después de una guerra civil tan larga. Entre La Granjuela, Valsequillo y Los Blázquez había más de 21.000 hombres concentrados. El Mando superior tenía otro campo proyectado en Cerro Muriano para más de 15.000 ex combatientes rojos.

No puede negarse en esta labor de reconquista de las almas un puesto de responsabilidad a los capellanes, por ser los que estaban más capacitados para influir en ellas. El Padre José Luis Díez fué tal vez el primer sembrador en este hermoso latifundio del apostolado. Y nadie tan indicado como él, por su dinamismo y por sus apitudes y preparación, para trabajar con hombres en el terreno social cristiano.

Destinado al batallón 130, tuvo que hacer prodigios de dinamismo para alcanzarlo todo. Una de sus compañías se encontraba en Peñarroya; otra, cerca de Espiel; las otras dos, por las proximidades de las sierras Megara y Monterrubio. El centro estaba en el primero de los citados pueblos. Pero el Padre Díez no sólo miraba por sus cuatro compañías, sino que era el capellán nato de todos los núcleos que carecían de él, y auxiliar espontáneo de los mismos, que ya lo poseían. Con una cartera bajo el brazo, devoraba kilómetros de cualquier vereducha o asaltaba coches y camiones en medio de la carretera. Los chóferes lo llamaban «el Páter del control».

Desde mediados de abril del Año de la Victoria fué él quien tuvo que pedir ayuda para las confesiones. En una semana presentaba preparados, con seis u ocho conferencias como mínimo, dos o tres grupos de doscientos hombres por lo menos. De ellos se acercaban a los Sacramentos un buen 70 por 100. Los éxitos de este capellán de trabajadores se debían, en buena parte, a sus métodos de apostolado, eficaces y estimulantes. Como el de la cédula que mandó imprimir, donde iban señalando las lecciones que se aprendían, y cuando estaba el programa completo se presentaban a examen. La ansiedad ingenua por llenar pronto aquel papel, movió a algunos de esos hombrachones a estarse estudiando hasta horas avanzadas de la noche con una mala bujía.

Las instrucciones del Padre José Luis no eran monólogos largos, como a veces sucede, sino clases amenas de Religión, con un dialogismo continuo entre el profesor y los discípulos. Dramatizaba las confesiones, representando él mismo el papel de penitente. Explotó mucho las condiciones artísticas de algunos individuos del batallón, para pintar carteles, que después se colocaban en las esquinas más frecuentadas, con dibujos y letreros de orientación religiosa; y para organizar un coro que aprendió un variado repertorio de himnos patrióticos y sagrados. Fué uno de los mayores aciertos el convertir en apóstoles a sus muchos catequizados, haciendo que ellos mismos reclutaran a las tropas infantiles en los pueblos más devastados espiritual que materialmente, y enseñándoles, por grupos pequeños, la doctrina cristiana.

EL MANTO DE LAS ESTRELLAS

Se cierra la Cruzada Nacional con el desfile magno por la Castellana, en el que tuvieron que tomar parte muchos de los capellanes que hemos visto en el frente, encuadrados en sus respectivas unidades. Cada uno había cultivado la parcela que le asignaron para que los luchadores hallaran «en el trance supremo de la muerte la cercanía de Dios», como escribió nuestro Padre Huidobro.

Si tenemos en cuenta la frase de este mismo de que la «labor del buen capellán militar no está tanto en acudir a última hora a los soldados heridos, cosa a veces imposible, pues muchos mueren de repente, como en *tenerlos bien preparados para esa hora*», encontraremos un apostolado eficacísimo y universal en el realizado por el Padre Justo Ponce de León en la Academia de Alféreces Provisionales de Granada.

¡Los alféreces provisionales! Ellos representan lo más puro y noble de esa juventud exaltada que en una tarde abrasadora de julio se echó a la calle enloquecida de amor a España. En la antología poética de nuestra guerra habrá siempre un capítulo dedicado a los heroicos alféreces improvisados.

Su creación fué impuesta por el aumento de la masa movilizada, al tiempo que los cuadros de la oficialidad se veían mermados por días; y por la estrategia y táctica de Franco, que exigía el máximo de elasticidad en los servicios del Estado Mayor. Academias de este tipo hubo varias en España pertenecientes a todas las Armas, y en conjunto formaron 50.000 oficiales.

La de Granada, de Infantería, fué organizada por el

general Orgaz el 20 de mayo de 1937, en la casa de los jesuítas de Cartuja (1).

El Padre Ponce de León, militar y gaditano, que había renunciado a una estrella por seguir a Jesucristo en su Compañía, fué llamado desde uno de los frentes de Extremadura para desempeñar el oficio de profesor y director espiritual de los caballeros cadetes. Ahora su acción evangelizadora no se circunscribiría a un sector o grupo determinado, sino que, por medio de las veinte promociones que pasaron por sus aulas, o su cuarto, con un total aproximado de 6.000 jóvenes, pudo irradiar hasta los últimos rincones de España adonde llegara la guerra. Su tarea se multiplicó tantas veces cuantos fueron los dirigidos que partieron a los frentes de combate. Esto lo vió claro el pro-vicario general castrense, Mons. Modrego, cuando a 21 de mayo de 1938 escribia al Padre Ponce:

> «Dios ha bendecido sus trabajos y le ha dado el inmenso consuelo de contemplar el fruto espiritual obtenido inmediatamente en los oficiales y mediante ellos en los soldados que luchan en las trincheras.»

De la Academia de Ingenieros de San Sebastián pidieron normas al director espiritual granadino para formar íntegramente a los oficiales.

Nos viene a la memoria sin querer el recuerdo de aquel jesuíta llamado Antonio Eximeno y Pujades, al que en 1763 encargaron la prefectura de estudios de la recién fundada Academia de Artillería. Se dijo del Padre Eximeno que se había dejado colgada su sotana de los muros del Alcázar segoviano, y que allí seguía todavía; porque supo infundir en el cuerpo un espíritu de compañerismo inquebrantable, calcado en las Constituciones de su Orden; una cohesión tan firme, tan de acero, que algún día habría de mellarse en ellos la espada fuerte de la Dictadura.

En el Padre Justo también se revelaron dos naturalezas fundidas en la persona única del jesuíta: la del capitán de Infantería que explicaba a los alumnos de la

(1) Otras Academias de alféceres provisionales de Infantería hubo en los siguientes sitios: Avila, Pamplona, Riffien y Fuentecaliente.

Academia «Régimen interior al detall y contabilidad» y «Fortificación de campaña», y la del sacerdote que, revestido de los ornamentos sacros, les decía la Misa por la mañana. Pero aún entonces, como ellos mismos decían, «se le asomaban los tubos por debajo de la sotana».

Antes de partir al frente, los alféreces bajaban desfilando hasta la basílica de Nuestra Señora de las Angustias, Patrona de la ciudad, y allí se consagraban al Sagrado Corazón de Jesús con una fórmula especial que cerraban estas palabras:

> «... y por último, Señor, si en esta guerra que por Ti sostenemos quisieras elegir a alguno de nosotros como víctima que con su sangre comprase la paz y la prosperidad de nuestra España, ampáralo, Señor, con el manto bendito de tu Madre y únelo para siempre en dulce abrazo a tu Sagrado Corazón.»

A muchos eligió el Señor, al que acababan de consagrarse. Casi un 10 por 100 de ellos cayeron en primera línea cumpliendo con su deber; y alguien pensó en aquellos días dolorosos y decisivos del Ebro, que sus nombres no deberían perderse, sino conservarse para perpetuo estímulo de los que luchaban y de aquellos que habrían de recoger el fruto del sacrificio, reconstruyendo a la Patria. Y entonces surgió la idea poética y luminosa de reunir sus nombres y sus estrellas en un manto de terciopelo negro que se pondría a la Virgen de las Angustias. La idea se realizó. El 22 de septiembre de 1940, cuando ya se debatía el mundo en otra nueva y espantosa catástrofe bélica, se consagraba a la Virgen de la ciudad granadina el manto negro de las 537 estrellas.

Este manto de los alféreces parece el mejor compendio de la Cruzada religiosa. Al verlo, diríase que nos asomábamos a esas noches de Teruel transidas de miedo y frío, o a la angustia nocturna del frente madrileño ante la espera de la voladura, o los desvelos trágicos de Belchite, o a esas madrugadas maravillosas de octubre sobre la curva del Ebro.

Varios de los capellanes de la guerra civil española se ofrecieron espontáneamente para asistir a los volun-

tarios de la División Azul. Sus servicios no fueron aceptados; pero uno de los que se ofrecieron, el Padre José Caballero, fué comisionado por el Gobierno para acompañar a los 248 repatriados de dicha División que arribaron a Barcelona en marzo de 1954.

Las Provincias jesuíticas de España contribuyeron a la Cruzada Nacional con los siguientes capellanes:

PROVINCIA DE ANDALUCIA

P. José María Medina.	Artillería.
P. Francisco Javier Lucas.	Caballería.
P. Antonio Ciganda.	Infantería.
P. Ignacio Gallego.	Infantería.
P. Francisco J. Uriarte.	Infantería.
P. Adolfo Valor.	Infantería.
P. Ramón Molina.	Flechas Negras y Azules.
P. Francisco Burgos.	Requetés de Granada.
P. Nicolás Campos.	Requetés de Jerez.
P. Bernabé Copado.	Requetés de Sevilla.
P. Jesús Glez. Bueno.	Requetés de Sevilla.
P. José Cubero.	
P. Jesús María Granero.	Requetés de Jerez.
P. José María Marcelo.	Requetés de la 122 División.
P. Francisco Sánchez.	Requetés de Córdoba.
P. Antonio de Aldama.	Hospital de Sevilla.
P. José Luis Díez.	Campos de prisioneros.
P. Justo Ponce de León.	Academia de Alféreces Provisionales (Granada).
P. Manuel Aguilar.	Marina. «Vicente Puchol».
P. Pedro Castro.	Marina. «C. del Castillo».
P. José Gumucio.	Marina. «Roger de Lauria».
P. Antonio A. de la Lastra.	

PROVINCIA DE ARAGON

P. Pedro J. Blanco.	Brigada del Aire (Grupos 2G3 y 3G3.
P. Miguel Barquero.	Brigada del Aire García Morato.
P. Francisco Javier Murell.	Aviación.
P. Mario Sauras,	Aviación.
P. Miguel Baro.	Artillería pesada, 5.ª batería del 3.º Regimiento.
P. Joaquín M.ª Vendrell.	Artillería ligera, 3.ª brigada de Navarra.
P. Ginés Muñoz.	Artillería antitanque.
P. Tomás López Monerris.	Submarinos (Base de Sóller).
P. Vicente Segarra.	Marina.
D. Facundo Giménez.	
P. Vicente Ignacio Villalonga.	

PROVINCIA DE CASTILLA

P. Angel Marticorena.	Tercio de San Ignacio (Requetés).
P. Luis Latasa.	Requetés.
P. Gregorio Ortiz de Zárate.	Columna Sagardía (Falangistas).
P. Enrique Ascunce.	Columna G.ª Escámez (Requetés).
P. Fernando Arellano.	Artillería.
P. Juan María Esteban.	Hospital de Oña.
P. Ugarte de Ercilla.	Hospital de Oña
P. Luis Ciarán.	Hospital de Oña.
P. Luciano Ascunce.	Marina «Ciudad de Valencia».
P. Francisco Aguirreola.	Campos de concentración.
P. José Aranguren.	
P. Gonzalo Palacios.	
P. Alvaro Echarri.	

PROVINCIA DE LEON

P. Rafael del Castillo.	Batallón Carlos Miralles.
P. Florentino del Valle.	Bllón. 184 de Argel.
P. Cipriano Cavero.	Bllón. 184 y Tercio «El Alcázar».
P. José Ignacio Prieto.	Bllón. Cruces Negras.
P. Segundo Rdez. del Busto.	Bllón. Cruces Negras.
P. Luis Penagos.	Bllón. de Trabajadores 136.
P. Valentín Rodríguez.	Bllón. Cruces Negras.
P. Cipriano Rodríguez.	Brig. de Caballería, 1 Reg.
P. Eugenio Fdez. Almuzara.	Brig. de Caballería, 1 Reg.
P. Sisinio Nevares.	1.ª Bandera de Castilla, 12 Div.
P. Lucio Francés.	Bandera de Palencia, F. E. T.
P. Juan A. G.ª Castañón.	2.ª Bandera F. E. T. de Pontevedra.
P. Juan Lamamié de Clairac.	Tercio de Navarra, 4.ª comp.
P. Francisco Gómez.	4.ª comp. Sanidad de Montaña. 5.ª División de Navarra.
P. Antonio Vilariño.	Campo de concentración de Candás.
P. Manuel Hornedo.	Campo de concentración La Guardia.
P. Enrique Pérez.	Campo de concentración La Guardia.
P. J. Román Lozano.	Sanatorio de «Gredos», Arenas de San Pedro (Avila).
P. Pablo Pardo.	Cerro de los Angeles y frente de Usera y El Basurero.
P. Ricardo Viejo.	Frente de Segovia.
P. Claudio García Herrero.	Falange Gallega. Frente de Huesca.
P. Juan Alonso.	F. E. T. de Santiago.
P. Francisco del Olmo.	Requetés (Burgos).
P. Luis Herrera	Buque Escuela «Galatea».
P. David Fdez. Nogueras	Crucero «Canarias».

PROVINCIA DE TOLEDO

P. Ignacio G.ª Martín.	1.ª Bandera de la Legión.
P. Fernando de Huidobro.	4.ª Bandera de la Legión.
P. Ramón Allendesalazar.	6.ª Bandera de la Legión.
P. Manuel Marín Triana.	7.ª Bandera de la Legión.
P. Antonio Echeverría.	7.ª Bandera de la Legión.
P. Pedro M.ª Ilundain.	8.ª Bandera de la Legión.
P. Hermenegildo Val.	9.ª Bandera de la Legión.
P. José Caballero.	10.ª Bandera de la Legión.
P. David Fernández.	Suplente de la 1.ª, 6.ª y 7.ª Band. de la Leg.
P. José L. Gómez Acebo.	Suplente de la 7.ª Band. de la Leg.
P. Pablo Soler.	Suplente de la 8.ª Band. de la Leg.
P. Fernando Delgado.	Suplente de la 7.ª y 10.ª Band. de la Leg.
P. Gumersindo Azcárate.	Batallón de Esquiadores.
P. Juan de la Cruz Mnez.	Regs. de la Victoria y San Quintín.
P. Domingo Mnez. Gálvez.	Infantería.
P. Antonio Mnez. Tornero.	Reg. de San Quintín.
P. Joaquín Meseguer.	Cazadores del Serrallo.
P. Maximino Pérez Gil.	Falangistas.
P. Antonio Pérez Gil.	Caballería de Taxdirt.
P. José Panizo.	Artillería. Grupo de obuses.
P. José Ridruejo.	Reg. de Valladolid.
P. Carlos Sáez.	Aviación.
P. Ramón Sánchez.	Tercio del Alcázar (Requetés).
P. José M.ª Marín.	Hospital Militar (Talavera).

RECOMPENSAS PRINCIPALES

P. Caballero.	Medalla Militar, Sufrimientos por la Patria, Cruz de Guerra y Cruz Roja de Campaña. Propuesto dos veces para la Laureada.
P. G.ª Martínez.	Medalla de Sufrimientos por la Patria.
P. Ilundáin.	Medalla de Sufrimientos por la Patria.
P. Nevares.	Medalla Militar. Laureada de la División Navarra.
P. Val.	Medalla Militar. Propuesto para capitán asimilado y la Cruz Laureada de San Fernando.
P. Huidobro.	Propuesto para varias recompensas. («Boletín del Clero Castrense», n.º 2, pág. 50.)

Todos los que se hallaron en la Ciudad Universitaria desde su conquista hasta el 6 de diciembre de 1936 tienen la Laureada colectiva. Pasaron en este tiempo por aquel sector los Padres Allendesalazar, Caballero, García Martínez, Ilundáin, Messeguer y Val.

Todos los que se hallaron en el Guadarrama del 22 de julio al 6 de agosto de 1936 tienen la Medalla Militar colectiva.

VII. - SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
(1939 - 1945)

CAPELLANES FRANCESES

LA «LINEA MAGINOT»

La línea Maginot debe de ser una de las siete maravillas del mundo militar. Está constituída por una serie de fortalezas que, escalonándose y adaptándose debidamente al terreno, vigila todos los accesos a la nación colindante. Sus extremos se apoyan en dos países neutrales, inofensivos, Luxemburgo y Suiza, y en su interior se cruza una serie innumerable de pasillos y subterráneos, incrustados en la masa de cemento. Se comunican por escaleras y ascensores eléctricos y estaciones telefónicas. Sistemas de ventilación y alumbrado le dan el ambiente de una ciudad.

En Francia parece que al principio se renuncia a la guerra activa, pues se procede a la movilización parcial, licenciando a un cierto número de soldados casados, según las condiciones de edad y número de hijos.

Es el período que se denomina la «drôle de guerre», en la que religiosos, sacerdotes y militantes católicos van a jugar un papel importante.

Había que combatir el ocio de frente estabilizado, que fácilmente degenera en molicie e inmoralidad. Círculos de estudio, asambleas, publicaciones, hogares y bibliotecas llenarán estos grandes espacios de la inacción. Los ochocientos jesuítas movilizados de la Asistencia de Francia se encontraron con ancho campo para el avance en las almas. Se mezclaron con todos los grados, desde simple soldado hasta comandante, y en todas las armas, desde Infantería hasta la Intendencia, pasando por Avia-

ción, Artillería, Ingeniería, Carros y Sanidad. Este despliegue de fuerzas los puso en contacto con una serie de sectores sociales que de otra manera hubieran caído fuera de su alcance.

Así tomó contacto un jesuíta con los «durs», como se llamaba en lenguaje obrero a los socialistas, comunistas y sindicalistas, alejados de la Madre Iglesia. El Padre se invitó a sí mismo; llevaba algunos víveres y no reclamaba nada más que un puesto en la tertulia. Fué recibido correctamente por el equipo de mecánicos, unos 15 muchachos casi todos de París. Al principio lo miraban con desconfianza; pero pronto los vinos, los dulces y la charla amena crearon en torno un ambiente de cordialidad. Se siguieron las bromas y los cantos..., pero la conversación no encajaba en ningún tema serio, hasta que el jesuíta creyó llegado el momento de dar un golpe de audacia.

—Excusadme, amigos, si yo no introduzco a mi vez mi cancioncilla; pero, ¿no podría haceros una pregunta razonable? Estimaré mucho vuestro consejo...

—Sin duda, señor capellán.

—Decidme: ¿cómo pensáis vosotros reconstruir a Francia en esta hora?...

El proyectil dió de lleno y rompió la atmósfera aquélla, sobrecargada de humo y banalidades.

—Será preciso emprender la lucha contra el patrono y el burgués, que nos han arrastrado a esta guerra—contestó uno de ellos, y en seguida comenzó a descargar casos y más casos de injusticia social.

El Padre le cortó:

—Bien, concedido; yo podría añadir otros; pero eso no es ir al fondo del problema. Todas esas injusticias deben de tener una raíz común de donde arranquen, una causa original y universal que alcance lo mismo al burgués que al obrero, al alemán que al francés...

Un momento de expectación hasta que el Padre deja caer la palabra.

—¡El egoísmo! He aquí la causa de nuestros males El cáncer de nuestros hogares, nuestras ciudades y ciudadanos. ¿Y el remedio? Será su contrario, o sea la caridad fraterna, y éste es el auténtico cristianismo.

—Bien, bien; pero no los cristianos, ni los curas—objetó uno de aquellos duros.

—Sí; quizá entre nosotros hay algunos infieles...; pero no se trata de nosotros, sino del cristianismo, que es algo

más grande, y del cristianismo del Evangelio. No sea que nos parezca muy bueno para corregir al prójimo y menos bueno para practicarlo. Supongamos que nosotros falláramos en un 80 por 100, ¿no fallaréis vosotros por lo menos en un 20 por 100? ¿Habrá aquí alguno que esté sin bautizar?... Sois cristianos, pero cristianos flojos, que han huído cobardemente de la refriega y quieren encubrirse criticando a los jefes, que son los sacerdotes... Podéis tener razón, pero bien sabéis que la deserción de unos pocos individuos puede producir un desastre en un ejército cuando su tenacidad, aun a riesgo de la vida, hubiera podido salvarlo. ¿Reprocháis a los cristianos porque no son fieles a su misión?..., ¡pues vosotros sois los primeros que habéis desertado de sus filas!...

—Estoy de acuerdo, señor capellán; aprecio su religión; pero no sé a qué hablar tanto de cristianismo, como si no hubiera otras fórmulas conciliatorias...

Ante la proposición atrevida de aquel mancebo de veinticinco años, estuvo tentado el Padre de cambiar de tono; pero era preferible conservar el ambiente de cordialidad

—Pues ahora empieza mi posición: este amor de hermanos hubo alguien que vino a anunciarlo un día, una vez, por primera vez..., hace ya veinte siglos; ¿tú no has celebrado nunca la fiesta de Navidad? Jesucristo es quien nos ha traído la verdadera caridad fraterna, la única que en este momento puede salvar a Francia y al mundo.

Con motivo de la preparación pascual, que aquel año cayó muy pronto, se han recibido cuatro partes de guerra:

1) Se trataba de cuatro compañías muy diferentes. por el reclutamiento y la educación espiritual. Una de ellas fuertemente agitada por un militante comunista de vanguardia. Se reunió a los fieles en una habitación, y no en la iglesia, y se dió a la asamblea una forma muy peligrosa: consistía en un intercambio de ideas, en una discusión, que daba al comunista ocasiones de intervenir. Sólo que una vez no supo responder a una dificultad propuesta por el jesuíta, y quedó bastante desprestigiado.

De las cuatro compañías, 27 comuniones

2) Hubo una gran dificultad en congregarlos. La primera tarde asistieron cinco personas, de las cuales una era el comandante. En lugar de instrucción, se hizo una oración por los que faltaban. Se examinaron las causas del fracaso y se cambió la hora; al día siguiente, el capellán en persona visitó a los hombres, y por la tarde llegó a reunir unos treinta. Las Comuniones del domingo no pasaron de 15.

3) Una compañía más homogénea desde el punto de vista de la recluta; para empezar asistieron 40. El domingo hubo 35 Comuniones. El espíritu parece que retorna. La religión aparece, por lo menos, como alzo razonable, y aun con un principio interno de simpatía.

4) En un acantonamiento ante la línea Maginot:
Reclutamiento muy variado: Infantería, carros, aeróstatas, medio muy trabajado por sacerdotes y, sobre todo, por militantes laicos. El tercer día había 600. Y un contingente numeroso de indiferentes y hombres «nuevos». El domingo de Pascua fué un poco más consolador.

Los capellanes sacaron estas conclusiones.
El medio más difícil es el de los oficiales, pero de ninguna manera debe ser abandonado, sino trabajar en él activamente, pues en la tropa sucede lo que en la industria: la moral de las clases depende de los directores.
El medio más fácil es el de los suboficiales, y el más consolador el de los hombres (*Cahiers d'action religeuse et sociale*, 142, 15 abril 1940, 5 ss.).

«BLITZKRIEG»

PARECÍA una pesadilla, pero era una realidad tremenda. Los stukas caían como arcángeles de fuego, incendiando ciudades y arrasando aldeas; los lanzallamas, los «panzer», que despachurraban los viñedos dulces de la Champaña; los cañones de tiro rápido y unidades agilísimas de Infantería que operaban con exactitud matemática. Y nubes de paracaidistas que nublaban el cielo de aquella trágica primavera. La ofensiva alemana había cruzado como un rayo por el mapa de Europa, dislocando las fronteras y dando al traste con seis naciones en tres meses.

Varios de nuestros capellanes participaron en la expedición a Noruega; otros vivieron las emociones inolvidables de mayo y junio; pero no muchos las sobrevivieron.

> «¡Qué de kilómetros en barca, coche y, sobre todo, a pie! Mi Regimiento, que avanzó hasta Holanda, cubrió por escalones la retirada. Por un momento soñamos con una ofensiva conjugada entre las tropas envueltas y las divisiones del Somme. Estábamos preparados, pero ¡cuántas esperanzas frustradas!... Resulta que nuestra misión era la de cubrir a las tropas que se reembarcaban en Dunquerque. Nos encontramos sobre las dunas en una extraña mezcolanza, en la que soldados de todas las armas y tres países esperaban el momento de la travesía. Pero, ¡ay!, ¡demasiado tarde! No nos quedaba sino esperar estoicamente la llegada de los alemanes. Algunos días después se ponía en marcha nuestro convoy, pero no hacia la dulce, querida Patria, sino hacia el Este, hacia las selvas del Rin, el país de la niebla, donde la Germania se nos abría como una inmensa prisión.

Caminábamos a manera de hordas, vigilados por unos pocos centinelas del Reich. Los belgas nos aliviaron el hambre y la miseria en ruta, y así llegamos al Escalda, rojizo y crecido, que atravesamos en «chalands», esos barcos chatos para la descarga, sin agua, sin víveres, bajo un sol de justicia...»

A fin de junio había más de 220 jesuítas prisioneros, y fué laborioso el localizarlos, pues los ejércitos refluían desordenadamente hacia el Sur. Una veintena logró evadirse, aprovechando la confusión de los primeros días. Desde Alemania fué más difícil: algunos llegaron con trajes extraños y extenuados de fatiga, y también algo más prosaicamente, pero no sin emoción, con los papeles en regla y en un vagón del ferrocarril.

De momento se internó la masa de prisioneros en un campo cualquiera, sin instalaciones apenas: se acostaban sobre el césped, que amanecía cubierto de rocío; se alimentaban con hojas de los árboles, con yerbas o con agua de arroz sin sal, y con frecuencia sin pan. Supieron lo que era hambre. Si querían comprar algo, les costaba, una botella de cerveza 35 fennigs (1); 20 fennigs, cinco tomates. Estos eran los precios del Stalag III, situado cerca de Berlín (2); en el Oflag VA el vino alemán se vendía a 40 francos la botella.

La potencia organizadora de los alemanes y los recursos acumulados en la rápida victoria les permitió mejorar cada día la situación de sus prisioneros. Un comandante del Oflag VA, refiere un capellán, que dijo, dirigiéndose a los hombres que le eran confiados: «Sé que la suerte de los prisioneros es bastante triste y no haré nada para agravarla. Os pido simplemente que obedezcáis a la disciplina del campo.»

Y el campo se fué humanizando a ritmo acelerado. Pronto se alojaron los cautivos en grandes barracas de madera, y a veces de ladrillo y enlucidas. Diariamente se les repartía una provisión de leña y carbón para la estufa instalada en el centro. A fin de que durara el fuego lo más posible, se le alimentaba con bolas de papel mojado y prensado. Alrededor se situaban las literas, en

(1) El «fennig» valía 0,20 francos.
(2) «Stalag» es un campo de soldados prisioneros; si es de oficiales se llama «Oflag».



El primer domingo en Guam.—A la sombra de un tractor anfibio, que volcó al chocar con una mina de tierra en la cabeza de puente de Guam, el Capellán celebra la Santa Misa para los Marinos y el personal sanitario. El enorme crustáceo de acero sirvió para proteger un puesto de socorro en las horas difíciles del desembarco. (Archivo fotográfico del "JESUIT MISSIONS".)



El P. Carlos Suver, jesuíta de la provincia oregoniense, diciendo la Misa en el volcán Suribachi (Iwo Jima), poco después de haber sido clavada la bandera en la cima.—El escenario es tan fuerte como el Calvario que evoca; pero con una diferencia: aquí los hombres no han huído y son ellos los que acompañan a Cristo

Alrededor del Gran Inmolado, cuyo sacrificio da valor y sentido a nuestros sacrificios, se agrupan los heroicos combatientes en vísperas de derramar su sangre por la paz del mundo. (Archivo fotográfico del J. M.)

dos o tres pisos, y en aquella rústica vivienda se congregaban seis, ocho, doce, y aun, en ciertos stalags, hasta 500 hombres.

«Vida común cien por cien—leemos en una carta—. Esto tiene algo de departamento de ferrocarril o de restaurante económico...»

Un grupo de jesuítas consiguió constituirse en comunidad casi regular, con Superior y ministro. Por lo general, no se contentaron éstos con perseverar en sus formas de piedad, sino que sirvieron a los compañeros de la barraca de estímulo y ejemplo.

> «Unos somos para los otros, para arrastrar la cristiandad hacia Cristo con todas las consecuencias del heroísmo y, sobre todo, del amor, que se despliega de diferentes maneras, según las vocaciones individuales. Más que nunca, como todos mis hermanos de allá abajo y de aquí, soy feliz. Cristo es bueno. El Cristo al que yo quiero más intensamente que nunca.»

Si creemos un artículo del *Koelnische Zeitung* (30-11-40), los prisioneros de guerra franceses, belgas e ingleses suministraron a la economía alemana un millón de trabajadores. Un campo que albergaba al principio del verano 58.000 prisioneros, no tenía más que 6.000 el 15 de septiembre. Los restantes estaban ocupados en las faenas agrícolas, fábricas, minas, tiendas, almacenes y depósitos. Los convenios internacionales prohiben el empleo de los prisioneros en trabajos que sean directamente para la guerra.

Los religiosos se vieron sometidos a una serie de probaciones que tal vez no había previsto San Ignacio en las Constituciones. Transcribimos fragmentos de su correspondencia:

> «22 de octubre.—El oficio de carbonero es un noble oficio, que tiene sus lados duros, pero que vale la tejeduría de las tiendas de San Pablo.»

> «... he pasado un mes en una granja con los polacos. Después de ocho días, a consecuencia de un choque bastante violento, he cambiado al granjero por un jardinero; después, por un hortelano. Ahora estoy acantonado aquí;

pico piedras en compañía de un equipo de 30 bretones. Necesitaría volúmenes para escribir mis aventuras, unas veces trágicas, pero también, otras, muy cómicas.»

«Ahora estoy metido en una fábrica con máquinas. Los obreros alemanes, muy corteses, me enseñan a hablar su lengua.»

«En perfecto estado de salud, a pesar o a causa de un trabajo de doce horas por día»—escribe un intelectual.

Pero en las fundiciones, ingenios de azúcar, industrias textiles, restaurantes u oficinas, la jornada es casi siempre de ocho horas.

El trabajo es, además, remunerado: Diez marcos por mes a los que están en los campos; 21, en las fábricas (1). El contratista debe asegurar a aquellos que hace trabajar, aunque para los cuidados de la salud y tratamientos médicos dependan del «Stalag».

Una tercera parte de los prisioneros jesuítas eran oficiales y mostraron tal seriedad en el trabajo, que los alemanes comenzaron a repatriarlos; pero algunos permanecieron por su libre elección en Alemania, para no privar de su ayuda a sus compatriotas.

Fué notable en muchos campos de prisioneros, pero sobre todo en los Oflags, la actividad intelectual desarrollada. En parte, como reacción a una serie de circunstancias propicias, al rebajamiento. La contribución de los capellanes prisioneros en este alzamiento de la cultura fué notabilísima y casi indispensable. En un Fronstalag (así se llamaban los campos de prisioneros situados en Francia), se lanzó una semana social sobre el tema «La Francia del mañana», que fué un éxito. Habló un joven diplomático de Quai d'Orsay, un general, un economista y algunos oficiales, y tuvieron que repetir cuatro veces sus conferencias para satisfacer la curiosidad de aquellos que no cabían en la barraca. Hubo una semana de pedagogía que agrupó un millar de padres de familia. Se decidió entonces la creación de una universidad permanente con cursos de alemán, inglés, matemáticas, contabilidad, agricultura, electricidad, religión, filosofía y economía políti-

---

(1) A los «desoeuvres» se atribuía en un «stalag» cinco marcos al mes, para que al menos pudieran procurarse lo indispensable

ca. Con aportaciones de la Cruz Roja y de particulares se llegó a formar una biblioteca.

En un campo se dieron cuatro cursos de religión, con una concurrencia considerable. Un oficial religioso no vaciló en dar a sus compañeros un retiro formal con un espléndido resultado.

Un correo de enlace ciclostilado y preparado por L'Action Populaire de Vanves (Sena), mantenía la unión de los prisioneros entre sí y de éstos con la Patria. Era muy frecuente y exacto en sus noticias. Reproducía cartas, insertaba relatos, lanzaba iniciativas, o las recogía, sobre el apostolado militar. Después del armisticio del 22 de junio hizo todos los esfuerzos imaginables para localizar a los Padres y Hermanos prisioneros.

En este ambiente de reflexión impuesto por la desgracia, y de fomento de la cultura, no es extraño que el nivel religioso también se elevara sensiblemente. Esto se ve claro en las cartas de la segunda época:

> «El apostolado alcanza plenitud. El hecho de tener una capillita nos ayuda mucho. La Eucaristía transforma el campo. Se ora sin cesar.»
>
> «Vivimos, en verdad, una época y una experiencia privilegiadas.»
>
> «En nuestro campo, la vida religiosa e intelectual florecen continuamente. Esta mañana, segundo bautismo de adultos. En todos hay ardor de neófitos.»
>
> «Aquí, los seis mil oficiales forman un verdadero monasterio El Padre es como un prior. Los ojos de todos se han abierto a la luz. «*Christus vincit, Christus regnat!*»

Los movilizados de la Asistencia de Francia se distribuyeron de la siguiente manera, según las «Nouvelles de Chez Nous»:

Champaña, 240; París, 213; Lyon, 216 (110 sacerdotes, nueve capellanes); Tolosa, 112 (46 sacerdotes, 56 escolares y 10 coadjutores).

Murieron en campaña 25 jesuitas (ocho sacerdotes, catorce escolares y un novicio coadjutor.
Diecisiete murieron en los campos de concentración.
Por los bombardeos, seis.

Uno, fusilado por los alemanes, el Padre Yves de Montcheuil, profesor de Teología en el Instituto Católico de París, y redactor de *Etudes*. Fué aprisionado el 24 de julio de 1944, en la gruta de Luire, cerca de Rousset, en Vercons, donde se había instalado el hospital de sangre.

CAPELLANES ITALIANOS

LA MISA EN EL FONDO DEL MAR

HAY un almacén en la base atlántica, que es distinto de los demás. En vez de guardar hoscos cañones y pirámides de proyectiles, esconde 2.300 premios adquiridos por el capellán en la lotería navideña. La sala está bien adornada: es el bazar del Niño Jesús. Hay premios para todos y se reservarán para los que están de servicio o con licencia. Por la noche, juegos, concursos y música por radio.

El capellán es el Padre, el hermano, el amigo de los soldados, pero, sobre todo y siempre, el sacerdote: el hombre que tiene la virtud de alegrar santamente a las almas.

Los veía partir, tornar, volver a salir, y los esperaba sin moverse de la base, hasta que un día pensó: esto no debe ser así. Un Padre debe convivir con sus hijos y participar de sus penas y sobresaltos.

El capitán y la dotación le recibieron con los brazos abiertos. Se soltaron las amarras..., y el Padre Carlos Messori, rector del Colegio de Padua, se estuvo setenta días seguidos viviendo en el casco de un submarino.

Su primer pensamiento fué la organización de la capilla. Recordaba aquel salón espacioso de la base, que sirvió de cinematógrafo y paraninfo; pero he aquí que en el submarino, el espacio se cotiza muy alto y se escatima hasta el último centímetro cuadrado de superficie. De acuerdo con el comandante, tuvo pronto su miniatura de catedral: una capillita que no llegaba al metro cuadrado,

pero limpia, ordenada, emocionante... Y, sobre todo, el júbilo de pasear al Inmenso por los senos del mar.

Cuando el Padre genuflectaba en la Misa, el pie derecho se le salía fuera, y el joven que le servía debía sostenerse sobre el sagrario y desde allí responder y tocar la campanilla y levantar la orla de la casulla. Pero era la casa de Dios, y tal vez como no ha habido otra. La había colocado en la cámara de tiro, entre los extractores del gas que se expande durante el cargamento de las baterías. Con el depósito de agua dulce para las mismas, había hecho la mesa del altar, un altarcillo que era un encanto: con su piedra consagrada, sus tres manteles liturgicos, único espacio blanco entre la monotonía gris de la maquinaria.

Sólo le podría haber hecho competencia la capillita montada por el Padre Perico en la R. Nave Carnaro. No era tan diminuta, pero era también preciosa, «con sus paredes color marfil y su zócalo azul en forma de ondas, su altarcito maravillosamente esculpido a mano por uno de nuestros artistas: una obra de arte. Un magnífico crucifijo entre dos pequeñas banderas de combate, domina la parte central. Los candeleros son dos áncoras estilizadas de madera, que llevan cada una sobre los garfios dos velas». Sobre la traviesa principal que sostiene el cielo raso había escrito: «*Hic Domus Dei-Domus Pacis*».

El Padre Messori celebraba todos los días Misa en su templo de bolsillo. Bajo el pie del cáliz, para que no se le vuelque a los embates del mar, ha mandado poner kilo y medio de plomo. Y todos los días había alguien para oírla. Serían los marinos, que habían montado la guardia y se retiraban a descansar, o los que volvían al relevo. Los domingos eran más, y celebraba en las cámaras de popa o proa.

El capellán tenía que buscar entretenimiento para la gente joven. Una bibliotequita como la del Padre Perico podría ser un buen coeficiente de ocupación; pero el Padre Messori tuvo otro muy bueno y original: una linterna mágica. En el angosto mundo del submarino podía suplir al cinematógrafo honradamente.

El capellán se había provisto de una veintena de rollos: eran vistas fijas, pero él las animaba con sus explicaciones y cantos. Veinte programas, veinte éxitos: «La vida de Don Bosco», «Las visiones de Roma antigua y moderna», «La vida de San Francisco», el «Quo Vadis?»,

«La Divina Comedia», con las conocidísimas ilustraciones de Doms, desfilaron por la pantalla de juguete. Otras eran culturales, cómicas. El Padre imitaba las voces, hacía de «speaker» o cantaba fragmentos de canciones germanas. ¿Quién diría así que estábamos a cien metros bajo la superficie del agua?...

MEDALLA DE ORO AL VALOR MILITAR

El 17 de noviembre de 1947, los buques de guerra, empavesados como en los días grandes en que su Majestad visitaba la base, se alineaban en los muelles de Liorno Los muros se encendían con las banderas tricolores.

Y en la capilla de la Academia Naval, transformada en una cripta marina, aparecía aquel tapiz del Sagrado Corazón, sobre el cual tantos labios de moribundos habían impreso el último beso. Los desgarrones de la batalla lo hacían más bello.

A las 11, el Padre Lega celebró solemnemente la Misa. Estaban presentes las más altas autoridades. La segunda parte de la ceremonia se desarrolló en la gran plaza de la ciudad, a vista del mar Tirreno. Antes de que el ministro Cingolani colocase la Medalla sobre el pecho del Padre Lega, se procedió a la lectura del decreto, en el que en breves pero densos períodos, se motivaba la concesión:

> «Capellán militar de la fortaleza de una isla alejada de la patria y sometida a un terrible asedio y prolongado, que, superando incomodidades y peligros, empleó todas sus energías en la asistencia espiritual y religiosa de los militares de la guarnición...»

El trabajo duro que siempre supone la vida de campaña, se aumentaba en las islas del mar Egeo, por la dispersión de los destacamentos y la dificultad de las comunicaciones.

En la isla de Lero, el Padre Higinio Lega se multiplicó

utilizando todos los medios posibles de transporte. A sitios lejanos llegó en una gasolinera; caballero en un mulo; muchas veces en bicicleta; a pie, con la sotana blanca de polvo y el inseparable altar portátil.

Cuando un telegrafista interceptó la noticia del armisticio, el 8 de septiembre del 43, se vió a muchos marinos sollozar de rabia. El Padre Lega los comprendió. Los había visto sufrir valerosamente y sentía como ellos el peso y la vergüenza de la derrota. Pero había que obedecer y abrir un compás de espera. ¿Retornarían a la patria? ¿Vigilarían a su antiguo aliado, convertido de la noche a la mañana en peligroso enemigo? En realidad comenzaba entonces la batalla de Lero, y las incursiones de la RAF serían más suaves que los bombardeos que se preparaban.

Por algunos días aparecieron aviones del Reich aislados, seguidos en su vuelo por las bocas silenciosas de los antiaéreos; no se adivinaban sus intenciones.

La ofensiva alemana sobre el islote comenzó una semana después, cuando más despreocupados estaban. Un zumbido de motores les puso alerta: unos puntitos negros, lejanos, se fueron agrandando, hasta aparecer la silueta horrible de los «stukas», que en bandadas se echaban sobre Lero. En picado se tiraron sobre el cuartel de la base naval, que se redujo a unos cuantos muros desventrados. Un cazatorpedero inglés fué alcanzado. Del cazatorpedero griego «Princesa Olga» se levantó una columna pavorosa de llamas. La quilla se partió, herida, y oscureció el agua con grandes manchones de nafta ardiendo.

Y con la batalla de Lero comenzó la etapa más gloriosa del capellán.

En el espacio aproximado de un mes se contaron 140 bombardeos—unos cuatro diarios—, y cruzaron el cielo helénico de la isla 1.109 aparatos. Alguna vez se llegó a once ataques en veinticuatro horas, con 80 aviones en acción simultánea.

No pocos amigos del hospital aconsejaron al Padre que no se expusiera tanto, que permaneciera en Puerto Lago o se refugiara en las cuevas hasta que pasaran los aviones. Pero él hacía todo lo contrario. ¿No afrontaban sus marinos el ataque sobre los montes? El también tenía que hacer lo mismo: debía encontrarse en el mismo riesgo para ayudarles con su plegaria. Por eso un día en que to-

dos corrían hacia el refugio, se echó al campo, protegido por un simple casco. Creyeron que estaba loco. Y él comenzó su peregrinación heroica de batería en batería.

Aparecía de repente en un sitio; después no se sabía dónde estaba; parecía tener el presentimiento del lugar en que hacía más falta.

Viajaba solo porque al asistente le daban miedo las bombas. Un marinero le siguió algunas veces. Cada paso iba acompañado de una jaculatoria o caminaba desgranando rosarios.

Comenzó la jira por el P. L. 306, que era la más castigada. Les dejó un cuadro del Sagrado Corazón, para que los protegiera, y les recomendó el acto de dolor perfecto.

Al monte Patella llegó bajo el bombardeo, llevado en la motocicleta de un oficial. El cielo estaba nublado; los aviones aparecían de improviso y caían como rayos contra los emplazamientos. No había tiempo apenas para reaccionar.

En el monte Maravilla vió los primeros efectos de un bombardeo solemne. A Misa le ayudó el general inglés Britterhous.

Volviendo de Xero-Campo fué cogido por el bombardeo, y no tuvo casi tiempo de tirarse en una fosa para no ser despedazado por una bomba. Se acercaba a Arcángelo cuando fué de nuevo ametrallado y arrojado en tierra por una explosión. Se levantó, sacudió el polvo con naturalidad y siguió adelante. Se había persuadido de que era imposible querer andar y querer guardarse de las bombas.

Cuando lo veían acercarse los hombres a la batería se llenaban de alegría. Era como si hubiera llegado un ángel protector. A su lado no podía ocurrir nada. Si alguna vez debían cumplir una misión difícil, se encomendaban a sus oraciones. «Lo he visto correr bajo las bombas—escribe un oficial—para desenterrar a los muertos y darles la Extremaunción.»

Los días se hacían cada vez más duros. Era una guerra de nervios la que soportaban los defensores de Lero. Todas las noches tenían que restablecer las líneas telefónicas, rellenar embudos, reconstruir pasarelas. Se dormía junto a la pieza por turno.

El 15 de noviembre la victoria de los germanos parecía estar ya fatalmente decretada. Tres días antes habían desembarcado en dos puntos de la isla y lanzado una sección de paracaidistas. Las baterías de los italianos esta-

ban semidestruídas o faltas de munición. El Padre Lega estaba con ellos. Alguna vez lo veían retirarse. Se arrodillaba ante su pequeño crucifijo, puesto sobre una roca, y rezaba. Un oficial inglés llegó al puesto para anunciarles la rendición. Los supervivientes dejaron caer los brazos sin decir una palabra.

El Padre Lega se sentó entonces sobre un montón de piedras y se aflojó las pesadas botas militares: tenía los pies hinchados y ensangrentados.

Con la prisión cesaron los bombardeos, pero comenzó el calvario. El Padre Lega se esforzó lo indecible para levantar un poco los ánimos de aquellos corazones decaídos. Todas las mañanas aparecía por Puerto Lago con un gran saco de pan a las espaldas, donde metía todos los mendrugos duros y enmohecidos tirados por el campamento de los invasores y recorría la distancia hasta Xero-Campo. Dirá un oficial: «Para aquellos hombres la comida se había convertido casi en una alucinación, y cuando llegaba el Padre se convertían en bestias hambrientas.»

El Padre Lega asistió al embarco de prisioneros, y les dió desde tierra su bendición. A la partida de la segunda nave no pudo contenerse y pidió que le admitieran con ellos. Lo consiguió. La tarde del 5 de diciembre de 1943 se embarcaba en la R. N. Leopardi.

Durante el invierno el frío era intenso en el campo de trabajo de Reklinhausen. Este era el centro de cinco campos de trabajo y centro también de la miseria más impresionante. Por las rendijas de las barracas, mal construídas se colaba un viento traidor. Los enfermos, y entre éstos los tuberculosos, eran los que más sufrían. El Padre Lega les dió a todos sus vestidos de lana. Hasta que cayó en la cuenta de que su veste talar, la única vestidura que conservaba sobre su piel en el rigor del invierno, sería utilísima para sacar vendas. Entonces, por primera vez en toda la campaña, se quitó la sotana, sustituyéndola por un uniforme usado de militar. La caridad era la verdadera divisa de su rey, por la que tenían que distinguirlo. Lo demás era símbolo.

Los prisioneros, fantasmas de hombres pálidos y maci-

lentos, partían por la mañana en largas filas hacia las minas, y volvían por la tarde ennegrecidos de carbón, vacilantes por la debilidad y una tristeza profunda soterrada en el alma. Otros, en la buena estación, partían hambrientos, con las espuertas a las espaldas, hacia los campos de patatas, dispuestos a sufrir el suplicio de Tántalo.

> «El hambre y las persecuciones a que eran sometidos era algo inhumano. Uno de ellos murió apenas llegado a la enfermería, por desfallecimiento. Hombres de 80 kilogramos eran reducidos a 30,25 kilogramos. El trabajo era de ocho horas y aún más. No se podía volver sin haber cumplido el tiempo establecido. El rancho, de nabos y zanahorias cocidas en agua, escaso. La noche se pasaba en el «bunker», a causa de los bombardeos: muchos han muerto de lágrimas, de hambre y de rabia» (1).

Más de uno dice que se hubiera suicidado si no hubiera estado allí el Padre Lega. Prisionero entre los prisioneros, quiso probar todas las amarguras del cautiverio. Y descendió a las entrañas del carbón para trabajar en el ambiente mefítico de las galerías y volver a la tarde con el pecho dolorido y la cabeza pesada. Pasó largas horas encorvado sobre la tierra bajo la lluvia fría y persistente; trabajó como un autómata, sostenido solamente por la energía de su inmenso celo.

Su labor no era fácil. Tenía que ser el apóstol, es decir, el enviado de Dios a un mundo bajísimo de miserables. Tenía que devolver a aquellos hombres, más bajos moralmente que las minas de carbón, la confianza en la vida, la justicia y la virtud; sabía que, si consumidos por el hambre o la fatiga, caían sobre los instrumentos de su trabajo, serían arrojados como carroña en el seno de la tierra hostil; y había que devolverles la conciencia de la dignidad cristiana, de hijos de un mismo Padre que está en los cielos. Desde el primer momento en que el Padre Lega se vió envuelto por tanta desolación, comprendió lo delicado y sublime de su ministerio. Se imponía el sonreír continuamente, el cortar toda palabra depresiva..., pero es tan terrible tener que sonreír con la muerte delante de los ojos.

---

(1) I. Lega, *Relazione sugli avvenimenti de Lero*, f. 14.

Estaba un prisionero en un rincón de la barraca blasfemando de la Providencia, cuando el Padre Lega, viendo que no podía callarlo con buenas razones, cogió la escudilla que acababan de llenarle y se la puso delante, para taparle la boca y que no ofendiera a Dios.

No era la primera vez que el Padre cedía su ración de prisionero; pero no quería que se corriera. Como tampoco quiso que se supiera que un día se fingió dormido cuando un pobre diablo vino a robarle la ración de pan.

Lo cedía todo, aun lo indispensable para su propia vida, con tal de mantener en aquella muchedumbre de desgraciados, un rescoldo vivo de confianza en la misericordia de Dios; después se apretaba la cabeza con un pañuelo para calmar los dolores y se tendía, inmóvil, sobre la hamaca para no consumir las escasas fuerzas: por sus ojos insomnes y atormentados, comenzaban a desfilar, como en un «film» macabro, las largas filas de prisioneros... Centenares de hombres que caminaban tambaleándose de debilidad, desnudos, ennegrecidos, con los ojos inyectados en sangre y los labios hinchados.

Por el Concordato del 11 de febrero de 1929 entre la Santa Sede y el reino de Italia, los ordenados *in sacris* y religiosos ligados con votos están eximidos del servicio militar. En el caso de una convocación general, los sacerdotes desempeñarán el cargo de capellanes militares con el vestido eclesiástico. Los demás clérigos y religiosos se destinarán principalmente a servicios sanitarios .

Cuarenta sacerdotes jesuítas de la Asistencia de Italia figuraron con el título de capellanes militares.

Citamos a algunos de los cuales se ha ocupado Memorabilia, S. I.

Padre Pedro Leoni (Rom.).—Ordenado en rito bizantino-eslavo, estuvo con los soldados en Rusia, y extendió su celo hasta los mismos ortodoxos. La primera vez que celebró el Santo Sacrificio en el rito oriental acudieron muchos de aquéllos, conmovidos por las ceremonias. Trabajó mucho para disponerlos a la unión con la Sede romana.

Padre Alfonso Montabone (Taur.).—Cuando cesó la guerra de Grecia comenzó a tratar con el pueblo hasta aprender su lengua perfectamente. Ha llegado a escribir una gramática greco-italiana que fué muy alabada por las autoridades militares.

Padre Agripino Jaluna (Sic.).—En un hospital promovió la devoción a la Virgen con el título de «Patrona de la Sanidad Militar». Un soldado artista le pintó una imagen preciosa en la que aparecía la Señora bendiciendo y protegiendo a los soldados heridos. Le felicitó el ordinario militar, excelentísimo Angel Bartolomasi y concedió cien días de indulgencia a una oración compuesta por el mismo Padre para esa Virgen. El conocimiento de esta imagen se ha extendido por toda Italia mediante revistas y periódicos.

Padre Luis Apolloni (Rom.).—Director de la obra «C. Massaruti», para soldados. Capellán y profesor de religión en el Colegio Militar.

El Padre Fossati y el *Padre Lorenzi* perseveraron en los puestos avanzados del frente griego-albanés.

CAPELLANES ALEMANES

PERSEGUIDOS, BENDIJERON

EL 2 de febrero de 1945, cuando se iniciaba ya el grandioso derrumbamiento de la nación alemana, Himmler, el siniestro jefe de la Gestapo, condenaba al jesuíta Alfredo Delp, en Berlín, a morir ahorcado. La causa de la condena era ésta: «traición a la patria». Pocos días antes había escrito la víctima en su prisión:

> «Quiero caer en el surco como semilla fructífera, por todos vosotros y por este pueblo y país al que he querido servir y ayudar...»
>
> «... *que mi muerte os sea devuelta como semilla, bendición y ofrenda*» (16 de enero, 1945).

Después de algunos años de obligado silencio, la Prensa católica y protestante ha empezado a ocuparse del sacerdote mártir; pero los motivos de su condenación han sido siempre públicos por parte de las autoridades nazis. He aquí los principales:

«La Compañía de Jesús es un peligro, y el jesuíta, un vil.»

«Los miembros de la Compañía son fundamentalmente enemigos de Alemania.»

Interrogado el Padre Francisco Koller, socio de la Provincia austríaca, acerca de los servicios prestados durante la guerra por los Padres de su Provincia, respondió (Viena, 14 de julio de 1954):

«La reducida cura de almas que el nazismo toleró entre los soldados fué ejercida por algunos pocos capellanes del Ejército, para cuyo ministerio no fueron llamados nuestros Padres por la actitud ya conocida de este sistema para con nuestra Orden.

Nuestros Hermanos fueron convocados para la Sanidad o para servir con las armas; pero en el curso de la guerra muchos fueron despedidos del Ejército como indignos» (1).

A todas las acusaciones alegadas y a la repulsa inicua que recibieron los jesuítas por parte del Gobierno nazi respondemos sencillamente con estos datos que no son todos los que podrían aducirse:

> El 21 de mayo del 40 moría en Tournai (Bélgica) el jesuita *Alfonso Andritzki*, junto al Escalda. Un balazo le atravesó el cuello y la cabeza.
>
> El 5 de agosto del 41, el jesuita *Francisco Paletta* caía en el frente ruso. Acababa de vendar a un compañero y buscaba la manera de retirarlo, cuando un balazo en la cabeza le quitó instantáneamente la vida
>
> El 2 de septiembre, el jesuita *Bruno Faulde*, en el Dnjepr (Dnieper).
>
> El 4 de octubre, *Reinhold Blach*, en Potscheb.
>
> El 9 del mismo mes, *Francisco Javier Hubaleck*, junto a Leningrado. El Hermano *Schilling* fué uno de los que lo retiraron, y lo cuenta así: «Me encontraba unos pasos solamente alejado de Franz. Los proyectiles matraqueaban por todas partes. Entonces vi a Hubaleck que gritaba:

(1) La asistencia religiosa castrense en la nueva Alemania occidental ofrece un vigoroso contraste con la de la antigua «Wehrmacht». Antes había un sacerdote católico y un pastor protestante por cada división de 15.000 hombres. Ahora habrá un capellán por cada 1.500. Este. que podrá ser religioso, pues, a pesar de la generosidad de los Prelados, la escasez de sacerdotes es muy aguda, tendrá coche personal, un ayudante, despacho propio y una sala de conferencias en cada acuartelamiento, que podrá fácilmente transformarse en capilla. Cada soldado recibirá un libro de cantos religiosos y oraciones, especialmente adaptado a él por una Comisión litúrgica. Igualmente se proyecta la publicación de un semanario del Apostolado Castrense. El Ministerio de Defensa ha atribuído una gran importancia a la asistencia religiosa del nuevo ejército alemán. (*Sal Terrae*, 1956, XLIV, 10, 564.)



La Misa en tierra firme un día solemne de gala...



...y en el fondo del mar

"Desde el levante del sol hasta tu ocaso,
grande es Mi nombre entre los pueblos,
y en todo lugar ha de sacrificarse,
ha de ofrendarse a Mi nombre,
y ha de ser una oblación pura" (Mal. 1.11)

«¡Estoy herido!» El Hermano *Frenking* y yo saltamos hacia él rápidos, y pusimos al herido detrás del terraplén del ferrocarril. Dos trozos de metralla le habían abierto el bajo vientre. Solamente pudimos extender una gasa sobre las enormes heridas. Después de un cuarto de hora vino por fin un sanitario. Pero no había nada que hacer. Muy tranquilo y resignado, se despidió de nosotros, y nos dió los últimos saludos para sus padres. Después, su alma noble emprendió el vuelo sobre la lúgubre llanura rusa, bañada en la claridad de la luna. Sus últimas palabras fueron: «Muero por Cristo.»

El 13 de octubre del 41.—«En la conquista de Kalinin ha caído su hijo (*Carlos Matthieu*), a la cabeza de una columna de asalto contra una posición bien fortificada en las orillas del Volga»—escribía el capitán Eckard Adler al padre del jesuíta caído.

El 4 de enero del 42, *Kurt Richter*, en Cholm, junto a Lublín.

El 8 de enero, *Carlos Köhring* fué gravemente herido junto a Troitzkoje, cuando intentaba poner a los heridos en lugar seguro. Le alcanzaron tres balas: una le partió la mandíbula, otra le atravesó el vientre y la tercera en un muslo. Había merecido la Cruz de Hierro II en la campaña de Francia.

El 21 de febrero, *Esteban Salanczyk*, también en Rusia.

El 28 de junio, *Joaquín Borkert*, entre Nowgorod y Tschudowo, al norte del lago Ilmen. Había escrito en su diario: «El deber llama—Cristo llama.» Su tumba nos es desconocida.

Un año antes de que Delp sufriera en Berlín la ignominiosa condena, caía el jesuíta *Zimeleg* en Narwa (frente norte de Rusia).

Y en Jarkov, *Guillermo Knövich*.

El 26 de septiembre del 44, *Arturo Frank*.

El 27 de septiembre del 44, junto al Escalda, y por estallido de granada, *Alfonso Dürlich*.

Otoño del mismo año, *José Behrend*.

El 27 de abril del 45, el P. *José Dubuis* caía en Berlín bajo las balas de los rusos.

Muchos de éstos que cayeron en Rusia habían intervenido en las campañas de Bélgica, Holanda y Francia.

Como *Matías Neumann*, que fué mortalmente herido en Mogilew el 21 de julio de 1941 y tenía la Cruz de Hierro II.

En el campo de batalla belga había vendado a un camarada cuando una granada le aplastó contra el muro de

la trinchera. Uno lanzó un grito. Neumann acudió en su ayuda, sin reparar en que él también estaba herido. Repuesto, permaneció poco tiempo en la patria. Apareció en seguida con su compañía junto a Dijon. A comienzos de abril de 1941 fué enviado a Rusia. Se halló presente a la ruptura de la línea Stalin. Una granada le hirió en el brazo, muslo y espalda. El médico se admiraba de su resistencia ante el dolor. Sintiéndose morir, entregó a un compañero su cartera; dentro había una edición pequeña del Evangelio de San Juan. La cinta registradora se encontraba en el capítulo 11 de la Resurrección de Lázaro.

Un jefe de su compañía escribió de él: «Ningún trabajo le parecía excesivo; a pesar de su grave madurez, tenía siempre para todos los compañeros palabras de aliento en los momentos difíles. Yo he perdido en su hijo no solamente a uno de los mejores, sino también a un hombre, con el que estaba íntimamente unido, y con el que he tratado frecuentemente.»

Como si tuviera presentimiento de su muerte, esto fué lo último que escribió en su diario:

> «Me encuentro como uno de los monjes rusos perdido en las vías de su gran país. Padeciendo el ardor del sol, con viento y lluvia, bajo el hambre y la sed, acosado por la fatiga, sigo yo mi camino. Los pies arden. Los pensamientos y latidos del corazón se embotan. Sólo de cuando en cuando, como si viera ante mí el término, amanece súbitamente. Soy peregrino del absoluto hacia Dios, que es mi destino. En cuanto se cumpla este camino estaré en casa. Allí está la vida, la luz y la patria. Todo es luminoso y bueno. Mi cuerpo se relaja, la fatiga cae como lastre. Alegre y joven, sigo mi camino. Todo se cumplirá.»

A la sombra de una iglesia rusa, como Neumann, y en un suelo otro tiempo consagrado yace *Gerardo Gross*, herido gravemente de tres balazos en el pecho, el 13-10-41, junto a Mal Ananjkino. El capellán de la división escribió al Padre provincial:

> «Era un soldado de cuerpo entero, lleno de abnegación para su patria. Animoso en el combate, valiente en el sufrimiento, más valiente en la muerte. Gravemente heri-

do, yacía en el hospital. Ni una palabra de queja salió de sus labios; con ánimo alegre y naturalidad soportó las dolorosas heridas.

A la sombra de una iglesia rusa, hermosa pero maltratada, he pedido para él el descanso. Seguro que es una dolorosa pérdida para su Orden. ¡Cuánto podría haber hecho por su patria y la Iglesia! Pero al verlo luchar y caer de esta manera, me lleno de orgullo, como sacerdote católico, y quisiera felicitarle por tales hombres. *Su muerte es una honrosa contribución de su Orden al sacrificio de nuestra patria. El espíritu militar y de sacrificio de San Ignacio vivían en él.* He dicho la santa Misa por el buen camarada.»

Desde Oberwesel escribía un jefe militar a la familia del jesuita Gunter Gockel, caído junto a Tereste el 22-9-41:

«Era para todos nosotros un modelo, por su actitud como hombre y su paciencia constante. Me acordaré siempre, y con gusto, de la noche en que le ascendí a cabo y le propuse el primero de mi compañía para la Cruz de Hierro II, porque había salido solo a recoger a un oficial y un cabo heridos y sacarlos del fuego de las ametralladoras francesas. Sin su hijo hubieran caído prisioneros, si es que no se desangraban antes. Habrá recibido en este tiempo cartas de muchos de mi compañía. No hay ninguno en ella que no haya sentido la heroica muerte de su hijo como un dolor personal. Tomo de una de muchas cartas algunas palabras que escribe un cabo:

«Valiente hasta la muerte era nuestro Gunter. Todos los que lo conocían lo amaban.

A muchos ha aliviado la muerte en la batalla. Donde hacía falta un poco de ayuda, allí estaba Gockel. No tenía para sí ninguna consideración.

El domingo de Pentecostés llegamos a una aldea ucraniana, en la que no había ningún misal romano; pues él fué a buscarlo a la próxima aldea, aunque seguro tenía que estar cansado, porque habíamos tenido por la noche 40 kilómetros de marcha por malos caminos polacos.»

«Con su sacrificio ha prestado un gran servicio a la Iglesia y a su Orden. Para mí personalmente era un espléndido camarada, que nunca olvidaré. Si yo tuviera que formar nuevos soldados, les pondría como ejemplo la vida y muerte de su hijo.»

STALINGRADO

El Padre Roberto Goll nos cuenta su campaña:

«El 15-5-40 fuí llamado al servicio como sanitario. Todas las peticiones para ser admitido como capellán del ejército fueron rechazadas. Quedé como soldado de Sanidad, y más tarde como suboficial y sargento mayor, hasta que terminó mi cautiverio en Rusia, el 31 de julio de 1948. Mi cuidado de las almas tenía que ser al margen y como de paso. Durante el tiempo de instrucción, era muy afortunado si lograba comulgar cerca de la tarde; después pude ofrecer la Misa por las mañanas. Mi acción se reducía a las conversaciones de hombre a hombre y oír ocasionalmente alguna confesión. En el hospital, donde era ayudante de los cirujanos, me confiaron el cuidado espiritual de los heridos y las religiosas que allí trabajaban.

> «Un enfermo grave que tenía sarcoma en la cabeza y ojos rechazaba toda asistencia espiritual. Cuando ya estaba sin sentido entró su madre. Su dolor era inconsolable: «Yo soy culpable—decía—de que él tenga que morir así; porque yo no permití que lo bautizaran y lo eduqué en el odio contra la Iglesia y los sacerdotes. Dios me ha dado mi merecido. Mi marido y mis otros hijos han caído y aquí muere el último, al que yo primero maté en el alma.»

El 1 de julio comenzó para nosotros la guerra. En ferrocarril por Checoslovaquia fuimos en marcha hacia Polonia. Desde entonces fué más difícil celebrar la Misa. Por término medio cada catorce días, unas veces en alguna

iglesia polaca, y otras al aire libre para la tropa. Los oficiales eran protestantes, muchos sin fe; pero me permitían la actuación ministerial que era posible, aunque por una ley del Ejército, a los sacerdotes soldados estaba estrictamente prohibida la cura de almas.

En el Dnjetr (Dniester) algunos días hasta que fué forzado el paso del río. Había por los menos 15 batallones, y el capellán de la División quiso aprovecharse del momento. Se dirigió a mi jefe:

—¿Podría venir conmigo Goll? Entonces podríamos celebrar seis actos de culto; él tres, y yo otros tres. Yo solo no sería capaz de hacer tanto.

Goll tenía entonces que proveer a la División de medicinas y material sanitario.

—¿Está todo preparado?—preguntó el jefe. A la respuesta afirmativa del jesuíta, añadió:

—Bien; puede usted acompañar al capellán divisionario.

En las aldeas de Ucrania encontramos todavía vestigios de cristiandades creyentes. En todas las casas de los campesinos se veían los iconos, adornados y en un sitio de honor.

> «Después de un largo viaje llegamos rendidos y polvorientos a una casa de labradores. Una joven nos recibió recelosa y nos introdujo en la habitación. «—¿Tendría un poco de agua? Quisiéramos lavarnos.» Mientras iba a buscarla, vacié mis bolsillos para sacudir el polvo y la arena, y puse sobre la mesa la cartera, la navaja, el pañuelo y un rosario. Cuando ella volvió, miró fijamente la cruz de éste, la tomó en las manos y la llevó a sus labios. Entonces me hizo una seña con la mano: «¡Venga!» Y me condujo al Sancta de la casa. En un ángulo seis iconos colgaban y, en medio, la imagen de la Madre de Dios, con el Niño y una lamparilla delante, sin aceite: «Aceite no nos queda; tampoco lo hay ya en ninguna iglesia.» Se inclinó profundamente e hizo la señal de la cruz: Su esposo, su padre, sus hermanos habían partido hacía mucho tiempo, no sabía a dónde; sabía que llevaba la cruz de Cristo y que la Madre del cielo abre para todos su manto de protección.»

Noviembre 1941. Como habitación de enfermos y cuartel me señalaron la vivienda del párroco ortodoxo. Está

muy alegre, porque, por fin, después de seis años—en 1935 había sido cerrada su iglesia—, podía celebrar los misterios. Nos invitó regocijado. Al día siguiente nos presentó a un huésped extraño: un hombre de unos sesenta, y consumido y seco, con el cabello blanco. «Este es un sacerdote—nos dijo—; fué desterrado a Arkangel, junto al Eismeer. Hace muy poco tiempo que ha regresado.» Me sentí sobrecogido de veneración para con aquel confesor que había sido hallado digno de padecer persecuciones por Cristo. Cuando el párroco me presentó también a mí como suboficial alemán y añadió: «Este es también un sacerdote», se le saltaron las lágrimas y me dió un abrazo, como a su hermano en Cristo.

Donde vive un tal sentimiento y veneración ante la dignidad del Sacerdocio, Dios dará también un día la gracia de la conversión a la fe bajo el mismo Pastor y Vicario de Cristo, si es que nosotros no nos hacemos indignos.

El horizonte se anima, y no es con el humo de la zona industrial, sino por el bombardeo de una ingente batalla ¡Stalingrado! Tres columnas de alemanes convergen en la ciudad del Volga, pero ante la imposibilidad de rodearla—la respalda el inmenso río—, tocan en la orilla al Norte y al Sur, imposibilitando el tráfico por aquella vía fluvial, la más importante de Rusia. Desde la orilla izquierda hacen un fuego desesperado las baterías de Stalin.

CAPELLANES BELGAS

LOS HEROES DE LA RESISTENCIA

Decano de estos capellanes fué el septuagenario Padre Henri de Groote, que murió al principio de la Segunda Guerra Mundial en servicio activo, y desde 1909 había consagrado sus energías al apostolado castrense.

Su primera vocación fué para las misiones, pero los médicos disuadieron a los Superiores de este proyecto, y el Padre De Groote se dedicó en cuerpo y alma a los medios populares. Obreros, artesanos y labradores del campo fueron el público asiduo de sus sermones. Dió un notable impulso a la recién fundada casa de retiro de Fayt, de la que fué ministro; dispuso nuevos locales, buscó subsidios, multiplicó la propaganda y organizó ligas de perseverancia.

En la Congregación de obreros llegaron a 300 los que asistían a las Misas de comunión. El Padre puso en juego todos sus recursos para avivar la buena voluntad de aquellos hombres. Una tómbola anual recompensaba a los miembros más constantes, y el director encontraba medios para organizar una peregrinación a Lourdes por la módica suma de 50 francos. Con motivo del cincuentenario de las apariciones, restableció la Asociación de Nuestra Señora de Lourdes y se acentuó el reclutamiento de peregrinos.

Pero desde enero de 1909 su apostolado pareció tomar cauce y rumbo definitivos. Comenzaron sus conferen-

cias con los «Petits chasseur» de la guarnición de Charleroi. Estableció para ellos una Misa militar con predicación en flamenco y francés. En mayo del mismo año, y no sin grandes dificultades, abrió en la calle Gilleaux, en una propiedad puesta graciosamente a su disposición, el Círculo Militar de San Enrique. Tres veces a la semana, los cazadores se reunían allí: encontraban libros, periódicos, juegos y menús a precios reducidos.

Hasta que llegó el sangriento agosto de 1914. Y con él el ultimatum a Bélgica de vida o muerte. Sobre las llanuras trágicas de Lieja recibió el Padre De Groote su bautismo de fuego. Tenía cincuenta y un años. Haría toda la campaña como capellán del 1.º de Cazadores a pie. Cuatro años en primera línea compartiendo la vida y la fatiga de sus soldados, siempre dispuesto a afrontar la muerte, con tal de aliviar la suerte de los heridos o asistir a los moribundos. Herido dos veces desde la salida de Amberes, y algunos días más tarde, por tercera vez, en Pervise, no quiso dejar el frente, y cuando el 3 de febrero de 1917, con la muñeca atravesada de parte a parte, tuvo que ser evacuado, huyó del hospital para reunirse a sus hombres.

Su influjo creciente atrajo la atención de los oficiales, y el Padre se sirvió de él para ensanchar el área de su apostolado. El rey Alberto y la reina Isabel no tardaron en advertir la acción profunda ejercida por este jesuíta entre sus soldados, y en varias ocasiones le testimoniaron su gratitud. Terminaba la campaña con ocho galones de frente, cinco galones de heridas, doce citaciones en la Orden del Día y numerosas distinciones extranjeras y nacionales.

La movilización del 1 de septiembre de 1939 le cogió en su puesto, pero ya agotado. Semanas más tarde moría en el hospital de San Jorge, de Lieja, a los setenta y seis años de edad, después de recibir la visita de la reina Isabel, y rodeado de numerosos ex-combatientes.

Aspecto algo distinguido ofrece la actuación de Roberto Jourdain, al que periódicos y revistas llamaron el «capellán de los paracaidistas»; pero también podrían haberlo llamado el «Apóstol de los exilados rusos», pues cuando tantos huyeron a Turquía después de la revolución bolchevi-

que, el muy reverendo Padre general de los jesuítas quiso acudir en su ayuda (1). Cuando esos emigrados fueron constreñidos a abandonar Turquía, y el provincial de Bélgica recibió a los estudiantes jóvenes en Namur, el Padre Jourdain comenzó con ellos la labor intensa para la que se había preparado con tiempo. aprendiendo la lengua rusa. Jourdain fué el alma de todas las gestiones realizadas para hallar un abrigo estable capaz de acoger a los refugiados. Más tarde será enviado a Roma como ministro y procurador del Instituto Pontificio Oriental. En 1931, después de su tercera probación en Tronchiennes, fué aplicado a la obra rusa de Lovaina.

Bélgica fué invadida por segunda vez el 10 de mayo de 1940; el Padre Jourdain partió para Francia y fué a parar a Burdeos, donde se encontró mezclado con una división polaca que se embarcaba para Inglaterra. El Padre se hizo capellán de estos hombres, y después de múltiples peripecias, llegó a Londres (2).

Su vuelta a la patria es el capítulo de una novela. Ante el jefe del Servicio Zero, Kerchofs, Jorge Leclercq. jefe del Servicio Luc y algunos otros dirigentes del Movimiento de Resistencia, se presenta un hombre de cuarenta y cuatro años, sonriente, nervioso, que después de unos minutos de conversación, asegura que viene desde Londres, que se ha tirado en paracaídas desde un bombardero de la RAF y que trae una misión secreta. Los documentos que exhibe no dejan ninguna duda acerca de su personalidad: se trata de Roberto Jourdain. Con él se ha tirado un agente radiotelegrafista, del que no ha vuelto a saber nada. Terminada la guerra se enterará de la trágica suerte de su «wireless-transmitter». Los cables de su paracaídas se habían enganchado en los timones del avión, y después de ser bamboleado bajo la pesada

(1) Tres Padres fueron enviados a Constantinopla. entre ellos. el Padre Juan Bautista Janssens, actual prepósito general de la Compañía. del que se han publicado extractos de cartas en los *Echos*. 1922 y 1923.

(2) Otra fué la suerte del Padre Gerardo Collart, capellán titular de las tropas de transmisión (T. T. R.) en la trágica campaña de los dieciocho días. Estuvo prisionero en Alemania hasta el 15 de noviembre de 1940, fecha en que se le permitió el regreso a Namur.

carga del aparato transmisor, se rompieron aquéllos y vino a estrellarse contra el suelo.

Concluída su audaz misión, Jourdain emprendió las rutas de Francia, buscando una salida para Inglaterra. En 1942 lo encontramos como capellán en el campo de concentración de Miranda de Ebro, establecido en España para los internados de los países beligerantes. Y a fines de este año arriba de nuevo a la costa inglesa.

Estaba más vibrante y decidido que nunca. Era el momento en que Enrique Rolín constituía dos unidades selectas: la Compañía de Paracaidistas y la Compañía de Comandos. Hacía falta un capellán de prestigio. Roberto Jourdain fué inmediatamente aceptado: había pasado la edad, pero su historial lo acreditaba como el sacerdote mejor preparado para ministerio tan singular. Un avión lo dejó caer en Gedinne, rodeado de sus compañeros y dirigidos, en la última ofensiva liberadora de 1944 (1).

Los núcleos de resistencia, cada vez más fuertes y numerosos, llegaron a exasperar a los invasores. Amenazados de día y de noche e impotentes para rechazar a un enemigo que convivía con ellos, se decidieron a poner en práctica sus métodos más radicales.

En la noche del 24 al 25 organizaron una especie de atentado contra los rexistas más destacados. La Gestapo se situó en los puntos a su juicio más estratégicos para paralizar la vida de la nación, y procedió a las primeras detenciones. Entre éstas se contaba con la del jesuíta Fernando Biot, capellán del Hogar Leopoldo III, que se disponía entonces a partir para Bruselas. Llevado ante el comandante, fué en seguida sometido a interregatorio. Muy tranquilo, respondió a todas las preguntas que le hicieron sobre su persona y actividades. Lo que sigue lo conocemos bien por los testimonios de los que escaparon.

---

(1) El fin de la contienda lo encontró entre sus paracaidistas de primera línea. Doce distinciones, entre ellas la Cruz de Guerra francesa con palmas y citación, la Medalla de la Defensa y el grado de oficial de la Orden del Imperio Británico, son el mejor resumen de su carrera.

El 30 de agosto, los rehenes eran amontonados en camiones, que los llevaron hacia Namur por Bastogne y Marche. Allí fueron apriscados como ganado en los subterráneos de la prisión, y vigilados por jóvenes belgas de la S. S., de dieciocho a veinte años. Les despojaron de todo, aun de los cajones de víveres que les habían suministrado a su partida de Arlón. Después de la noche, abandonaron los subterráneos para hacinarse de nuevo en grupos de cincuenta en vagones de bestias. Tres días y tres noches duró el viaje, en el que no se abrieron ni una sola vez las puertas. Sobre el suelo de cada vagón había un cubo de agua. Y a lo largo del trayecto, el terror de los S. S., que se divertían disparando a través de las paredes de los vagones, causando varios muertos y heridos.

El convoy llegó a Neuengamme (Hamburgo) durante la noche. Fueron encerrados provisionalmente en las cuevas hasta que llegara el momento de formalizar el ingreso. Un francés prisionero gritó a los que llegaban que le arrojaran los objetos que quisieran conservar. El Padre le dió una medallita de la Virgen y el Sagrado Corazón, que después ostentaría en el campo sobre su traje de rayas.

Eran prisioneros, pero no sin esperanzas, pues presentían que se acercaba la hora del triunfo definitivo y con él la liberación. Pero al Padre Fernando Biot le quedaba todavía un largo viacrucis que daría al traste con todas sus energías.

A petición suya fué trasladado con un grupo fuerte de prisioneros hacia Misburg (Hanovre), donde se hallaba un «komando» de 1.200 hombres. Al principio se instalaron en tiendas. El trabajo duraba diez horas, con media de descanso al mediodía para tomar la escudilla de sopa.

El Padre Biot organizó los ejercicios espirituales desde el primer momento. Diariamente rezo del santo Rosario, que ellos mismos se habían fabricado con trozos de cuerda y cruces formadas por taquitos de madera. El capellán les enseñó fórmulas de comunión espiritual, en las que los biógrafos han reconocido con emoción las mismas que él aprendió de niño en su cristianísimo hogar de Florennes.

A la caída de la tarde visitaba a los enfermos y les insinuaba discretamente la manera de arreglar sus cuentas.

Hacia el 2 de noviembre, el Padre fué enviado otra vez a Neuengamme con 500 hombres, para proceder al

desescombramiento de Hamburgo; levantarse a las cuatro; café; salida en vagonetas, en las que viajaban apiñados durante cinco horas.

Quince días más tarde hubo un nuevo traslado a Meppen, en la frontera holandesa, y con él un ligero cambio de escenario; pero no de actividades, que siguieron siendo las mismas: el trabajo rudo, forzado, y la asistencia a las almas en los ratos libres. Los creyentes, de cuya fidelidad no se podía dudar, formaban pequeños grupos alrededor del Padre, y recitaban a media voz, y sin mover apenas los labios, el ofrecimiento del Apostolado de la Oración, la comunión espiritual, las invocaciones al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen. Pero el carácter sacerdotal del Padre tenía que quedar completamente clandestino, so pena de graves represalias.

Extenuado por el trabajo y la mala alimentación, el capellán fué atacado de disentería. El apetito comenzó a faltarle, a él, que se había contentado siempre con mendrugos de ocho días, y siguió la costumbre, adquirida desde la llegada a Neuengamme, de ceder su ración diaria a los compañeros; pero ahora no por mortificación, sino porque no se lo admitía su estómago debilitado.

A mediados de diciembre, en el límite del desgaste, solicitó su ingreso en la enfermería, y desde que éste se verificó nos faltan datos seguros sobre su suerte.

Sabemos, por un prisionero repatriado, que hacia febrero del 45 fué presa de una fiebre violenta, y que los síntomas eran de tifus; y que la víspera de su muerte dijo a un compañero que había ido a visitarle: «Ya ves que no me queda nada más que esta medallita que he escondido; ¡tómala para ti!...»

El último gesto de su total desprendimiento se había cumplido.

Queremos cerrar nuestro relato sobre los capellanes castrenses de la nación belga con el recuerdo de René Lange, cuya muerte heroica nos evoca los martirios de los primeros cristianos.

En la etapa gloriosa que ya hemos mencionado y que ha quedado en la Historia con el nombre de la Resistencia, el Estado Mayor del ABR, instalado en el castillo de madame Lejeune de Schiervel, en Sohan (Pepinster), pidió al rector de Verviers un capellán para sí y para los

350 guerrilleros que habían recibido la orden de reunirse.

El castillo estaba situado en el bosque, sobre las alturas que corren entre Pepinster y Oneux-Theux, en la prolongación de la Maison-Bois, no lejos de Heusy.

El rector puso en seguida en conocimiento de sus súbditos la petición de los jefes militares, y tres Padres aceptaron inmediatamente la responsabilidad del cargo: Lange, Lemain y Raymackers. El primero de éstos hizo valer con entusiasmo su carácter de antiguo combatiente. No se le ocultaba el peligro; por las noticias que lanzaban las emisoras debían de estar viviendo la hora H. Las tropas alemanas se replegaban a ritmo acelerado.

El Padre Lange residía en el castillo con los oficiales del Estado Mayor, madame Lejeune, la servidumbre, alguna familia de refugiados y una nieta de dos años de Lejeune, que nació en una prisión alemana de la condesa de Ursel. Desgraciadamente para los defensores, estaban mal de armamento, y las armas que había prometido lanzarles la RAF por la radio de Londres, no llegaban nunca.

En la mañana del martes, 5 de septiembre, algunos rusos enrolados en una unidad alemana acuartelada en Viviers, buscaban la manera de evadirse, y se constituyeron prisioneros.

Eran ocho; sus armas harían un magnífico servicio.

Hacia las 11,45, cuatro soldados alemanes, miembros de una colonia que se concentraba en el paso a nivel de Chinheld, sobre la carretera de Pepinster-Theux, se extraviaron en el bosque sobre la colina. Los centinelas del ABR les obligaron a deponer las armas y los hicieron sus prisioneros. Mientras se les conducía al castillo, uno de ellos logró evadirse, resbalando por la pendiente, y fué a avisar a la columna motorizada, formada por los S. S.

El Estado Mayor comprendió la gravedad de la situación, y dió la orden de replegarse en la dirección de Oneux-Theux. Toda la juventud, por así decir, se pudo salvar, mientras que los oficiales del Estado Mayor cubrían la retirada tirando sobre las tropas alemanas que subían hacia el castillo.

En este momento, Lange se encontraba dentro. Quiso permanecer con la familia Lejeune y correr su suerte. Los alemanes los ametrallaban ya desde varios puntos, arrojaban granadas de mano y aun les tiraban con un cañoncito...

El capellán se retiró a la capilla, donde también esta-

ba madame Lejeune. Consumió las sagradas especies. En un momento hizo notar a la señora un fuerte olor a quemado. ¿Sería simplemente la pólvora? Lange se acordó de que el Estado Mayor había dejado documentos comprometedores en su mesa de trabajo, y unos minutos le bastaron para hacerlos desaparecer. Entreabriendo las puertas del hall de entrada, advirtió un gran número de pastillas incendiarias sembradas por el suelo. El fuego ya había hecho riza en los muebles. ¡Este fué el momento heroico! Madame y el Padre Lange, la criada y la nietecita tomaron la escalera de servicio y se arriesgaron a atravesar el patio. El tiroteo cesó un instante; lo suficiente para saltar afuera y guarecerse tras una fila de zarzas.

'Los asaltantes persistían en destruir el castillo, convencidos de que había tropas en el interior. Los S. S. encontraron al personal de servicio agazapado en las dependencias del interior, y fusilaron a algunos de ellos. Para entonces ya estaba el pequeño grupo de Lange descubierto y sometido a interrogatorio. A pesar de los golpes y las amenazas, mantuvieron siempre la misma versión: «El Padre Lange era capellán del castillo, al que subía a decir Misa tres veces por semana en vacaciones. El lunes fué requisado el edificio por el ejército de los patriotas, que forzaron a sus moradores a permanecer allí. El capellán pudo escapar con los militares, pero prefirió permanecer en su puesto.»

Trasladados a la parte baja de la colina, junto al paso a nivel, los prisioneros, a los que se habían asociado algunos guerrilleros disfrazados de labradores, se alinearon a lo largo del roquedal que protege una parte de la carretera. Se les advirtió que en el espacio de cinco minutos iban a ser fusilados. Los S. S. estaban enfurecidos contra los que ellos llamaban los «bandits».

Con el Páter se ensañaron. Le asestaron golpes con los puños para hacerle hablar con bastones, con las culatas. Él repetía siempre la declaración que arriba hemos copiado, sin mudarla una letra, pero sin dar nombres, y añadió que no se trataba de bandidos, sino de patriotas. Se burlaron de él, «le prête des bandits», le arrancaron la custodia de los santos óleos, le golpearon la cabeza sobre una roca puntiaguda. Atestigua madame Lejeune que el Padre estuvo admirable por su sangre fría y su dignidad. Tenía plena conciencia de que moría víctima de la

salvación de sus fieles. Por último fué arrancado del grupo, que esperaba con angustia el desenlace junto al paredón de rocas. Un golpe encima de la nuca le hizo brotar un raudal de sangre. El Padre intentó enjugársela y arrojó al suelo el pañuelo empapado. Entonces cayó con la faz pegada contra el suelo. Todavía intentó incorporarse y anduvo vacilante unos pasos. Con los ojos fijos y un movimiento de labios, que eran su postrera plegaria por las almas que había salvado.

Algunos campesinos de Chinnheld fueron testigos de su gloriosa agonía, y le rezan todavía como a un mártir de su fidelidad a la Patria y al sacerdocio.

CAPELLANES NORTEAMERICANOS

LA BATALLA DEL PACIFICO

ESTA es la historia de una famosa invasión y de los marinos que lucharon en la primera gran batalla del Pacífico.

«Yo era capellán de uno de los barcos del convoy —nos dice el Padre Carlos A. O'Neill—, y tenía que velar, y rezar por ellos.

Nos hicimos a la mar en una caravana de unas cincuenta naves, protegidas por acorazados, cruceros ligeros y pesados, portaaviones, destructores y aviones de reconocimiento. Mil cuatrocientos marinos y una multitud de 400 marineros formaban la población de nuestra nave. No teníamos ni idea del sitio adonde íbamos. Constantemente nos manteníamos en dirección Sur, y gradualmente iba cambiando el ambiente a bordo. Los muchachos despreocupados de las primeras semanas en el mar tranquilo, se hicieron notablemente inquietos y ansiosos por la batalla. La orden de apagar las luces por la noche fué severamente urgida, y no cruzaba una sombra nocturna sin que se le diera el alto. Los salvavidas se llevaban todo el tiempo, aun durante las comidas. Los aviones de exploración se hicieron más frecuentes. Un presentimiento de acción inminente flotaba en el aire, aunque nuestro destino era todavía desconoicdo.

Oí confesiones hasta muy entrada la noche del sábado, y creo que todos los muchachos católicos de la nave se acercaron a comulgar la mañana del domingo. Durante la

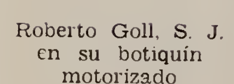


El Capellán se inclina a ras del suelo para escuchar la confesión del soldado herido. En Arawe (Nueva Bretaña), 16 de enero de 1944. (Archivo fotográfico del "JESUIT MISSIONS".)



Nuestra Señora de la Victoria, capilla de la base naval de Norfolk (Virginia). Su torrecilla enhiesta es un símbolo de la fe en Cristo, que levantaron los capellanes militares en los campos de batalla (Archivo fotográfico del Departamento Naval de Wáshington)





Roberto Goll, S. J. en su botiquín motorizado

Misa, el barco cabeceó dos veces y se inclinó repentinamente hacia una banda: un submarino había sido localizado y se habían dejado caer dos cargas de profundidad. ¡Agua enemiga, por fin!

Después de treinta y cinco días de navegación, nuestro destino fué fijado:

«Comunique a toda la dotación: el 7 de agosto estas fuerzas reconquistarán Tulagi y Guadalcanal, que se encuentran ahora en poder del enemigo; en este primer paso para expulsar a los japoneses del territorio conquistado contamos con el fuerte apoyo de la flota del Pacífico y del Servicio Aéreo y fuerzas submarinas del sur del Pacífico y Australia... Confío que todos los elementos de esta armada se mostrarán, por su destreza y valor, dignos camaradas de aquellos valientes que ya han participado de los fuertes ataques del enemigo; por nuestra gran causa, ¡Dios les bendiga a todos!—R. K. Turner Rear, almirante en jefe de la Armada de los Estados Unidos.»

Guadalcanal y Tulagi. ¡Esto era todo! Los muchachos escribieron el último correo:

«Querida mamá: Mis pensamientos han estado siempre contigo desde que salí de casa. De rodillas esta mañana en la Misa, te he visto junto a mí en el momento en que el tren arrancaba de la estación. Estoy seguro de que Dios no me tendrá en cuenta estas distracciones durante el santo sacrificio de la Misa. Después de todo, durante el sacrificio del Calvario sus pensamientos también se fueron hacia su Madre, que estaba a su lado en la cruz...»

El almirante había dado sus órdenes: «Las islas tienen que ser tomadas.» No había opción a la vuelta. Dije la Misa a la una de la mañana; el almuerzo fué servido a la 1,30; y después, todos tomamos nuestros puestos de combate. Llegó el momento. ¡La primera ofensiva americana contra el Japón! Todo lo que yo podía hacer durante el ataque era rezar por mis hombres y padecer con ellos los golpes cuando vinieran.

Descansamos entre las islas a favor de la oscuridad, tomamos nuestras posiciones mientras los japoneses dormían, y después, a las 6,20, justamente al romper el día,

comenzó la acción. Fué como un trueno a la luz del alba. El enemigo solamente tuvo tiempo de hacer algunas descargas antes de que todos sus cañones fueran acallados. Por una hora, nuestros aviones se descolgaron del cielo en unos picados impresionantes; la tierra retumbaba con las bombas, y las ametralladoras despejaban la playa. Los barcos, en el puerto, estaban ardiendo; los submarinos, en los diques, se vieron envueltos en llamas; depósitos de aceite y tanques explotaban; casas y barracas eran reducidas a cenizas. A las 8,10, las tropas de choque desembarcaban. Nuestros primeros hombres estaban en la playa. Después, oleada tras oleada, los marinos les siguieron. No se veia ni un solo japonés, excepto los cuerpos de aquéllos que yacían en la arena.

Pero no fué todo tan fácil como parecía. Súbitamente, el enemigo abrió el fuego desde escondrijos disimulados en la espesura, desde pilares de escombros, desde perchas puestas en la punta de los árboles, desde la alta hierba. Algunos de los nuestros cayeron, pero otros continuaron avanzando, y pronto teníamos ganada a Tokio la primera cabeza de desembarco.

Los japoneses volvieron por el aire. Veinte bombarderos se lanzaron sobre nosotros en picado; pero los cañones de todos los barcos entraron en acción, y los bombarderos explotaron en mitad del aire. La popa de un destructor había sido alcanzada. Volvieron más aviones japoneses, con torpedos esta vez y volando bajo. Todos fueron derribados, aunque uno de nuestros buques de transporte fué incendiado. Entonces la escuadra enemiga provocó al ataque a la nuestra. Salió ésta a su encuentro y la obligó a retirarse con serias pérdidas. Una y otra vez volvieron las aeronaves niponas, y siempre cayeron entre el fuego cruzado de nuestros antiáreos. El «Quincy» voló. El «Vincennes», el «Astoria», un destructor y el australiano «Cannebarra» se fueron a pique.

En tierra la lucha fué furiosa e implacable. Dos naves enemigas penetraron entre nuestras tropas y las martillearon antes de que tuvieran tiempo de levantar parapetos. Los aeroplanos volaban toda la noche para castigar nuestras posiciones y privar a los hombres de su descanso. Los alimentos disminuían. Las bajas iban en aumento. No había tiendas, sino solamente lo puesto y las

raciones de emergencia. Los japoneses estaban dispuestos a vender caras las islas.

Tuvimos que correr en busca de refuerzos y suministros, mientras la suerte de la batalla oscilaba indecisa. No habíamos llevado nada más que lo indispensable. ¡Refuerzos! Varios millares de hombres se lanzaron a la costa para ayudar a sus camaradas».

Este relato serviría para el ataque de los americanos a Makin, Tarawara, Iwo Jima, Okinawa, Leyte y Manila, donde el enemigo también fué derrotado, y variando un poco las proporciones, para los sangrientos desembarcos en Africa, Sicilia y Normandía, y, en definitiva, el asalto a la fortaleza europea.

En una catástrofe de tales dimensiones, como esta mundial, en la que llegaron a verse cincuenta y nueve países en guerra, con 2.109 millones de habitantes implicados jurídicamente en el conflicto (1), la Iglesia de los Estados Unidos ha realizado un esfuerzo proporcionado y sin precedentes en la Historia. Sin duda que en consonancia con el llevado a cabo por la industria y el ejército de este grande y admirable país.

Algunos pocos datos nos darán una idea:

Capellanes católicos de los Estados Unidos...	4.705
Capellanes voluntarios de la Compañía......	351

Estos últimos se reparten así:

Capellanes oficiales..................................	247
Capellanes auxiliares................................	104

Los capellanes oficiales, a su vez, se distribuyeron de la siguiente manera:

(1) Dos mil ciento sesenta y nueve millones de habitantes tiene la tierra.

184 sirvieron en el Ejército.
61 en la Armada.
2 en el Servicio marítimo

Como en estos años había en los Estados Unidos 1.650 sacerdotes jesuítas de menos de cincuenta años, resulta que de cada cinco, uno estaba de servicio de capellán. Y tal vez en el punto más remoto del planeta.

> «Yo he dicho Misa en Casablanca—nos escribe el Padre José E. Boland— y en el canal inglés, en la India y Australia, en Noumea y Nueva Guinea, en Leyte y Moratai, en Guadalcanal y en el mar del Coral. He dado la Comunión a hombres blancos y negros, amarillos y cobrizos; a combatientes de Inglaterra y Alemania, de Francia e Italia, de China y Portugal, tanto como a los de nuestro propio y querido país.»

Una misión tan universal y fructífera como ésta no creemos que se haya dado nunca en la historia de la Iglesia. Y a veces los jesuítas que se embarcaban ocupaban en la patria puestos de responsabilidad, y al parecer insustituíbles, como el de rector de la Universidad, deán de estudios, deán de disciplina, deanes asistentes, jefes de Departamentos, procuradores, párrocos, científicos, profesores de Teología y Filosofía en nuestros Seminarios Mayores. Un Preuniversitario solamente, dió al deán, al regente de la escuela de Leyes, al deán de la escuela vespertina, al deán asistente y a varios de los más relevantes conferencistas y profesores (1).

De estos capellanes voluntarios, uno murió en la cautividad japonesa, y tres de servicio en este país. Sus nom-

(1) Fué lo más admirable del caso el que, a pesar de este esfuerzo de personal y energías, siguieran funcionando en Norteamérica más de doscientas instituciones de jesuítas: veintiuna casas de estudio, noventa y ocho iglesias, veinticinco Facultades y Universidades, treinta y ocho Institutos de Segunda Enseñanza, un grupo de casas de retiro, Centros de misión, servicios de publicación y residencias.

Ninguna disciplina fué descartada de ninguna escuela. La asistencia casi se dobló en los Centros de Segunda Enseñanza. Veintidós de ellos mantuvieron todo el tiempo programas militares, además de las veinticinco Universidades; y los demás Centros, cursos preparatorios para el servicio, en conformidad con los programas del Gobierno.

bres: Félix, Sharp, Johnson y Hausman. Uno fué cogido por los nazis y después puesto en libertad; otros tres, capturados por los japoneses en las Filipinas y rescatados sanos y salvos a la vuelta de los americanos.

Los misioneros de estas islas recogieron una larga y gloriosa tradición de servicio, a la que aludió justamente el general Douglas Mac Arthur después de la conquista de Bataan (isla de Luzón). Decía el general, por cable, al Padre Guillermo Masterson:

> «Llevo siempre en mi corazón y en mi mente el destino y prosperidad de las Filipinas. Mi pensamiento constante y mi esperanza es la de aliviar su suerte y apresurar el día de su liberación. Los jesuítas han servido largo tiempo en las islas. Y en estas horas oscuras su espíritu preparado y resuelto permanece tan firme como en los días de paz. Pido a estos santos varones que rueguen al misericordioso Dios para que Él quiera seguir guiándonos a nuestra vuelta.»

Mucho tiempo han servido, en efecto. Y sería injusto no tributar en este sitio un recuerdo a aquellos misioneros que preludiaron con su heroísmo y su celo la campaña presente. Su trabajo estuvo siempre bajo el signo de la guerra. Sus centros misionales fueron la mitad reducciones, parecidas a las de Sudamérica, y la mitad campamentos de soldados, y cuando llegó la hora de empuñar las armas—y llegó con frecuencia, por las invasiones de fuera o las insurrecciones del interior—, se convirtieron en capellanes natos de sus propios neófitos.

Muy conocido es el Padre Mastrilli, natural de Nápoles, que asistió a la empresa de Mindanao. En carta de 16 de marzo de 1636, da cuenta al capitán general Antonio Téllez:

> «... y al fin, animando a la gente a la jornada y a la pelea con un Cristo pintado en un lienzo, a quien los moros avian cortado el brazo derecho y los pies, y héchole un gran gujero en medio de El, servíanse de él como de chinina (sic), camisa o capotillo ..
>
> Llevábalo el P. Belin entre los ornamentos sagrados o su Señoría... y mirando la dicha imagen los soldados y animándolos a vengar con sus armas las injurias del santo Cristo, fueron tales las lágrimas y entraron en tan

tierna devoción y santo deseo de venganza, que, como me dixeron después, hubieran embestido al salir de la iglesia con todo el mundo. Los afectos fueron muchísimos y muy tiernos, llegando a decir públicamente que era desdichada la madre que no tenía un hijo en tan gloriosa jornada.

Ordenaron en la plaza el escuadrón, poniendo por orden de su Señoría dos piezas de campaña a la vanguardia, que fueron el terror del enemigo. Aquí aviendo yo alentado y animado la gente con la milagrosa imagen de S. Francisco Xavier, de un lado, y del Santo Cristo de otro, colgados en una lanza fuí marchando entre la vanguardia y cuerpo de guardia con el P. Juan de Barrios y el P. Agustino y el Capellán de la Armada, el qual estilo guardamos toda la jornada

Viéndose ya nuestras banderas en la estacada, pasamos luego con su Señoría la segunda vez el río, y subiendo arriba, levanté también mi estandarte del Santo Cristo y de S. Francisco Xavier a la fuerza, y dexado al alférez Amezquita por castellano de ella, con presidio de soldados, fuimos marchando adelante la vuelta de una estacada, que con su pieza defendía Corralat.

Dimos dos o tres vueltas por el cerro, pensando hallar algún puesto adonde hacer alto, quando de dos estacadas que estaban al lado derecho del monte, comenzaron los moros a herirnos. A mí, en particular, vino una bala de artillería que, habiéndome sensiblemente dado el golpe, fué Dios servido que no me hiciera otro daño que dexar con un agujero su señal en la sotana. Permita El mismo que la escapada tan milagrosa sea reserva para otra más gloriosa muerte...

Viendo yo las cosas tan apretadas, hice por mi parte un gran voto al Santo, y después en voz alta dixe a su Señoría hiziese un voto de hacerle una capilla en San Miguel, a lo que con grandísimo ánimo y liberalidad respondió: «Sí, Padre, muy linda y muy hermosa se hará.» Parecióme determinar esta iglesia por ser del Santo más devoto y querido que tuvo San Francisco Xavier en su vida.

No puedo negar que fué muy grande la pena de mi corazón en este tiempo, no por el miedo de las balas, que volaban como mosquitos y hacían por los árboles un ruido formidable, porque puedo afirmar con verdad a V. R. que nunca he tenido rastro de miedo en toda esta jornada, gracias a Dios con haberme hallado en los mayores aprietos y peligros de la vida que nunca, lo que me ha consolado muchisimo y servido muy bien en la ocasión presente, sea por siempre bendito y alabado su Santo Nombre.»

Después de una ausencia forzosa de casi un siglo durante la extinción de la Compañía, volvieron otra vez a las Filipinas los hijos de San Ignacio, invitados por Fernando VII. La historia moderna de esta misión, que escribió documentadamente el Padre Pablo Pastells, misionero en ella por dieciocho años, se desarrolla, como la primera parte, en ambiente guerrero. Dos meses después de llegar el Padre Vidal y el Padre Guerrico, en la fragata «Bella gallega»—septiembre, 1861—, asaltaban los españoles la fortaleza de Pagalungán, donde se había hecho fuerte el sultán de Tumbao. La primera vivienda de los misioneros fué una tienda de campaña a la sombra del fuerte. Su apostolado de paz iría siempre acompañado por el fragor de las armas. Sus nombres están mezclados en la historia con el de los grandes generales españoles que tuvieron que sofocar continuas insurrecciones. Sería inacabable si quisiéramos solamente citar todas las expediciones, conquistas y correrías en que tomaron parte como capellanes. Por muchas campañas recordemos una, la de Joló, que tuvo más envergadura que otras. Se trataba de exterminar a los piratas refugiados en dicho archipiélago, que merodeaban los mares de Célebes y de la China.

En ella se habla de desembarcos y emboscadas, de convoyes navales y bombardeos de poblados, y de refuerzos, y se nos viene a la mente el recuerdo de las campañas actuales.

En cuanto supo el Superior de la misión que se preparaba una expedición para terminar con la piratería, decidió enviar con las tropas a uno de los misioneros, recayendo la suerte en el Padre Baranera. El comandante del buque y la oficialidad lo recibieron con toda cortesía.

Era el 5 de febrero de 1876 cuando tuvo lugar, ante inmenso gentío, el embarque de las tropas. Al llegar la escuadra a Joló ancló frente a Bun-Bun, y el 22 fué a colocarse cara a Panticolo, para proceder al desembarco y a fin de tomar por la espalda los montecillos que defendían a Joló.

Cuenta el Padre Pastells:

«Internóse el ejército dos veces en la isla para tomar las costas por la espalda; pero ambas veces tuvieron que

desistir de ello. porque se perdían las tropas en la espesura de las selvas, donde eran víctimas, no sólo de los tiros de los moros, que desde las copas de los árboles les disparaban certeramente, y a mansalva, sino también del calor asfixiante y de la falta de agua con que apagar la sed que les abrasaba; lo que contribuyó no poco a acrecentar las bajas, que ascendieron a 800 entre muertos, heridos y enfermos.»

Durante estas refriegas permanecía, de ordinario, el Padre Baranera a bordo del «Wad-Ras». y de aquí acudía a prestar ayuda a los que caían, y que en botes eran trasladados al «Marqués de la Victoria» y al «Patiño».

Hasta que la escuadra no entró en acción, fué difícil la situación de los desembarcados. Los moros se resistían en todos los rincones de la selva con increíble tenacidad. Llegó por fin el 29 de febrero. La escuadra se puso en orden de combate; a la cabeza, la fragata «Carmen», con insignia de capitana; detrás, tres corbetas y una goleta. A eso de un kilómetro comenzó el bombardeo de la población. Duró el fuego unas tres horas. Contestaban los moros con estruendosos cañonazos. No estaban todavía bien apagados los fuegos cuando, impaciente, el ejército avanzó por la playa, y, protegido por los cañoneros, se arrojó al asalto. En menos de una hora fueron tomadas las cotas, y a eso de las tres de la tarde se conquistó la ciudad de Joló, con gran algazara de soldados y marineros.

Al Padre Baranera concedieron la Cruz de Carlos III y la del Mérito Naval de primera clase, a petición de los jefes de la expedición, generales Malcampo y Manuel de la Pezuela

No es extraño en estas tierras de misión que se encuentran en período de colonización, el que los misioneros tengan que llenar muchos oficios para bien material y espiritual de sus cristiandades; tantos, cuanto enumeraba el consejero don Pedro Madrazo cuando defendía la exención de estos religiosos del servicio militar (11 junio 1884):

«El misionero jesuíta tiene que ser, además de sacerdote catequista y cura de almas, confesor y predicador, y, en cierto modo, juez y árbitro, arquitecto, ingeniero

agrónomo y agricultor, geólogo y geógrafo, etnógrago y etnólogo, administrador, economista, estratégico...»

De estratega o general tuvo que hacer el Padre Barrado cuando en 1890 levantó en somatén los pueblos de los valles de Tagoloan y alto Pulangui contra los moros que mandaba Amayantir. Su empresa es una página guerrera que se prestaría a relatos largos. El capitán general don Valeriano Weyler aprobó el hecho y se ocupó de organizar somatenes en lo sucesivo para defender los distritos amenazados.

El año 98 marca el ocaso. La fecha triste de nuestra Historia, que algunos aprendieron demasiado bien. Para entonces estaban los Padres Simó y Martínez de capellanes con la fuerza de Santiago. Ellos vieron arder los barcos en los muelles de Manila, y avanzar por la rada de Cavite al «Boston» y al «Baltimore»...

Con la dominación americana siguieron trabajando los misioneros españoles, que en 1914 alcanzaban la cifra de 172. Sólo en 1927 dejaron con pena aquella parcela, regada con tantas lágrimas y sudores, a los jesuítas de la provincia de Marylandia-Nueva York.

Vuelven los tiempos. Se modernizan los armamentos, se incrementan los ejércitos, se fortifican los barcos, cambian nombres y banderas; pero hay algo que permanece siempre invariable, porque nace del fondo de esta alma humana: el odio de los hombres hasta la muerte y el celo sobrenatural de los misioneros. Y después de repasar la historia de aquel enjambre de islas que descubrió Magallanes, nos encontramos con apellidos gloriosos de contemporáneos.

El Padre Eduardo Haggerty, rector del Ateneo de Cagayan, reducido a escombros, es un héroe de la brutal invasión de los japoneses. El Padre Dugan sufrió lo indecible en la cautividad. El Padre Tomás Rocks, que conocieron muchos como a un sacerdote pacífico, de corazón de acero y amor inmenso, encontró la muerte a mano de los salvajes de Manobo, cuando huía con las ovejas de su rebaño. Y el Padre Andrés Cervini, que alojó

a las fuerzas americanas en su convento de Iligan y convirtió su capilla en hospital. Fué herido cuando preparaba un sermón para las tropas. Los Padres Doino y J. Franklin Ewing, que prepararon quinina de los árboles de quincona cuando nadie podía acercarse al suministro americano, porque estaban cortadas las líneas por los japoneses.

Los Padres que desde hacía diez años instruían al «boy scout» filipino en los ateneos, no estuvieron ausentes cuando llegó el momento duro de la prueba. Aquellos jóvenes se hicieron hombres capaces de soportar las armas y la fatiga y se encontraron con sus antiguos maestros, que acudían como capellanes a darles la última lección, la más difícil de todas: la de dar la vida por sus hermanos.

LA CATASTROFE DEL «FRANKLIN»

Se prepara el asalto definitivo a la fortaleza de los samurais.

El «Franklin», portaviones de 27.000 toneladas, navega a 100 millas al este de Shikoku. En el aire limpio de la mañana, trepidan los motores de los aviones de caza que se dirigen a Kobe. Los barcos de la escuadra de operaciones rodean al «Franklin» como una cohorte fabulosa de monstruos marinos. Treinta aparatos están sobre cubierta, dispuestos a remontarse. Otros, montan la guardia en la altura.

En el puente, el capitán Leslie E. Gehres, acompañado del jefe de la aviación, habla sobre el proyectado ataque a las islas niponas, que cerrará el largo ciclo de operaciones en el Pacífico. El Padre José Timoteo O'Callahan, capellán del buque, toma su desayuno en uno de los comedores de la oficialidad. Ha cumplido cuarenta años. Es alto, fuerte, ágil, de pelo negro. Antiguo profesor de Lógica y Matemáticas de las Universidades jesuíticas de Georgetown y Holy Cross.

—Padre, la Teología y la Lógica están llenas de contradicciones... difíciles de armonizar.

—De ninguna manera. La vida, sí; pero la Teología y la Lógica, nunca. Y si no, dígame: ¿qué estamos desayunando?...

—«Cakes» calientes.

—Pues están fríos... ¿Ve esos aviones? ¿Cómo suben esas masas de acero en contra de la ley de la gravedad?...

—Con esta conversación, nadie diríamos que estábamos a 50 millas del Japón...

—Hoy es día de paz...—contesta O'Callahan—. ¿Sabe en qué día vivimos?...

—En el 19 de marzo.

—¡Justo! Hoy es la fiesta de San José, Patrono de la buena muerte...

Las siete y siete minutos. Cambia la escena con la rapidez de un fogonazo. Una explosión horrenda, incomprensible, ensordecedora, corta las últimas palabras del capellán, que mira lívido a sus compañeros. No han tenido tiempo de recobrarse, cuando otra detonación los aturde, y una sacudida del barco los hace vacilar. Ruedan por el suelo los restos de la vajilla.

¿Qué ha ocurrido? El capitán Gehres lo ha visto todo desde el puente y no ha podido evitarlo. Del seno de una nube ha brotado, como un rayo, un avión torpedero enemigo. En un picado de 360 millas por hora se ha tirado sobre el «Franklin» hasta ponerse a 25 metros de su proa, y entonces ha lanzado una bomba de 225 kilos. Viró hacia la costa, dió otro giro velocísimo y soltó otra bomba sobre la popa del barco. «En fin, el sueño dorado para un aviador japonés», comentará después Gehres.

Nadie pudo sospechar que a unas horas de calma se siguiera una de las catástrofes más espantosas de la Marina norteamericana. La primera bomba había atravesado el piso de acero de la cubierta y estallado en medio de los aparatos y depósitos de carburante. La segunda había caído sobre la cubierta de vuelo, junto a los aviones: los precipitó unos contra otros, les hizo chocar las hélices, ya en movimiento, contra los fuselajes, y al instante, una humareda espesa cubría puentes, hombres, bombas y aviones.

El teniente de navío Edwin Parker despega un «corsari» y lo encabrita en persecución del agresor. Dispara, lo derriba; pero ya demasiado tarde. Las explosiones se suceden intermitentes. Cincuenta y ocho aviones dispuestos a subir, arden sobre cubierta con su terrible carga... El fuego se acerca a la santabárbara.

Las bombas de dos toneladas, al estallar, desgarran las planchas de acero como cartón. Explotan sesenta bombas de 500 libras y arden 12 galones (1) de gasolina. Se levantan llamas de 130 metros.

(1) Medida inglesa de líquidos que equivale en Estados Unidos a 3.785 litros. Arden, por tanto, 45.410 litros de gasolina.

La fuerza de una explosión mayor que las otras levanta en vilo al gigante de acero y lo hace girar violentamente hacia estribor. Por la cubierta inclinada se despeña una cascada de fuego y humo hacia el mar. Cohetes enormes salen de las troneras con un silbido siniestro y se elevan a gran altura, para caer a muchas millas de distancia. Los cruceros y destructores que formaban parte de la flotilla contemplan atónitos el espectáculo. El «Franklin» se destroza a sí mismo. Se agita y revuelve convulso sobre las aguas como un agonizante. A los embates del barco, las bombas, recalentadas, ruedan trágicamente sobre cubierta, estallando repentinamente al menor contacto con el fuego.

De los 3.000 tripulantes que componían su dotación, había, en pocas horas, unos 800 hombres fuera de combate. Jamás un barco de la Marina norteamericana tuvo tal número de bajas en tan poco tiempo.

El Padre O'Callahan intenta abrirse paso hacia popa. Un muro de llamas le corta el paso. Sabe perfectamente las cantidades de explosivo y carburante que transporta el navío y que bastan unos segundos para que vuelen todos.

Atravesando a tientas los corredores llenos de un humo sofocante, llega a la escalerilla de mano. Un grupo de marineros pugna por subir a cubierta. Se apretujan, se agolpan, se aplastan en el afán loco de salvar la vida.

—¡Uno a uno!—les grita el capellán, con voz tremenda. El capellán, que en esos momentos ha sabido conservar la serenidad e imponerse a la turba inconsciente.

—¡Despacio! ¡Calma! ¡Uno a uno!

Él sube el último, y ya sobre cubierta corre al montón de heridos. Dos enfermeros inyectan morfina. El Padre absuelve, unge, anima. Aquellos hombres lo conocen bien; por eso les impresiona más su temeridad en aquella hora. O'Callahan decía que él solamente creía en dos cosas: «En Dios y en sus muchachos.» Con ellos ha jugado al póker, ha bebido cerveza, ha reído y charlado y cantado, les ha compuesto canciones bonitas para su banda de música.

Las explosiones no cesan. Un depósito de proyectiles del 12,5 explota. Y saltan intactos algunos motores de aviación. Hay muchos hombres tirados sobre cubierta que esperan el desenlace fatal. El jesuita se aproxima a ellos con una manguera en la mano; entienden la exhortación; se incorporan. Y a los dos minutos hay un grupo de sal-

vamento, actuando rápido, sobre cubierta, a las órdenes del capellán.

En uno de los polvorines, las bombas, recalentadas, están a punto de reventar. Las consecuencias pueden ser las últimas. Acude O'Callahan con su manguera y comienza a enfriarlas. Los hombres se miran con un silencio angustioso. Basta un chorro un poco más fuerte para que vuelen todos... O'Callahan lo sabe, y dirige el chorro en forma de salpicaduras, con un pulso admirable.

Ahora avanza el fuego hacia otros depósitos de bombas algo menores. Allí va el Padre, con los ojos irritados por el humo y seguido de unos cuantos. Entre la humareda, por un lado y otro, se ve aparecer la cruz blanca del casco del capellán. Este transporta las bombas a cubierta, una a una. La gasolina incendiada corre libremente sobre la superficie de acero. O'Callahan, incansable, barre aquel líquido, que se desborda al océano como un torrente de lava encendida.

«O'Callahan estaba en todas partes—escribe el comandante Esteban Inrika—: asistiendo a bien morir a unos, manejando la manguera y haciendo la labor de diez hombres»

«Es el hombre más valiente que he visto en mi vida» —exclamó el capitán del «Franklin».

«Al aparecer unos veinte aviones japoneses — dice el joven teniente Stanley S. Graham—yo me escondí en un depósito de municiones. En ese momento levanté mi vista y allí estaba el Padre O'Callahan recorriendo tranquilamente la cubierta con su manga... Para llevar una bomba a cubierta pidió ayuda a un joven filipino; éste, al contemplarla, desistió de ayudarle.

—¿Eres católico, muchacho?

—Sí, Padre.

—Entonces te voy a dar los últimos Sacramentos y no tienes que preocuparte de lo que suceda...; si te arrepientes sinceramente de tus pecados, te vas al cielo.

Y el muchacho trabajó con tal denuedo, que se ganó la Estrella de Bronce.»

Diez horas se estuvo el Padre con su manguera, rodeado de llamas, pero siempre emergía ileso, a pesar de que el número de bajas se elevaba al fin de la tragedia a 1.072 (341 muertos, 431 deaparecidos y 300 heridos). Varios centenares de hombres se tiraron al agua y fueron recogidos por otros buques que se iban aproximando.

El personal innecesario se hizo transbordar. Solamente quedaron a bordo 704 oficiales y marineros, con el encargo de conducir al «Franklin» hasta Pearl Harbour. Cada uno de esos hombres ostenta hoy, ufano, la tarjeta de socio del «Club de los 704», fundado por el capellán católico; 704 hombres que se enfrentaron con la muerte y la vencieron.

No les fué fácil el conducir al buque' inválido a su destino. Antes de que se acabara el día, fué remolcado por el «Pittsburgh», y durante la noche lograron poner en marcha su maquinaria. El recibimiento en Nueva York, a donde llegó por sus propios medios el 28 de abril, fué apoteósico. Una aureola de leyenda casi rodeaba al capellán jesuíta. Un joven oficial se convirtió al catolicismo, porque decía: «Debe de haber algo muy extraordinario en la religión católica cuando produce tales héroes de caridad.»

Solamente él se asombra cuando le alaban, y responde siempre con modestia: «Yo no he hecho sino cumplir con mi deber más elemental de sacerdote y de jesuíta.»

El 23 de enero 1946, el capellán José Timoteo O'Callahan, juntamente con otros tres héroes de la guerra, recibía la Medalla de Honor del Congreso de manos del presidente Harry S. Truman. En la citación se leía:

> «... por el notable valor e intrepidez, a riesgo de su vida, y «*más allá de la llamada del deber*», mientras servía como capellán a bordo del «Franklin»; cuando este barco fué furiosamente atacado por un avión enemigo, el capitán, O'Callahan, incitó a los valientes oficiales y hombres del «Franklin» a luchar heroicamente y con profunda fe, a vista de una muerte casi cierta, y a llevar a puerto al navío destrozado...»

Era el primer capellán de las fuerzas armadas que recibía la más alta recompensa de la patria. También fué condecorado con el Corazón de Púrpura, por las heridas recibidas en ese día. La relación de cómo fué herido se la debemos a él mismo:

> «... otra explosión se siguió en breve, y un fragmento de bomba o parte de la máquina de un aeroplano, o al-

guna otra cosa igualmente ofensiva, voló entre mis piernas y estuvo a punto de partime en dos. Pero el error de un milímetro es a veces tan útil como el de una milla, y no sufrí más que una mala cuchillada, por dentro de la pierna izquierda. Perdí sangre hasta que fuí vendado por uno de los médicos, y después, con la excitación, me olvidé del asunto.»

Había mucho que hacer aquel día en el «Franklin».



El P. Cunnigham celebra la Misa en el Artico (Cortesía del "CATHOLIC DIGEST")



El Presidente Harry S. Truman impone al Capellán del "Franklin", José T. O'Callahan, S. J. la suprema condecoración de la Patria. (Archivo fotográfico del Departamento Naval de Wáshington.)

Las tumbas de muchos Capellanes se han mezclado simbólicamente con las tumbas anónimas de los que cayeron.—Sobre sus lápidas se podrían escribir las palabras de San Pablo: "He luchado en buena lid. He consumado mi carrera. Y he guardado mi fe. En adelante me está reservada la corona de justicia con que el Señor, justo Juez, me recompensará en aquel día" (2 Tim. 4,7) (1)

EL PARALELO DEL DEBER, REBASADO

Los capellanes habían sido instruídos para que no expusieran sus vidas temerariamente. Estaban de servicio para la salud espiritual de los soldados, no para su propia gloria, y aunque un capellán muerto pueda ser honrado como un héroe, su pérdida dejaría a una sección de hombres sin sacramentos. Pero ellos fueron más allá del deber. Y en las citaciones de la Segunda Guerra Mundial y la de Corea se leen con frecuencia frases como ésta: *«Con completo desprecio de su propia vida...»*, *«... constantemente expuesto al fuego del enemigo...»*, *«... continuamente con los elementos de combate avanzados, y rehusó ir a retaguardia...»*

Este es el caso del Padre Esteban J. Meany, héroe del famoso «Fighting 69th», que tomó parte en la invasión del atolón Makin, en el Pacífico. La relación oficial de su heroísmo fué leída públicamente cuando le concedieron la Estrella de Plata.

> «... un soldado cayó herido en un claro arrasado por el fuego de ametralladora y fusil, y yacía sin esperanza en campo abierto, solamente a 20 yardas de la posición enemiga; el capellán Meany, sin vacilación y con un completo desprecio de su vida, fué en su ayuda. En el momento de administrarle la primera ayuda al herido, fué gravemente alcanzado cuatro veces por el fuego de ametralladora enemigo. El heroico ejemplo de este oficial fué una inspiración para todos los rangos.»

Y el caso del Padre Gerardo Quinn, del cual escribió un oficial de uno de los frentes de Europa:

> «Ha sido uno de nuestros grandes héroes, y solamente el otro día recibió la Estrella de Plata. He visto pocos hombres más valientes y más grandes bajo el fuego.»

Del Padre Dannel Campbell, del Transporte Aéreo, que ayudó a extraer las víctimas de un avión estrellado, aunque estaba todavía ardiendo. El Padre Boylan, que permaneció en su buque incendiado y a punto de volar hasta que el último hombre fué evacuado; y del Padre Dietz, que bajo el fuego enemigo administró los últimos ritos a los moribundos y sostuvo la moral de los soldados gravemente heridos. El Padre Hogan, que se lanzó al área barrida por las balas explosivas, y así otros muchos, que forman una galería asombrosa en la historia de la Compañía de Jesús moderna. No se puede omitir al Padre Deary, enterrado cuatro horas vivo en Iwo Jima; ni al Padre Cannon, en las montañas de Italia; ni al Padre Edmundo Barke, que protegió a los heridos con su propio cuerpo, cuando la estación sanitaria se vió sometida al fuego.

De ellos se dijo que habían rebasado los límites del deber, pero también es cierto que, a veces se necesita ser héroe para ser apóstol.

El capitán y once heridos han sido cortados del resto del ejército en una colina a seis millas al sur del río Kun (Corea del Norte) durante el avance comunista sobre Taojón. Un subteniente de la División 24 recuerda que al momento de la retirada, el capellán quiso permanecer en su puesto, diciendo que su deber era asistir a los heridos. El reparto estaba ya rodeado, y el subteniente tuvo que abrirse camino con las armas. Un capitán, el único superviviente de aquel sector, refiere que él vió caer bajo los golpes de los nordistas, al capellán Sherman Felthoelter, mientras, arrodillado, administraba la extremaunción «El Padre Felthoelter—testimonia el capitán—ni siquiera había levantado los ojos para ver lo que sucedía a su alrededor.» Fué el 16 de junio de 1950.

Con la última guerra no se cierra la historia de nuestros capellanes militares. En las naciones devastadas por la vorágine universal han quedado campos de concentración, como triste huella, donde hay guarniciones de hombres armados y multitudes de prisioneros.

En la península coreana y a lo largo del paralelo 38, en una zona considerada como «tierra de nadie», la Comisión de Repatriación de las Naciones Neutrales dispuso dos campamentos: uno para los procedentes del Sur que querían ser incorporados al Norte (campo pro-comunistas) (1), y otro para los procedentes del Norte que querían ser incorporados al Sur. Entre éstos había un buen número de católicos que, acogiéndose a un artículo de la Convención de Ginebra, que dice: «los prisioneros de guerra tienen derecho a facilidades completas para practicar su religión», exigieron capellanes en su campamento.

Fácil hubiera sido hallar algún sacerdote chino o coreano, pero la citada Comisión alegó el texto del armisticio, en el cual se estipulaba que «todo el personal operante debía facilitarlo única y exclusivamente la India». Por esto el Gobierno central de este país recurrió al cardenal Gracias pidiéndole cuatro capellanes de su archidiócesis. Las condiciones habían de ser: buena salud, valor y prudencia. Se escogieron dos por parte del clero secular y otros dos por parte de la Compañía de Jesús: los Padres Federico Britto, Superior del distrito de Bassein y «principal» del «training College», de la misma localidad, y Luis Pereira, del St. Stanislau's High School.

Irían como capellanes agregados al ejército, asimilados a teniente coronel; pero vistiendo la sotana negra de la Compañía, para desenvolverse más fácilmente en su ministerio.

Desde que salieron de Bombay el Gobierno corrió con todos los gastos, y no hallaron más que facilidades, tanto por parte de las autoridades militares como de los representantes diplomáticos de la India. La última etapa Tokio-Seúl la cubrieron a bordo de un «Globe Master», el gigante de los aires, capaz de transportar 200 hombres con todo su equipo de cañones, camiones, carros y municiones, repartido en tres pisos.

Los capellanes intentaron establecer algún contacto con

---

(1) Eran los menos. En un campo de concentración de Corea del Sur, 7.000 coreanos y 15.000 chinos declararon no querer volver al «paraíso marxista».

los comunistas del Norte, pero fué totalmente inútil. Se limitaron entonces al campamento anticomunista, que les brindaba abundante trabajo.

Estaba dividido en siete grandes departamentos: uno, para hospital; otro, llamado «Segregation camp» (Campo de separación), donde se tenían los interrogatorios, y cinco para albergues. Dos departamentos de coreanos fueron asignados al Padre Britto, y otro al Padre Pereira, también de coreanos. Dentro de cada campamento se dispuso lo que vino a llamarse «Church Compound» (una gran tienda que hacía de capilla, rodeada, como los albergues, por alambrada doble).

Las dificultades fueron grandes desde el principio. Primero, el clima. La temperatura media era de 12 grados bajo cero, y a veces descendía a 20, y aun más.

«Se daba el caso—cuenta el Padre Britto—de que le llevaban a uno un balde de agua hirviendo para la ducha, y al echárselo a la espalda con un bote, parecía que la piel iba a saltar por el calor; pero al llegar al suelo ya se convertía inmediatamente en hielo; tanto es así, que mantener el equilibrio en el cuarto de baño no era cosa fácil.»

En diciembre y enero las nevadas fueron copiosas. A fines de este mes comenzó el deshielo, y era tal el fango rojizo acumuluado, que casi imposibilitaba el tránsito de los «jeeps». Dificultad muy seria fué la de la lengua. Los Padres no hablaban ni chino ni coreano, y los prisioneros rarísima vez inglés. Para las confesiones tuvieron que usar unas cartulinas con dos columnas de preguntas: inglés-chino, inglés-coreano. El Padre iba señalando con el dedo las preguntas, y el penitente decía sí o no con la cabeza, y con los dedos el número de veces. Sistema largo y complicado, pero no había otro mejor. Por este motivo, la Misa tenía que ser tarde, a las once, las doce, la una y aun a la dos de la tarde. Estaban dispensados del ayuno eucarístico. Sin embargo, los prisioneros católicos, restos de antiguas y florecientes misiones, no quisieron usar nunca de este privilegio y mostraron siempre una piedad ingenua y fervorosa que consolaba a los Padres.

Los coreanos del Padre Pereira, que habían sido instruídos en otro tiempo por benedictinos, se distinguieron por el canto gregoriano. En seguida improvisaron un coro, y no faltó Misa cantada ni un solo día, aun a hora avanzada.

Las muestras de cariño y adhesión a sus capellanes fueron extraordinarias. Cuando llegó la hora de repartirse por los lugares que ellos mismos habían escogido, apretaban las manos de los dos Padres y se las besaban emocionados. Después hacían las consabidas reverencias de la etiqueta oriental.

El jefe de la guarnición india preguntaba asombrado al Padre Federico Britto:

—Pero, ¿cómo se las arreglan ustedes para tenerlos en tanto orden y tan respetuosos?

—Esta es la veneración de los católicos hacia sus sacerdotes, mi general.

CUANDO VUELVE DEL CAUTIVERIO

PADRE Alagiani lleva en sus ojos la infinita tristeza de la Lubianka. Le parece todo imposible: la luz, la libertad, la dignidad, el afecto, la conversación—¡cinco años sin hablar con sus semejantes!—, la paz de las iglesias, el reposo. Padre Alagiani es un resucitado. Ha regresado a Roma con su uniforme de capellán militar, después de estar doce años enterrado en las mazmorras de Stalin. Cuando, por fin, ha logrado restablecer los contactos y ordenar sus recuerdos, los ha dado a conocer al mundo en unos artículos de «La Civiltá».

Había conocido la Santa Rusia en los primeros tiempos del bolchevismo. Expulsado por el ingenuo pretexto de que los zares no permitían a los sacerdotes extranjeros el ejercicio habitual de sus ministerios, regresó a Italia en 1930. Siete años más tarde ingresaba en el ejército de San Ignacio, y, acabada su formación de jesuíta se dispuso a emprender de nuevo la ruta del vasto Imperio de los Soviets, acompañando a las Divisiones de voluntarios.

Su Santidad, en visita de despedida le concedió facultades extraordinarias; el Padre Ledochowski le dió una bendición especial (1). Dice el capellán que le impresionaron más que nunca aquellas palabras *«et maneat semper»*, y que le crearon como una coraza de fe para todos los peligros materiales y espirituales en que muy pron-

---

(1) El Padre general tenía por costumbre el dar todas las tardes la bendición a los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús volviéndose hacia los cuatro puntos cardinales. Para aquella fecha, fiesta de San Ignacio de 1942, había jesuítas en todos los frentes de combate cumpliendo con su ministerio.

to tendría que hallarse. Le iba a tocar la suerte nada envidiable de contemplar de cerca los horrores de la guerra en Rusia.

> «¡Dios mio! Viajar por horas y por jornadas enteras entre fértiles campiñas abandonadas con las mieses ya maduras, o bien con las cosechas amontonadas y convertidas en pasto de los topos, que aquí se multiplican a millones; ver en las regiones industriales, las fábricas que humean todavía y los talleres incendiados; en los centros habitados, las casas y las iglesias al ras con el suelo o semidestruídas, y en las pocas casuchas perdonadas por la barbarie bélica, ocultarse como alimañas despavoridas pobres mujeres con sus viejos y niños, después de haber cedido por la inexorable necesidad de los crueles acontecimientos, los propios cuartos a los militares que rebosaban por todas partes. El desastre de los incendios, de las devastaciones y del abandono de los campos, tiene detrás el espectro del hambre. El hogar doméstico del campesino, ya desangrado por las inhumanas tasas de la guerra y privado de la mano de obra de los jóvenes, se ve reducido a ruinas...
>
> Pero el espectáculo que arrancaba lágrimas, nublaba la mente y oprimia el corazón, era el de la población errabunda. Me faltan las palabras y se me desvanecen las expresiones para dar una descripción adecuada. Todas las anchas y largas carreteras de gran comunicación entre las grandes ciudades y provincias están literalmente atropelladas de prófugos—no digo de viajeros, provistos de medios de locomoción, aunque sean humildes y primitivos, sino de pobres viandantes a pie, salidos de las propias ciudades y casas y volcados a los públicos caminos, que yerran a la ventura en busca de un trozo de pan.»

Padre Alagiani se ha instalado el 5 de octubre 1942 en el 44.º Hospital del campamento de la 3.ª División «Celere». Está a 25 kilómetros de la línea de fuego. El director del centro fué deferentísimo con el Padre, y quiso que se le reservara un cuarto, aunque él tuviera que dividir el suyo con un oficial. El capellán se resistió hasta que el director le atajó con estas palabras:

—De ninguna manera, Padre mío; los sacerdotes tenéis necesidad de recogimiento y soledad para rezar vuestras oraciones y para cumplir bien con vuestro oficio.

Padre Alagiani tuvo grandes consolaciones con todos

los médicos y sanitarios del hospital, oficiales y soldados heridos o enfermos; todos gente de buena voluntad, que respondían admirablemente.

Dada la escasez de sacerdotes, tenía que binar y aun trinar la celebración de la Misa, para satisfacer a los batallones estacionados en las cercanías. Siempre asistían a la ceremonia grupos de rusos, y el Padre les leía el evangelio en su lengua y les predicaba. Así, se preparaban para las inminentes fiestas de Navidad...

Pero... repentinamente vino la orden el 17 de diciembre de recoger el hospital. Dos días vagaron por la región aquélla, apiñados sobre las máquinas, hasta que llegó la contraorden de abrirlo de nuevo y recibir heridos. Arrojaron sobre el pavimento unas cincuenta colchonetas, que en seguida se llenaron con los alemanes e italianos heridos en el frente que acababa de romperse.

Toda la plaza y el patio del hospital estaba atestada de carros. En el aire retumbaban las explosiones y silbaban las balas. Sobre la colina, siuada delante, aparecieron los carros armados. Alguno gritó contento, pensando que serían los alemanes que venían en su ayuda. Pero los carros se acercaron y dispararon con encarnizamiento. Un soldado que estaba junto al Padre cayó herido...

«A las cuatro de la tarde del 19 de diciembre nos encaminábamos delante del carro armado enemigo..., prisioneros del ejército rojo.

Nos mandan ponernos en fila y nos cuentan:

«Odin, dva, vosemdesiat tri..., uno, dos...»

Somos 83, comprendidos aquellos que se han retirado del frente y unido al personal de nuestro hospital.

Caminábamos o, mejor, avanzábamos arrastrándonos todos los días 20 ó 30 kilómetros (al pasar el Don llegamos a los 40) por las interminables estepas, cubiertas de deslumbrante tapete blanco, bajo la ventisca, que nos ciega y el rigor del frío que nos congela, y así torturados en todos los instantes del día y de la noche. Por todo el tiempo de la marcha a pie, pernoctamos en cabañas abiertas, en los establos de animales abandonados o en los edificios, ateridos con los vidrios de las ventanas rotos.

La marcha procede por un aterrador escenario de muertos, congelados o fusilados, diseminados a diestra y siniestra del camino, señalando el tránsito de nuestra caravana de esclavos del siglo veinte. Afligido hasta la última fibra de mi corazón de italiano, de sacerdote y de padre

de aquella turba de inocentes ovejas arrastradas hacia una matanza segura, me siento obligado a marchar siempre a la cabeza de la columna, y a rogar continuamente a la «Omnipotentia orans», María Santísima, bajo el título del Santísimo Rosario, suplicándole que ninguno de mis hijitos sucumba en el camino, y ofreciéndome con voto de ir en peregrinación a su santuario de Pompei a mi retorno a la patria.

Como esperaba, la ardiente réplica fué plenamente escuchada por la buena Madre celestial; en efecto, nuestra columna fué la única que alcanzó incólume la estación ferroviaria, sin perder a ninguno durante la penosísima marcha.»

Padre Alagiani sabe muchas lenguas. Habla italiano, francés, armenio, ruso, polaco y persa. Por supuesto que latín y griego. Y en los campos de Rusia aprendió el alemán. Por eso los jefes lo emplearon con frecuencia como intérprete y él pudo salvar a muchos.

Le presentaron una vez un grupo de prisioneros con el uniforme alemán para que viera a qué nación pertenecían. El Padre consiguió convencer al sargento mayor que se trataba de polacos, checos, franceses y croatas enrolados a la fuerza en el ejército del Reich. El sargento, entonces, hizo un gesto como significando que aquella vez renunciaba a matarlos, y les permitió unirse al grupo de italianos.

Después de unos minutos le presentaron dos oficiales hacía poco capturados. Eran de complexión robusta, ojos claros, simpáticos. El Padre los saludó e interrogó, recalcando intencionadamente las palabras: «polak», «türk», «français»; pero aquellos dos o no entendieron la maniobra o no quisieron entenderla, y respondieron, siempre con sequedad y firmeza: «Nein, deutsch!» Terminó el interrogatorio, y el sargento los hizo salir por la cándida campiña. El Padre los acompañó con la mirada...; han avanzado una veintena de pasos cuando los guardas, con un golpe detrás de la nuca tienden a los oficiales en el suelo...

«No quiero creer a mis ojos que se ofuscan; me gira la cabeza; me dejo caer sobre el muro del patio, sostenido por brazos piadosos y rompo a llorar como un niño, repitiendo maquinalmente: ¡Dios mío! ¿Es posible? Son prisioneros..., desarmados..., tienen una madre, una mujer, hijos,

—Tranquilícese, Padre querido—me susurra la voz conmovida del capitán Bianchi (compañero del hospital), el cual me aprieta contra su pecho—; tranquilícese... ¡Es la guerra!, con todas las pasiones que desencadena. ¡El más brutal arbitrio puesto en el sitio de la ley!

Finalmente, al vigésimo segundo día de nuestra prisión llegamos medio muertos de cansancio, pero con un respiro de alivio, a la estación ferroviaria, donde debíamos ser entregados a los funcionarios del Ministerio de Asuntos Interiores. Nos recibe un jefe con traje de gala. La primera palabra que dirige al sargento es ésta: «¿Tenéis, quizá, heridos?» El sargento responde negativamente, e invita al jefe a pedirme información. Yo confirmo su declaración, y entonces oigo repetir netamente y sin ambages por el representante del Ministerio enviado por Moscú esta frase: «Porque nosotros no admitimos heridos...» Me siento como fulminado. «Así, pues—pensó cada uno de nosotros—aquellos horrores de que habíamos sido testigos oculares no eran arbitrios de irresponsables, sino ejecuciones de un orden sistemático...»

Entonces se explicó el Padre un enigma que le había estado punzando durante el viaje. Al pasar junto a las salas del hospital, poco antes de ponerse en ruta el convoy de prisioneros, le extrañó un insólito silencio que reinaba en ella. Minutos antes resonaba con los gritos y gemidos de los pobres heridos... ¡Ya tenía la clave de aquel horrible silencio!...

En una plaza reunieron al grupo con otros mil italianos, y el sargento jefe quiere hacer uso de su acostumbrado intérprete. Este aparece en el centro, y dice conmovido a los prisioneros:

—¡Muchachos, el que os habla es un capellán...; no os desaniméis! Sí; es verdad que es duro el camino..., pero es santa la causa. Confiemos en el Señor. No sabemos lo que querrá de nosotros. Hacer un acto de contrición! Yo os daré la absolución como en el campo de batalla.

El tren mercancías admitía de 80 a 90 personas en los vagones grandes, y de 40 a 50 en los pequeños normales. El viaje fué durísimo. En el vagón del Padre viajaban ocho oficiales alemanes, dos soldados croatas, y el resto oficiales italianos. En medio tenían una estufa de hierro, pero la leña estaba verde y desistieron de encenderla. Les

daban de comer dos veces al día: pan negro, recocido, o panecillos helados, peces muy salados y azúcar. La puerta del vagón se abría sólo para pasarles la comida o para darles el agua de beber; rara vez y escasa. Las paredes y el cielo raso pronto se cubrieron con una espesa capa de hielo. Los pobres prisioneros, atormentados por la sed, la raspaban a porfía, para mitigar el ardor que les quemaba todo: boca, lengua, garganta, estómago. Pronto el hambre y la sed y el frío comenzaron a segar las primeras víctimas. En el vagón del Padre murieron dos italianos y tres alemanes.

Once días duró el viaje en este tren de la muerte.

A la llegada a la estación de destino, Wladimir, una buena parte de los prisioneros no puede seguir hasta el campo de concentración de Suzdal. Los supervivientes son descargados de los vagones por la tarde y encaminados a una marcha de 40 kilómetros que deben hacer sin paradas y de noche.

En el campo de concentración seguirán las defunciones según el porcentaje habitual, un 80, un 90 por 100.

Padre Alagiani conoce los interrogatorios y procedimientos policíacos de Moscú. Compareció ante trece «instructores», que metódicamente se propusieron arrancarle la confesión de «los secretos de la Compañía de Jesús», y de las maquinaciones del Vaticano. Le propusieron que escribiera una relación sobre la materia del interrogatorio. Aceptó complacido. Pluma, papel; y Padre Alagiani, en su celda de la Lubianka, escribió en pocos días una breve historia de la Compañía, «*comenzando por una semblanza de aquel bravo capitán de vuestra Pamplona*». Los rusos rasgaron las cuartillas y se las tiraron a la cara. Ellos querían los secretos de la Compañía...

Volante de ingreso para el campo de castigo de Yelabugo, reservado para los alemanes de la S. S.. Allí pudo celebrar la Misa. Los obreros italianos del campo le prepararon un rústico instrumental sagrado para decirla. Sin Misal, pero él se sabía algunas Misas de memoria.

Llegó la orden de traslado y comenzaron otra vez los interrogatorios: diecinueve meses. Si los deseaba era para salir de la prisión helada y calentarse un poco en la casa del juez.

Por fin escucha la sentencia ajustada al apartado 4 del párrafo 58 del Código Penal de la Unión Soviética: miembro de una organización contrarrevolucionaria (la

Compañía de Jesús), y en relación con un Gobierno extranjero (el Vaticano). Diez años de prisión. Padre Alagiani nunca había atenuado su ficha: se había presentado siempre como sacerdote romano y jesuita.

Al salir de Yelabugo le quitaron su mínimo ajuar y le cambiaron el uniforme de capellán por un traje de rayas rojas y blancas. Perdió su nombre: era el número 15 en Wladimir.

Hambre y frío en la celda. Soledad absoluta. Casi seis años sin ver otra cara que la del guardián, asomado de cuando en cuando a la reja; y, una vez al mes, el control de la oficina técnica. Sin permiso para escribir o recibir ninguna carta. Sin libros, fuera de una docena de cuartillas que llevó consigo al llegar. ¡Ah, sí!; llevaba también consigo la compañía del Fuerte, del Inmortal; guardaba algunas de las formas que consagró en la última Misa de Yelabugo. Para estirarlas lo más posible redujo las comuniones a semanales, después a mensuales, los primeros viernes..., y todavía algunas partículas llegarían a guardarse en la iglesia de los jesuítas de Viena.

El mundo exterior se reducía a una hora de paseo por el patinillo de dentro: ocho pasos a lo largo por seis de ancho.

—¡Sal afuera!

Ni una sola vez dejó de responder: «¡Muchas gracias!»

Si iniciaba una conversación, no obtenía respuesta.

—Estoy contento; hoy se cumplen cien meses de mi prisión...

—¡Y a mí qué me importa!—respondió el carcelero.

Seis horas de oración. Recortó una cuartilla en forma de Hostia grande. En las restantes escribió la Misa en armenio. Al bajar al baño vió unos periódicos, recortó los márgenes y en ellos escribió un comentario de los Ejercicios. Ya no se aburre en su celda. Le falta tiempo: oración, Misa, Comunión mensual, paseo, reflexión y redacción. Si no fuera por el hambre y el frío...

El 1 de mayo de 1953 llegó un paquete con su nombre. Todavía duraba el mundo, y en ese mundo había gente que se acordaba de él. La embajada italiana lo había localizado. Por medio de las autoridades rusas le enviaban un paquetito y la promesa de otros. Pan, conservas, dinero... Padre Alagiani lloraba de alegría. Llamó al carcelero por si podría repartir de aquello con los otros prisioneros... ¡Las uvas! Aquella noche no pudo dormir de

emoción. Desde entonces podría celebrar Misa todos los días.

En octubre fué trasladado a otra celda, donde vivían siete personas: entre ellas un japonés, que dispuso para el bautismo, y varios manchurianos.

Con el año nuevo dejó las cárceles moscovitas y se dirigió a Stalino. Su libertad estaba firmada. Padre Alagiani volvió a vestirse su uniforme militar..., y en Roma lo recibieron como a esos cristianos de la primitiva Iglesia que volvían del Oriente con cartas de Ignacio y Policarpo. Su cuarto del Escolasticado Romano es un museo de catacumba: rosarios hechos con miga de pan, cruz sin crucificado, el vaso de munición con la estrella de cinco puntas, que le sirvió para decir Misa en el subsuelo de Lubianka.

Padre Alagiani conoce las consecuencias de la última guerra. Sabe de esos 39 sacerdotes que murieron en un campo de concentración checoslovaco aplastados por una ola de frío, y de los siete que perecieron sepultados por los aludes de nieve cuando trabajaban en las montañas de Tatra. Padre Alagiani sabe mucho de la guerra de Rusia. Ha visto las columnas interminables de hambrientos, los vagones «pullman» repletos de despojos humanos, las cámaras de castigo... Pero cuando le preguntan, se entristece. Se le empañan los ojos con el recuerdo de tantos jesuítas, hermanos suyos, que han muerto en Cristo Jesús.

FECHAS PARA LA HISTORIA

Siglo XVI.

1521 — Pamplona: Herida San Ignacio.
1540 — Fundación de la Compañía.
1547 — Mülhberg: P. Bobadilla.
1550 — Mehería: P. Laínez.
1551 — Idem: P. Nadal.
1558 — Orán: PP. Martínez y Doménech.
1560 — Trípoli: PP. Vinck y Belver.
1563 — Peñón: P. Villarreggio.
1568 — Alpujarras: 3 jesuítas.
1569 — Jarnac y Moncontour (Francia): P. Auger.
1570 — Chipre: P. Faraone.
1571 — LEPANTO: 7 jesuítas.
1578 — ALCAZARQUIVIR: 15 jesuítas.
1579 — MASTRICHT: P. Fernández.
1588 — La INVENCIBLE: 20 jesuítas.
1587 — «Missio castrensis»: P. Sailly.
1589 — Otra flota contra Inglat: Blanier y Rosillo.
1598 — Sublevación Arauco: P. Valdivia.

Siglo XVII

1600 — Nieuport: mueren tres jesuítas.
1604 — Ostende: mueren 10 jesuítas.
1611 — Primera irrupción paulistas.
1614 — Toma de Wezel: 7 jesuítas.
1618 — Entrada de Maximil. en Bohemia: 18 jesuítas
1619 — Sitio de Viena.
1621 — Idem de Clairac: P. Malvais.
1624 — Misión Naval en Dunquerque.

1625 — Breda: Fundac. Colegio.
1631 — Incendio de Magdeburgo: P. Wiltheim.
1632 — Tilly entra en Bamberga: P. Guenin.
1636 — Mindanao: P. Mastrilli.
1640 — Sublevación de Cataluña: PP. Colegio Lérida.
1641 — Derrota de los paulistas.
1644 — Rendición de Lérida.
1650 — Guerra de Polonia: P. Stettinger.
1659 — Paz de los Pirineos: Desaparece la Misión.
1683 — SITIO DE VIENA: P. Frankh.
1684 — Idem de Buda: P. Widmann.

Siglo xviii

1704 — Colonia Sacramento: 7 jesuítas.
1735 — Idem íd.: muere el P. Werle.

Siglo xix.

1843 — Argelia: P. Parabère.
1855 — Conquista Sebastopol: P. Ramas.
1858 — Expedición contra Mormones (A. del N.): Padre De Smet.
1861 — Guerra de Secesión: Varios en ambos bandos.
1864 — Exped. contra Talayan (Filipinas): P. Vidal.
1870 — Guerra Franco-prusiana:
1 de septiembre, Sedán.
8 íd.: Capitula Laón: P. Arnold.
19 íd. Sitio de París: P. Olivaint.
27 íd.: Estrasburgo: P. Genevrier.
27 octubre: Metz: P. De Damas.
19 enero: San Quintín: P. Sommervogel.
1876 — Conquista de Joló: P. Baranera.
1879 — Guerra del Pacífico: PP. Cappa y Arteche.
1895 — Expedic. inglesa al Africa: P. M. Barthélemy.
1898 — Cavite: PP. Simó y Martínez.
1899 — Guerra de los Mil Días: mueren tres jesuítas

Siglo xx.

1902 — Guerra del Acre: P. Tovía.
1932 — Idem del Chaco: PP. Ruiz y Morillo.

GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

1936:

22 julio — Alto de los Leones: P. Nevares.

6 agosto — Bombardeo de Tablada: P. Caballero
11 íd. — Carta P. Gral. a Provinciales de España.
27 íd. — PP. Huidobro y Martínez cruzan la frontera.

3 septiembre — Toma de Talavera.
4 íd. — Toma de Irún.
19 íd. — Muere el P. Martínez en la Sierra.
27 íd. — Toma de Toledo.

31 octubre — Parla y Valdemoro.

4 noviembre — Getafe.
7 íd. — Usera.
8 íd. — Entrada en la Casa de Campo.
9 íd. — Herido P. Huidobro.
15 íd. — Asensio cruza el Manzanares.
17 íd. — Conquista del Clínico.

11 diciembre — Primera mina en el Clínico.
13 íd. — Boadilla, Octava Bandera.

1937:

2 enero — Villaviciosa.
4 íd. — Herido P. Ilundain.
13 íd. — Mina Clínico: 40 legionarios enterrados.
23 íd. — P. Caballero asiste conductor blindado.
24 íd. — 8.ª Bandera conquista Cuesta de la Reina.

6 febrero — Comienza ofensiva del Jarama.
7 íd. — Toma de Málaga.
10 íd. — Pingarrón.
11 íd. — Paso del río.
14 íd. — Herido P. García Martínez.
20 íd. — Idem P. Caballero.

31 marzo — Ofensiva del Norte.

2 abril — Cae P. Marticorena.
11 íd. — Idem P. Huidobro.

6 mayo — P. Messeguer entroniza Sagrado Corazón en la Universitaria.
7 íd. Contraataques a Toledo.
20 íd. — Se funda Academia Alféreces Provisionales: P. Ponce.

6 julio — Brunete.
11 íd. Se incorpora P. Ilundain.
18 íd. — Comienza contraofensiva.
25 íd. — Bolsa de la Serena: P. González Bueno.

13 octubre — Contraataques Seseña: P. Val.

1938:

16 marzo — Padre Molina mortalmente herido.
16 julio — El Ebro: P. David Fernández.
16 agosto — Herido P. González Bueno.
16 octubre — El Ebro: P. F. del Valle.
23 diciembre — Ofensiva Cataluña: P. G. Acebo.

1939:

26 enero — Barcelona: P Villalonga.

LISTA DE CAPELLANES QUE APARECEN EN LA PRESENTE OBRA (1).

P. Alagiani (it.).
P. Alamo (esp.).
P. Allendesalazar (esp.).
P. Amodeo (it.).
P. Appolloni (it.).
P. Araújo (port.).
P. Arnoux (fr.).
P. Arteche (esp.).
P. Astorga (esp.).
P. Auger (fr.).
P. Augustino.
P. Azcárate (esp.).

P. Baranera (esp.).
P. Barrado (esp.).
P. Barrios.
P. Barros (port.).
P. Belin (esp.).
P. Beliza (esp.).
P. Belver.
P. Bengy (fr.).
P. Beringucci (it.).
P. Biot (belg.).
P. Blanier (belg.).
P. Boylan (E. U.).
P. Bras (port.).
P. Bray (hol.).
P. Brito (port.).
P. Britto (indio).
P. Brumaild (fr.).
P. Buecher (al.).

P. Caballero (esp.).
P. Cabos (fr.).
P. Campbell (E. U.).
P. Cannon (E. U.).
P. Cappa (esp.).
P. Catalot (al.).
P. Cervini (E. U.).
P. Collart (belg.).
P Connau (fr.).
P. Copado (esp.).
P. Couplet (fr.).
P. Coster (E. U.).
P. Cubero (esp.).

P. Damas (fr.).
P. Deary (E. U.).
P. Deat (fr.).
P. Decker (fr.).
P. Dietz (E. U.).
P. Díez (esp.).

(1) Hemos prescindido de los que solamente figuran en los elencos de la Guerra civil española, para citar exclusivamente a los que de una manera u otra aparecen aquí actuando.

P. Doino (E. U.).
P. Doménech (esp.).
P. Doyle (irl.).
P. Drexel (al.).
P. Dubois (fr.).
P. Ducoudray (fr.).
P. Dugan (E. U.).
P. Dubuis (al.).
P. Eicher (fr.).
P. España (guatem.).

P. Faraone (it.).
P. Félix (E. U.).
P. Felthoelter (E. U.).
P. Fernández D. (esp.).
P. Fernández J. (esp.).
P. Florio (it.).
P. Forbes (fr.).
P. Fortenshauser (al).
P. Fossati (it).
P. Frankh (al).
P. Frankin (E. U.).
P. Fressencourt (fr.).
P. Frisch (al.).

P. Gache (E. U.).
P. Galesio (it.).
P. García Martínez (esp.).
P. Germán.
P. Gloriot (fr.).
P. Goll (al.).
P. Gómez-Acebo (esp.).
P. Gómez G. (colom.).
P. González Bueno (esp.).
P. Granero (esp.).
P. Gregor (al.).
P. Grenevier (fr.).
P. Grevenbroeck (hol.).
P. Groote (belg).
P. Guenin (al).
P. Gutiérrez.

P. Haggerty (E. U.).
P. Hamy (fr.).
P. Harry (E. U.).
P. Hausman (E. U.).
P. Haza-Radlitz (al.).
P. Helin (al.).
P. Hindermair (al.).
P. Hogan (al.).
P. Hubert (E. U.).
P. Huidobro (esp.).

P. Ilundáin (esp.).

P. Jaluna (it).
P. Johnson (E. U.).
P. Jourdain (belg.).

P. Kuczero (al.).

P. Lahorgue (fr.).
P Laínez (esp.).
P. L. de Clairac (esp.).
P. Lange (belg.).
P. Lega (it.).
P. Lenoir (fr.).
P. Leoni (it.).
P. Lilio (esp.).
P. Lochbrunner (al.).
P. Loferer (al.).
P. Lorenzi (it).
P. Lorenzo (al.).
P. Lucas (esp.).

P. Malavolta (it.).
P. Malvais (fr.).
P Martimprey (fr.).
P. Marín Triana (esp.).
P. Martí (port.).
P Martian (fr.).
P. Martínez, J. (esp.).
P. Martínez, P. (esp.).
P. Martínez Gálvez (esp.).
P. Martínez. Tornero (esp.)
P. Mastrilli (it.).
P. Mauricio (al.).
P. Mayer (al.).

P. Meany (E. U.).
P. Melo (port.).
P. Messeguer (esp.).
P. Messori (it.).
P. Miguel (esp.).
P. Modesto (fr.).
P. Molina (esp.).
P. Möller (al.).
P. Montabones (it.).
P. Montezeau (fr.).
P. Montoya (esp.).
P. Morán (esp.).

P. Nadal (esp.).
P. Nevares (esp.).

P. O'Callahan (E. U.).
P. O'Neill (E. U.).
P. Oliveira (port.).

P. Panizo (peruan.).
P. Parabère (fr.).
P. Pareja (esp.).
P. Pascuis (al.).
P. Pereira (indio).
P. Pérez Gil (esp.).
P. Perico (it.).
P. Pierson (al.).
P. Ponce de León (esp.).
P. Porcellaga (it.).
P. Prado (port.).
P. Puyal (esp.).
P. Quinn (E. U.).

P. Radio (it.).
P. Rathouis (fr.).
P. Ribera (esp.).
P. Rigaud (fr.).
P. Rocks (E. U.).
P. Rdez. Cristóbal (esp.).
P. Romeisen (al.).
P. Rosales (esp.).
P. Rossillo (esp.).
P. Ruppen (al.).

P. Sáez, C. (esp.).
P. Sailly (belg.).
P. Salazar (esp.).
P. San German (ita.).
P. Schlageter (al.).
P. Schoennan (al.).
P. Seem (al.).
P. Serpe (port.).
P. Sharp (E. U.).
P. Simó (esp.).
P. Sistrieres (fr.).
P. Smet (belg).
P. Sociro (port.).
P. Soler (esp.).
P. Sommervogel (fr.).
P. Soudos (port.).
P. Strickland (ing.).
P. Suffren (fr.).

P. Tovía (esp.).
P. Tribos (fr.).

P. Val (esp.).
P. Valdivia (esp.).
P. Valke (hol.).
P. Valle (esp.).
P. Vaugirad (fr.).
P. Vautier (fr.).
P. Vega (esp.).
P. Veysseire (fr.).
P. Victoria (it.).
P. Villarreggio (it.).
P. Villalonga (esp.).
P. Villegas (esp.).
P. Vinck.
P. Vriese (hol.).

P. Wágner (al.).
P. Werle (al.).
P. Widmann (al.).
P. Witheim (al.).

P. Yves de Montcheuil (fr.).

FUENTES

INÉDITAS:

Madrid. *Archivo de la Provincia de Toledo*:

Porres: «Historia del Colegio de Madrid».
C. de Castro: «Historia del Colegio complutense de la Compañía de Jesús» (Compluti, 1600), lib. 7, capítulo 14, 522.
Declaraciones juradas de los capellanes de la Guerra Civil española. Expedientes de los mismos. Cartas y relaciones.

Madrid. *Servicio Histórico Militar*:

Historial de la Legión: Diarios de la 8.ª y la 10.ª Banderas.

Vanves (Sena-Francia). *Biblioteca de «L'Action Populaire»*:

«Courriers des soldats et travailleurs», II y III.

IMPRESAS:

Generales.

ALCÁZAR: «Chrono-historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España» (Madrid, 1710).
ASTRAIN: «Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España» (Madrid, 1912).
BOERO: «Menologio» (Roma, 1859).
GARCÍA VILLOSLADA: «Manual de Historia de la Compañía de Jesús» (Madrid, 1940).
GOETZ: «Historia Universal», IX y X (Madrid, 1936).

CRETINEAU-JOLI: «Historia de la Compañia de Jesús» (Barcelona, 1853).
KOCH: «Jesuiten Lexicon» (Paderborn, 1934).
NIEREMBERG: «Varones ilustres de la Compañía de Jesús» (Bilbao, 1887).
WEISS: «Historia Universal», X (Barcelona, 1930); XXIV (Barcelona, 1933).

Particulares.

Africa:

«Sti. Ignatii Epist. et instruct.» (Matriti, 1903).
«Lainii monum.» (Matriti, 1912).
«Epist. P. Hieronymi Nadal» (Madrid, 1898).
CASTELLANOS: «Historia de Marruecos» (Madrid, 1946). 427.
CERECEDA: «Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo» (Madrid, 1946).
GARCÍA FIGUERAS: «Presencia de España en Berbería central y oriental).
MARTÍNEZ DE AZAGRA: «El P. Diego Laínez» (Madrid, 1933).
RODRÍGUEZ: «Historia» da Companhia de Jesus na Assistencia de Portugal» (Oporto, 1931), t. 2.º, II.
SACCHINI: «Historia Societatis Iesu», III (Roma, 1649).
TACCHI VENTURI: «Storia della Compagnia di Gesú in Italia» (Roma, 1945).

La Armada (además de las citadas arriba):

BIGELOW: «Solimán el Magnífico» (Buenos Aires, 1946).
FERNÁNDEZ-DURO: «La Armada Invencible» (Madrid, 1884).
M. DE QUEIROZ: «Don Sebastián» (Madrid, 1943).
SALVÁ: «La Orden de Malta» (Madrid, 1944).

América del Norte:

HUGES: «The history of the Society of Jesus in North American», 4 vol. (Cleveland, 1907).
LAVEILLE: «Le P. de Smet» (Louvain, 1928).
WALSH: «American Jesuits» (New-York, 1934).

América del Sur:

CARDOZO: «Paraguay, independiente» (Barcelona, 1949).
ENRICH: «Historia de la Compañía de Jesús en Chile», 2 volúmenes (Barcelona, 1891).
ESTEVE: «Descubrimiento y conquista de Chile» (Buenos Aires, 1946).
HERNÁNDEZ: «Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús», 2 vols. (Barcelona, 1913)
LOZANO: «Conquista del Paraguay» (Madrid, 1754-55).
PASTELLS y MATEOS: «Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay» (Madrid, 1948).
PÉREZ, R.: «La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica» (Valladolid, 1896).
«España Misionera», revista, III, 9 (Madrid, 1946).
«El Siglo de las Misiones», revista, Iv., 1917, 372.

Guerras europeas.

Alemania:

DUHR: «Geschichte der Jesuiten in der Ländern deustcher Zunge», II (Freiburg, 1913), c. 6, p. 300 ss.; III (Munihc, 1921), 3, c. 9, p. 716 ss.

Flandes:

LEON VAN DER ESSEN: «Alexandre Fernese», II (Bruselas, 1934), 150.
ESTRADA: «Guerras de Flandes» (Amberes, 1748).
JUVENCIO: «Historia Societatis Iesu», l. XVI, p. V, 25 (Roma, 1710).
PONCELET: «Histoire de la Compagnie de Jesus dans les Pays Bas», 2.ª parte (Bruselas, 1928).

Francia:

BURNICHON: «La Compagnie de Jesus en France», 4 (París, 1922), IV, 334.
DIDIERJEAN: «Souvenir de St. Clement. Histoire des Jesuites a Metz».

ENGHIEN: «Province de Champagne» (1863-1923), p. 10.
FOUZUERAY: «Histoire de la Comp. de J. En France» (París, 1910), l. 3, c. XIII, 616 ss.

Primera Guerra Mundial:

CAMPBELL: «The Jesuits» (Nueva York, 1921).
GARCÍA RIVERA: «Gran Guerra Europea», V.-VIII, 3.ª serie (Barcelona, 1942).
GRANDMAISON: «Impresiones de guerra de sacerdotes soldados» (Barcelona, 1916).
GUITTON: «Escenas de la Gran Guerra. Luis Lenoir» (Barcelona).
«Études», revista, tomos 142 a 158.

Filipinas:

PASTELLS: «Misión de la Compañía de Jesús de Filipinas en el siglo XIX», I y II (Barcelona, 1916); III, (Barcelona, 1917).

Guerra de España:

ADRO XAVIER: «Laureada de sangre» (Valladolid, 1940).
AZNAR: «Historia militar de la Guerra de España» (Madrid, 1940).
COPADO: «Con la columna Redondo» (Sevilla, 1937).
GONZÁLEZ BUENO: «Paz en guerra» (Cádiz, 1943).
LLANOS: «Nuestra ofrenda» (Madrid, 1932).
PEIRÓ: «Fernando de Huidobro, jesuíta y legionario» (Madrid, 1950).
SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: «Guerra de minas en España» (Madrid, 1948).
«HISTORIA DE LA CRUZADA ESPAÑOLA», VII (Madrid, 1943).
VALDÉS: «Un capellán, héroe de la Legión» (Santander, 1938).
«Boletín del Clero Castrense», núm. 2, p. 49.

Segunda Guerra Mundial:

ALAGIANI: «La Civiltà Cattolica», 105 (1954), II, p. 509 ss.

CLIFFORD: «The History of the Chaplain Corps U. S. Novy» (1939-1949), Wáshington.

ROBINOT, M.; «Dans les Camps de prisonniers» Cité Nouvelle 4 (25-II-41), p. 374.

SCURANI, «P. Igino Lega» (Milán, 1953).

«Memorabilia» (1939-47).

«Mitteilungen», 17, c. 1, núm. 113 (Köln, 1953).

«L'Antonianum», revista, abril 1942, marzo 1943.

«I Gesuiti», revista, dic. 1940, feb. 1941, marz. 1942, jul. 1943.

«Jesuit Missions», nov. 1945.

«El Siglo de las Misiones», XLI, 462, jun. 1954.

INDICE

Págs.

IV.—DISCORDIAS DE LA VIEJA EUROPA

V.—PRIMERA GUERRA MUNDIAL (1914-1919)

VI.—GUERRA DE LIBERACION ESPAÑOLA (1936-1939)

VII.—SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (1939-1945)

ACABÓSE DE IMPRIMIR EN MADRID, EN LOS TALLERES
GRÁFICOS DE BOLAÑOS Y AGUILAR, EL DÍA 31
DE DICIEMBRE DE 1956, FESTIVIDAD
DE SAN SILVESTRE